

UNIV. OF ARIZONA

PQ6410 .L5 1889

mn

Leonardo y Argensol/Obras sueltas de Lup



3 9001 03815 0234

val  
L-

2 vol  
4 H

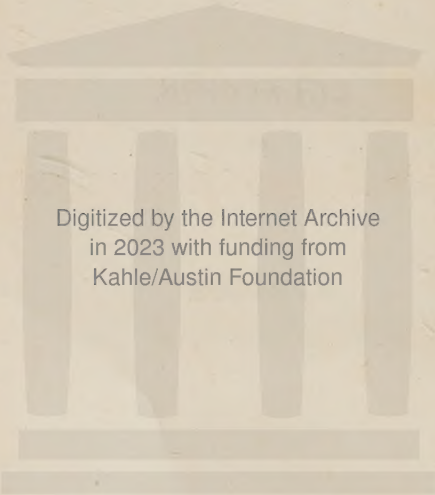






Homenaje de respetuosos  
afectos y particular adhesión a  
L. A. R. la Sma. Ra. Infanta  
D. Isabel de Borbon. Pautica,  
12 de Julio de 1890.

El Conde de la Vinaza.

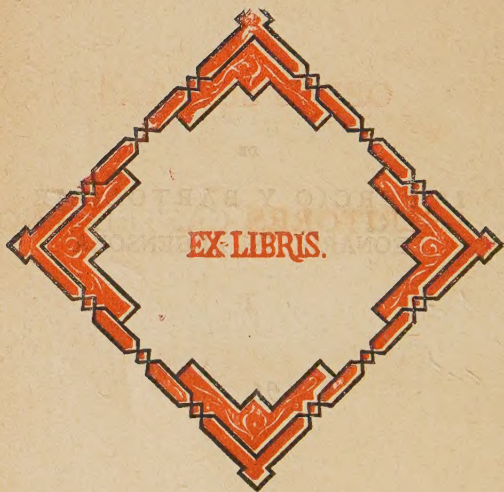


Digitized by the Internet Archive  
in 2023 with funding from  
Kahle/Austin Foundation

COLECCIÓN  
DE  
ESCRITORES CASTELLANOS  

---

LÍRICOS



OBRAS SUELTAS

DE

LUPERCIO Y BARTOLOMÉ  
LEONARDO DE ARGENSOLA

I

31

LEONARDO DE ARGENSO  
FUEBIO Y BARTOLOME

COLECCIONADAS Y PUBLICADAS

## TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo, del.. . . . . 1 al 50.  
10        »        en papel China, del. . . . . 1 al X.



# OBRAS SUELTAS

DE

LUPERCIO Y BARTOLOMÉ

LEONARDO DE ARGENSOLA

COLECCIONADAS É ILUSTRADAS

por

EL CONDE DE LA VIÑAZA

TOMO I

OBRAS DE LUPERCIO LEONARDO



MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

Impresor de Cámara de S. M.  
Don Evaristo, 8

1889

UNIV. OF ARIZONA LIBRARY





## PRÓLOGO.

**L**A actividad intelectual de los españoles de nuestro siglo de oro fué ciertamente maravillosa. Tal vez sobrepuje la facultad del humano entendimiento el abarcar y describir en toda su plenitud las fuerzas vivas que desarrolló el ingenio español en aquella edad memorable y los adelantos con que acreció el acervo común de la cultura europea. Aquellos varones insignes, á la vez que agregaban á la Corona de Castilla extraños reinos y vírgenes continentes, enriquecían el espíritu del hombre con no menos preciados tesoros, abillantando y ennobleciendo sus facultades, cultivando todos los ramos del saber sin temores ni exclusivismos, y conquistando los dominios de la inteligencia con la misma generosidad y gallardía con que dominaban en todos los puntos de la tierra. De esta actividad

del ingenio resultó un número infinito de libros, en los cuales campea la grandeza y variedad de los asuntos al par que la hermosura y elocuencia del lenguaje.

Por desgracia, los monumentos literarios de tan gran siglo van ya escaseando; de las obras que se llegaron á imprimir, cada día que pasa puede decirse que se pierde alguna; de las que quedaron manuscritas, ha desaparecido parte muy considerable: con cuánto daño para las patrias letras, no hay por qué encarecerlo.

Á remediarlo dirígese el amor que se ha despertado recientemente en nuestros eruditos por el conocimiento de la cultura intelectual del más glorioso período de nuestra historia, amor que ha dado origen á sociedades ó empresas, las cuales, secundando los aislados esfuerzos de diligentes literatos, se dedican con empeño á la publicación de tales joyas. Las colecciones de *Libros raros y curiosos* y de *Libros de antaño*, las de los *Bibliófilos españoles y andaluces* y la *Biblioteca de escritores aragoneses*, son testimonio clarísimo del entusiasmo que mueve el espíritu de estas sociedades, á la vez que la *Biblioteca de autores españoles*, de D. Manuel Rivadeneyra, pregoná con elocuentísima voz cuánto puede hacer el esfuerzo individual cuando lo encamina y aconseja el afecto sincero por las glorias patrias. Gracias á estos esfuerzos,

los primeros ensayos de la musa castellana, menospreciados hasta fines del pasado siglo, han logrado la atención de los doctos y el lujo de los editores: así se ha puesto á la cabeza de nuestras creaciones poéticas el *Romancero español*, que fué juzgado un tiempo obra de vulgares trovadores; así nuestro teatro clásico, desdeñado por los críticos del siglo XVIII, constituye hoy una de las manifestaciones más espléndidas de la civilización moderna; así, en fin, todo lo que se escribió en las doradas fechas de la hispana literatura, desde el libro grave y abultado hasta la epístola sencilla y familiar, ha conseguido atraer la voluntad, dar suave solaz á la fantasía y enriquecer y adoc-trinar el entendimiento.

En esta empresa, parte muy principal del fin que se propusieron los editores de la COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS, venimos á ser humildes cooperadores. Fíjase nuestra atención en Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, sobre quienes publicamos hace pocos años un breve ensayo, y de los cuales no hemos dejado desde entonces de rebuscar noticias de sus vidas y los rasgos más insignificantes de sus ingenios. Por buena fortuna, no alcanzada por muchos de sus contemporáneos ilustres, casi todo lo que estos dos ingenios escribieron ó de que se tiene noticia ha llegado á

nuestras manos, si bien muchas de sus poesías y sus breves obras en prosa yazgan olvidadas en raros impresos y más raros manuscritos.

La primera edición de los versos de los Argensolas apareció en Zaragoza, salida de la imprenta del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, publicada por el hijo de Lupercio, D. Gabriel Leonardo de Albión, tres años después de la muerte de Bartolomé, esto es, en 1634 <sup>1</sup>. Era D. Gabriel sujeto de fino gusto literario, y á fuer de celosísimo por la fama de su padre y de su tío, formó una colección selecta y escogida, «aunque no con la diligencia que podía haber puesto,» según lo advirtió en su tiempo el cronista Andrés de Ustarroz <sup>2</sup>. Así, pues, habiendo el dicho editor desconocido muchas preciosas rimas, algunas es-

<sup>1</sup> Falleció el 4 de febrero de 1631, según consta en su partida de óbito, inserta al fol. 615 del tomo III, año indicado, de los libros parroquiales de San Miguel de la Seo, de Zaragoza. Yerran, por consiguiente, los que, como Pellicer (*Biblioteca de traductores. Noticia biográfica de Bartolomé Leonardo*), han escrito que murió el 26 de aquel mes. Se equivoca también el autor de dicha *Biblioteca*, y cuantos hasta el día le han seguido, cuando dice que Lupercio nació en 1563 y Bartolomé en 1564; pues el primero vino al mundo el 14 de diciembre de 1559 y el segundo el 26 de agosto de 1562, como respectivamente se lee en los folios 90 vuelto y 127 vuelto del tomo II del libro de bautizados de la parroquial de Barbastro.

<sup>2</sup> Cap. III de la vida de Lupercio, *Segunda Parte de los Progresos de la Historia en el reino de Aragón*. Ms. de la Academia de la Historia.



critas ó impresas medio siglo antes del 1634, plácenos completar aquella edición príncipe <sup>1</sup> con otras composiciones de los dos aragoneses, ya esparcidas en libros viejos, ya publicadas por eruditos como Estala, Castro y otros, ya existentes en códices de las Bibliotecas Nacional de Madrid, del Museo Británico y del señor Conde de Benahavis <sup>2</sup>. Entre ellas se leerán poesías que bien pudieran disputar su puesto á las mejores de los Argensolas; tales, por ejemplo, son las tres sátiras de Bartolomé, en especial la del *Incógnito*, salvo la libertad con que reprende, y la epístola descriptiva de Lupercio al Dr. Vengochea. Y si bien haya algunas que pudieran ser tenidas por meras cu-

<sup>1</sup> Fueron dos las ediciones que, en el año de 1634, hizo de las *Rimas*, de los Argensolas, la misma imprenta de Zaragoza, si bien son casi iguales. Distingúense en que la que lleva el frontis grabado, además de la portada impresa, tiene, en la aprobación de Don Lorenzo Vander Hammen, indicado el año con sólo sus dos últimos números, mientras que en la que no lleva más que la portada impresa se lee 634; en los preliminares de aquélla, siempre que se repite el año, se ve escrito cuatro con *q* y no con *c*, como en ésta; las páginas 268 y 269 de la primera están numeradas por error 262 y 263, y lleva también entre los preliminares laudatorios un soneto de D. Francisco Diego de Sayas, que no se halla en la segunda.

<sup>2</sup> Los citados Mss. los distinguiremos, en las referencias que de ellos se hagan al pie de página, con las abreviaturss siguientes: B. N. M-250, B. N. M-251 (que son las signaturas que llevan en el catálogo de la Biblioteca Nacional), M. B. y C. B.

Algunas notas indicarán las fuentes bibliográficas á que pertenezcan otros trabajos, ya en prosa, ya en verso; y en ellas asimismo se esclarecerán en lo posible varios puntos de erudición.

riosidades bibliográficas, no dejan con todo de ofrecer interés histórico para las vidas de sus autores, ni de mostrar excelentes indicios de la corrección y tersura á que arribaron en sus más bellas producciones; no de otra suerte que en los primeros ensayos debidos al lápiz de Velázquez ó al cincel de Alonso Cano, vemos rasgos felicísimos que hacen presentir el cuadro de las Lanzas y la efigie de Nuestra Señora de Lebrija.

Es notorio no haberse incluído tampoco en la dicha edición las tres tragedias del mayor de los Argensolas, intituladas: *Filis*, *Isabela* y *Alejandra*. En aquella sazón caminaba el gusto del público por derroteros en todo contrarios á los que había seguido su autor consultando el modelo de la clásica antigüedad; imperaba el teatro de Lope, el poeta más espontáneo y genial del universo; y, aunque aquellas obras dramáticas habían sido ensalzadas por Cervantes en el capítulo XLVIII de la primera parte del *Quijote*, aconsejóse prudentemente D. Gabriel de la afición que en sus días dominaba, no dándolas á la estampa, bien que esto ha sido causa de que la *Filis* se perdiese. Pero si el descendiente de los vates de Barbastro pudo obrar con cordura, no menos acertada determinación fué la de López de Sedano, siglo y medio más tarde, al publicar en

el tomo VI de su *Parnaso* <sup>1</sup>, año de 1772, las dos tragedias que pudo encontrar. Teniendo en cuenta que hay eruditísimo historiador de nuestro teatro que se lamenta de que estas tragedias no sean más conocidas, y recordando el juicio que merecieron á Espinel y Agustín de Rojas, además del de Cervantes, hoy las reproducimos conformándonos con el texto de Sedano, pero notando al pie las variantes que existen en un códice que fué de la Biblioteca de Osuna <sup>2</sup> y en otro de D. Marcelino Menéndez Pelayo <sup>3</sup>, de letra de principios del siglo xvii, que contiene sólo la *Isabela*. Don Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado dice en su magnífico *Catálogo del teatro antiguo español* (página 211), y han repetido otros eruditos, que Sedano se valió de copias no muy fieles; mas, haciendo honor á la verdad, debe decirse que si este literato adoleció de gran precipitación al imprimir su *Parnaso*, si cometió graves yerros sobre los Argensolas <sup>4</sup>, en

<sup>1</sup> La *Isabela* ha sido reimpressa por D. E. de Ochoa en el tomo I del *Tesoro del teatro español*: París, 1838.

<sup>2</sup> Hoy en la Biblioteca Nacional. Lleva la signatura Yy-173, y contiene además otras poesías publicadas é inéditas, algunas de los Argensolas, otras de distintos autores.

<sup>3</sup> Las distinguiremos anteponiendo las siglas O y M respectivamente.

<sup>4</sup> Atribuyéndoles la epístola moral del capitán Hernández de Andrada y la brillante canción real de Mira de Amescua, y afirmando en el tomo VI que la edición príncipe de las *Rimas* fué hecha

esta ocasión, como puede verlo el lector curioso, anduvo bien aconsejado, presentando un texto más correcto á veces y más puro que el del Ms. de Osuna, á pesar de ser éste copia hecha, á mediados del siglo XVIII, del original que existía en el Colegio de los Escolapios de Barbastro, según se dice en una advertencia preliminar y en unos tercetos dirigidos por D. Pedro Espinosa y Fuertes al Duque de Osuna. De esta manera, pues, se publica hoy el texto verdadero de estas tragedias <sup>1</sup>, que si no ofrecen bellezas y atractivos de primer orden, son documentos que no deben desaparecer, antes han de ser muy diligentemente consultados por quien desee conocer en toda su transcendencia la historia de la dramática española.

Preciosas é interesantes son todas las obras en prosa de esta colección: ahora sean las sá-

el año 1615, bien que en el tomo III dejó sentado que no existía impresión anterior á la de 1634.

I De dicho texto solamente se ha ocupado D. Tomás Sebastián y Latre (que tuvo en su poder el Ms. original de Lupercio, por habérselo franqueado los Escolapios de Barbastro) en su *Ensayo sobre el teatro español*: Zaragoza, 1772. Pero no hace más que indicar tres versos de los muchos que faltan en la *Alejandra*. Uno de ellos (existente también en el Ms. de Osuna), por errata de imprenta, se ha omitido en la edición presente; y es en la última línea de la pág. 231, donde después de

Mujer amada,

debe leerse:

Tanto como tu celo y bondad dice,

tiras literarias de Bartolomé, que se titulan *Menipo*, *Demócrito* y *Dédalo*, en las cuales parece que el espíritu de Luciano Samosateno escribe con la pluma de Juan de Valdés, Villalobos ó Hurtado de Mendoza; ahora sean las consultas que sobre las comedias y otros asuntos pidieron á entrambos hermanos el monarca ó sus secretarios; ya los discursos que en una célebre Academia de Zaragoza pronunció Lupercio, ó las relaciones de fiestas notables y la información sobre las cualidades que han de adornar á un cronista, del Rector de Villahermosa; ya, en fin, sus cartas eruditas y familiares, en las que brillan su vasta cultura y el conocimiento práctico que tuvieron de todos los secretos de la lengua castellana.

Por razón de tal abundancia de materiales, esta colección constará de dos tomos, incluyéndose por separado en cada uno de ellos las respectivas obras en prosa y verso de cada cual de los hermanos. Y aquí debemos hacer notar que si la excesiva longitud de las dos tragedias, que van en este primer volumen, pudiera quitar alguna amenidad al conjunto, desde luego aseguramos á los lectores amantes de los Argensolas que se verán compensados en el segundo tomo, ya que la suerte ha favorecido nuestro rebusco con más obras y más variadas del Canónigo cesaraugustano.

Un mérito propio y particular tienen estos ensayos, sobre el que conviene decir breves palabras. Los *Anales de Aragón*, la *Conquista de las Malucas*, las *Relaciones de los sucesos de Zaragoza en 1591 y 92*, nos dan idea del exquisito espíritu de investigación de ambos ingenios y de su grande alteza de miras para escribir la historia; las *Rimas* nos muestran su talento poético; de sus conocimientos arqueológicos nos hablarían con elocuencia, sin duda alguna, los perdidos *Anales de Celtiberia*, de Lupercio: todas estas obras nos regalan con la erudición escogida, con la suavidad del estilo y con la corrección y propiedad del lenguaje; pero la personalidad literaria de los autores, la parte que les corresponde en la cultura aragonesa y en la general de España, el respeto que impusieron á todos, la estimación de que gozaron, campean en estos discursos, diálogos, cartas eruditas y opúsculos varios por manera tan singular, que claramente se ve en ellos haber sido los Argensolas los primeros literatos de Aragón, en aquellos años felices en que la cultura intelectual de este reino llegaba á su grado más alto de prosperidad y grandeza.

No hubo de suceder esto sin grandes contratiempos y dificultades, según que andaban los ánimos de los aragoneses, en el último tercio del siglo xvi, movidos é inquietos por distin-



tas causas, entre las que contábanse como principales y precursoras de trastornos y convulsiones terribles el nombramiento de Virrey extranjero, las revueltas del condado de Ribagorza, los pleitos del fisco con los señores de Ariza y de Ayerbe y las sanguinarias discordias entre moriscos y montañeses. Todas éstas fueron las premisas del patrocinio que en su día concedieron las turbas al maquiavélico Antonio Pérez y del tremendo drama que presencié la plaza del Mercado de Zaragoza la mañana del 20 de diciembre de 1591 con la muerte del desdichado Lanuza. En estos acontecimientos intervinieron muy de cerca Lupercio y Bartolomé <sup>1</sup>, y no menos su hermano el religioso agustino Fr. Pedro; y á pesar de esto, no abandonaron el trato con las musas ni desoyeron los consejos de Minerva, siendo verdaderamente admirable que en medio de aquellas

1 Véanse sus declaraciones en los procesos que se formaron y se hallan en el Archivo de la Academia de la Historia, procedentes del Monasterio de Poblet. En el vol. V, al fol. 818, comparece Lupercio como testigo, y en el vol. XXXVI, al fol. 310, declara en Madrid á 17 de noviembre de 1598, y á los folios 329-330 lo hace Bartolomé á 24 de marzo de 1599. Véanse asimismo los fragmentos de cartas escritas por los dos hermanos y las muchas referencias que de ellos se hacen en los *Comentarios de los sucesos de Aragón en los años 1591 y 1592*, escritos por el Conde de Luna y publicados por su heredero el último difunto Duque de Villahermosa, D. Marcelino, el año 1838: Madrid, imprenta de Pérez Dubrull.

inquietudes y de los vientos tan revueltos que reinaron durante largos años, florecieran en nuestro reino, como nunca, las ciencias y las letras.

No faltaron para ello á los Argensolas estímulos poderosos. En la Universidad de Huesca pudieron escuchar de los labios de sus profesores, de los cuales salía «libre la ciencia y la virtud triunfante,» lecciones de humanidades, filosofía y leyes, que completaron después en la de Zaragoza, donde no menos resplandecía el virtuoso y continuo trabajo de la cátedra en los varones que la desempeñaban. Allí Juan Lorenzo Palmireno y Pedro Simón Abril enseñaban los idiomas y los preceptos clásicos con regocijo de la filología y de la retórica; allí Fr. Diego de Espés, el Dr. Llorente y el cardenal Javierre realzaban la ciencia de Dios y de la naturaleza; allí encontraban la del foro y de los cánones eximios representantes en Miravete de Blancas, Serveto de Aníñón, Pedro Calixto Remírez, Jerónimo Portolés y D. Martín Carrillo; allí se empeñaban en difundir sus conocimientos en la medicina los Dres. Valderrama y Juan Sala, quien, á la vez que á Esculapio, quemaba incienso en los altares de Apolo en la buena compañía de Jerónimo Vidal y Gregorio J. Palacios; allí, en fin, otros muchos ingenios, en varias cien-

cias peritísimos, completaban el cuadro de profesores, entre los que ocupaban preeminente lugar el flamenco Andrés Escoto y el español Fr. Luis de Aliaga, más simpático por haber sido maestro de San Vicente de Paul<sup>1</sup> que por su talento y ambición y su arte para ejercitar la intriga. Á casi todos ellos tratarían sin duda los Argensolas, ya como discípulos, ya como amigos; de algunos, como Escoto, se acordaron siempre con agradecimiento; con otros, como D. Bartolomé Llorente, mantuvieron largas relaciones literarias, según de ello da prueba esta colección.

Aleccionada por tales maestros la florida juventud que frecuentaba las aulas zaragozanas, competía en las lides del talento con los magnates, el clero y el pueblo, ennobleciendo con su inteligencia las justas y fiestas literarias que se celebraban en la antigua Salduba y probando su entusiasmo y bien guiados estudios por alcanzar la palma del ingenio. Entonces, ya en los últimos años del siglo xvi, ya en los primeros del siguiente, celebráronse en la ciudad cesaraugustana certámenes á Feli-

1 Léase el cuadro de la Universidad de Zaragoza trazado por el Dr. Hernández Fajarnés en su reciente y precioso libro sobre *San Vicente de Paul*, donde con razones graves y convincentes reivindica para la villa de Tamarite de Litera (provincia de Huesca) la gloria de haber dado cuna al Apóstol de los pobres.

pe II, á la elección de Inquisidor general en la persona de Fr. Luis de Aliaga, á Cerbuna, á la beatificación de Santa Teresa y á otros asuntos; entonces el célebre manco sano, el herido en Lepanto, el príncipe de los ingenios, amigo ilustre de los Argensolas, concurría, juntamente con Fr. Pedro Leornado, por los años de 1595, con unas quintillas enviadas desde Sevilla, á la justa poética que á la canonización de San Jacinto <sup>1</sup> se celebraba en el Convento de dominicos, aumentando así el honor de nuestra patria, de cuyos caballeros hubo de decir más tarde que eran los primeros del mundo.

En tales días no faltaron tampoco en la tierra aragonesa espíritus nobles y bien intencionados que, invirtiendo sus ratos de ocio en el cultivo de las letras, dieran con sus amenas y honradas tareas paz al espíritu, satisfacciones al corazón, luz al entendimiento. La hermosura contribuía á darles realce y estímulo á los que se aprestaban á luchar en el campo del talento: así, en 1608, se erigía, por las Condesas de Guimerá y de Eril, la *Pítima de la ociosidad*, á la cual dotaron estas damas de estatutos, y en la que se admitían individuos de ambos sexos y cultivábanse las cien-

<sup>1</sup> La describió el cronista Jerónimo Martel y fué impresa por Lorenzo de Robles, en Zaragoza, año *ut supra*.

cias y las humanidades <sup>1</sup>; así se había fundado antes de aquella fecha otra academia presidida algún día por Lupercio Leonardo, en la que pronunció dos discretas y eruditas arengas, y á la cual dedicó ausente la fábula de Apolo y Dafne <sup>2</sup>.

Á semejanza de éstas de Zaragoza tenía también Huesca sus literarias asambleas, como la que en 1610 vió reunidos á hombres doctísimos <sup>3</sup>, y fué precursora de la que más tarde se congregó en la casa de D. Vincencio Juan de Lastanosa, el Médicis aragonés, uno de los caballeros más sabios é ilustres de la España de su tiempo, según testimonio de propios y extraños <sup>4</sup>. Al calor de estas reuniones, que tenían lugar en la vetusta Osca ó en las márgenes del caudaloso Ebro, debieron de germinar ó desarrollarse amistades que fueron de tanto honor y beneficio para la patria literatura, de las cuales no es posible dejar de mencionar la que existió entre el carmelita Fr. Jerónimo de

<sup>1</sup> Bib. Nac.—Ms. M, 35.

<sup>2</sup> Dice Latassa que D. Joaquín Traggia poseía dicha fábula; pero no se halla entre los muchos volúmenes Mss. que de este escolapio posee la Academia de la Historia.

También existieron en Zaragoza otras academias (que se indicarán en otro lugar), y cuya antigüedad puede remontarse á los días de los Argensolas.

<sup>3</sup> Bib. Nac.—Ms. Cc, 57.

<sup>4</sup> Chap. XXXIII, *Voyage d'Espagne*: Cologne, Pierre Marteau, 1666. (Su autor, Van Aarsens de Sommerdyck.)

San José y los dos insignes poetas de Barbastro, y que se ostentó con toda la lozanía de los respetos y afectos que los unieron, en la frecuente correspondencia epistolar sostenida por el Canónigo con el autor amabilísimo del *Genio de la Historia*.

Y aquí bueno es advertir que estas academias literarias, cuyas tareas trazaba Lupercio con delicada medida, modestia y elegancia, si en ciertas ocasiones los que asistieron á ellas llegaron á malograr sus ingenios cantando ó hablando sobre asuntos triviales, nunca debieron de adolecer de aquella enfermedad que atacó á casi todas las sociedades de igual índole, y en las que los arrojamientos y menosprecios, las demasías y pependencias mancharon frecuentemente los laureles conquistados en honrosas lides, según puede colegirse de las mismas palabras de Lupercio.

Fuera tal vez impropio, y largo para ser tratado en este sitio, el recordar los muchos colegios y casas de estudios que acrecían en aquel tiempo la cultura de las ciudades aragonesas y los sujetos de todas condiciones que, compitiendo en letras, ciencias y artes, arrojábanse á coger «del agua de Castalia y Helicon», y se envanecían con la docta y amigable conversación de los Leonardos; mas no es posible pasar en silencio el empeño que tenían la



mayor parte de los ingenios de su tiempo en honrar sus escritos con algún rasgo de los Argensolas. Así, cuando un prócer como D. Martín de Bolea y Castro daba á la estampa en 1578 su poema de *Orlando determinado*, buscaba para sus preliminares la buena compañía de estos ingenios, á pesar de sus verdes años; cuando un famoso poeta como Micer Andrés Rey de Artieda coleccionaba y publicaba en 1605 sus *Discursos, epístolas y epigramas*, anhelaba que el panegírico de su obra lo hiciera la pluma de Lupercio; cuando, por último, cualquier escritor componía una obra en prosa ó verso, no la entregaba á la imprenta sin haberla consultado antes con nuestros célebres Leonardos. Y más: los diputados del reino de Aragón no intentaban cosa que con la historia y la literatura en general se rozase sin consultarlo particularmente con sus cronistas, los Argensolas, á quienes colmaban de honores y distinciones.

La misma autoridad gozaron los dos hermanos fuera de su patria nativa y aun fuera de España. Ahora eran el épico Juan Rufo, el novelista Vicente Espinel, el capitán Medina Barba ó el P. Fr. Bartolomé Ponce, quienes solicitaban sus elogios; ahora era en Italia donde se admiraba la bizarría de sus ingenios, en las frecuentes sesiones que celebraba en el

palacio del virrey de Nápoles la Academia de los Ociosos, y cuyo programa hacía por lo común el secretario de Estado y Guerra del Conde de Lemos, nuestro Lupericio, adiestrado ya en las academias de Zaragoza y en la Imitatoria de Madrid. No era menor la honra que merecían de hombres sabios de otras naciones, como Justo Lipsio, con el cual sostuvieron larga correspondencia en la lengua de Cicerón, manejándola con igual soltura y elegancia que la propia y nativa <sup>1</sup>.

Vióseles á estos hijos de Barbastro, en todo momento, rodeados de prestigio y autoridad. Cervantes, Lope, Valdivielso y otros cien ingenios los ensalzaban y ponían en la primera fila entre los varones insignes de su tiempo. Los ministros del Rey los llamaban á sus consejos; y cuando en los días de Felipe III un detentador de los derechos de la Corona conducía á su ruína la ingente España de Car-

<sup>1</sup> De buen grado hubiéramos reproducido las cartas que se cruzaron entre Lipsio y los Leonardos, acompañadas de una versión en nuestra lengua; pero no les damos cabida, porque llamándose esta Colección de ESCRITORES CASTELLANOS, creemos que sólo debe publicarse en ella lo escrito en lengua de Castilla. Los curiosos podrán gustar de las bellezas de forma que abrillantan esas epístolas, en la *Biblioteca de traductores* de Pellicer (páginas 74-82, 151-133), donde se hallan impresas; y convendrán en que no nos ciega el amor de patria si decimos aquí que las cartas de los aragoneses superan en bizarría y elegancia sintáctica á las de su amigo el sabio extranjero.

los V; cuando hervía la corte en intrigas y favoritismos, y vendíanse los destinos públicamente y los más terribles corsarios para el oro que venía de las Indias navegaban á placer en la capital del reino, unidos sus esfuerzos á los de otras plumas valentísimas, contribuían á detener á aquella sociedad que caminaba hacia su ruína y acabamiento. Así, á la austera voz del P. Juan de Mariana, que clamaba contra tales desórdenes, y á la profunda ironía del gran Quevedo, juntábase la palabra reposada y elocuente de Bartolomé Leonardo emitiendo luminosos informes sobre los remedios que podían aplicarse contra los vicios y enfermedades que minaban la corte, y escribiendo aquellas sátiras en que, revestido del espíritu de Juvenal, quitaba la máscara al hipócrita disfrazado de prudente, al avaro ruín, al ocioso cobarde, al ridículo petimetre, al fatuo y presuntuoso hidalgo.

De esta suerte aparecen en la historia general y en la particular de Aragón los Argensolas, como modelos de buenos patricios y de buenos literatos: tales los demostrará asimismo la lectura de estas obras sueltas que hoy publicamos. Por los cargos públicos que desempeñaron, por las tremendas crisis sociales en que tomaron parte, por el ejemplo de integridad y honor que dieron al mundo, no les fal-

tó nunca el respeto y la veneración de sus conciudadanos; por su rica y varia cultura, por sus aptitudes y facultades peregrinas en cuantos géneros literarios se ejercitaron, granjeáronse el respeto de los varones más doctos de su siglo; por su vida honrada y provechosa al bienestar común, por los monumentos que dejaron de su ingenio, por su memoria de todos bendecida, fueron modelo de caballeros, aliento de los estudiosos, emulación de los sabios, ornamento de Aragón, gloria de España.

Muchos años han transcurrido desde su muerte; muchas doctrinas y sistemas se han presentado en el teatro del mundo; gran diferencia corre entre las ideas que prevalecen hoy en día y las que privaban en los tiempos de los Argensolas; pero, á pesar de tanta distancia de años y de ideas, la estimación que nos merecen estos varones no sólo no ha menguado, sino que se ha apurado y aquilatado con el tiempo, al revés de otras celebridades y renombres que, si brillaron un día, han caído ya en la sima del olvido. Y la razón de esto es porque, atenidos los Argensolas á cultivar en sus escritos el ideal de la eterna hermosura, consiguieron traspasarla á sus obras, y estas obras los han colocado en el templo de la inmortalidad para que sirvan de modelo á cuantos cultivan la belleza artística. El arte litera-

rio tiene, como toda arte, mucho de concreto, limitado y relativo; pero mucho también de ideal y absoluto. No basta que la palabra brote espontánea y brillante como el cristal de las claras fuentes: es preciso además, para que llegue á su perfección, que el escritor logre darle una forma bella y exquisita, y esto no se consigue sino con el bien encaminado estudio, con el trabajo perseverante y tenaz, y emulando la gloria de aquellos autores que ofrecieron en sus escritos ejemplares de perfecta hermosura. Esto hicieron los Argensolas, y por esto viven y vivirán eternamente en la memoria de los hombres; por esto serán modelos perdurables á cuantos deseen en España cultivar el arte de la belleza literaria; por esto, al par de Garcilaso, y León y Cervantes, se citarán siempre aquellos dos ingenios, tan hermanos en la sangre como en el entendimiento, que, al decir de Lope de Vega, fueron de Aragón á Castilla á reformar la lengua castellana.

EL CONDE DE LA VIÑAZA.

ZARAGOZA, 21 de febrero de 1889.





# POESÍAS LÍRICAS

---

## SONETOS







## I.

### Á VICENTE ESPINEL <sup>1</sup>.

QUIEN duda que pudiese del infierno  
Suspende las tormentas y la ira,  
Al dulce son de la famosa lira  
(Publicando su pena), un pecho tierno.

Oya tu canto Píndaro moderno  
(Á cuya emulación ninguno aspira),  
Y verá que hace más, que á Febo admira  
Trocando de sus cosas el gobierno:

Que está ya mudo el lauro, que solía  
(De los casos futuros adivino)

Dar al mundo respuestas tan confusas:

Y por templar de muchos la osadía,  
Su santa voz ha puesto en un Espino,  
Y espinas son defensa de sus Musas.

<sup>1</sup> Se lee, entre las poesías encomiásticas, en el libro: *Diversas rimas de Vicente Espinel... con el Arte Poética*, y algunas Odas de Oracio (sic), traducidas en verso castellano. Madrid, Luis Sánchez, M.D.XCI. 8.<sup>o</sup>, 16 hojas prels. y 166 fols.

## II.

## AL CAPITÁN

D. DIEGO GONZÁLEZ DE MEDINA BARBA <sup>1</sup>.

BURLÓSE del filósofo elocuente  
Aníbal, cuando quiso en su presencia  
Enseñar (ostentando su gran ciencia)  
Lo que hacer debe un capitán prudente:  
Porque esto no se alcanza solamente  
Con estudio continuo y diligencia,  
Si el valor falta propio y la experiencia,  
En que tan grave peso se sustente.  
Pero si á tí, Señor, en quien Medina  
(Renombre antiguo) nueva fama cobra,  
Oyera en este tiempo el Africano,  
Admitiera, admirado, tu doctrina,  
Pues en tí, lo que al otro faltó, sobra,  
Valor, ingenio y aprobada mano.

1 Va al frente del libro titulado: *Examen de fortificación, hecho por D. Diego González de Medina Barba, natural de Burgos. Dirigido al rey nuestro señor D. Felipe III.* (Escudo de armas imperiales.) *Con privilegio, en Madrid, en la imprenta del Licenciado Varez de Castro. Año de M.D.XC.IX años.* (Al dorso de la portada el escudo de armas del Autor.) 8.º, 6 hojas prels., 221 páginas y 6 de tabla. Una lámina suelta al fin, y numerosos grabados intercalados en el texto.

## III.

Á MICER ANDRÉS REY DE ARTIEDA <sup>1</sup>.

EL vulgo vano (siervo de la fama  
Que de estatuas y títulos se admira),  
Á la ganancia vil atento aspira,  
Y á todo lo demás vanidad llama:

El sabio la virtud sin prendas ama,  
Por los títulos vanos no suspira,  
De la ganancia infame se retira  
Y sólo así se alumbra con su llama.

Desto nos dejas admirable ejemplo,  
Oh Diógenes nuevo, no rendido  
Al favor de Alejandros ó Mecenas.

En tí dos graves Scévolas contemplo,  
Uno del justo Marte favorito,  
Otro de la que dió su nombre á Atenas.

<sup>1</sup> Está entre los sonetos encomiásticos que se encuentran al principio del libro: *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro*. Sacados á luz por Micer Andrés Rey de Artieda. Çaragoça, Angelo Tauano, 1605. 4.º, 8 hojas prels. y 128 págs.

IV <sup>1</sup>.

PORQUE de sus donaires no me río,  
 Y <sup>2</sup> arrojo por la boca y ojos llama,  
 Cual otro Mongibel, dice una dama  
*De corte que soy muy* <sup>3</sup> necio y frío.

Y si fuera el *oprobio* <sup>4</sup> sólo mío,  
*Pasara fácilmente por tal* <sup>5</sup> fama;  
*Mas como toca tanto á* <sup>6</sup> quien me ama  
 Y *es* <sup>7</sup> llamar á su gusto desvarío,

Respondo por entrambos que no crea  
 En *aquellos efectos y* <sup>8</sup> apariencia  
 Que *á los ojos se ofrecen* <sup>9</sup> solamente,

*Porque* <sup>10</sup> no es necio quien saber desea,  
 Ni tras *seis* <sup>11</sup> años de rabiosa ausencia  
 Es frío quien se abrasa y está ausente.

<sup>1</sup> Lo publicó D. Adolfo de Castro (cuyo texto reproduzco) entre las poesías de los Argensola, en la *Colección de Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, tomo II.—Tomo 42 de la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra.

En los Mss. C. B. y M. B. se leen las variantes indicadas á continuación.

<sup>2</sup> Ni—<sup>3</sup> (Dama de corte) que soy—<sup>4</sup> agravio—<sup>5</sup> Nunca yo me agraviara desta—<sup>6</sup> Pero como es ofensa de—<sup>7</sup> (*No existe aquella palabra.*)—<sup>8</sup> su imaginación, ni en la—<sup>9</sup> se ofrece á la vista—<sup>10</sup> Y que—<sup>11</sup> tres

## V.

Á UN MANCEBO Y Á UNA DONCELLA NOBLES,

QUE SE HABÍAN CRIADO JUNTOS DESDE  
NIÑOS, HASTA EDAD MAYOR, EN QUE PODÍA TENER PELIGRO 1.

SILVIO, en tu edad ningún peligro hay leve:  
Ya comienzas á hablar con voz oscura,  
Y á extender sombra el bozo en tu blancura  
Sobre ese labio superior se atreve.  
Y en tí, Drusila, de sutil relieve  
Ya el pecho sus dos bultos apresura,  
Y en cada cual, sobre la cumbre pura,  
Vivo forma un rubí su centro breve.

Sienta vuestra amistad leyes mayores  
De hoy más, que en la sencilla inadvertencia  
Cubre amor con silencio su veneno.

Fiel ha sido hasta aquí vuestra frecuencia;  
Mas si áspides admite un suelo ameno,  
Con razón pierden crédito sus flores.

1 Ms. M-251 de la B. N., en el cual se lee también el soneto que va á continuación del presente.

## VI.

## AL DESEO.

QUÉ obligación me corre de cumplirte  
Deseo traidor, si desde que te trato  
No he podido jamás de cruel é ingrato  
Á que me lo agradezcas, persuadirte?

Pierdo cuanto bien tengo, por seguirte,  
Pensando á veces que me estás barato:  
Si no te cumplo, mátsame, y me mato;  
Y si te cumplo, al punto tienes de irte.

Si resuelvo el cumplirte, por matarte,  
Por vengarme de tí, de mí me vengo,  
Pues habré de morir de arrepentido.

En fin, ni sé tenerte, ni dejarte;  
Pues para te matar, á morir vengo,  
Porque mueres y matas de cumplido.

VII <sup>1</sup>.

DESCUIDADO del lauro que ennoblece,  
 En una choza pobre se aposenta,  
 Con mesa no dorada se sustenta  
 Y de pequeños bienes se enriquece.  
 Los miembros al descanso alegre ofrece,  
 Y de solas sus redes tiene cuenta:

1 Ms. M-250 de la B. N.—En el mismo se hallan todos los sonetos siguientes.

Como curiosidad bibliográfica los reproducimos ahora; no como modelos literarios, pues si el código de donde proceden no nos ofreciere motivos para atribuírselos con algún fundamento al secretario de la Emperatriz, podrían la sintaxis violenta y los versos incorrectos que á veces se notarán, convencernos de que no habían brotado de la misma pluma que escribió aquellos sonetos que comienzan:

—En vano se me oponen las montañas,  
 —Si acaso en la frente Galatea,  
 —Si amor quiere que siga sus antojos.

En el mismo Ms. se leen también otros más atribuídos á Lupericio, que empiezan de esta manera:

—Doña Antonia los campos eliseos,  
 —El tiempo y la fortuna derribarme,  
 —La piel en que con sangre de el Cerbero,  
 —Por sólo un lance y sin hacerle estaba,  
 —Si entre esas blandas plumas mejicanas;

pero su estilo afectado ú obscuro, además de que se halla mendaz alguno de ellos, nos impide publicarlos.

Ni la bélica trompa le amedrenta,  
Ni el temor del suceso le entristece,  
Ni le aflige el oráculo dudoso,  
Ni el envidiado cetro considera,  
Si lo ha de arrebatár violenta parca.  
¡Oh cien veces Amiclas más dichoso,  
Que quien imaginó que obedeciera  
El mar á su fortuna y á tu barca!

### VIII.

EN los brazos de Lamia el viejo amante,  
Cremes, cantaba con sonoro acento,  
Cual Cisne al despedirse con lamento,  
En todo al propio cisne semejante.

Barba y cabeza cana, y el semblante  
Que juzgarás que pasa de los ciento;  
Mas esto puede amor, que en un momento,  
Cual fuego, el hierro enciende en un instante

Al fin de compasión Lamia movida  
Para que de su pecho el fuego puro  
Huyendo fuese de la nieve helada,

Por premio le dió un beso enternecida,  
Diciendo: por lo menos va seguro,  
Que, pues que no es mordaz, no importa na



## IX.

EN sus ligeras alas confiado,  
 Dícelo así la fama, sale huyendo  
 El atrevido Ícaro subiendo  
 Do el sol ardiente á nadie ha perdonado.

Pagó su atrevimiento el desdichado,  
 Y á Apolo el gran Neptuno obedeciendo,  
 En sus soberbias olas sumergiendo,  
 Sepultura le dió en el mar salado.

¿Es menos poderoso el sol ardiente  
 Que sale de los ojos soberanos  
 De Laura bella? dí, Lisandro amigo.

¡Pues do subes tan alto! Paso tente,  
 Y no llares los dioses inhumanos,  
 Si te dieren de Ícaro el castigo.

## X.

ESTA fuerza que oprime interiormente,  
 De mis sentidos la suprema parte,  
 No es bélico furor del fiero Marte,  
 Que otra más dulce guerra el alma siente.

Esparce por las venas lentamente  
 Fuego que engendró el cielo de Anaxarte;  
 Filis, disculpa tienes de abrasarte,  
 Y tú el pago de ingrata justamente.

Pensamiento glorioso, no os espante  
 Vivir entre imposibles, que esta gloria  
 No tiene ley que alcance los sentidos.

Y este amoroso incendio, hecho otro Atlante,  
 Sufro, pues no se alcanza la victoria  
 Sino en muerte de amor de los sentidos.

## XI.

HASTA cuándo, Babel, piensas que el cielo  
Ha de sufrir tu loco atrevimiento?  
Retén el curso, enfrena el pensamiento,  
Que muy grande caída da un gran vuelo.

Ya tu desdicha pronostica el suelo,  
Que sabe que no dura lo violento;  
Y la ambición es falso fundamento,  
Por más que encubra su dañoso celo.

Escarmienta en las plumas abrasadas  
De el sin ventura Ícaro atrevido,  
Por quien fundó su padre un templo en Cumas,  
Ó en quien, por ver sus glorias levantadas,  
Con sus caballos y ellas sumergido,  
De Eridano se vió entre sus espumas.

## XII.

Y A murió Coridón, Dios le perdone:  
 Á su mujer consuele en tal trabajo,  
 Al sucesor le libre de otro tajo  
 Si las manos en él Vergara pone.

Antes que el triste Kirie el cura entone  
 Ó que de la md. <sup>1</sup> suene el badajo,  
 Que bajen el difunto al cuarto bajo  
 Ó en el barrio su muerte se pregone.

Amor corta las tocas, manto y luto  
 De la reciente viuda, dando traza  
 Que al nuevo traje el rostro no desmienta.

Que no quiere que cese su tributo,  
 Ni le espante las lágrimas la caza,  
 Ni aun un momento: ved qué extraña cuenta.

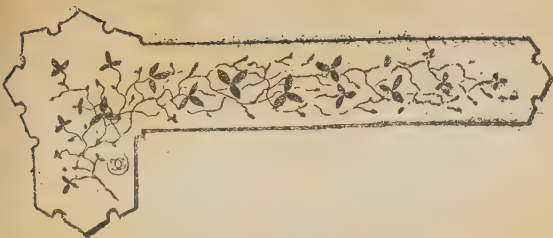
<sup>1</sup> La abreviatura es, sin duda alguna, del nombre *Merced*, supliéndose el substantivo *Convento* de la...





EPÍSTOLAS  
Y POESÍAS VARIAS





Á SU HERMANO

BARTOLOMÉ LEONARDO <sup>1</sup>.

ENTRE esas peñas ásperas y yertas  
Con las nieves cubiertas, cuyas cumbres  
De oscuras nubes siempre están cubiertas,  
Ya reprehendiendo al pueblo sus costumbres,  
Ya por él ofreciendo sacrificios,  
Tocas las Aras entre sacras lumbres:  
Y ya escuchando sus enormes vicios,  
De Juez severo y de padre humano

<sup>1</sup> Fué en los últimos años del siglo xvi, cuando, hallándose en Madrid Lupercio, dirigió esta carta á su hermano Bartolomé, á la sazón cura párroco ó rector de Villahermosa.

La publicó Pellicer en las Noticias biográficas de Lupercio que van al frente de su *Biblioteca de traductores españoles, Madrid, Antonio de Sancha, M.DCC.LXXVIII*, consignando que la había hallado en un códice antiguo de las poesías de los dos hermanos, que poseía D. Bernardo de Iriarte. Este Ms. es el que fué luego de Salvá y hoy del Conde de Benahavis.— Hállase también la epístola en el Ms. M. B.

Estás ejercitando los oficios:

Y Dios no quiso, dulce y caro hermano,  
Que aquel primero y venturoso día  
Que vino por tus voces á tu mano,  
La pudiera besar en compañía  
De los piadosos padres, y ofrecerte  
Lágrimas de ternura y alegría:

Ni que de nuestro Pedro, cuando al fuerte  
Yugo acabó de echar el postrer lazo,  
Que solamente romperá la muerte,  
Pudiese recibir el tierno abrazo,  
Con que suelen del mundo despedirse  
Los que llama la Iglesia á su regazo.

¿Quién viera vuestros pechos derretirse  
En amor, cuando os vísteis en Valencia,  
Y fué forzoso á cada cual partirse?

¡Qué gozo me quitaste, dura ausencia,  
De dos prendas del alma, dos hermanos,  
Á cuya edad desmiente la prudencia!

El uno para ungir las sacras manos  
En edad ilegítima esperaba  
Lo que piden los príncipes romanos;  
El otro con saber que se obligaba  
Á doblado trabajo, no repara  
En ver que un año entero le faltaba.

La casa de sus padres desampara;  
Y aunque los mira en el umbral tendidos,  
Que le impiden el paso no repara.

Pasa por ellos sordo á sus gemidos,  
No con entrañas duras, sino pías,  
Luchando la razón con los sentidos.

De dos tales hermanos, tales días



Me quitó el fiero buitre, cuyo cebo  
Son cotidiano las entrañas mías.

¿Dónde podré probar, si aquí no pruebo,  
El enredo sin fin deste negocio,  
Y el amor que á su dueño tengo y debo?

Pues há seis años que un momento de ocio  
No gozo, ni he gozado, como digo,  
De verte ejercitar el Sacerdocio:

Y ya se cumplen dos que me fatigo  
En este laberinto, en esta Corte,  
De vanas esperanzas cruel castigo;

Sin poder acarrear cosa que importe  
Más que la Flota, que el pasado agosto  
Hizo experiencia del rigor del Norte.

Pues mientras en mi pecho hierva el mosto  
De todas estas cosas, porque el humo  
Ahoga cuando está en lugar angosto,

Aunque me ha de costar trabajo sumo,  
Quiérole dar salida por la pluma,  
Que há mucho que callando me consumo.

Haré de mis trabajos breve suma;  
Verasme en este infierno ó purgatorio,  
Para que más en él no me consuma.

Que si del soberano Consistorio  
Para el que en el infierno padecía  
Tan grande indulto pudo haber Gregorio;

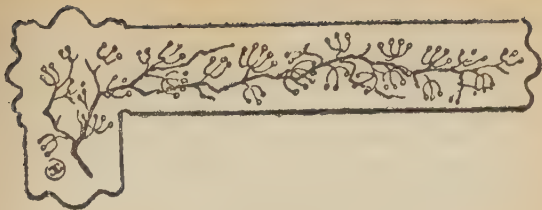
No será temeraria la fe mía,  
Si de tu intercesión, hermano, espero  
El bien que estoy pidiendo noche y día.

Volviendo al tema, digo que no quiero,  
Como si de Madrid hiciese historia,  
Poner su descripción aquí primero;

Que se le pague todo el sueldo  
 y que se le pague todo el sueldo  
 para que no pague nada de nada.

Muchas gracias a todos los señores  
 que me han dado su apoyo  
 y a todos los señores que me han dado su apoyo.





AL DOCTOR

## DOMINGO DE VENGOCHEA <sup>1</sup>.

EN esta enfermedad tan importuna  
Alivio fué venir á nuestra aldea,  
Que cual ella no pienso que hay ninguna.  
Porque si, ausente, la ciudad desea

<sup>1</sup> Después de la muerte de la Emperatriz Doña María de Austria, hermana de Felipe II, acaecida en Madrid el 22 de febrero de 1603, marchó Lupercio en agosto de igual año á Zaragoza, donde, lejos de los cuidados de la corte, vivió entregado al estudio, á la frecuente comunicación con las musas y al trato de personajes ilustres por su virtud, su talento ó su cuna. Era una de sus amistades más cariñosas la que le unía al insigne Magistrado y Doctor D. Domingo de Vengochea, natural de Teruel, en cuya ciudad y tierra desempeñó los cargos de Asesor y Lugarteniente de Presidente de Capitán, y después en Zaragoza, durante seis años, los de Lugarteniente del Justicia, y miembro como tal del Real Consejo de Aragón en la Audiencia del Reino.

Mas perturbó á Lupercio aquella paz y honradísimas satisfacciones que halagaban su vida, una cruel enfermedad que le puso en peligro de muerte y de la que curó tras larga y penosa convalecencia. Convaleció el poeta en la casa que poseía en el pueblo de Monzalbarba, á orillas del Ebro, una hora distante de la capital; y, á fin de proporcionarle algún rato de distracción y para que

El que huye della, la tendrá en un hora,  
Como quien por el campo se pasea.

Pues el camino ¿es malo? si Pandora  
Tuvo patria, ésta fué, porque el deseo  
Aquí, con la experiencia se mejora.

De Monzalbarba á Zaragoza creo,  
Al fin, no hay un camino en todo el orbe  
De más comodidad y más recreo.

emitiese su dictamen, envióle entonces Vengochea el manuscrito de un libro compuesto, en honra y exaltación de su orden, por cierto religioso carmelita del convento de San José de Zaragoza, llamado Fr. Valero Ximénez de Embún. Era éste hermano de Don Antonio Ximénez de Embún, que tuvo por mujer á Doña María de Vengochea, prima hermana del Consejero, y, á pesar de que contaba pocos años, tenía los títulos de Maestro en artes y Lector en teología en su convento (recién fundado por los esfuerzos del Provincial Fr. Alonso de los Ángeles y de altos personajes de la metrópoli aragonesa). Por sus virtudes y su ciencia Fr. Valero fué, en edad madura, Obispo electo de Alger en Cerdeña; y el convento cesaraugustano le consideró siempre como uno de sus hijos más preclaros, por lo cual su retrato estuvo expuesto en sus claustros para ejemplo y edificación de todos, hasta que desapareció, por desdicha, en medio del huracán revolucionario que en nuestra patria ha devastado tantas glorias y recuerdos venerandos.

No desmiente la altísima justificación de estos premios y honores que, en vida y muerte, alcanzó Fr. Valero, la opinión que de su libro consignó Lupercio de Argensola en los gallardísimos tercetos dirigidos á su amigo D. Domingo de Vengochea. Así fué que lícita y justamente envanecido el carmelita por tan honrosa censura, la puso al frente de su obra, que impresa lleva este título: *Estímulo á la devoción de la antigua orden de Nuestra Señora del Carmen... Zaragoza, Angelo Tauano, 1604*. La posteridad sólo lamenta que el esclarecido teólogo no le haya legado íntegra la Epístola de su egregio panegirista.

La *Revista de Aragón* la publicó el año 1878, núm. 8, juntamente con un artículo ilustrativo del distinguido poeta y escritor aragonés D. Julio Monreal y Ximénez de Embún.

Sin que á la vista algún objeto estorbe,  
Hace margen á un lado el grande río,  
Que á veces campos y edificios sorbe.

Invierno, primavera, otoño, estío,  
Nunca el avaro labrador consiente  
Que vuelva de sus márgenes vacío.

Ya, con espigas rubias, la simiente  
Pródigo restituye con usura;  
Ya del gran Baco el fruto más ardiente.

La guinda, la ciruela, la madura  
Pera, el higo meloso; la manzana,  
Dando fe su color de su dulzura,

Á la púrpura antigua y á la grana  
Haciendo injuria, y al color afea  
Á la etiope gente y africana.

No frutos fugitivos, nadie crea  
Que éstos son, como á Tántalo sediento,  
Los que en vano se ofrecen y desea.

Privado, con dolor, de tal contento,  
Flaco y cerca los leños, entre pieles,  
Estaba yo, Señor, á un fuego lento.

Cuando tú, de otro nuevo docto Apeles,  
Objeto más hermoso me mostraste,  
Que heredó del primero los pinceles.

El gran Monte Carmelo me llevaste,  
Con sus padres antiguos, donde Elías  
Allanaba las dudas sin contraste.

En regiones ardientes y las frías,  
Llenas de monasterios desta gente,  
Con mantos blancos, con extrañas pías.

Y como Dios piadoso no consiente  
Que el peligro á la fuerza humana exceda,

Y es su socorro cierto y eminente;  
Antes con infalible y cierta rueda  
Quiere que á los autores de algún vicio,  
Algún autor de la virtud suceda.

Que con santo instituto el edificio  
Sustente dignamente de su templo,  
Con desnudez, con saco, con cilicio;  
Con leyes rigurosas, con ejemplo,  
Con que el legislador más hace y puede,  
Un Domingo, un Francisco aquí contemplo.

No se puede decir que el arte excede  
Á la materia aquí, que es Dios, mas luego  
Á la materia el arte le sucede.

Condescendiendo amable con mi ruego  
El libro me dejaste, y apetito  
De añadir su lición á mi sosiego.

Yo pregunté quién era el que había escrito  
Historia, que no hay pecho á quien no asombre  
El ámbito abarcar de su distrito;

Tú me dijiste que era Embún su nombre,  
Del Carmen su instituto, y admireme  
Que pueda tanto, en tierna edad, un hombre,

Que á la amigable luz de noche queme  
Las pestañas, buscando las liciones  
Con que en la santa cátedra se extreme;

Y que, en su religión, de ocupaciones  
Cargado, pueda declarar misterios,  
Y buscar de la historia los rincones.

¡Oh gran Valerio! Tú de los Valerios,  
Que ilustran nuestra patria, y en el cielo  
Estrellas son de claros ministerios,

El número acrecientas, y en tu celo

Esperamos los vivos ver sus obras,  
¡Tales frutos produce el gran Carmelo!

Y dichoso también, que luego cobras  
El premio del trabajo con que tanto,  
Á tantos hoy que al mundo asombran sobras.

No sólo porque aqueso manto blanco  
El premio te promete, merecido  
De los que guardan su instituto santo;

Sino por ser aceto y admitido,  
Mas antes celebrado del gran Chea <sup>1</sup>,  
Entre insignes insigne y escogido.

Al fin yo me he salido de mi aldea  
Tras este auctor; volvamos, pluma mía,

.....  
.....

<sup>1</sup> Contracción de Vengochea. No sabemos si Lupercio la usó porque á ello le obligase la medida del verso, ó porque de tal manera nombraran familiarmente sus amigos al ilustre turolense.







PROEMIO EN CERTAMEN  
DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO <sup>1</sup>.

DESPUÉS que al fiero egipcio inadvertido  
Á vuelta de los carros y su gente,  
Fué en las profundas olas sumergido,

El pueblo amado entonces dulcemente  
Comenzó de cantar con voz sonora,  
La grande maravilla abiertamente.

Levantad las acciones, pues, ahora,  
Varones escogidos, entre tanto  
Que la escuadra tartárea gime y llora.

Entonemos nosotros dulce canto,  
Cantemos al Señor que con su mano  
Nos quiso libertar de eterno llanto;

Derribó la soberbia del tirano  
En el profundo mar de su clemencia,  
Navegando el del mundo barco humano.

¡Oh suma caridad, eterna esencia

<sup>1</sup> Mss. C. B., M. B. y O.

Que, sintiendo los vientos alterados,  
Fué mayor su bondad que su violencia!

Que aunque ve remolinos de pecados,  
La profunda malicia no le espanta,  
Ni los duros caudillos conjurados.

Aunque el mar contra el cielo se levanta  
Á veces descubriéndose el arena,  
Jamás tuvo temor la nave santa.

Mas antes, cuando el ronco viento suena,  
El divino Piloto enamorado  
Se asienta con los suyos á la Cena.

Allí su mismo cuerpo les ha dado,  
Tan alto, tan inmenso, tan glorioso,  
Como al lado del Padre está sentado.

Inmenso Dios, justísimo y piadoso,  
Mirad la ingrata turba embravecida  
Con grita y alboroto presuroso,

Que en tanto que guisáis esta comida  
Os quieren dar, Señor, infame muerte  
Aquéllos que buscáis por dar la vida.

Mostrad aquí, Señor, el brazo fuerte,  
Pues esta gente pérvida y odiosa  
Con tan alta merced no se convierte.

¿Hubo madre jamás tan amorosa  
Que teniendo el cuchillo á la garganta  
Ó cerca de la llama rigurosa,

La lástima del Hijo fuese tanta  
Que entonces se parase á dar el pecho,  
Cual hizo aquí la Fénix sacrosanta?

Pues Dios tan gran merced al hombre ha hecho:  
El hombre justamente lo pregona,  
Que también el decillo es su provecho.

Pues vosotros, varones que os corona  
Del lauro vencedor las dignas frentes,  
Aquel divino coro de Eliconá,

Si á vuestros graves versos y cadentes  
No se entregan los premios merecidos  
Conforme á sus conceptos excelentes,

No por eso cobardes y encogidos  
Os mostréis, que si ahora sois llamados  
Alguna vez seréis los escogidos.

Ahora de alabanza iréis premiados,  
Que en todo en esta vida hay más y menos  
Y grande diferencia en los estados.

No se pueden premiar todos los buenos,  
Sino sólo de aquél que los conoce  
Y entiende los mineros de sus senos.

Tampoco es bien que el malo el premio goce,  
Y donde hay muchedumbre jamás falta,  
Que al fin se halló un injusto entre los doce.

Con voluntad se suple nuestra falta,  
Que bien basta por premio al más cendrado  
Alabar una cosa que es tan alta.

## ESTANCIAS <sup>1</sup>.

EN todo cuanto alumbra y enriquece  
Aquel divino sol de amor herido,  
Y la herética sombra no escurece,  
Ni pone oscuras nieblas al sentido,

<sup>1</sup> Ms. C. B. y M. B.

La tierra alegre en torno resplandece;  
Y allí, el remoto antípoda escondido,  
Ardiendo en nuevo amor, también con fiesta  
El gozo de las almas manifiesta.

El inglés, adormido en su cizaña,  
De Dios y de esta fiesta está olvidado;  
También en muchas partes Alemaña,  
Y Francia el culto santo ha derribado;  
Italia lo conserva, y nuestra España  
Lo acrecienta y coloca en firme estado,  
Mostrando pecho fuerte y osadía  
Á la ciega cizaña y idolatría.

El monstruo ponzoñoso y su miseria,  
Por más que con secreto ha pretendido  
Entrar á gobernar á nuestra Iberia,  
Tener morada en ella no ha podido:  
Mas la libre y famosa Celtiberia  
Es aquélla que más le ha resistido,  
Pues el santo Fernando, su heredero,  
La santa Inquisición fundó primero.

Pues esta gran ciudad do el culto santo  
Jamás pudo postrarlo el enemigo,  
En tiempo de estrago y triste llanto  
Que causó Don Julián á Don Rodrigo,  
En santa devoción se extrema tanto,  
En el tiempo presente y el antiguo,  
Que en medio de las bárbaras espadas  
Hubo cruces preciosas levantadas.

Entonces á los suyos animando  
Les dió su sacro cuerpo por comida,  
En solos accidentes disfrazando  
Aquella eterna esencia sin medida;

El cómo no hay andarlo especulando,  
Pues no es cosa á los hombres concedida,  
Y así mandaba Dios, mandato expreso,  
No quebrar al Cordero ningún hueso.

Misterio es que á los ángeles espanta  
El ver á Dios tan tierno enamorado,  
Y los cristianos ánimos levanta  
Al dulce sentimiento alborozado:  
La madre Iglesia alegre á voces canta  
El amor soberano inusitado,  
De ropas rozagantes adornada  
Y con piedras preciosas coronada.

De los sacros altares despidiendo  
Incensos olorosos, que los vientos  
Al cielo poco á poco van subiendo,  
Á vuelta de las voces y concentos,  
También en acordado y alto estruendo,  
Diversas consonancias de instrumentos,  
Los ánimos atentos nos elevan  
Y á dulce contemplar las almas llevan.

Descubre nuestra madre su tesoro,  
Reliquias, piedras, joyas y brocados,  
Los vasos de lucida plata y oro,  
Con medallas y bultos relevados;  
Y con pompa debida y gran decoro,  
Con paños de colores matizados,  
Las paredes y calles van cubriendo,  
Olorosas guirnaldas esparciendo.

También la juventud, en orden puesta,  
Movida á las promesas de Bolea,  
Ordena en competencia alegre fiesta  
Con galas, invenciones y librea;

Y está tan orgullosa, suelta y presta,  
Que el más cobarde y tímido desea  
Soltar á sus conceptos larga rienda,  
Entrando denodado en la contienda.

Las ventanas al punto y corredores  
Cubriendo, para ver la alegre fiesta,  
Con diversos tapetes de colores,  
Dejando la ancha plaza muy compuesta,  
Una silla también de mil labores  
Estaba para el Rey Divino puesta,  
Que en oyendo una voz que subió al cielo  
Descendió rebozado con un velo.

Aquí con claras aguas nuestro Ibero,  
De fructíferas plantas coronado,  
Está besando el templo que es primero  
Que cuantos en el mundo se han fundado:  
Ni es mucho si ante todos le prefiero,  
Pues fué por un Apóstol fabricado,  
Por la Virgen electo y escogido  
Y por sus pies santísimos medido.

En torno, por el aire revolando,  
Ejércitos angélicos gloriosos  
Están incienso y mil olores dando,  
En vasos esmaltados y preciosos;  
Con cítaras dulcísimas cantando  
Están los otros versos amorosos,  
Cubiertos de purpúreas vestiduras,  
Con divinas labores y figuras.

Aquí la innumerable gente unida,  
De amor divino armada estuvo fuerte,  
Despreciando por Dios la dulce vida,  
En cambio de abatida y triste muerte;

Aquí la santa sangre fué vertida,  
Y así en color purpúreo se convierte,  
Y éste nuestro dichoso y patrio suelo  
Hecho llano camino para el cielo.

Por él pasó la Virgen lusitana,  
De un clavo en sangre roja coronada,  
Despreciando la vida y pompa vana  
Con que fué tantas veces convidada;  
El arrogancia bárbara tirana  
También su tío Lupercio tuvo en nada,  
Y el glorioso Lamberto también vino  
Por estos mismos pasos y camino.

Pues esta gran ciudad do el fuerte Augusto  
Dejó su claro nombre por memoria,  
Recibiendo con esto mayor gusto  
Que de verse loado en larga historia,  
En tan dulce sazón conforme es justo  
Haciendo aquí un retrato de la gloria,  
Con aplauso decente ceremonia,  
Derriba la soberbia Babilonia.

Celebra la memoria de aquel día,  
Que ardiendo el sacro pecho en llama ardiente,  
Cuando el falso discípulo quería  
Entregarlo á la vaga y dura gente,  
Ya que el plazo ordenado se cumplía  
En que el Eterno Padre Omnipotente  
Había de aplacar, y el muro fuerte  
Escarlar con la cruz sufriendo muerte.

Era cosa admirable ver triscando  
Á la entrada del puesto los caballos,  
Que á los versos limados gallardeando  
Podemos propiamente comparallos;

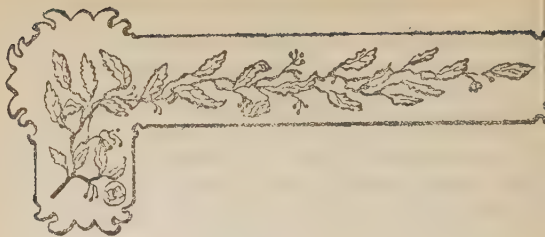
Estaban las trompetas aguardando,  
Que acudan con sus voces á incitallos,  
En hileras conformes en la raya  
Ninguno se demuda ni desmaya.

La carrera era larga, porque habían  
De parar los conceptos en el cielo,  
Y á un tiempo que las trompas se sentían,  
Batiendo con presteza el duro suelo  
Los ligeros caballos afligían,  
Y volviendo su curso en presto vuelo,  
Á los puestos que lejos tremolaban,  
Con pasos presurosos se acercaban.

Por seis octavas rimas convenía  
Que sin torcer el paso se corriese,  
Y aquél que en el camino se torcía  
Estaba decretado que perdiese;  
Andaban todos juntos á porfía,  
Detrás de su alabanza é interese,  
Dejando los conceptos sus pisadas  
En discretas memorias estampadas.







## ESTANCIAS <sup>1</sup>.

Á D. MARTÍN DE BOLEA Y CASTRO.

UN espíritu nuevo, un nuevo aliento  
Se requiere á tan alto y viril hecho;  
No basta un remontado entendimiento  
Que al fin á la ignorancia rinde el pecho:  
Ilustre Don Martín, que á tu talento  
Tan sólo tú lo dejas satisfecho,  
Y así quedará corto el que presuma  
De igualar tu alabanza con tu pluma.

No hay raro entendimiento que no quede  
En tu alabanza corto, sin reparo

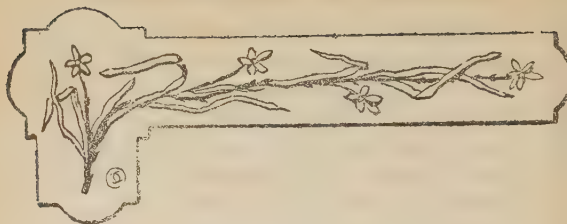
1 Léense entre las composiciones laudatorias que se hallan al principio de la obra intitulada: *Libro de Orlando Determinado*. *Qu prosigue la materia de Orlando el enamorado*. Compuesto por Don Martín de Bolea y Castro. Dirigido á la S. C. R. M. del Rey Don Phelipe Nuestro Señor. (Una laminita que representa un caballero en lanza en ristre.) En Çaragoça, Impresso en casa de Juan Soler, impressor de libros en frente de San Francisco. Año del Señor 1578. Con Licencia y Privilegio. 8.<sup>o</sup>, 8 hojas prels., 191 fol. más una al final con las señas de la impresión.

Que llegar á tal término no puede,  
Y aunque de lo posible es don de avaro:  
Que á los humanos límites excede  
Tu ingenio peregrino, único y raro,  
Y pretendiendo alguno sublimarte  
En medio su camino falta el arte.

Del patrio Hiberno hasta el egipcio Nilo  
Tu sublimada musa se celebra,  
Que aun el propio satírico Zoilo  
No se atreve á morder la sutil hebra:  
Tu rara ciencia, tu encumbrado estilo  
Por ningún accidente no se quiebra,  
Antes toda la gente se recrea  
Celebrando el de Castro y de Bolea.

Esa sangre real que te acompaña,  
Á tu estilo tan alto levantado,  
Que cuanto ganó Francia das á España  
Y á Orlando un nuevo título le has dado:  
Tú del moro feroz la antigua saña  
Has otra vez con ímpetu domado,  
Y Orlando nueva gloria consiguiendo  
Su espada con tu pluma está midiendo.





## ESTANCIAS <sup>1</sup>.

DESPUÉS que de clarísimos varones  
Fué madre la gran Córdoba dichosa,  
Hijos que cada cual por mil naciones  
Más rica la dejaron y famosa:  
Para que no olvidase tantos dones  
La mano del muy alto poderosa,  
En uno quiso darle todo cuanto  
En muchos dividido valió tanto.

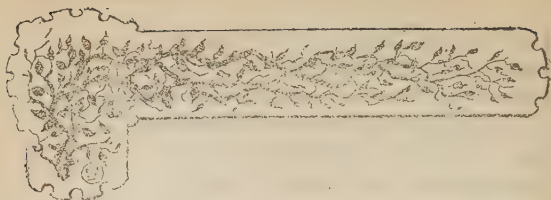
En Rufo está cifrada, donde cabe  
La ciencia que mil vasos tuvo llenos,  
Lo que supieron todos sólo sabe  
Y en duda está si todos fueron menos;  
La doctrina de Séneca más grave  
(Camino tan sabido de los buenos,  
Y resplandor de Córdoba y España)  
En sus doctas sentencias le acompaña.

<sup>1</sup> Esta composición se halla entre las preliminares del libro: *La Avstriada de Ivan Rufo, jurado de la ciudad de Cordoua. En Madrid en casa de Alōso Gomez (que haya gloria), impressor de su Magestad, Año de mil y quinientos y ochenta y quatro (1584). 8.º, 18 hojas prels. y 447 fols.*

Ni el estilo le falta verdadero  
Del que cantó tus guerras, bella Italia,  
Y aquella sujeción y yugo fiero  
Nacidos en los campos de Tesalia;  
Pues si envidioso deste, mandó Nero  
Antes que diese fin á la Farsalia,  
Privarle de la vida, ¿qué le diera  
Á Rufo si en su tiempo floreciera?

Por eso quiso Dios, como tan justo  
Que pues á todos estos les excede,  
Y (con tu paz Marón y grato gusto),  
Si no mayor, igual á tí ser puede,  
En tiempo venga del felice Augusto,  
Que Dios este renombre le concede  
Al gran Filipe príncipe segundo  
En nombre, y el mayor de todo el mundo.





## CANCIÓN

Á LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA <sup>1</sup>.

PUES el estilo y voz que tiene el suelo,  
Virgen del sol vestida, no es bastante  
Á cantar las endechas en tu muerte,  
Fuente de vida, estrella rutilante,  
Lucero que, deshecho el mortal velo,  
Descubres tu belleza, escuadra fuerte,  
María, á quien la más dichosa suerte  
Cupo con plenitud de gracia llena;  
Bien será que los cisnes de alas de oro  
En su divino coro,  
En tanto que mi voz humilde suena,  
Á su Reina se humillen, y postrados  
Canten al son de varios instrumentos  
En tu glorioso triunfo sacros himnos,  
Si á decirte alabanza fueren dignos  
Del angélico canto los acentos,  
Con los cuales verán que van mezclados

1 Ms. de la B. N., M-251.

Los llantos de los hijos desterrados,  
Que en tí su libertad restituída  
Hallan paz, cobran gracia, alcanzan vida.

Con guirnaldas de estrellas coronada,  
Hermosas flores del jardín eterno,  
De tu divino fruto, Madre é Hija,  
Entre lirios que ignoran el invierno  
Tienes la siesta ya no congojada,  
Pues no hay deseo ardiente que te aflija,  
Hermosa luz que al cielo regocija.  
Ya no como la tórtola gimiendo  
Suspiras tu divino amado ausente,  
Á quien con voz doliente  
Enferma de su amor poco há diciendo  
Ibas: de el cielo y tierra el más hermoso  
¿Dónde estás? ¿Tú la luz del mediodía?  
Suene tu dulce voz en mis oídos,  
Ocupe tu belleza mis sentidos:  
¿Quién alas de paloma me daría  
Para llegar con vuelo presuroso  
Al sacro tabernáculo precioso  
Do moras y das palma de victoria,  
Clara luz, sumo gozo, eterna gloria?

Abréviese en la tierra mi morada;  
¿Oh si deshechos los mortales lazos,  
Libre estuviese ya de estas cadenas  
Y eternamente fuese de tus brazos!  
¿Oh gloriosas prisiones! Enlazado  
Cordero que entre blancas azucenas,  
Purpúreas rosas de fragancia llenas,  
Enlazas para dar á tus esposas  
Guirnaldas, que jamás serán marchitas:

Dime, ¿en qué parte habitas?  
Conjuros de Sión, hijas hermosas,  
Que me digáis si vísteis á mi amado,  
El cual entre millares escogido,  
Primero en la hermosura, y sin segundo,  
Admiración gloriosa causa al mundo;  
Nadie su descendencia ha conocido,  
Eternamente fué y es engendrado,  
Su divino poder no es limitado,  
Termínase en sí propio y de sí nace,  
Cría sol, luz produce, estrellas hace.

Mas, aunque el triunfo quita en tu memoria  
Este deseo ardiente y amoroso,  
Renuévanno las voces piadosas  
Del colegio apostólico lloroso,  
Que entre la aclamación de tu vitoria  
Abre los ojos fuentes caudalosas,  
Que pecho y tierra bañan abundosas.  
¡Oh vitorias preciosas y agradables,  
Lágrimas te consagren, rica ofrenda!  
De su amor cara prenda,  
Recojan los ministros admirables  
Que á tu servicio asisten y obedecen,  
De puridad divina revestidos  
Y aquella suavidad que se les pide  
Del bálsamo el olor precioso impide,  
Más que hermosos ejércitos lucidos,  
El cielo de arreboles en belleza,  
Y al iris semejantes resplandecen,  
Cuando tras lluvia obscura, cual la aurora,  
Campos viste, aires pinta, nubes dora.

Los fieles y divinos escuadrones,

Que en un tiempo lo fueron de venganzas,  
Togas se visten hoy resplandecientes  
Y enristran palmas en lugar de lanzas;  
Con sus trompetas, liras y canciones;  
Y en vez de fuertes yelmos relucientes  
Cubren de olivo las hermosas frentes,  
Dan los unos incienso á tus altares;  
Los otros, de metal rojo cubiertas,  
Del cielo abren las puertas,  
Himnos resuenan, óyense cantares,  
El mismo Dios al triunfo te convida.  
Ven, dice, esposa mía, que el invierno  
Su borrascoso curso ha fenecido,  
Triunfa de la serpiente del infierno,  
Cuya soberbia antigua es oprimida;  
Quebrantada á tus pies ya está rendida,  
Causándole á Luzbel eterno duelo,  
Honra á tí, vida al mundo, gloria al cielo.

Canción, si te notaren de atrevida  
Los cisnes á quien hoy te has ajuntado,  
Con ronco acento y voz de estilo rudo  
De heróica gravedad pobre y desnudo;  
Dirás que el sér humilde te ha animado  
Á pensar que serías admitida,  
Y que el dueño, á quien eres ofrecida,  
Te pudo dar acento más suave,  
Dulce voz, canto heróico, estilo grave.





# OBRAS DRAMÁTICAS



# ISABELA

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

## PERSONAS QUE HABLAN.

LA FAMA, que hace el prólogo  
ALBOACÉN, Rey de Zaragoza.  
AUDALLA, Consejero.  
AJA, hermana.  
MULEY ABENZAIDE, Privado.  
ZAUZALA.  
AZÁN y criados del Rey de Zaragoza.  
UN ALCAIDE.  
UN PORTERO.  
ISABELA, dama cristiana.  
LAMBERTO, padre de Isabela.  
ENGRACIA, madre de Isabela.  
ANA, hermana de Isabela.  
UN VIEJO CIUDADANO.  
TURBA DE HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS CRISTIANOS.  
NUNCIO.  
ALUDÍN, criado de Muley Abenzaide.  
ADULCE, Rey de Valencia.  
SELÍN, criado suyo.  
EL ESPÍRITU DE ISABELA.

*La escena pasa en Zaragoza, metrópoli de Aragón.*



## PRÓLOGO.

FAMA.

Yo soy la que levanto los ingenios  
En medio las miserias de este siglo,  
*Porque la de 1 virtud difícil cumbre 2*  
Pueda ser de los hombres alcanzada,  
De los cuales vulgar y comunmente  
Ilustre Fama recibí por nombre.  
No soy aquella Fama que Virgilio  
Dijo que por ofensa de los dioses  
Produjo la primera madre *vuestra 3*,  
Á la cual dignamente llamó monstruo.  
Por mí sobre la tumba del gran Griego  
Lloró, como sabemos, Alejandro,  
Y de envidia de ver los hechos de éste,  
El Dictador que dió su nombre á *Julio 4*.  
Yo con eternas letras registrados  
Tengo los famosísimos varones

1 M. y O., para que la—2 O., (difícil cumbre)—3 O., nuestra—

4 O., Tulio

Que *tras* <sup>1</sup> de la virtud se remontaron,  
Unos por armas y otros por las letras,  
Y *los que* <sup>2</sup> por entrambas estas cosas.  
Ni vosotras, mujeres, perseguidas  
De serpentinas lenguas os quedásteis  
(*En* <sup>3</sup> colosos eternos levantadas)  
*Sin* <sup>4</sup> vuestras merecidas alabanzas;  
Y, malgrado del gran Marón, tú, Dido,  
Entre las viudas castas te colocas.  
Tienen cuidado, pues, los blancos cisnes,  
De quien *el Ariosto* <sup>5</sup> dió noticia,  
De celebrar con versos numerosos  
Los claros hechos de éstos y de aquéllos;  
Y los que no son dignos de este canto,  
En bocas de los cuervos disonantes  
Andan con alabanzas limitadas,  
Á cuyas roncadas voces no responde  
El eco de las doctas opiniones;  
Por más que los *cuitados* <sup>6</sup> cuidadosos  
Procuran imitarme, poco digo,  
Procuran competir con esta trompa,  
Por mí tan solamente dedicada  
Para cantar los nombres de los héroes.  
Siguiendo mi costumbre, pues, ahora,  
*Bien que contra la ley de las tragedias* <sup>7</sup>,  
En los teatros públicos parezco  
Á daros alabanzas infinitas,  
Como las merecéis todos vosotros.  
Podeisme responder que lisonjeo,

<sup>1</sup> O., en pos—<sup>2</sup> O., cuales—<sup>3</sup> M. y O., Sin—<sup>4</sup> M. y O., En—  
<sup>5</sup> O., la antigüedad te—<sup>6</sup> O., cuidados—<sup>7</sup> O., (Bien que contra la  
ley de las tragedias)

Pues que sin distinción de *vuestros* 1 hechos,  
Y sin contar alguno, los alabo.  
En mi satisfacción respondo á esto,  
Que cuando no tuviera yo noticia  
De todo lo que digo, me bastaba  
*Que* 2 de vuestro valor hice experiencia;  
Pues publicando yo, que recitaba  
Salcedo, no comedias amorosas,  
Nocturnas asechanzas de mancebos,  
Y libres liviandades de mozuelas,  
*Cosas que son acetas en el vulgo* 3;  
Sino que de coturnos adornado,  
En lugar de las burlas, *os contaba* 4  
Miserables tragedias y sucesos,  
*Desengaños* 5 de vicios, *cosa fuerte*  
*Y dura de tragar á quien los sigue* 6:  
Vosotros, *por no ser* 7 amigos de esto,  
Venís á ver los trágicos lamentos,  
Y la fragilidad de *vuestra* 8 vida:  
Evidente señal de que sois tales,  
Que discernís lo malo de lo bueno,  
Para lo cual *ternéis* 9 materia luego,  
Si proseguís á oirme con sosiego 10.

1 O., versos—2 M., Y—3 O., (*Cosas que son aceptas en el vulgo*)—4 O., *contaría*—5 O., *Desengaño*

6 O., ..... (*cosa fuerte*  
*Y dura de tratar á quien la sigue*)

7 O., pues, que sois—8 O., *nuestra*—9 O., *tendréis*—10 O. Léese al pie de los versos: *Vase*.







## ACTO PRIMERO.

### ESCENA I.

ALBOACÉN.—AUDALLA.

ALBOACÉN.

Ni yo tengo temor á los cristianos  
Por verlos tan vecinos á <sup>1</sup> mi tierra  
Que casi nos podemos dar las manos,  
Y puesto que la gente de la sierra  
De *pláticos* <sup>2</sup> soldados se refresca,  
*Queriendo proseguir* <sup>3</sup> la *dura* <sup>4</sup> guerra,  
No temo de la furia soldadesca  
Ver talados mis campos y riberas,  
Cual vió (por *nuestro* <sup>5</sup> mal) el Rey de Huesca;  
Ni temo de sus máquinas guerreras,  
Ni *la gente que junta y* <sup>6</sup> acumula  
Debajo sus insignias y banderas;  
Ni tanto me fatiga y atribula  
Don Pedro, Rey soberbio de Sobrarbe,  
Que ya de Zaragoza se intitula;

<sup>1</sup> M. y O., de—<sup>2</sup> O., prácticos—<sup>3</sup> O., Amenazando de seguir—  
<sup>4</sup> M., cruda—<sup>5</sup> O., vuestro—<sup>6</sup> O., la celosa gente que

Pues sabe que á la vista de un adarbe  
 Á su padre Don Sancho le dió muerte  
 La cautelosa flecha de un Alarbe.

*Y puesto (según dicen) que* 1 *es tan fuerte,*  
 El ejemplo que digo será parte  
*Que con más discreción pruebe* 2 *la suerte.*  
 Bástale *ver al Rey* 3 *en su estandarte*  
 Cuatro cabezas nuestras por trofeo,  
*Que* 4 *cada cual tuvimos por un Marte;*  
 Y cuando no bastare (que lo creo)  
*Aún tengo yo dos* 5 *manos* 6, y hay alfanjes  
 Que puedan reprimirle su deseo.  
 Ordene sus escuadras y falanjes,  
 Y prométase ya con vanagloria  
 La tierra que tenemos de aquí al Ganges,  
 Que no será tan fácil la victoria,  
*Aunque suelen decir que* 7 *en el extremo*  
*Y en la dificultad está la gloria* 8.  
 Otro mayor contrario que el Rey temo,  
 Tan fuerte, que pensando lo que puede,  
 Unas veces me hieló, y 9 otras me quemo.  
 Concedo que mi mal también procede  
 De quien *yo sé; mas basta* 10, no se diga:  
 Mucho mejor será que aquí se quede.

1 O., Que aunque como sabemos—2 O., Para que atienda á no probar—3 O., al Rey el ver—4 O., Que á—5 En el Ms. M. no existe el vocablo *dos*.—6 O., En mi reino hay guerreros—7 En el Ms. M. no existe el vocablo *que*.

8 O., (Aunque suelen decir que en el extremo  
 Y en la dificultad está la gloria).

9 En el Ms. O. no existe la *y*.—10 O., fué... pero haste

## AUDALLA.

Mas antes será bien que se prosiga,  
 Que con solo nombrar lo que no temes,  
 No queda descubierta tu fatiga.  
 ¿Será bueno, Señor, que tú te quemes  
 Y por no descubrir *el* 1 fuego fiero  
 Huyas el agua, y *del* 2 dolor extremes?  
 Quien el peligro cierto ve *primero* 3,  
 Y 4 no busca remedio conveniente  
 Al daño que sospecha venidero,  
 Padecerá la pena justamente,  
 Arrepentido en vano de su falta,  
 Quedando para risa de la gente.  
 ¿Fáltate juventud? ¿Poder te falta?  
 ¿Ó *belicosa gente, la cual* 5 pueda  
 Romper al Montanés *la* 6 cerviz alta?  
 Presto verás volver la veloz rueda,  
 Y derribar fortuna de la cumbre,  
 Al que piensa tenella fija y queda;  
 Y si es (como *lo* 7 es) de su costumbre  
 Favorecer á *osados* 8, yo le mando  
 Al ciego Rey precisa servidumbre.  
 No vayas *tú* 9 sospechas dilatando,  
 Pues quien con prevención sus cosas rige,  
 Menos tiene después que estar llorando.  
 ¿Dime *que* 10 te da pena?

1 M., al—2 M. y O., el—3 O., y ligero—4 En el Ms. O. no existe la y.—5 O., belicoso ejército que—6 O., de—7 En el Ms. M. no existe *lo*.—8 M., todos—9 M. y O., tus—10 M., quien

## ALBOACÉN.

Ya 1 yo dije,  
 Que no tengo temor al Rey Cristiano,  
 Ni *la propincua* 2 pérdida me aflige;  
 Mas miro mi contrario tan cercano  
 Que *en* 3 cualquiera remedio que provea,  
 El fin de mi trabajo *será* 4 vano.  
 Un muro comunmente nos rodea  
 Á mí y al enemigo poderoso,  
 Que por ocultos términos pelea:  
 No me separa de él muralla ó foso,  
*Porque* 5 los dos *en medio* 6 Zaragoza  
 Tenemos nuestras casas y reposo;  
 Mas antes es él solo quien *la* 7 goza,  
 Que *yo no la conozco ni* 8 pretendo 9.

## AUDALLA.

No puede reposar la sangre moza;  
 Pero de tus razones comprendo  
 Que temes de tus mismos ciudadanos,  
 Sus ciertas asechanzas entendiendo  
 Digo de tus vasallos los cristianos,

1 M., Y—2 O., aun la dudosa—3 M. y O. No existe el vocablo *en*.—4 O., será *en*—5 M., Al fin. En el Ms. O. no existe la palabra *porque*.—6 O., en la mitad de—7 M. y O., lo—8 O., no le hay para mí ni le—9 En el Ms. M. terminan las palabras de Alboacén con este verso más:

Ni puedo reposar la sangre moza.

En cambio Audalla comienza así:

De tus razones solas comprendo.

Que en medio Zaragoza *los* <sup>1</sup> permites  
 Vivir y celebrar sus ritos vanos.  
 No sé quién te detiene que no quites  
 Un abuso tan grande de tu tierra,  
 Y que preciso tiempo les *limites* <sup>2</sup>:  
 Ni sé quién es tan bárbaro que *encierra* <sup>3</sup>  
 Los lobos *y* <sup>4</sup> ganado juntamente,  
 Siendo tan diferentes paz y guerra,  
 Y no por ser pacífica tu gente;  
*Pero puesto*, Señor <sup>5</sup>, que se recela,  
 No se *puede* <sup>6</sup> librar tan fácilmente.  
*Esta* <sup>7</sup> canalla *torpe* <sup>8</sup> siempre vela,  
 Y con humildes hábitos y gesto  
*Á la secreta guerra* <sup>9</sup> dan espuela.  
*Con* <sup>10</sup> justa causa temes, Señor <sup>11</sup>, esto,  
 Pues entre tus ocultos enemigos  
 (*Ocultos, antes claros*) <sup>12</sup> estás puesto.  
 Aquí los tienes *puestos* <sup>13</sup> por testigos  
 De las cosas de guerra que preparas,  
 Que aún no deben sabellas los amigos:  
 ¿Y gente dobladiza de dos caras,  
 Es bien que te descubra tus secretos,  
 Y nuestras asechanzas haga claras?  
 En vano pensarás tener quiéto,  
 Aunque gocen riquezas infinitas,  
 Á los que llevan nombre de sujetos.  
 Es muy bueno, Señor, que les permitas  
 Ese templo que llaman de María,

1 O., les—2 M., permites—3 M. y O., cierra—4 O., y él—5 O.,  
 Se descuida más bien—6 O., podrá—7 O., Que esta—8 O., adversa  
 —9 O., secretas venganzas—10 O., Y así con—11 En el Ms. O. no  
 existe *Señor*.—12 O., Ocultos? antes claros—13 M., dentro

En medio de tus Baños y *Mezquitas* <sup>1</sup>,  
*En* <sup>2</sup> donde se celebran cada día  
Los sacrificios de éstos, *y* <sup>3</sup> sus *cantos* <sup>4</sup>,  
*Con* <sup>5</sup> música solemne y *harmonía* <sup>6</sup>,  
Y digan que su templo sobre cuantos  
Celebran los cristianos fué primero,  
Fundado por los Ángeles y *Santos* <sup>7</sup>,  
Y tienen por negocio verdadero  
Que vino aquí la Virgen siendo viva,  
Y pisó las riberas del Hiberno.  
Á la soberbia de éstos excesiva,  
Juntándose la fe que tienen de esto,  
Mira si la cerviz tendrán altiva.  
El simulacro, pues, que tienen puesto  
Encima la columna venerada,  
Nos muestra lo que digo manifiesto;  
Y tienen ya por cosa averiguada,  
Que si permaneciere su firmeza,  
España podrá ser recuperada.  
No *creyeron* <sup>8</sup> jamás con tal simpleza  
En el palacio bulto los troyanos,  
*Mostrando contra griegos* <sup>9</sup> fortaleza,  
Cuanto tienen por cierto los cristianos  
Poder con el amparo de su templo  
Quitarnos las victorias de las manos;  
Y dicen (*por probarlo con ejemplo*) <sup>10</sup>  
Que no fué su parroquia jamás nuestra  
(*En cuya pretensión su fe contemplo*) <sup>11</sup>.

1 O., Mezquitas?—2 O., A—3 O., con—4 M., santos—5 O., De—6 O., harmonía?—7 O., Santos?—8 O., crecieron—9 O., Para vencer la griega—10 O., por probarlo con ejemplo—11 O., En cuya pretensión su fe contemplo.

Alza, pues, poderoso Rey la diestra,  
 Haciendo por castigo de su yerro,  
 De tu poder y su locura muestra:  
 Manda que cumplan luego su destierro;  
 (*Qué digo desterrалlos*) <sup>1</sup>, es muy leve,  
 No quede con la vida ningún perro.  
 ¿Por ventura cualquiera no se atreve  
 Á probar contra *nos* <sup>2</sup> su fuerza flaca?  
 Pues mira si la vida se *la* <sup>3</sup> debe  
 ¿Sabes de su comercio qué se saca?  
 Vivir en nuestras casas con tal miedo  
 Como si las *tuviésemos* <sup>4</sup> en Jaca.  
 Quisiérate decir, pero no puedo,

(*Hace el Rey un extremo, dando un suspiro*) <sup>5</sup>.

Que pues inclinas *tanto* <sup>6</sup> labio y ceja,  
 Veo que de tu gusto, Rey, excedo.  
*Esa* <sup>7</sup> puerta que llaman la Cineja  
 (Cenizas otro tiempo) te da gritos,  
 Y en mi lugar lo justo te aconseja.  
 En ella fueron muertos infinitos,  
*Los cuales* <sup>8</sup> ofendieron á <sup>9</sup> Daciano,  
*Burlando de sus dioses y* <sup>10</sup> sus ritos.  
 Alza, pues, poderoso Rey, la mano.

#### ALBOACÉN.

Mas antes será bien atar la tuya,  
 Y defender con éstas al Cristiano.

1 O., Qué digo desterrarlos?—2 O., vos—3 M., les—4 O., tu-  
 viéramos—5 La indicación no existe en el Ms. O.—6 O., tanto el  
 —7 O., Pues la—8 O., Que—9 O., al célebre—10 O., De sus dioses  
 burlando y de



Primero Dios, que puede, me destruya,  
Que yo deje de ser con ellos pío,  
Por ellos no, mas es por cosa tuya;  
Que menos es perder mi señorío  
Que tu gracia, *Cristiana* <sup>1</sup>, por quien vengo  
Á no poder gozar del albedrío:  
¿Mas cómo perderé lo que no tengo,  
Si sólo con soñadas esperanzas  
La vida para males entretengo?  
Isabela, cruel, cruel alcanzas <sup>2</sup>  
Estado tan altivo, que si quieres  
En mí puedes hacer cien mil mudanzas:  
¡Y tú la más cruel de las mujeres  
Correspondes tan mal á mis servicios!  
No sé por qué, ¿por qué? por ser quien eres.  
Probete á conquistar con beneficios,  
También con amenazas; pero fueron  
Fabricar en los aires edificios.  
Ni mis largas promesas te movieron  
(*Que suelen ablandar á la más casta*) <sup>3</sup>,  
Ni miedo mis castigos te pusieron;  
Y pues á persuadirte *nadie* <sup>4</sup> basta,  
Ahora con engaños me pertrecho  
(*Moneda que en el mundo más se gasta*) <sup>5</sup>,  
Este fiero pregón habemos hecho  
Por ver si con el daño de tu gente  
En algo rendirás *el* <sup>6</sup> duro pecho.

<sup>1</sup> O., ¡oh Cristiana!—<sup>2</sup> En el Ms. O. léese á continuación de aquel verso esta indicación: (*Aparte todo.*)—<sup>3</sup> En el Ms. O. no hay paréntesis.—<sup>4</sup> O., nada—<sup>5</sup> En el Ms. O. no se ve paréntesis.—<sup>6</sup> M., tu

## AUDALLA.

Bastaba mi sospecha solamente;  
 Pero ya *descubierta* <sup>1</sup>, Señor, veo  
 La causa de tus daños evidente.  
 No busques más excusa ni rodco,  
 Pues es cosa de Reyes tan ajena  
 Aprobar por hermoso lo que es feo.  
 Y pues tú con vergüenza de tu pena  
 (*Por ser baja la causa*) <sup>2</sup> la callabas,  
 Esa misma vergüenza *te condena*.  
*¿Son esas las bravezas que mostrabas*  
*En tu niñez gallarda por ventura?*  
*¿Á cosas* <sup>3</sup> semejantes aspirabas?  
 Cual suele parecer en noche oscura  
 Prodigioso cometa, prometiendo  
 De Reyes ó <sup>4</sup> Monarcas desventura,  
 Que con admiración su forma viendo  
 Los ojos en las nubes enclavados,  
 Estamos sus efectos inquiriendo,  
 Por ver si los planetas indignados  
*Influyen sobre nos su triste* <sup>5</sup> suerte,  
 Y nos dejan del daño preservados,  
 Así también á tí (que tras la muerte  
 De tu padre sucedes en su silla) <sup>6</sup>,

<sup>1</sup> O., descubiertó—<sup>2</sup> El Ms. O. no lleva paréntesis.

<sup>3</sup> O. .... que mostrabas  
 En tu niñez gallarda; por ventura  
 Á empresas.....

<sup>4</sup> O., y—<sup>5</sup> O., Nos influyen su misma infausta—<sup>6</sup> El Ms. O. no lleva paréntesis.

Todos alzan los ojos para verte.  
 Mirámoste, Señor, con maravilla,  
 Milagros de tus obras esperando,  
 Los moros de Aragón y de Castilla.  
 Pensábamos que estabas *afilando* <sup>1</sup>  
 Cuchillo riguroso de venganza,  
 Á tus predecesores imitando,  
 Y tú, tan al revés de *la* <sup>2</sup> esperanza,  
 Ocupas tus altivos pensamientos  
 En lo que quien no quiere no lo alcanza.  
 Una mujer revoca tus intentos,  
 Teniendo mil ejemplos en las manos,  
 De casos miserables y *sangrientos* <sup>3</sup>:  
 Helena, pestilencia de troyanos;  
 Cleopatra, verdugo *fué de* <sup>4</sup> Roma;  
 La Cava, perdición de los hispanos.  
 En *éstos* <sup>5</sup>, pues, ejemplo *claro* <sup>6</sup> toma;  
 Y si *quieres* <sup>7</sup> domar á tus vasallos,  
 Á tí mismo, Señor, primero doma.  
*Como* <sup>8</sup> que con un freno los caballos  
 Más *furiosos* <sup>9</sup> se *rigen* <sup>10</sup>, y no pueda  
 La razón á los hombres *governallos* <sup>11</sup>,  
 ¡Pretendemos al sol torcer *su* <sup>12</sup> rueda,  
 Y nuestra voluntad, que es propia nuestra,  
 No podremos tenella *fija y queda!* <sup>13</sup>.  
 Que la necesidad, común maestra,  
 Un modo conveniente de la vida  
 Á *los animalejos simples* <sup>14</sup> muestra:

1 M., afligido—2 O., tu—3 O., sangrientos?—4 M. y O., para  
 —5 M., éstas—6 O., ahora—7 M., quisieres—8 O., Como?—  
 9 M., fieros—10 O., rijan—11 O., gobernarlos?—12 O., la—13  
 O., fría y queda?—14 O., las más simples avecillas

*El uno* 1 pide al dueño la comida  
 Con extranjera voz; *el otro* 2 tiene  
 Su casa de manjares proveída;  
 ¡Y nosotros, con ver que nos conviene,  
 No sólo convenir, mas es preciso  
 Que para una república se ordene,  
 Huímos ciegamente del aviso,  
 Siguiendo el apetito que nos llama  
 Tras glorias de un soñado *paraíso*! 3.  
 Vuelve, vuelve los ojos á *tu* 4 fama;  
 Mira que soy tu siervo, que soy viejo,  
 Y por el consiguiente quien te ama:  
 Admite mis razones y consejo,  
 Y ten á tus abuelos valerosos  
 Para mirar *sus* 5 obras por espejo:  
 Si quieres pasatiempos amorosos  
 (Que no me admiro de esto, por ser cosa  
 Común á los mancebos orgullosos),  
 ¿Ha te de faltar mora más hermosa,  
 Más afable, discreta *ni* 6 hidalga  
 Que esa perra cristiana rigurosa?

## ALBOACÉN.

Tú quieres que *tu Rey de seso* 7 salga:  
 ¿Dí, blasfemo, tenemos en el suelo,  
 Ni en el cielo tampoco, quien más valga?

## AUDALLA.

Á no tener de tu pesar recelo,

1 O., Aquélla—2 O., y la otra—3 O., Paraíso?—4 O., la—5 M.  
 y O., tus—6 M. y O., más—7 M., de seso tu Rey

Dijera; pero temo...

ALBOACÉN.

¿Qué?

AUDALLA.

No sea

Mi daño.

ALBOACÉN.

No será: dilo.

AUDALLA.

Direlo.

*Direlo, y ya que á mí no <sup>1</sup> se me crea,*  
*Esta carta verás <sup>2</sup>.*

ALBOACÉN.

¿Cuya es? <sup>3</sup>.

AUDALLA.

De un hombre  
Que no menos que yo tu bien desea.

ALBOACÉN.

¿Quién es?

AUDALLA.

*Es un <sup>4</sup> cristiano.*

ALBOACÉN.

¿Tiene nombre?

<sup>1</sup> M. y O., Pero porque primero—<sup>2</sup> O., leerás (*dala*).—<sup>3</sup> En el Ms. M. no está la palabra *es*.—<sup>4</sup> O., Él es

AUDALLA.

*Sí tiene* 1; mas *por* 2 ser amigo tuyo  
Es bien que claramente no se nombre.

ALBOACÉN.

Pues no me precio yo de serlo suyo,  
Que siempre de traidores á sus Reyes,  
Y más de los que son secretos, huyo.

AUDALLA.

¿Guardarás esa ley?

ALBOACÉN.

¿Pues no? Las leyes  
Igual hacen al rico y al que labra  
La tierra con el yugo tras los bueyes.

AUDALLA.

Léela si te sirves.

ALBOACÉN.

No se abra  
La carta, que de tí solo confío:  
Mejor es que lo cuentes de palabra.

AUDALLA.

Oye, pues, brevemente, Señor mío,  
De Muley Abenzayde la cautela,  
Ó, por mejor decir, *el* 3 desvarío;

Á tí *rompió* <sup>1</sup> la fe por Isabelá;  
 Secretamente fué, pero ya *clara* <sup>2</sup>,  
 Que la verdad el tiempo la revela.  
 Ni pienses que la dama le fué cara,  
 Pues en correspondencia del amante  
 La voluntad recíproca declara.  
*Pasaran* <sup>3</sup> sus amores adelante  
 Por ser las voluntades tan iguales,  
 Que *es* <sup>4</sup> la de él á la de ella semejante,  
 Sino porque á <sup>5</sup> los lazos conyugales  
 Las leyes diferentes impedían,  
 Y el ser los deudos de ella principales.  
*Pues viendo* <sup>6</sup> que casarse no podían,  
 Por no perder los dos el tiempo en vano,  
 Ó porque así los hados lo querían,  
 Determinó Muley de ser cristiano,  
 Y púsolo por obra, según cuenta  
 Esa carta que tienes en la mano.

## ALBOACÉN.

¡Sufrir pueden los cielos tal afrenta! <sup>7</sup>.  
*Yo juro, pues* <sup>8</sup>, por ellos que la mía  
 Haré que *con su daño* <sup>9</sup> Muley sienta.

## AUDALLA.

Pues mira quien dejó tu Monarquía  
 Por un Alcaide tuyo fementido  
 Si renombre de perra merecía.

<sup>1</sup> O., negó—<sup>2</sup> M., aclara—<sup>3</sup> O., Pasaron—<sup>4</sup> En el Ms. M. no existe aquella palabra.—<sup>5</sup> Ib.—<sup>6</sup> O., Viendo, pues—<sup>7</sup> En vez de los signos de admiración hay interrogantes en el Ms. O.—<sup>8</sup> O., Pues yo juro—<sup>9</sup> O., su dañado

## ALBOACÉN.

Estoy de la maldad tan ofendido,  
 Que me faltan palabras suficientes,  
 El aliento, la lengua y el sentido;  
 Y porque más despacio me lo cuentes,  
*Á mi jardín nos vamos, al cual demos*  
*De nuestros tristes ojos turbias fuentes,*  
*Y la justa 1 venganza concertemos 2.*

## ESCENA II 3.

ISABELA.

Noche triste deseada  
 Para descansar los moros,  
 Á los cristianos pesada,  
 Pues con suspiros y lloros  
 Has de ser solemnizada.  
 Con justa causa la Luna  
*Esconde su blanca 4 cara,*  
 Sin dar claridad alguna,  
 Por no mirar la fortuna  
*Que contra nos se 5 prepara.*

1 O. Vámonos al jardín, y aunque le demos  
 Con el dolor de nuestros ojos fuentes,  
 En él nuestra.....

2 Léese esta indicación: (*vanse*).

3 Las escenas II, III y IV constituyen la segunda escena solamente en el Ms. de Osuna, y los personajes que en ella intervienen se indican así á la cabeza: *Isabela y Ana, su hermana; sale Muley disfrazado ó incógnito.*

4 O., Descubre apenas la—5 O., Triste, que se nos



Tú, Ebro, que te apresuras  
Con tus aguas enturbiadas  
En cuyas *olas* <sup>1</sup> murmuras  
Nuestras *glorias ya* <sup>2</sup> pasadas,  
Y presentes desventuras;  
Como cuando de trofeos  
*Sus aguas turbias y* <sup>3</sup> fieras  
Adornaron los caldeos,  
Llorando por las riberas  
Los ya vencidos hebreos;  
Cuyos mudos instrumentos  
En *sus* <sup>4</sup> árboles colgados,  
*Algunos* <sup>5</sup> de sus *acentos* <sup>6</sup>  
Eran sólo frecuentados  
De los importunos vientos:  
Tales verás tus cristianos  
En los nudosos cordeles  
*Puestas las cruzadas* <sup>7</sup> manos,  
*Sujetos* <sup>8</sup> á los infieles  
Y bárbaros africanos;  
Y también verás tu arena  
De *colorados* <sup>9</sup> matices,  
Que con abundante vena  
Le darán nuestras cervices,  
Y de cuerpos muertos llena.  
Vuelve, pues, Padre clemente  
Los ojos *á nos* <sup>10</sup>, y mira  
Del tirano Rey la ira,

1 O., ondas—2 O., victorias—3 O., De Israel, sus huestes—  
4 M., los—5 M. y O., Ayunos—6 O., alientos—7 O., Cruzadas por  
Dios las—8 O., Sujetos—9 O., los purpúreos—10 O., al pueblo

Y á tu perseguida gente  
*Lo que debe hacer* <sup>1</sup> inspira;  
 Y también á mi Muley,  
 Que salió de su ciudad  
 Para confesar tu ley,  
 Confirma su voluntad  
 Y muda la de su Rey.  
 ¡Ay, Muley, y quién creyera  
 Que el día de nuestras bodas  
 El de nuestra muerte fuera,  
 Que con las reliquias godas  
 Juntamente nos espera!  
 Vientos, si de mi pasión  
 Tenéis dolor, dadle parte  
*Á Muley, que en tal sazón* <sup>2</sup>  
 Está con el nuevo Marte  
 Don Pedro, Rey de Aragón.

### ESCENA III.

ISABELA. — ANA.

ANA.

¿Hasta cuándo determinas  
 Estar, hermana, llorando?  
*Deja las quejas continas,*  
*Pues al gozo* <sup>3</sup> te avecinas  
 Que estábamos *deseando* <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> O., Sanos consejos—<sup>2</sup> O., Que quizá en esta ocasión

<sup>3</sup> O.                                Ahora te afliges, cuando  
                                       Al suceso.....

<sup>4</sup> O., deseando?

Abenzayde nuestro amigo  
Llegó ya, como deseas.

ISABELA.

¿Qué dices, hermana?

ANA.

Digo:

Pero para que *lo* <sup>1</sup> creas,  
Estará luego contigo;  
Porque como me desvela  
El peligro de tu vida,  
*Estuve cual* <sup>2</sup> centinela  
Esperando su venida,  
Y el contento de Isabela.

ISABELA.

¿Vendrá?

ANA.

Si le das licencia.

ISABELA.

*El la tiene ya por* <sup>3</sup> cierto.

#### ESCENA IV.

ISABELA.—ANA.—MULEY.

MULEY.

*Á lo menos* <sup>4</sup> no paciencia <sup>5</sup>  
De estar, Señora, *cubierto* <sup>6</sup>

<sup>1</sup> O., me—<sup>2</sup> O., Estar quise en—<sup>3</sup> O., Que ya la tiene es muy  
—<sup>4</sup> O., Sí, pero ya—<sup>5</sup> O., (*descúbrese*).—<sup>6</sup> O., encubierto

*Delante de* <sup>1</sup> tu presencia;  
 Y pues que mi gloria eres,  
 Suplícote que *me* <sup>2</sup> des  
*Tus blancas* <sup>3</sup> manos: no *quieres* <sup>4</sup>,  
 Pues no me niegues los pies <sup>5</sup>.

ISABELA.

Ni pies *ni* <sup>6</sup> manos esperes.

ANA.

¿Á Muley *piensas* <sup>7</sup> negarlas?

ISABELA.

¿Y tú defiendes su parte?

ANA.

Al fin huyo de rogarte.

ISABELA.

No las dí para besarlas,  
 Sino para levantarte.  
 ¿Pues Muley?

MULEY.

Nadie me nombre,  
*Porque ya no soy* <sup>8</sup> Muley.

ISABELA.

¿Pues quién eres?

<sup>1</sup> O., Ni un momento en —<sup>2</sup> O., la—<sup>3</sup> O., En esas—<sup>4</sup> O., quier-  
 res?—<sup>5</sup> O., (*va á besarlos*).—<sup>6</sup> M., ó—<sup>7</sup> M., pienso—<sup>8</sup> O., (Per-  
 que ya lo soy). En el Ms. M. léese también *lo* en vez de *no*.

MULEY.

Soy *un* <sup>1</sup> hombre,  
 Á quien da la nueva ley  
 Nuevo sér y nuevo nombre.  
 Muley fuí, Lupercio vengo,  
 Cristiano tan verdadero,  
 Que sólo de Muley tengo  
 Serte fiel como primero,  
 Y <sup>2</sup> en lo demás *desconvengo* <sup>3</sup>.  
 En Monte-Aragón nací  
 Con el agua del bautismo  
 Que de Cristo recibí  
 Por mano del Abad mismo  
 Que tiene su silla allí.  
*Enseñóme* <sup>4</sup> vuestra ley  
*De la suerte que la enseña* <sup>5</sup>  
 El de San Juan de la Peña:  
 Fueron padrinos el Rey,  
 Otro Monje y una Dueña.

ISABELA.

En extremo me consuela  
 Ver *que respondes* <sup>6</sup> por tí.

MULEY.

También me consuela á mí  
 Hallarte tal, Isabela,  
 Como cuando me partí.

<sup>1</sup> M., no existe la palabra *un*.—<sup>2</sup> O., no existe la conjunción *y*.  
 —<sup>3</sup> O., no convengo.—<sup>4</sup> M., Y enseñóme.—<sup>5</sup> O., (Aunque ella misma se enseña).—En el Ms. M. léese también *se* en vez de *la*.—  
<sup>6</sup> O., cuán bien vuelves

ISABELA.

¡Ay, dolor!

MULEY.

¿De <sup>1</sup> qué suspiras?  
 ¿Por ventura ya <sup>2</sup> te pesa  
 De la jurada <sup>3</sup> promesa  
 Ahora que el plazo miras  
 Que se cumple con tal <sup>4</sup> priesa?  
 ¿Y viendo que soy cristiano;  
 Y que ya te falta excusa  
 Con estar el hecho llano,  
 Estás pensando confusa  
 Cómo retirar la mano?  
 Y si como me tuviste  
 Me tienes en tu memoria,  
 ¿Por qué con agüero triste  
 Interrumpes esa <sup>5</sup> gloria,  
 Y tales suspiros diste?

ISABELA.

No tengas miedo, Muley  
 (Lupercio quise decir),  
 Que, pues tienes ya mi ley,  
 Te deje yo de seguir  
 Contra la furia del Rey.  
 Mudanza de mí no creas  
 (Si ya no mueren las almas) <sup>6</sup>,

1 O., ¿Por—2 O., ¿Es triste porque—3 O., aquella tu gran—4 O.,  
 ha cumplido con—5 O., Me interrumpes tanta—6 O. (No existe  
 paréntesis.)

Entre tanto que no veas  
 En las cumbres Pirineas  
 Cedros, naranjos y palmas;  
 Pero no quiero poner  
 Tiempo para mi mudanza,  
 Pues que *ni la* 1 puede haber,  
 Ni ocasión para *perder* 2  
 Un punto de tu esperanza:  
 Que, puesto caso que fuese  
 Posible lo que decía,  
 Para mí no lo sería  
 Mudarme, ni que torciese  
 Un punto de la fe mía;  
 Pero sabe que la causa  
 Del dolor que manifiesto...

MULEY.

No te turbes, *dila* 3 presto.

ISABELA.

Es el Rey el que *la* 4 causa,  
*Rey tirano* 5, Rey molesto.  
 No sé por cuál novedad  
 Mandó pregonar el Rey,  
 Que con *suma* 6 brevedad

1 M., no lo—2 M. y O., torcer—3 O., dilo—4 M., lo

5 O.

MULEY.

Rey tirano.

ISABELA.

Rey molesto, etc.

6 O., grande

Desampare su ciudad  
 La gente de nuestra ley.  
 Dícese que nos destierra,  
 Porque es *grande* 1 inconveniente  
 Para la futura guerra  
 Vivir dentro de su tierra  
 Nuestra miserable gente,  
 Y que usando de clemencia  
 Las vidas quiera dejarnos:  
 Yo temo que es apariencia  
 Para mejor descuidarnos,  
 Y *darnos* 2 cruda sentencia.  
 Concurren muchas razones  
 Que dan de esto certidumbre.

MULEY.

*Bástanme las* 3 que propones.

ISABELA.

Y tras *éestas* 4 la costumbre  
 De tales persecuciones.

MULEY.

¿Será posible?

ISABELA.

Seralo.

Mira si debo sentir  
 Más dolor del que señalo.

MULEY.

¡Que tal se pueda sufrir!

1 M., gran—2 O., dar más—3 O., Bástame la—4 O., ésta



ANA.

¿Y no hay *algún* 1 intervalo?

ISABELA.

Sí lo *hay* 2, y aun en mi mano;  
Pero nunca Dios lo quiera,  
Porque es amar al tirano  
Y vale más que yo muera.

MULEY.

Ó yo, que soy quien más gano.

ISABELA.

Que no temo yo la muerte  
Donde la gloria se gana,  
Ni tendré por menor suerte  
Que la virgen Lusitana  
*Hallar* 3 al tirano fuerte.

MULEY.

No temas, pues, que yo creo  
Que tendrá remedio todo.

ISABELA.

Remedio ninguno veo.

MULEY.

Yo sí, que tu bien deseo;  
Oye.

1 O., ningún—2 O., habrá—3 M., Hallará

ISABELA.

¿Dime de qué modo? 1.

MULEY.

Ya sabes que el Rey me ama,  
Y lo que de mí confía.

ISABELA.

Sé que confiar solía;  
Pero si *llegó* 2 la fama  
*Del* 3 bautismo...

MULEY.

No podía.  
Yo *le pintaré* 4 delante  
Una gran dificultad,  
*Tan eficaz y* 5 bastante  
Que mude su voluntad,  
Si bien fuese de diamante.  
*Hay aparente razón,*  
*Que si ahora nos destierra* 6  
*Declara la prevención* 7  
Los discursos de la guerra,  
Y en efecto su intención.

1 O. (*No hay interrogación.*)—2 O., le dijo—3 O., Tu—4 O., te pondré por—5 O., Eficaz ó tan

6 O.

ISABELA.

¿Y hay aparente razón?

MULEY.

Sí, que si ahora nos destierra, etc.

7 O., su pretensión

*Direle* <sup>1</sup> que se suspenda  
 El riguroso castigo,  
 Porque *con él no se* <sup>2</sup> ofenda,  
*Y haga* <sup>3</sup> que el enemigo  
 Sus designios <sup>4</sup> comprenda;  
 Y que al Rey Don Pedro pida  
 Paz, y le prometa parias,  
*Y debajo* <sup>5</sup> paz fingida,  
 De las cosas necesarias  
 Haga prevención cumplida.  
 El Rey Don Pedro ya queda  
 De estas cosas *prevenido* <sup>6</sup>  
 Para que la paz conceda,  
*Y debajo de* <sup>7</sup> partido  
 Junte la gente que pueda;  
 Y procuraré también  
 Que todos los de esta tierra  
 (Digo, cristianos) estén  
 Prevenidos *para* <sup>8</sup> guerra  
 Cuando la *seña* <sup>9</sup> les den;  
 Y cuando Alboacén tirano  
 Niegue, como negar piensa,  
 Las parias al Rey cristiano,  
 Mira si con tal ofensa  
 Tenemos el hecho llano.

ISABELA.

El Rey de Aragón parece  
*Que no cumple con* <sup>10</sup> quien es,

<sup>1</sup> M., Y diréle—<sup>2</sup> O., asimismo no—<sup>3</sup> O., Haciendo—<sup>4</sup> O., no  
 —<sup>5</sup> O., bajo de—<sup>6</sup> M., advertido—<sup>7</sup> O., al color de este—<sup>8</sup> O., á la  
 —<sup>9</sup> M., señal—<sup>10</sup> O., No cumple como

Aunque la guerra no empiecé,  
Pues que las paces ofrece  
Para romperlas después.

MULEY.

El astuto cazador  
Guarda semejante traza:  
Vístese de la color  
Que menos teme la caza  
Para *cazarla* <sup>1</sup> mejor.

ISABELA.

Mil inconvenientes veo  
Que pueden atravesarse.

MULEY.

Pues yo lo *contrario* <sup>2</sup> creo.

ANA.

Tarde vemos un deseo  
De su mal desengañarse.

MULEY.

Y cuando todo no baste,  
Amigos tengo yo tales  
Y deudos tan principales,  
Que pueden hacer contraste  
A los preceptos reales.

ANA.

La plática se concluya,

<sup>1</sup> O., prenderla—<sup>2</sup> M., contino

Porque ya la luz del día  
Sojuzga la noche fría.

MULEY.

Él manifiesta la suya  
Envidioso de la mía 1.  
Yo me voy; pero primero...

ISABELA.

Para mañana te *emplazo* 2,  
Y en este lugar *te* 3 espero.

MULEY.

Querría...

ISABELA.

¿Qué quieres?

MULEY.

Quiero  
Que me *dieses* 4 un abrazo.

ISABELA.

¿Abrazo?

ANA.

¿Qué duda pones?

ISABELA.

Para mejor ocasión.

1 O. y M.—(Aquí terminan las palabras de Muley, y el verso siguiente es el primero de los que pronuncia Isabela.)—2 O., aplazo  
—3 En el Ms. M., no existe el vocablo *te*.—4 O., des sólo

MULEY.

¡Que no *pueda la aflicción* <sup>1</sup>  
 Quitarte con ocasiones  
*La rienda* <sup>2</sup> de la razón!

ISABELA.

Quítanmela tus querellas.

ANA.

Al fin vence quien porfía.

MULEY.

Adiós, hermosas doncellas <sup>3</sup>;  
*Pues es muy* <sup>4</sup> propio del día  
 Escondernos las estrellas <sup>5</sup>.

## ESCENA V.

AUDALLA.

¿Hay género de gente más odiosa,  
 Ó monstruo por ventura más horrendo,  
 Que *los que vituperan una* <sup>6</sup> cosa,  
*La cual* <sup>7</sup> á toda furia *van* <sup>8</sup> siguiendo <sup>9</sup>,  
 Y llenos <sup>10</sup> de apariencia mentirosa  
 Los defectos ajenos reprendiendo?

1 M. y O., puede la afición—2 O., Las riendas—3 O. (*Vanse*).—  
 4 O., Que siempre es—5 O. (*Vanse detrás*).—6 O., el que condena  
 aquella misma—7 O., Que el mismo—8 M. y O., va—9 O., si-  
 guiendo?—10 O., lleno

*¿Intentan* 1 de dar *leyes á los hombres* 2,  
*Sólo* 3 por dilatar su fama y *nombres?* 4.  
Si yo con las heladas del invierno,  
Ceñido de vejez, del todo cano,  
Sigo la vanidad con que discierno  
Ser extremo del mal un viejo vano,  
¿Por qué pienso templar de un mozo tierno,  
En medio los ardores del verano,  
Los amorosos fuegos y sus bríos,  
No sabiendo templar los propios míos?  
¿Por qué quiero templarlo? Porque es justo  
Que por sus apetitos no se siga,  
Ni *por decir soy mozo, Rey* 5, robusto,  
Que la virtud á todos nos obliga:  
¿Pero si vitupero de su gusto,  
Por qué tiendo las alas en su liga?  
Esto con gran razón decir podría,  
Mas antes con razón llorar debería.  
¿Audalla desdichado, qué pretendes?  
¿No ves que tras los vicios te despeñas?  
¿Si los efectos del amor 6 entiendes,  
Y remedios tan fáciles enseñas,  
Por qué de su poder no te defiendes?  
¿Qué son de las palabras zahareñas  
Con que dabas al Rey consejos vanos,  
Y tantas medicinas en las manos?  
*Carecen* 7 ya mis yerros de disculpa:  
Cualquiera de estas cosas me la quita,

1 O., ¿Intenta—2 O., ley al mundo un hombre—3 O., Vano—  
4 O., nombre?—5 O., perdería, soy Rey mozo—6 O., no—7 O.,  
Crecen

Y á todos el ejemplo de mi culpa  
 El camino del vicio facilita;  
 Que cuando quien los hombres torpes culpa,  
 Sabemos que ese mismo *les* <sup>1</sup> imita,  
 Entonces la maldad autorizada  
 Con fácil ocasión es tolerada.  
 Ya llegas, desengaño de amor, tarde,  
 Y es fuerza que este fuego me deshaga,  
 Que cuando en los maderos secos arde,  
 Hasta ver las cenizas no se apaga:  
 No es justo, pues, que muera por cobarde;  
 Apliquemos remedios á la llaga:  
 Veamos, Isabela, de qué suerte  
 Nos llevas en las manos de la muerte.  
 Mayor *pasión* <sup>2</sup> de amor que el Rey *os tengo* <sup>3</sup>;  
 Porque si de Albenzayde celos tiene,  
 Los mismos celos yo *de* <sup>4</sup> los dos tengo  
 Y doblada defensa me conviene;  
 Por el *mismo camino* <sup>5</sup> que ellos vengo:  
 Hay esta diferencia, que aquél viene  
 Con favores; el Rey con esperanza,  
 Si no de ser amado, de venganza.  
 Yo vengo solamente sin reparo:  
 Para sufrir *tus* <sup>6</sup> tiros, Isabela,  
 En mí tienes el blanco muy más claro,  
 Y contra mí tu flecha *mejor* <sup>7</sup> vuela;  
 Pero si yo mi pecho no declaro,  
 En tanto que de mí no se recela,  
 Del Rey podré mirar la saña fiera

1 O., los—2 M. y O., peso—3 M. y O., sostengo—4 O., que—

5 M., camino mesmo—6 O., los—7 O., mayor



Que contra su rival Muley *se* <sup>1</sup> espera.  
 Cual toro que de lejos ve que asoma  
 El *toro* <sup>2</sup> que á su vaca también ama,  
 De cuya vista *nueva furia* <sup>3</sup> toma,  
 Y con celosa voz gimiendo brama,  
 Y *ya su* <sup>4</sup> pastor mismo que los *doma* <sup>5</sup>,  
 Elige de algún árbol gruesa rama  
 Para ver la batalla temeroso  
 Del animal feroz y más celoso:  
 No menos el colérico Rey moro  
 Contra su rival fiero se embravece,  
 Que ya no le refrena su decoro  
 Ni *mis* <sup>6</sup> sanos consejos obedece.  
 Con estas diferencias yo mejoro  
 Si fortuna tras ellos favorece;  
 Y pues determinado *voy* <sup>7</sup>, arrojo  
 El *pecho* <sup>8</sup> al agua y el temor recojo <sup>9</sup>.

## ESCENA VI <sup>10</sup>.

ISABELA.—ALADÍN.

ISABELA.

Pararon mis sospechas en lo cierto,  
 Que el Rey mandó *prendello* <sup>11</sup> con tal ira,  
 Ya debe según eso de ser muerto.  
 ¿El sol por qué se muestra si tal mira?

<sup>1</sup> O., no existe la palabra *se*.—<sup>2</sup> M. y O., otro—<sup>3</sup> M., furia nueva; O., fuerza—<sup>4</sup> O., el—<sup>5</sup> O., guarda y doma—<sup>6</sup> O., más—<sup>7</sup> O., estoy—<sup>8</sup> M., peso—<sup>9</sup> O. (*Vase*.)—<sup>10</sup> O. Acto segundo. Escena primera.—<sup>11</sup> O., prenderle

## ALADÍN.

Apenas á decir, Señora, acierto,  
 Según la *lengua* 1 al llanto se retira,  
 El lamentable caso, caso triste 2.  
 Injusto Rey, ¡oh Rey, que tal hiciste!  
 Por gran favor me llevan donde estaba  
 (No te sabré decir con cuánta pena),  
 En una cárcel honda, que mostraba  
 Estar de venenosas sierpes llena,  
 Á cuya *gran fiereza* 3 acompañaba  
 El ronco murmurar de *la* 4 cadena,  
 Injusto peso que Muley sostiene,  
 La garganta del cual ceñida tiene.  
 Á la pequeña lumbre de una vela,  
 Apenas *pude velle* 5 bien la cara;  
 Dijo: sepa mis males Isabela.

## ISABELA.

¡Pluguiera á Dios que sola los pasara!

## ALADÍN.

Y tú como supieres la consuela,  
 También dijera más si no llegara  
 El crudo carcelero con voz fiera,  
 Mandándome salir al punto fuera.

(*Aquí cae Isabela desmayada.*)

¡Ah, Señora, Señora, qué congoja

1 M., voz—2 En el Ms. O. el siguiente verso lo dice Isabela, y al otro continúa Aladín.—3 M., soledad—4 O., una—5 O., puede verle

Te priva de color y de sentido!  
 No te muestres *por Dios ahora* <sup>1</sup> floja:  
 ¿Qué debo hacer? ¡Ay triste! soy perdido.  
 Este fiero desmayo no se afloja,  
 Y si pido socorro soy sentido;  
 Pero pues viene ya su hermana *bella* <sup>2</sup>,  
 Á mí podrá librarme y socorrella <sup>3</sup>.

### ESCENA VII <sup>4</sup>.

ISABELA.—ALADÍN.—ANA.

ANA.

Aladín, no te pares: *vete* <sup>5</sup> presto,  
 Que vienen nuestros padres.

ALADÍN.

¿Por qué parte  
 Puedo salir?

ANA.

Por ésta <sup>6</sup>. Tú con esto  
*No quieras, Isabela* <sup>7</sup>, declararte:  
*Aserena* <sup>8</sup> por Dios el claro gesto,  
 Que vienen nuestros padres á buscarte,  
 Y los demás cristianos desdichados,  
 Al preciso destierro condenados.  
 Tenemos nuestra casa rodeada,

<sup>1</sup> M., ahora por Dios—<sup>2</sup> M. y O., ella—<sup>3</sup> M. (*Desmáyase Isabela en brazos de Aladín y entra Doña Ana á socorrella.*)—<sup>4</sup> O Escena segunda. Sale Ana.—<sup>5</sup> M., vente—<sup>6</sup> O. (*Vase Aladín.*)—<sup>7</sup> M., Isabela, no quieras—<sup>8</sup> O., Y serena

Y dentro que no cabe toda llena  
 De la devota gente bautizada,  
 Á quien el Rey sin ocasión condena.  
 Oye la ronca voz desentonada,  
 Que formada de tantas así suena:  
 Escucha por ventura si conoces  
 De tus padres también las tristes voces.  
 Un lloroso tropel de viejos canos,  
 Á quien muchas mujeres van siguiendo,  
 Hierde con triste son los aires vanos,  
 Á Dios perdón, y á tí piedad pidiendo.  
*Estos* <sup>1</sup> llevan los niños de las manos,  
 Aquéllas á los pechos, reprimiendo  
 Las inocentes voces, que con lloro  
 Muestran *también* *temor del fiero* <sup>2</sup> moro.

ISABELA.

¿Y sabes qué pretenden de mí?

ANA.

Creo

Que saben los amores del tirano.  
 Pero ya *nuestra gente* <sup>3</sup> venir veo,  
*Y por su capitán mi padre cano* <sup>4</sup>.  
 Yo me junto con ellos, *pues* <sup>5</sup> deseo  
<sup>6</sup> Alcanzar el remedio de tu mano:  
 Y puesto que mis ruegos valgan poco,  
 Entre los suplicantes me coloco <sup>7</sup>.

<sup>1</sup> O., Ellos—<sup>2</sup> O., tener también temor del—<sup>3</sup> O., con mi padre

<sup>4</sup> O. En busca tuya el escuadrón cristiano.

<sup>5</sup> M., con—<sup>6</sup> M., De—<sup>7</sup> O. (*Vase.*)





## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA I<sup>1</sup>.

LAMBERTO.—ENGRACIA.—ISABELA.—ANA.—UN VIEJO  
y turba de hombres, mujeres y niños cristianos.

LAMBERTO.

¡Oh virgen generosa, de quien pende  
El bien común, y público reposo!  
(Hija diré mejor) <sup>2</sup> si cual entiende  
El vulgo, soy tu padre venturoso;  
Si mi cansada vida no te ofende,  
Ni tienes este nombre por odioso,  
Óyeme, si cual padre no, *cual* <sup>3</sup> hombre  
Que tiene de cristiano *ley* y <sup>4</sup> nombre.

ISABELA.

¡Oh *padres* <sup>5</sup>, á quien debo reverencia!  
¡Oh santa perseguida compañía!  
Postrada, sin razón, en mi presencia,  
Espectáculo triste de este día,

1 O. Escena tercera del acto segundo.—Salen Lamberto, Engracia, Ana, un viejo y una turba de cristianos.—2 O. (*No existe el parentesis.*)—3 O., como á—4 O., el sér y el—5 M., padre

¿De qué manera puedo dar audiencia,  
Ni quien seso tuviese la daría,  
Viendo vuestros aspectos venerados  
Á mis indignos pies así postrados?  
Las rodillas alzádel del duro suelo,  
Ó revolved los ojos hechos ríos  
Al sumo Plasmador de tierra y cielo,  
Y dirigid allá los votos píos;  
Y pues que mis entrañas no son hielo,  
Ni los Hircanos tigres padres míos,  
Probad á conquistar otra dureza  
Con estos aparatos de tristeza;  
Que *yo sin* <sup>1</sup> espectáculo presente,  
Cuando fuese mi muerte necesaria,  
*Padeceré* <sup>2</sup> las penas obediente;  
Obediente, ¿qué dije? voluntaria;  
Y por el bien común de nuestra gente,  
Y daño de la pérfida contraria,  
Una muerte, mil muertes, y si puedo,  
Muchas más pasaré sin algún miedo.

LAMBERTO.

Pues oye. Bien sabemos cuán rendido  
En amorosas llamas al Rey tienes,  
Y cuán desesperado y ofendido  
Con tus castas repulsas y desdenes;  
Pero si *tú con un amor* <sup>3</sup> fingido  
Sus locos pensamientos entretienes,  
Y cebas la esperanza lisonjera,  
Al yugo volverá la cerviz fiera.

1 O., sin el—2 O., Padeciera—3 M. y O., con amor, amor

Así que con hacer lo que te digo,  
 Queda la voluntad del Rey por tuya:  
*Harás* 1 que no prosiga su castigo,  
 Ni de la dulce patria nos excluya.  
 Puedes así vencer *al* 2 enemigo,  
 Ó darnos ocasión que se atribuya  
 Á sola tu dureza nuestra pena,  
 Y *digan* 3: Isabela nos condena.  
 Y, *por consiguiente* 4, si procuras  
 El bien universal (como lo creo) 5,  
 Y nuestras posesiones aseguras  
 (Cual la santa Judith al pueblo hebreo) 6,  
 Tu nombre librarán las escrituras  
 (Malgrado de las aguas del Leteo),  
 Del fugitivo tiempo carcomido,  
 Amigo de la envidia y del olvido.  
 ¿Ahora mira, pues, cuál nombre quieres?  
 Ser madre de tus padres y tu gente  
 (Que tal nombre te cuadra, si nos dieres  
 Remedio como puedes suficiente),  
 Ó ser la más cruel de las mujeres,  
 Y con tus mismos padres inclemente:  
 En una de estas cosas te resuelve,  
 Condénanos, ó luego nos absuelve.  
 Al Rey por cierto tiempo fingir puedes  
 Precisa castidad tener votada,  
 Y que cuando del voto libre quedas,  
 La prenda le darás tan deseada.  
 En este medio tiende astutas redes,

1 O., Hará—2 M., el—3 O., digan que—4 O., También, por el contrario—5 y 6 En el Ms. O. no existe el paréntesis.



*Suspiros*, *llantos* <sup>1</sup>, vista regalada,  
Palabras tiernas, cebo de estas cosas,  
Y <sup>2</sup> lágrimas, si *puedes* <sup>3</sup>, amorosas.  
Suspenderás del Rey la furia loca  
Con estas apariencias, Isabela,  
Volviendo con el aire de tu boca  
Á todas partes su movable vela:  
Así nuestra sentencia se revoca,  
Así puede fingirse la cautela,  
Y nosotros también en este medio  
Seguros aprestar nuestro remedio.  
No salga sin efecto nuestro lloro,  
Ni áspide cruel en esto seas;  
Así la Majestad del sumo coro  
*Disponga de tus cosas cual* <sup>4</sup> deseas,  
Y tus cabellos, émulos del oro,  
En *blancas* <sup>5</sup> canas convertidos veas,  
Después de largos años venerada,  
De hijos y *de nietos* <sup>6</sup> rodeada.  
¿Por qué razón te turbas y suspiras?  
¿Tan duro te parece lo que pido?  
Con una risa falsa y dos mentiras  
*Tienes* <sup>7</sup> este negocio concluído.  
Por estas tristes lágrimas que miras,  
Por este viejo *cano* y <sup>8</sup> afligido,  
Por esta triste *madre* <sup>9</sup> te conjuro,  
No muestres á mis ruegos pecho duro.  
Si ver la perdición de los cristianos

<sup>1</sup> M. y O., Suspiros lentos—<sup>2</sup> En el Ms. O. no se lee la conjunción.—<sup>3</sup> O., pudieres—<sup>4</sup> O., En tí disponga como tú—<sup>5</sup> M., blandas—<sup>6</sup> O., bisnietos—<sup>7</sup> O., Tendrás—<sup>8</sup> O., misero—<sup>9</sup> M., vieja

No basta (que bastar *sólo* 1 *debía*) 2  
 Ni la muerte cruel de tus hermanos,  
 La de tu vieja madre, ni la mía,  
 Por el que *puesto en* 3 cruz las santas manos,  
 Hijo del Padre Eterno y de María,  
 Te conjuro, te ruego, pido y mando  
 Que muestres á mis ruegos pecho blando.

## ENGRACIA.

Hija, (¿qué digo?) lumbre de estos ojos,  
 Que como tú les *faltes* 4 son ya ciegos,  
 Y 5 un tiempo suspensión de mis enojos,  
 Inexorable *ya* 6 para mis ruegos,  
 Y yo satisfacción de tus antojos,  
 En tu niñez *y vagamundos* 7 juegos,  
 Y 8 *en* 9 más crecida edad con mil arreos  
 Complacencia también de tus deseos,  
 ¿Por qué dilatas tanto la respuesta?  
 ¿Aguardas por ventura que te pida,  
 Besándote los pies y descompuesta,  
 Merced á voces de mi corta vida?  
 ¿Ó gustas de mirar ante tí puesta  
 Esta mísera gente perseguida?  
 ¿Dí, qué solemnidad del pueblo quieres,  
 Que tanto la respuesta nos difieres?  
 Por esos pocos años florecientes,  
 Y por la muchedumbre de los míos;  
 Por estos tristes ojos hechos fuentes,  
 ¿Qué digo fuentes? caudalosos ríos,

1 M., sola—2 O., podía—3 M. y O., puso en la—4 M., faltas—  
 5 No existe la conjunción en el Ms. O.—6 O., hija—7 O., en tus  
 pueriles—8 No existe la conjunción en el Ms. M.—9 O., con

Te ruego yo, te ruegan tus parientes,  
Que dejes las excusas y desvíos  
Que contra nuestras justas peticiones,  
Por ventura, recoges y compones.  
Mira que si salimos de los muros  
Por el segundo César fabricados,  
Á 1 más que no saldremos muy seguros  
*De ser todos* ó 2 muertos ó robados,  
Porque jamás los bárbaros perjuros  
Observan ley ni pactos concertados,  
La sagrada ciudad queda desierta,  
Y nuestra religión en ella muerta.  
El templo de la Virgen *quedaría* 3,  
Si no por los cimientos derribado,  
Á lo menos con vicios cada día,  
De los odiosos Moros profanado;  
Y todo su tesoro *se daría* 4  
En *manos* 5 del sacrílego malvado,  
Reliquias y devotos simulacros,  
Todos los ornamentos al fin sacros;  
El cual, prevaricándoles el uso,  
Osará coronar su torpe frente  
*De* 6 la corona que á la Virgen puso  
(Digo, á su Imagen) la devota gente;  
Y con introducción de tal abuso,  
Trocadas en oficio diferente,  
Servirán las casullas y frontales  
De marlotas al fin ó cosas tales.  
Harán de las *dalmáticas* 7 jaeces

1 M. y O., De—2 M., De ser todos ó; O., De ser atados ó—3 O., se vería—4 O., quedaría—5 M., mano—6 O., Con—7 M., almáticas

Á los fieros caballos andaluces,  
 Con las borlas pendientes, que mil veces  
*Acompañaron Clérigos y* <sup>1</sup> luces;  
 Y para refirmar los pies soeces  
*El oro servirá de nuestras* <sup>2</sup> cruces,  
*Haciendo de él labradas* <sup>3</sup> estriberas  
 Quizá *con* <sup>4</sup> las historias verdaderas.  
 Pero dejando aparte los tesoros,  
 Y las vidas por Dios bien empleadas,  
 Vuelve á *mirar* <sup>5</sup> ahora *nuevos* <sup>6</sup> lloros  
 De las míseras madres lastimadas,  
 Que dejan sus hijuelos á los moros.  
 Y por el consiguiente condenadas  
 Sus almas, pues serán de su ley misma,  
 Haciéndoles dejar *la sacra* <sup>7</sup> Crisma.  
 ¿Será posible, pues, que tú permitas,  
 Con daño de los tuyos infelices,  
 Que *solas* <sup>8</sup> permanezcan las mezquitas,  
 Y que sus ignominias autorices?  
 Tú, tú, de la ciudad sagrada quitas  
 La religión cristiana *y* <sup>9</sup> *sus* <sup>10</sup> raíces;  
 Tu dura pertinacia nos destierra,  
 Y no la del tirano de la tierra.

ISABELA.

No más, no más, *queridos* <sup>11</sup> padres, basta,  
 Si no queréis sin vida verme luego,  
 Que donde la razón así contrasta,

1 O., Fueron de ornato en las sacras—2 O., Del oro de los cálices y—3 O., Grabadas formarán sus—4 O., de—5 M., llorar—6 O., nuestros—7 O., el sacro—8 O., sólo—9 O., en—10 M., de—11 M. y O., amados

Poca necesidad hay de tal ruego.  
 Yo, pues, con intención sincera y casta,  
 Sólo *por procurar nuestro* 1 sosiego,  
 Al fiero Rey daré de amor señales  
*Fingidas* 2, si fingirse pueden tales.

LAMBERTO.

La bendición de Dios omnipotente,  
 Y la nuestra también recibe ahora:  
 Tu nombre se dilate y acreciente  
 En *cuanto mira el cielo y el sol* 3 dora;  
 Y si es de creer que alguna gente  
 Debajo del ignoto Polo mora,  
*Allá* 4 tus alabanzas se dilaten  
*Y con admiración todos las traten* 5.

ENGRACIA.

Estos maternos brazos lo primero  
 Recibe por señal de lo que siento;  
*Sírvante* 6 de collar, bien *cual* 7 grosero,  
 Pero lleno de amor y de contento;  
*Que* 8 en otro tiempo más felice espero  
 Con mayor aparato y ornamento  
 Mejorar estos dones, y tu cuello  
 Ceñirlo del metal de tu cabello.

VIEJO.

En tanto que el caudal *del Ebro* 9 vaya

1 M. y O., procuraré vuestro—2 M., Fingidos—3 O., todo cuanto el sol alumbra y; M., todo cuanto mira el sol y dora—4 O., allí—5 O., Y en tu loor las lenguas se desaten—6 M. y O., Y sirvan—7 M. y O., que—8 En los dos Mss. no existe *que*.—9 M. y O., ibero

*Al poderoso mar Mediterráneo* <sup>1</sup>,  
 Y en el alto Moncayo nieves haya  
 (Nieves que por renombre le dan cano),  
 Y <sup>2</sup> en tanto que dividan y hagan raya  
 Entre el aragonés y el aquitano  
 Los altos y nevados Pirineos,  
 Donde tienen los nuestros sus trofeos,  
 Tus obras cantaremos excelentes,  
 Si bien á la desierta Libia vamos,  
 Ó bajo de la zona los ardientes  
 Y no sufribles rayos *padezcamos* <sup>3</sup>,  
 Y nuestra sucesión y descendientes  
 Darán las mismas gracias que te damos  
 Los niños con *la* <sup>4</sup> lengua ternezuela  
 Repetirán el nombre de Isabela.

LAMBERTO.

*No gastemos* <sup>5</sup> el tiempo más en esto:  
 ¿No veis que la tardanza dañar puede,  
 Y que según el Rey está dispuesto,  
 El caso dilaciones no concede?

ISABELA.

Dejadme sola, pues, porque más presto  
*Trazada mi intención astuta* <sup>6</sup> quede,  
 Porque la soledad es aparejo  
 Y <sup>7</sup> verdadera madre del consejo.

1 O., Opuesto al sol y al mar Tirreno ufano—2 En el Ms. M. no existe la conjunción.—3 O., resistamos—4 O., su—5 O., Pues no gastemos más—6 O., Mi piadosa ficción trazada; M., Trazada mi facción astuta—7 O., aun

LAMBERTO.

El Espíritu Santo, pues, presida  
 En tus justos designios, Isabela,  
 Y los del enemigo *ahora* <sup>1</sup> impida  
 Con esta nuestra *lícita* <sup>2</sup> cautela.

## ESCENA II 3.

ISABELA.

Cual suele de *los* 4 vientos combatida  
 En el soberbio mar hinchada vela,  
 Los cuales á gran furia la relevan,  
 Y con alternos soplos se la llevan;  
 El dudoso piloto no bien sabe  
 Á cuál de los dos vientos seguir *deba* 5:  
 Al uno vuelve ya la frágil nave,  
 Y luego de seguir al otro prueba,  
 Y en tanto que consulta el hecho grave,  
*Éste y aquél* 6 á más andar la lleva,  
 Y sin determinarse llega á puerto,  
 Mucho más que el *dudoso* 7 mar incierto:  
 De tal manera *voy confusa el alma* 8  
 Á *buscar* 9 el remedio de mi <sup>10</sup> gente;  
 Por otra parte mi Mulcy me llama  
 De la triste *prisión* <sup>11</sup> con voz doliente:  
 ¿Qué debe hacer quien ambas cosas ama?

1 M. y O., Rey—2 O., pródida—3 O. Escena cuarta del acto segundo. Vanse todos y queda sola Isabela.—4 O., dos—5 O., pueda—6 O., Ya éste, ya aquél—7 O., furioso—8 O., triste yo en mi trama—9 O., Busco—10 O., pobre—11 M. y O., pasión

¿Á cuál ha de mostrarse más clemente?  
 ¿Á quién *he* <sup>1</sup> de poner aquí delante,  
 Á la fe, ó <sup>2</sup> la patria, ó al amante?  
 Sin saber resolverme, voy confusa  
 Á los odiosos pies del Rey tirano,  
 Y con *adulación*, como <sup>3</sup> se usa,  
 Le tengo de besar la *fiera* <sup>4</sup> mano;  
 Juntamente buscar bastante *excusa* <sup>5</sup>  
 De refrenar su ciego amor profano.  
 Incierta voy de todo: Tú me guías,  
 Estrella de la mar, *dulce* <sup>6</sup> María.

### ESCENA III 7.

ADULCE.—SELÍN.

ADULCE.

Tres veces os he visto, *verdes* <sup>8</sup> plantas,  
 De vuestras verdes hojas despojadas,  
 Tres veces descompuestas, y otras tantas  
 De flores y de frutas adornadas,  
 Después que la soberbia sobre cuantas  
 Han sido por hermosas celebradas,  
 Aja cruel, origen de mi pena,  
 Á mi dura cerviz puso cadena.  
 Dejé los altos muros de Valencia,  
 Ciudad con lo demás del reino mía,

1 M. y O., ha—2 M., y á; O., á—3 O., adulaciones, según—  
 4 O., injusta—5 O., causa—6 O., digna—7 O. Escena tercera del  
 acto segundo.—8 O., dulces



Huyendo la tirana competencia  
 Que contra mi poder prevalecía;  
 Y para castigar su resistencia,  
 Atrevido furor y tiranía,  
 Al Rey de Zaragoza, mi pariente,  
 Amistad demandé, favor y gente.  
 Cosa no me negó de las que digo;  
 Pero ninguna de ellas cumplir puede  
 Hasta que dé lugar el enemigo,  
 Y con seguridad *el* 1 reino quede.  
 En este medio tiéneme consigo,  
 Y libertad tan larga me concede,  
 Que puedo disponer de su corona  
 Y casi represento su persona.  
 ¿Pero de qué me *fío* 2, pues que tiene  
 Una rabiosa tigre por hermana?  
 Tigre, que de mi llanto se mantiene;  
 Mas antes no lo escucha, ni se humana.  
 Tres años há que vivo me entretiene  
 Una esperanza de mi gloria vana,  
 Y tantos há también, ¡ay Aja fiera!  
 Que tu terrible *furia* 3 persevera.

SELÍN.

Tiempo vendrá, Señor, en el cual veas  
 Las tierras usurpadas en tu mano,  
 Y que sin sobresalto las poseas,  
 Echando fuera de ellas á tu hermano,  
 Y que goces la dama que desees,  
 Ó vivas de su *llaga fiera* 4 sano:

1 M. y O., su—2 M. y O., sirve—3 M., fiera—4 O., fiera llaga

Cosa fácil por cierto la postrera,  
Si con sagacidad se considera.

## ADULCE.

Aunque la majestad perdida cobre,  
Como tú pronosticas, y yo creo,  
Y mi prosperidad me suba sobre  
Los montes de venganza que deseo,  
No dejaré por eso de ser pobre,  
Si junto con *el* <sup>1</sup> cetro no poseo  
La dama, que merece dignamente  
Ser más que respetada de la gente.  
¿Pero dime, si sabes, Aja quiere  
Salir, como *dijeron* <sup>2</sup>, hoy á caza?  
Porque *quiero* <sup>3</sup> seguilla á donde fuere,  
Y dar á mi dolor alguna traza.

## SELÍN.

De cierto no lo sé; pero quien viere  
Los hombres que concurren á <sup>4</sup> la plaza,  
Y cubren *del* <sup>5</sup> palacio la gran puerta,  
Su salida tendrá, Señor, por cierta.  
Un palafrén más blanco que la nieve,  
Con guarniciones rojas y doradas,  
*De* <sup>6</sup> la puerta real el polvo mueve,  
Y deja en él las manos estampadas:  
*Este* <sup>7</sup> pienso será para que lleve  
Á tu dama, Señor, que las preciadas  
Guarniciones y silla dan indicio  
Que sólo *debe* <sup>8</sup> ser de su servicio.

<sup>1</sup> M., mi—<sup>2</sup> O., diremos—<sup>3</sup> M. y O., pienso—<sup>4</sup> M., en—<sup>5</sup> O., de  
—<sup>6</sup> M. y O., Á—<sup>7</sup> M. y O., Esto—<sup>8</sup> M. y O., uede

ADULCE.

Pues yo sin ocasión *alguna* 1 tardo.

SELÍN.

Así me lo parece.

ADULCE.

Vamos luego,  
Que pues en amorosas llamas ardo,  
No tengo de tener aquí sosiego.

SELÍN.

Un caballo te espera tan gallardo,  
Que *dirán* 2 que nació de un vivo fuego,  
Y que de viento sólo se mantiene:  
Tanta velocidad y *fuerza* 3 tiene.

## ESCENA IV 4.

ALBOACÉN.—AUDALLA.—UN PORTERO.

AUDALLA.

Ahora que mostrar contento debes,  
Pues tienes en prisión á tu contrario,  
Cuyas horas de vida serán breves,  
¿Por qué tan al revés de lo ordinario  
Con la dulce venganza te entristeces,  
Y muestras del principio tu fin vario?  
¿Y tú que *graves* 5 pérdidas mil veces

1 M., ninguna—2 M., dirás—3 M. y O., furia—4 O. Acto tercero. Escena primera.—5 O., grandes

Con los ojos enjutos has mirado,  
 Ahora sin razón los humedeces?  
 Viste morir tu viejo padre al lado,  
 Y negando á su muerte digno llanto,  
 Lo das á la de un perro renegado.

## ALBOACÉN.

Es la amistad un nudo firme y santo,  
 Y de todas las cosas de esta vida  
 Alguna no verás que valga tanto:  
 Á todas es de sabios preferida,  
 En todos los estados importante  
 Compás de los mortales y medida.  
 Es *la* <sup>1</sup> amistad el Mauritano Atlante  
 Que la celeste máquina sostiene,  
*Digo que es á tal monte* <sup>2</sup> semejante:  
 También nombre de monte le conviene,  
 Porque por más que el cielo se revuelva,  
 Y <sup>3</sup> arroje rayos, y con ira truene,  
 Y puesto que en cenizas se resuelva,  
 Con furia de las llamas y los vientos,  
 La vieja cumbre de encinosa selva,  
 Jamás mudan los montes sus asientos  
 Ni los fieles amigos mudar *pueden* <sup>4</sup>  
 En las adversidades los intentos.  
 Así que con razón mis ojos llueven  
 Estas copiosas lágrimas, pues vemos  
 Que los más firmes montes ya se mueven;  
 Y <sup>5</sup> es gran razón, Audalla, que lloremos

<sup>1</sup> En ambos Mss. no existe el artículo.—<sup>2</sup> O., Y digo que el tal monte es—<sup>3</sup> En ambos Mss. no existe la conjunción.—<sup>4</sup> M. y O., deben—<sup>5</sup> En ambos Mss. no existe la conjunción.

Cuando vemos morir la fe sagrada  
 En los que más constante la creemos.  
 No lloro por la muerte desdichada  
 Que á Muley ha de darse; pero lloro  
 Por ver que con razón le será dada.  
 Dejó nuestra Mezquita siendo moro;  
*Robóme* <sup>1</sup> *la cristiana rigurosa* <sup>2</sup>,  
 Olvidando su ley y mi decoro.  
 Muéveme la venganza *sanguinosa* <sup>3</sup>,  
 Y la sacra corona con que ciño  
 La cabeza real y poderosa.  
 Yo mismo juntamente me constriño  
 Á la misericordia que demanda  
 El amor que le tuve desde niño;  
 Y cuando ya parece que me *ablanda* <sup>4</sup>,  
*Pónese* <sup>5</sup> la justicia de por medio,  
 Y que muera Muley á voces manda.

## AUDALLA.

En su muerte consiste tu remedio;  
 Y pues sabes, Señor, lo que se gana,  
 Elige por tu bien del mal el medio.

## PORTERO.

Poderoso Señor: una cristiana  
 Que á no dar de sus males apariencia,  
 La juzgara por diosa soberana,  
 Para besar tus pies pide licencia,  
 Y para relatarte tu fatiga,  
 Como tú sueles *darles* <sup>6</sup> grata audiencia.

<sup>1</sup> M., Róbame—<sup>2</sup> O., Me robó mi cristiana ó bien mi diosa—  
<sup>3</sup> O., rigurosa—<sup>4</sup> O., obliga—<sup>5</sup> O., Ponerse—<sup>6</sup> M. y O., darla

ALBOACÉN.

Su petición y nombre dí que diga.

PORTERO.

Isabela se llama, según dijo.

ALBOACÉN.

Ya su misma dureza la castiga.  
Entre; pero yo juro de estar fijo  
En mi resolución, por más que oya  
Palabras tiernas y clamor prolijo.

AUDALLA.

Los caudillos, Señor, de la gran Troya,  
Por entrar el caballo como ciegos,  
Creyendo ser de Palas don y joya,  
Vieron de noche los ocultos fuegos  
Salir de la gran máquina preñada,  
De la *grave* <sup>1</sup> cautela de los griegos.  
Así, Señor, la gente bautizada  
Temo, que con el medio de esta dama,  
Alguna gran traición *tienen* <sup>2</sup> trazada.

ALBOACÉN.

Antes pienso cubrir así mi llama  
Que pueda descubrir su pensamiento,  
Y ver que tan de veras me desama <sup>3</sup>.  
¿Qué nueva turbación es la que siento  
Con ver esta cristiana? Pero venga,  
Que no podrá mudarme de mi intento.

<sup>1</sup> O., grande—<sup>2</sup> M. y O., tiene—<sup>3</sup> O. (*Sale Isabela.*)

## ESCENA V 1.

ISABELA.—ALBOACÉN.—AUDALLA.

ISABELA.

Poderoso Señor: porque no tenga 2  
Ocasión de cansarte tu cautiva  
Con largos ruegos y prolija arenga,  
Y porque *la* 3 pasión es excesiva,  
Á mi triste semblante me remito,  
Semblante de mujer apenas viva:  
Parte de mi dolor verás escrito  
En mis húmedos ojos, pues con ellos  
Los duros pechos á llorar incito,  
Y 4 parte de él verás en los cabellos,  
Sembrados á los pies, que tienes puestos  
Sobre rendidos y postrados cuellos;  
Parte verás en los turbados gestos  
De nuestros miserables ciudadanos,  
No sé por qué razón á tí molestos;  
Parte verás en mis cruzadas manos,  
Que cautiverio triste significan  
De tus vasallos míseros cristianos:  
Mas antes estas cosas las publican  
Hasta los animales sin sentido,  
Y todos lo que yo, Señor, suplican.  
En suma, gran Señor, lo que yo pido

1 O. Escena segunda (*del acto tercero*). Sale Isabela descompuesto el pelo y llorosa.—2 O. (*Arrodillase.*)—3 O., mi—4 En el Ms. O. no se lee la conjunción.

*Es una general* 1 misericordia  
 Con este nuestro pueblo perseguido;  
 Y que con nuevos pactos y concordia  
 Suspendas de tus siervos el tumulto,  
 Nacido de esta súbita discordia;  
 Y no lo dudo yo, ni dificulto  
 (Pues por ser cosa justa, será tuya),  
 Que todos consigamos ese indulto.  
 Tu *benigna* 2 bondad nos *constituya* 3  
 En nuestras posesiones y descanso,  
 Sin que *tu* 4 gran castigo se concluya;  
 Y porque *con mis voces* 5 quizá canso,  
 Proseguiré con lágrimas mi ruego,  
 Hasta que me respondas, Señor, manso.

## ALBOACÉN.

Verdad es; pero sin ser causa niego,  
 Que yo con mis edictos y pregones  
 He querido turbar vuestro sosiego:  
 Moviéronme justísimas razones,  
*Infaustas y tristísimas* 6 señales  
 De fieras y sangrientas rebeliones;  
 Y para prevenir á tantos males  
 Con un Alfaquí docto me aconsejo,  
 Que sabe los efectos celestiales;  
 Pues hechos *sus* 7 conjuros, el buen viejo  
 Díome del vaticinio por respuesta  
 Un duro y asperísimo consejo.

1 O., Sólo es una gran—2 M., divina—3 M. y O., restituya—

4 M., tan—5 O., en mis razones—6 M., Infaustos y tristísimos—

7 O., los



Yo ví con apariencia manifiesta  
 Que no fué la respuesta por él mismo,  
 Mas por algún espíritu compuesta;  
 Como si alguna furia del abismo  
 Al *sabio* <sup>1</sup> las entrañas le royera,  
 Ó como *que* <sup>2</sup> le toma parasismo  
 Con los mismos efectos; y tal era  
 La presencia del *viejo* <sup>3</sup> cuando vino  
 Á darme la respuesta verdadera.  
 Andaba con furioso desatino  
 Torciéndose las manos arrugadas,  
 Los ojos vueltos de un color sanguino;  
 Las barbas, antes largas y peinadas,  
*Llevaba vedijosas* <sup>4</sup> y revueltas,  
*Como* <sup>5</sup> de fieras sierpes enroscadas;  
 Las tocas, que con mil ñudosas vueltas  
 La cabeza prudente *le* <sup>6</sup> ceñían,  
 Por éste y aquel hombro *lleva* <sup>7</sup> sueltas;  
 Las horrendas palabras parecían  
 Salir por una trompa resonante,  
*Y que los* <sup>8</sup> yertos labios no movían.  
 Si quieres que tu Dios ¡oh Rey! levante  
 La rigurosa diestra (dijo), mira  
 El medio que será sólo bastante.  
 Si quieres aplacar tan grande ira  
 Como muestra tener nuestro Profeta,  
 Pues ya de tus estados se retira;  
 Si no quieres tu gente ver sujeta,

<sup>1</sup> M. y O., viejo—<sup>2</sup> M. y O., á quien—<sup>3</sup> O., mismo—<sup>4</sup> O., Mo-  
 traba guedejosas—<sup>5</sup> M., Y como; O., Ó como—<sup>6</sup> M., la—<sup>7</sup> M.,  
 errando; O., andaban—<sup>8</sup> O., Porque sus

Y también descompuestas ambas sienes  
*Del* 1 lucido metal que las aprieta,  
 Conviene que te prives y enajenes  
 De la persona triste de tu Corte,  
 Á quien más voluntad y afición tienes:  
 Aquélla que te da mayor deporte,  
 Ahora sea varón *ó* 2 ahora sea  
 La dama que *tomases* 3 por consorte.

AUDALLA.

Según el Rey lo finge y hermosea,  
 Parece que es verdad esto que dice:  
 ¿Habrás quien esta fábula no crea?

ALBOACÉN.

*Divisas* 4 diferentes de ello hice,  
 La gravedad del caso ponderando,  
 Por ver el que será tan infelice:  
 Mis gentes y vasallos numerando,  
 Sus obras y servicios repitiendo,  
 Y cada cosa de *ellas* 5 ajustando,  
 Mi voluntad dudosa confiriendo  
 Con cada cual, por ver á quien amaba 6  
 (¡Extraña voluntad *y* 7 amor horrendo!)  
 Y 8 en tanto que con duda tal estaba,  
 Llegó nuevo dolor á la memoria,  
 Y claro le mostró lo que buscaba;

1 M., De—2 No existe la palabra *ó* en el Ms. O.—3 M., elijas; O., escogieres—4 M. y O., Discursos—5 O., estas—6 O. (*El verso que sigue lo pronuncia Isabela, y luego continúa Alboacén.*)—7 y 8 Suprimida la conjunción en ambos Mss.

Y ví que de la vida transitoria  
Eres tú solamente quien podía  
*Darme más* 1 aflicción ó mayor gloria.  
Creí luego que el hado disponía  
Que fueses tú la víctima y ofrenda  
Que pide la confusa profecía;  
Y que para torcerme de la senda  
Por donde *me* 2 despeña mi deseo,  
Á tí sola su furia comprenda,  
Por ser en nuestra secta caso feo  
Amar á quién á Cristo reverencia,  
Que ya *debe* 3 saberlo, según creo.  
Todos interpretamos la sentencia,  
Aunque con gran dolor de parte mía,  
Contra lo que merece tu presencia.  
Así, para cumplir lo que debía,  
Te quise desterrar ocultamente  
Con darte tan copiosa compañía,  
Y mandé pregonar públicamente  
Que salga dentro 4 tiempo limitado  
Fuera de Zaragoza vuestra gente.

## ISABELA.

¡Con qué supersticiones engañado,  
Oh poderoso Rey, te determinas  
Á perseguir el pueblo bautizado!  
Mira que las sentencias repentinas,  
Por un solo varón determinadas,  
Suelen parar en míseras ruínas;  
Y que muchas provincias encumbradas

1 O., Dar mayor—2 M., más—3 M. y O., debes—4 M., el

Por otras novedades semejantes  
Quedaron abatidas y postradas.

## ALBOACÉN.

¡Oh mujer afligida! 1. ¿Por qué antes  
De saber mi propósito das voces?  
Oye, mas ruégote que te levantes 2.  
Ya quiero que gocéis, y que tú goces  
Todo cuanto me pides, puesto caso  
Que mis largas mercedes desconoces.  
Verdad es que me mueve nuevo caso,  
Y no tu triste ruego solamente,  
*Que muy* 3 más adelante en esto paso.  
Por el común descanso de mi gente;  
Por dar satisfacción al gran Profeta,  
Y ser á sus preceptos obediente;  
Por ser tú la persona más aceta,  
Y que mi voluntad tiene propicia,  
Y no sólo propicia, mas sujeta:  
Creyendo que del cielo la justicia  
Con esto me mandaba que dejase  
*Del amor insaciable* 4 la codicia,  
Mandé *por* 5 mi ciudad se pregonase  
Que nadie de la gente bautizada  
En los muros augustos habitase.  
Quedarás tú con esto condenada;  
Mas en tu vez hallar pude persona  
Por justas ocasiones más amada,  
Tanto, que pospusiera mi corona

1 O., Dí—2 O. (*Levántase.*)—3 O., Mucho—4 O., De un amor implacable—5 O., que en

Por no privarme de ella; *mas* 1 el hado  
 Sin esta privación no me perdona.  
 Al fin es Albenzayde, mi criado,  
 Quien pudo suspender vuestro castigo,  
 Y quien ha de morir por ser amado;  
 Que pues lo quiero tanto, como digo,  
 Con traspasar en él vuestra sentencia,  
 De todo lo demás me desobligo.  
 Segura parte *ya* 2 de mi presencia  
 Á consolar tus míseros cristianos  
 Con dalles tú la nueva y yo licencia 3.  
 ¿Por qué con ira tuerces ambas manos,  
 Y con tan tristes lágrimas ahora  
 Eclipsas esos ojos soberanos?  
 Injustamente *un hombre* 4 su mal llora  
 Después que ya su furia no *le* 5 daña,  
 Ó cuando claro ve que se mejora.

ISABELA.

Si quieres aplacar ¡oh Rey! la saña  
 Del que llamas Profeta, con privarte  
 Del que te *da* 6 más gusto, ¡*ley extraña!* 7,  
 Yo quiero ser aquí contra mi parte,  
 Por ver á la razón de la contraria,  
 Y de tu ceguedad desengañarte.  
 ¿Tú tienes ya por cosa necesaria  
 Privarte del que amares más?

ALBOACÉN.

Concedo.

1 O., pero—2 O., pues—3 O. (*Llora Isabel y hace movimientos*)  
 —4 O., alguno—5 M. (*No se lee.*)—6 M., de—7 En el Ms. O. *le*  
 se entre paréntesis.

ISABELA.

Pues mira tu sentencia temeraria.  
Injustamente yo sin pena quedo,  
Pues soy la más amada.

ALBOACÉN.

¿De qué suerte?

ISABELA.

Porque contigo más que todos puedo.  
Esta sola razón puede vencerte:  
Á mí me desterrabas por castigo,  
Y das á *tus vasallos* <sup>1</sup> cruda muerte.

ALBOACÉN.

Pudiérame valer *eso* <sup>2</sup> contigo;  
Mas no con un varón tan importante,  
El cual fuera, viviendo, mi enemigo.

ISABELA.

Quiero que *esa* <sup>3</sup> razón fuera bastante.  
¿Pero, dime, tuvieras amor firme  
*Al moro* <sup>4</sup> si lo vieras inconstante?

ALBOACÉN.

Antes por acertar bien á servirme,  
Y serme tan leal, su muerte lloro.

ISABELA.

*Luego ya no podrás contradecirme;*

<sup>1</sup> M. y O., tu vasallo—<sup>2</sup> M. y O., así—<sup>3</sup> O., esta—<sup>4</sup> O., Á Muley

*Pues yo, que no leal como ese moro,  
 Antes traidora soy á tu grandeza,  
 La cruz es mi señal y 1 á Dios adoro 2.  
 Con ver en mí tan clara la dureza;  
 Con verme, como digo, bautizada,  
 No te pude mudar de tu firmeza;  
 Mas antes soy de tí muy 3 respetada,  
 Que tanto cuanto yo me muestro dura,  
 Tú muestras voluntad aficionada.  
 ¿Sufrirás tú del moro por ventura  
 Tan grandes desacatos y desdenes?  
 Ya dijiste que no.*

ALBOACÉN 4.

Fuera locura.

ISABELA.

Luego mayor amor á mí me tienes.  
 ¿Por qué condenas, pues, al menos grato?  
 Á mí será mejor que me condenes.  
 ¿Consiste, dí, Señor, en tu buen trato,  
 Con la que te desama ser benigno,  
 Y con el que te sirve bien ingrato?  
 Si sus fieles servicios le 5 hacen digno  
 Del amor que le muestras, ¿es ley justa  
 Pagarle con castigo tan indigno?

1 La conjunción no se lee en el Ms. M.—2 Los cuatro versos se substituyen en el Ms. O. por los siguientes:

Luego yo que soy cristiano y á tí ¡oh moro!  
 Contraria, aunque humilde á tu grandeza,  
 La cruz es mi señal y á Cristo adoro.

3 M. y O., tan—4 M., Audalla—5 M., lo

Por sentencia tendré menos injusta  
Que todos los cristianos miserables  
Dejemos la ciudad Cesaraugusta.

## ALBOACÉN.

Ya no son tus palabras tolerables,  
Ni yo puedo sufrir <sup>1</sup> en mi presencia  
Que con *tal* <sup>2</sup> libertad y furor hables  
Con menos artificio y elocuencia  
*Á tu cristiano pueblo* <sup>3</sup> defendías,  
Cuando me provocabas á clemencia;  
Porque su propio daño no tenías  
Por tan propio, *traidora* <sup>4</sup>, como tienes  
Este que contradices por mil vías.  
Á sólo defender su causa vienes  
Según has olvidado la primera,  
Y de *razones prontas* <sup>5</sup> te previenes.  
¿Puedo disimular? ¿Quién tal creyera,  
Que la que con un Rey fué rigurosa,  
Con un vasallo suyo no lo fuera!  
La muerte, pues, que pides animosa,  
¡Oh perra! te darán en compañía  
Del perro que te tiene por esposa.

## ISABELA.

Ese *fiero* <sup>6</sup> furor y tiranía  
Las vidas, cuando mucho, quitar puede;  
Muley dará la suya, y yo la mía;  
Pero después la gloria que sucede

<sup>1</sup> O., que—<sup>2</sup> O., tanta—<sup>3</sup> O., Tu pueblo y tus cristianos <sup>2</sup>.  
<sup>4</sup> O., (¡oh traidora!)—<sup>5</sup> O., fuertes razones—<sup>6</sup> M., bravo



Al martirio dichoso, no *la* <sup>1</sup> quita,  
 Ni tal jurisdicción se *te* <sup>2</sup> concede.  
 En Muley hallarás otro Levita,  
 Pues, para ser católico cristiano,  
 En su patria dejó vuestra mezquita.  
 En mí verás también, como Daciano,  
 El pecho que mostró la Virgen bella,  
 Honor del apellido Lusitano.  
 Yo, pues, te seguiré, casta doncella,  
 Cuyo sangriento clavo resplandece  
 En tu divina frente como estrella.

## AUDALLA.

Poderoso Señor: ¿no te parece  
 Que todo lo que dije verifica  
 Quien ambas las dos vidas nos ofrece?

## ALBOACÉN.

Delitos á delitos multiplica  
 Quien, sin arrepentirse de los hechos,  
 Después con pertinacia los publica.  
 En polvos los cadáveres deshechos  
 Y vuestros corazones tan conformes,  
 Arrancados veré de vuestros pechos.

## ISABELA.

Pues aunque de metal un toro formes,  
 Y quieras, *como* <sup>3</sup> un Fálaris tirano,  
*Inventar* <sup>4</sup> los castigos más enormes,  
 El pecho que se precia de cristiano

<sup>1</sup> M., le—<sup>2</sup> O., le—<sup>3</sup> O., ser—<sup>4</sup> O., Haciendo

Recibirá gozoso cuantas penas  
 Inventes y procedan de tu mano.  
 ¡Oh lazos apacibles y cadenas,  
 Temidas de *los flacos* 1 corazones,  
*Por ser de tales* 2 ánimos ajenas!  
 Ceñidme ya, dulcísimas prisiones;  
 Seréis preciosas arras de mis bodas,  
 Y del esposo dulce gratos dones:  
 Venid á mí, cargad sobre mí todas;  
 Y tú danos el tálamo dichoso  
 Que para los dos juntos acomodas.

## ALBOACÉN.

En el lugar que sabes tenebroso,  
 Audalla, mandarás que pongan esta  
 Enemiga cruel de mi reposo;  
 Y después que la dejes allí puesta,  
 Vendrás á donde dije, porque quiero  
 Solemnizar de veras esta fiesta.  
 Esto con brevedad, porque te espero 3

## AUDALLA.

Así se hará, Señor. ¡Oh desdichado,  
 Mas antes venturoso carcelero!  
 ¡Oh Rey! en mi poder has hoy dejado  
 La joya que yo precio más ahora  
 Que todo cuanto *Dios tiene* 4 criado.  
*Desviaos ya* 5 vosotros. Tú, Señora,  
 Confía, pues Audalla va contigo,  
 Que la contraria suerte se mejora.

1 O., cobardes—2 O., Como de flacos—3 O. (*Vase.*)—4 O., tie-  
 ne Dios—5 M., Desviados

ISABELA.

¿Qué dices?

AUDALLA.

Tú sabrás lo que yo digo  
 Cuando los dos estemos donde haya  
 Dejado los que van aquí conmigo.  
 Ni la *trabéis* 1 *de* 2 *brazo* ni *de* 3 *saya*:  
 Dejadla, bien podéis seguramente,  
*Que* 4 *de su voluntad ella se vaya* 5,  
 Y no venga tampoco 6 tanta gente.

## ESCENA VI 7.

AJA.

No somos ambos hijos de una madre,  
 Injusto Rey, por cierto *no* 8 *lo* 9 *creo*:  
*Tanto diferenciamos* 10 *en los hechos*;  
*Mas antes* 11 *juzgo* 12 *yo*, por lo que veo,  
*Que* 13 *algún helado monte fué tu padre*,  
 Y tigres te debieron dar los pechos.  
 Tú los servicios, hechos  
 Por Albenzayde fuerte,  
 Pagas con *triste* 14 *muerte*,  
 Injusto galardón, sentencia dura.  
 Yo, Aja, sin ventura,

1 M., trabajéis—2 O., toquéis el—3 O., la—4 M., Y—5 O.  
 Quedaros sin temor que se nos vaya—6 O., nos acompañe—7 O.,  
 Escena tercera del acto tercero.—8 O., ni—9 M., ni tal—10 M.,  
 O., Pues tanto diferimos—11 M., Antes sí—12 O., Antes juzga  
 —13 M. No existe el vocablo.—14 O., dura

Del *soberbio mancebo* 1 desamada,  
 Por más que me *fué duro* 2,  
 Tu rigurosa espada  
 De *esa bella* 3 cerviz quitar procuro.  
 En *mi secreto tálamo*, *fundado* 4  
*Sobre los claros* 5 baños y jardines,  
 Donde el Rey muchas veces se recrea,  
 Hay un balcón cubierto de *jazmines* 6;  
 Lugar para *mirar* 7 acomodado,  
 Sin que la gente del jardín lo vea:  
 Yo, como quien desea  
 Saber su mal y acecha,  
 Ó porque mi sospecha,  
 Ó *porque la* 8 costumbre me llamaba,  
 En el balcón estaba,  
 Y ví venir al Rey con rostro fiero,  
*Tan* 9 sólo con Audalla  
 Su falso consejero.  
 ¡Mas ay en quien amor ofensa halla!  
 Mis oídos atentos, *y* 10 sus voces  
 Altas, por ser con ira, me mostraron,  
 Ayudando también los movimientos,  
 Gran parte de las cosas que trataron  
 Los indignados ánimos feroces,  
 Y la *revolución* 11 de sus intentos.  
 Parte de *ellos* 12 los vientos  
 Y sonoras corrientes  
*De las heladas* 13 fuentes

1 M., mancebo soberbio—2 M., dura—3 O., su noble—4 O., mis  
 secretas piezas levantado—5 O., Á vista de los—6 M., jardines—  
 7 O., asechanza—8 O., la libre—9 O., Y—10 O., á—11 M., reso-  
 lución—12 M., ello—13 O., Y el de las mismas

No dejaron llegar á mis oídos,  
Y de ellas impedidos,  
La causa de sus cóleras ignoro;  
Al fin dieron sentencia  
Contra mi dulce moro  
*En el secreto tribunal y audiencia* 1.  
¿De qué furor movido, *duro* 2 viejo,  
Á tal atrocidad, á tan gran furia,  
El venenoso pecho solicitas?  
¿Y cual fué de Muley tan *gran* 3 injuria,  
Para que sin proceso ni consejo  
*La vida, Rey, le quites* 4 *como quitas?* 5.  
¡Oh Cielo, no permitas,  
Pues eres justiciero,  
*Un suceso tan fiero!* 6.  
Y tú también, Adulce, llega presto  
Otras veces molesto,  
Ahora sumamente deseado:  
*Oye* 7, que tu tardanza  
Aumenta mi cuidado,  
Y muere, si tú tardas, mi esperanza.

## ESCENA VII 8.

ADULCE.—AJA.

ADULCE.

Si sobre las almenas de Valencia  
Hubiese ya *fijada* 9 mi bandera,

1 O., Sin que defienda nadie su inocencia—2 O., injusto—3 O., grave—4 M., quitas—5 O., Le quites, Rey, la vida que le quitas—6 O., Caso tan lastimero!—7 M. y O., Ay me—8 O. Escena cuarta del acto tercero.—9 M. y O., fijado

Y todos sus rebeldes *castigados* <sup>1</sup>,  
 Por menos buen suceso lo tuviera  
 Que mandarme venir á tu presencia,  
 Habiendo sido *de* <sup>2</sup> ella tan odiado;  
*Pero* <sup>3</sup> pues he llegado  
 Á la sublime cumbre,  
 Si mudas de costumbre,  
*Declárame* <sup>4</sup>, Señora, *qué* <sup>5</sup> deseas,  
 Porque quiero que veas  
 Cuán bien tus mandamientos obedezco.  
 Cultivar las arenas  
 De la Libia me ofrezco,  
 Si *para tal trabajo* <sup>6</sup> me condenas;  
 Y si con las desnudas plantas quieres  
 Que *pase* <sup>7</sup> de la Scitia *los helados* <sup>8</sup>,  
 No *tendré por difícil este* <sup>9</sup> hecho;  
 Y si *por* <sup>10</sup> el camino las espadas  
 Sedientas de mi sangre *me* <sup>11</sup> pusieres,  
 No dudaré de *dallas* <sup>12</sup> este pecho.

## AJA.

Con juramento estrecho,  
 Primero, pues, te obliga  
 Que de lo que te diga  
*Eternamente* <sup>13</sup> guardarás secreto.

<sup>1</sup> O., castigado—<sup>2</sup> O., en—<sup>3</sup> O., Pero—<sup>4</sup> M. y O., Declararme  
<sup>5</sup> O., qué es la que—<sup>6</sup> O., á su imposible culto—<sup>7</sup> O., pise—  
 O., las heladas—<sup>8</sup> O., me ha de parecer difícil—<sup>10</sup> O., en me-  
 dio—<sup>11</sup> No se lee el vocablo en el Ms. M.—<sup>12</sup> M., darles; O., da-  
 les—<sup>13</sup> O., Atado el mundo

ADULCE.

Así te lo prometo,  
Y por *mi ley* 1 lo juro.

AJA.

Pues *más quiero* 2.

ADULCE.

Juro que cuanto mandes  
Cumpliré si no muero.

AJA.

Mira que son promesas las dos grandes.

ADULCE.

*Á todas* 3 me *prefiero* 4.

AJA.

Pues ahora  
Has de saber, Adulce, que te llama  
Aja, la más que todas triste mora;  
Aja, que tan sin culpa te desama;  
Aja, que ya su mal cercano llora,  
Enemiga del Rey y de su fama,  
Para que la defiendas con tu mano  
De la furiosa diestra de su hermano.  
No sé por qué razón, pero sé cierto  
Que Muley Albenzayde, *señor* 5 mío,

1 O., Alá—2 O., primero—3 M. y O., todo—4 M., prefiero—  
5 O., dueño

*Señor há muchos años* 1 encubierto,  
 Aunque siempre conmigo mármol frío,  
 Hoy ha de ser *injustamente* 2 muerto.  
 Si tú, de cuya diestra *me* 3 confío,  
 No *lo libras*, Señor, *del vivo* 4 fuego,  
 Con armas, cuando no valiere ruego;  
*Si matan al mancebo de tal* 5 suerte,  
 Yo moriré también desesperada.  
 Á mí *me libra*, pues, *de cruda* 6 muerte,  
 Si *tanto* 7 como dices soy amada.  
 Apiádate 8, pues, ¡oh varón fuerte!  
 De esta *tierna muchacha enamorada* 9:  
 No *pires á que fui dura* 10 contigo,  
 Y te mando *librar á* 11 tu enemigo.  
 Y si de mis desdenes ofendido  
 Procuras la venganza dignamente,  
 Mi pecho, que del mal autor ha sido,  
 Tus rigurosas manos ensangrientes;  
 Mas *con* 12 fiero suplicio, *no* 13 debido,  
 Muley, en mis delitos inocente,  
 No permitas que muera: viva, viva,  
 Y muera yo, que *fui y soy* 14 esquivia.  
 Por esa fuerte diestra, la cual veas  
 De tus rebeldes moros vencedora;  
 Por la digna corona que desees,  
 Y si puedo decir por esta mora,

1 O., Y Señor muchos años, si—2 O., como rebelde—3 M., lo  
 —4 O., me le libras del injusto—5 O., Si al gran varón mataren á  
 igual—6 O., librarás de la igual—7 O., de tí—8 O., tú—9 O., in-  
 cauta doncella aficionada—10 O., atiendas á que soy cruel—11 O.,  
 que libres—12 O., en—13 M. No se lee el vocablo.—14 O., por el  
 te he sido



En quien *la voluntad tan mal* 1 emplea  
 Y tienes ó tuviste por Señora,  
*Te suplico, Señor, que á Muley libres,*  
*Y luego contra mí tu lanza vibres* 2.  
 ¿Por qué no me respondes? ¿Por ventura  
 Pretendes no cumplirme la promesa?  
 ¿Ó puédome partir de tí segura?  
 ¿Acetas con silencio *tal* 3 empresa?  
 En tanto que suspensa mi ventura  
 Tu valor y mi *priesa* 4 te *da* 5 priesa,  
 Á tus ya favorables pies me postro,  
 Tendidos los cabellos por el rostro 6.

## ADULCE.

¿Hay caso más atroz *ni* 7 temerario?  
 ¡Oh *dama* 8 rigurosa! ¿Qué pretendes?  
 ¿Yo tengo de librar á mi contrario,  
*Sabiendo que por él á mí* 9 me ofendes?  
*Pero porque no digas que soy* 10 vario,  
*Yo quiero defender al que* 11 defiendes:  
 Á lo menos haré con tal oficio,  
 Aunque sin galardón, *algún* 12 servicio.  
 ¡Oh vana pretensión de los humanos,  
 Que viven de sus cosas confiados!

1 O., tan mal tu voluntad

2 O.      Á mi Muley te ruego que me libres  
 Aunque tu lanza contra el pueblo vibres.

3 O., nuestra—4 M., pena; O., afecto—5 M. y O., dan—6 O. (*Ha-  
 ce una profunda reverencia.*)—7 O., y—8 O., infanta—9 O., Cuan-  
 do confiesas que por él—10 O., Mas porque no me acuse hoy por  
 —11 O., Defenderé al rival que tú—12 M., grato

*En la prosperidad del mundo* 1 vanos,  
 Sobre las altas ruedas colocados,  
*Y vienen muchas* 2 veces á las manos  
 De aquéllos á quien tienen agraviados,  
 Los cuales, en lugar de *hacer* 3 venganza,  
 Convierten *sus miserias* 4 en bonanza.

AJA.

¡Oh pecho sin razón desheredado,  
 No sólo de tu Reino, mas del mundo!  
 Que sólo *se te debe tal reinado* 5,  
 Sólo, sin que conozcas Rey segundo.  
 Tan cortés y benigno te has mostrado,  
 Que yo misma de verlo me confundo  
 Conozco cuál ingrata fuí contigo,  
 Y con esta venganza me castigo;  
 Y ya que dignamente recompensa  
 No puede recibir tu cortesía,  
 Pues no puedo pagarte sin ofensa  
 Del *moro cuya soy, pues* 6 no soy mía,  
 Aunque fortuna varia, que dispensa  
 Y por su voluntad las cosas guía,  
 Las nuestras *las dispone* 7 como pido,  
 Jamás pondré tus obras en olvido 8.  
 Y si sucede bien como lo creo,  
 Pues te *llevo* 9, Señor, por mi coluna,  
 Tú solo gozarás *de* 10 este trofeo

1 O., Ciegos en la prosperidad y—2 O., Se vienen las más—  
 O., la—4 O., á sus ruínas—5 O., á tí te debe reino el hado—  
 M., moro cuya soy, que; O., honor de quien soy, que—7 M. y O.,  
 nos disponga—8 Este verso y los siete que le anteceden van en pos  
 de los ocho siguientes en el Ms. O.—9 O., tengo—10 M. No se lea  
 el vocablo.

Sin que de él participe la fortuna;  
 Pero si sale vano mi deseo,  
*Culpa no te daré, Señor, ninguna,*  
*Mas sólo quejaréme* 1 *de los hados,*  
 Contra mis pretensiones conjurados.  
 Y porque, como sabes, la tardanza  
 Muchos buenos sucesos desbarata,  
 Y por el consiguiente los alcanza  
 Quien con *solicitud sus cosas* 2 *trata,*  
 Parte luego, Señor, con mi esperanza  
 De que tu pretensión ha de ser grata,  
*Que* 3 *yo me voy también* 4 *con harto miedo* 5.

ADULCE.

Y yo con las mortales ansias llego.

## ESCENA VIII 6

ADULCE.

¿Ha quedado tormento, por ventura,  
 Sin ser fiero verdugo de mi pecho?  
 ¿Puede llegar á más mi desventura?  
 ¿Puedes hacer, amor, más de lo hecho?  
 Amo sin esperanza, *¡cosa* 7 *dura!*  
 Dejo por el ajeno mi provecho;  
 Y no sólo mi mal llevo connigie

1 O. No te daré ni puedo culpa alguna;  
 Sólo podré quejarme.....

2 O., mayor solicitud las—3 M., Y—4 O., también me voy—

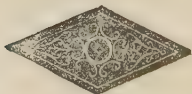
5 O. (*Vase*)—6 O. Escena quinta del acto tercero.—7 O., sueta

Pero también el mal de mi enemigo.  
 No sé cómo será, porque primero  
 Que me *contase* <sup>1</sup> Aja su <sup>2</sup> fatiga,  
 Sólo por ser Muley tan buen guerrero,  
 Que con razón á todos nos obliga,  
 Al Rey rogué por él; pero severo  
 Al punto respondió que lo castiga  
 Con gran razón; y <sup>3</sup> en esto resoluta,  
 Quedó mi petición sin *algún* <sup>4</sup> fruto.  
 Pues *vemos* <sup>5</sup> que los ruegos salen vanos,  
 Y tengo tanta gente de mi parte,  
 ¿Será bueno valirme de las manos?  
 ¿Y *junto con las fuerzas poner* <sup>6</sup> arte,  
 Y con mentido traje de cristianos,  
 Pasada de la noche *la más* <sup>7</sup> parte,  
 Asaltar la prisión y cárcel fuerte,  
*Para* <sup>8</sup> librar *al moro* <sup>9</sup> de la muerte?  
 ¡Oh ciego desatino! ¿Qué pretendo?  
 Veamos: puesto caso que sucedan  
 Muy bien cuantas quimeras voy haciendo,  
 Y defender las guardas no se puedan;  
 Si los contrarios yo del Rey defiende,  
 ¿*Mis hechos y mi fama* <sup>10</sup>, cuáles quedan?  
 Mancillados por cierto, pues que trato  
 De ser, con quien me da *favor* <sup>11</sup>, ingrato,  
 Pues *debo* <sup>12</sup> de quebrar la fe debida  
 Al Rey, de cuya mano mi persona  
 Espero que será restituída

1 M. y O., contases—2 M. y O., tu—3 Suprimido en el Ms. M.  
 —4 O., ningún—5 O., viendo—6 O., ¿Y ayudar hoy las fuerzas con  
 el—7 O., alguna—8 O., Y—9 O., á Albenzayde—10 O., ¿Mi opinión  
 y mis hechos—11 O., su ayuda—12 O., tengo

En los perdidos reinos y corona,  
Ó *quebraré la jura* 1 *prometida*  
Á esta ferocísima leona.  
¡Terrible duda! Todo lo revuelvo,  
Y no me determino ni resuelvo.  
Éste con beneficios me detiene,  
Aquélla con su mando me da priesa,  
Suspendo cada cual mi pecho tiene,  
Sin decidir cuál más ó menos pesa.  
¿Mas qué *necio* 2 furor es el que viene,  
Y de mis confusiones hace presa?  
Sigamos esta furia que me llama,  
Y viva para siempre nuestra fama.

1 O., quebrar la palabra—2 M. y O., nuevo





## ACTO TERCERO.

### ESCENA I 1.

AUDALLA.—ISABELA.—UN ALCAIDE.

AUDALLA.

HETE querido dar, perra, la vida,  
Y despréciasla tú de tal manera,  
Que no temes la muerte, tan temida  
Del hombre más valiente que la espera;  
Pues luego se verá si fué fingida  
Esa severidad ó verdadera,  
Y si con el principio de las penas  
La furia de *la 2* cólera refrenas.

ISABELA.

¿Á dónde me lleváis?

AUDALLA.

Á donde veas,  
Primero que las llamas encendidas,  
Á *los 3* que tanto *hablar y ver 4* desees,  
Para que te consueles y despidas;  
Porque puesto que *ya 5* tan dura seas,

1 Escena sexta (continúa el acto tercero).—2 M., tu—3 O., Esos  
—4 M., ver y hablar—5 M. y O., tú

Sin mirar las ofensas recibidas,  
El último consuelo te dejamos.

ISABELA.

Invención de *tiranos es; mas* <sup>1</sup> vamos.

AUDALLA.

Antes vendrán aquí: llamadlos luego;  
Pero mejor será que yo los llame.

ISABELA.

Una sola merced, Señor, te ruego,  
Y después de cumplida, *muerte* <sup>2</sup> dame:  
*No pido que me libres, no* <sup>3</sup>, del fuego,  
Sentencia reputada por infame  
Y para mí dichosa: *sólo* <sup>4</sup> quiero  
Me dejes *con* <sup>5</sup> Muley hablar primero.

AUDALLA.

Yo voy: haced vosotros lo que digo <sup>6</sup>.

ISABELA.

¡Ay Dios, si se cumpliese mi deseo!  
Temo que con temor de tu castigo  
Dejes, Muley, *tu* <sup>7</sup> fe; mas no lo creo;  
Pero si yo me puedo ver contigo,  
Bien sé que ganaremos hoy trofeo,  
Y coronas de mártires gloriosos,  
Contentos y purísimos esposos <sup>8</sup>.

<sup>1</sup> O., tormento! pero—<sup>2</sup> O., al punto—<sup>3</sup> O., La muerte que n  
temo, la—<sup>4</sup> M., sola—<sup>5</sup> O., á—<sup>6</sup> O. (*Vase.*)—<sup>7</sup> O., la—<sup>8</sup> O. (*Des  
cubre el Alcaide la cortina, donde aparecen degollados los padre  
y hermana de Isabela, etc.*—Escena séptima. Alcaide, Isabela.)

## ALCAIDE.

Ahora mira, pues, *¡oh triste* 1 dama!  
 Estos tan conocidos troncos fríos,  
 Troncos que produjeron esa rama,  
 Y *vierten por sus cuellos* 2 rojos ríos:  
 Hoy tienes ocasión de ganar fama.

## ISABELA.

¡Ay padres desdichados, por ser míos!  
 ¡Ay hermana también! *¡qué* 3 dura mano!  
 ¡Ay implacable saña *de* 4 tirano!  
 ¿A cuál de *estos* 5 tres cuerpos son debidas  
 Estas copiosas lágrimas que vierto?  
 ¿A cuál *han* 6 de *lavallo* 7 las heridas  
 Que los fieros puñales han abierto?  
 ¿Sobre cuál de las prendas conocidas  
 Ha de caer con tal dolor incierto  
 Este con gran razón dudoso pecho?  
 ¿*A* cuál *abrazaré con lazo* 8 estrecho?  
 ¡Oh padres, otro tiempo cuidadosos  
 De mis infaustas bodas, si llegaran!  
 ¿Así me consoláis *con* 9 los fogosos  
 Tormentos que los moros me preparan?  
 ¿Y tú, cuyos dos ojos luminosos  
 Los pechos más rebeldes ablandaran,  
 Hermana, consejera de mis males,  
*A ver mis vituperios así* 10 sales?  
 ¿Así me consoláis á la partida,

1 O., proterva—2 O., por los cuellos vierten—3 M. y O., ay—  
 4 M. y O., del—5 M. y O., los—6 M., he—7 O., taparle—8 O.,  
 ¿Por cuál comenzaré mi abrazo—9 M. y O., en—10 O., Así á mi-  
 rar mis vituperios



Y me dais á besar las santas manos?  
 ¿Así de vuestros brazos detenida  
 Me sacan *con violencia los paganos?* <sup>1</sup>  
 ¡Oh diestra de los *nuestros* <sup>2</sup> homicida!  
 Tirano, descendiente de tiranos,  
 ¿Por qué las bendiciones de mi padre  
 Me niegas, y los besos de mi madre?  
 Pero yo, temeraria, ¿por qué lloro  
 Y las *ilustres* <sup>3</sup> ánimas ofendo?  
 Ellas ocupan ya las sillas de oro,  
 Las celestiales músicas oyendo,  
 Y yo, con imputar al fiero moro,  
 La *voluntad inmensa* <sup>4</sup> reprehendo.  
 ¡Oh loca! ¿tú no sabes que del cielo  
 Procede *lo que* <sup>5</sup> miras en el suelo?  
 Dios *quiso colocarlos* <sup>6</sup> *de tal* <sup>7</sup> suerte  
 Entre los que contemplan su grandeza.  
 Y dar á mi paciencia con su muerte  
 Un toque verdadero de firmeza.  
 Ea, pues, Isabela, tú convierte  
 En alborozo dulce *esa* <sup>8</sup> tristeza:  
 De las adversidades gloria saca,  
*Cual suelen de las* <sup>9</sup> víboras triaca.

## ALCAIDE.

Cubrid esos difuntos, no los vea,  
 Ni con ellos le demos ya materia,  
 Que nuestra confusión notoria sea,

<sup>1</sup> O., los ministros inhumanos?—<sup>2</sup> O., justos—<sup>3</sup> O., dichosas  
<sup>4</sup> O., eterna Providencia—<sup>5</sup> O., cuanto—<sup>6</sup> M., colocaros—<sup>7</sup> Q  
 les quiso trocar la humana—<sup>8</sup> M. y O., la—<sup>9</sup> O., Como de tr  
 rrendas

En gozo convirtiendo su miseria.  
 Y no puedo negarte, mujer rea,  
 Que cuando la famosa Celtiberia  
 De dignas alabanzas careciera,  
 Por sola tu constancia las tuviera <sup>6</sup>.

## ESCENA II <sup>2</sup>.

AJA.

Por ser de nuestra casa lo más alto,  
*Estoy en* <sup>3</sup> esta torre congojosa  
*Con un* <sup>4</sup> apasionado sobresalto.  
 Acá y allá la vista codiciosa  
 Me lleva por los campos diligente  
*El triste corazón, que no reposa:*  
*¡Ay Aja! con cuidado diferente* <sup>5</sup>  
 Solías frecuentar estos lugares,  
 Para tender *la vista* <sup>6</sup> libremente.  
 ¡Mas ay memoria triste! *Ya no pares* <sup>7</sup>  
 Á contemplar el bien que no poseo,  
 Cuando *vienen los males á millares* <sup>8</sup>.  
 El horrendo lugar de lejos veo,  
*En el cual suelen dar infame pena*  
*Los ministros fierísimos al reo* <sup>9</sup>.

<sup>1</sup> O. (*Vanse.*)—<sup>2</sup> O. Acto cuarto. Escena primera.—<sup>3</sup> O., He su-  
 bido á—<sup>4</sup> O., No sin

<sup>5</sup> O. Sin gusto alguno de su vista hermosa  
 Tu Aja de esta altura solamente

<sup>6</sup> O., los ojos—<sup>7</sup> O., No repares

<sup>8</sup> O., cercada estoy de tantos males

<sup>9</sup> O. A donde por justicia dan la pena  
 Postrera por la ley pública al reo.

De gente la campaña miro llena;  
 De *voces y trompetas* 1 discordadas  
 Un *confuso* 2 clamor en torno 3 suena  
 De polvo *densas* 4 nubes levantadas  
 Escurecen los aires, y no dejan  
 Discernir bien las cosas apartadas.  
 Parece que los campos se me alejan,  
 Porque no pueda ver el *caso* 5 fiero,  
 Y que del riguroso Rey se quejan.  
 ¡Cuándo veré vislumbres del acero,  
 Y llegar el socorro favorable  
 Que del *desheredado* 6 Rey espero!  
 ¡Cuándo veré librar al miserable,  
 A las ardientes llamas condenado,  
 Con un atrevimiento memorable!  
 Mas, Aja, ¿para qué tienes cuidado  
 Del que no solamente no te quiere,  
 Pero dicen también que es bautizado,  
 Y que con pertinaz ánimo muere  
 Junto con Isabela, tan conforme  
 Que de su ley *y pecho* no 7 difiere?  
 Pero por mucho más que disconforme  
*El suyo* 8 de mi pecho, no por esto  
 Aprobaré castigo tan disforme.  
 ¡Oh 9 Adulce! No te tardes 10, llega presto.  
 Que ya deben tener al condenado  
 En el *ignominioso lugar* 11 puesto.

1 M., voces y de trompas; O., trompetas y voces—2 O., usado—  
 3 O., del vulgo—4 O., espesas—5 M., campo—6 O., fuerte obli-  
 gado—7 O., ni un punto se—8 O., Su pecho—9 No se lee en el M.  
 O.—10 M., Porque tardas—11 O., lugar ignominioso

¡Qué llamas tan horrendas se 1 han alzado!  
 El humo negro sube por los vientos,  
*Y de ellos es acá y allá 2* llevado.  
 ¿Qué voces con tristísimos acentos  
 Un cautivo cristiano viene dando?  
 ¡Ay me! ¡Qué lastimosos movimientos!  
 El rostro con las uñas *arañando* 3,  
*Rasgándose* 4 también el pecho viene,  
 Los brazos á los cielos levantando.  
 ¿Cómo no bajo, pues? ¿Quién me detiene?  
 ¿Por qué públicamente no pregunto  
 Si Muley Albenzayde vida tiene?  
 Ó 5 si yace su cuerpo ya difunto,  
 Acompañarle quiero con el mío.  
*¡Dichosa* 6 *si me* 7 *viere* 8 con él junto! 9.

## ESCENA III 10.

AJA.—NUNCIO.

NUNCIO.

¡Oh pueblo religioso! ¡Pueblo pío!  
 Con largo cautiverio castigado,  
 Debajo *de* 11 tirano señorío:  
 Hoy eres por el mundo derribado,  
 Hoy dos *firmes columnas* 12 has perdido;  
 Mas antes hoy dos Santos has ganado.  
 ¡Oh tirano cruel endurecido!

1 No se lee en el Ms. M.—2 O., Del soplo acá y allá y en él—  
 O., va rayando—4 O., Rompiéndose—5 M., Y—6 O., ¡Dicho—  
 7 O., se—8 M., muero—9 O. (*Desciende Aja por dentro y en-  
 tre tanto sale el Nuncio.*)—10 O. Escena segunda del acto cuarto  
 Nuncio cristiano.—11 M. y O., del—12 M., columnas firmes

Castíguete la mano poderosa  
 De Dios, en sus cristianos ofendido.  
 De esta casa real y suntuosa,  
 Que vosotros llamáis Aljafería  
 Y yo cueva de sierpes ponzoñosa,  
 Permita Dios que llegue presto día,  
 En que caigan sus muros levantados,  
 Absoluto poder y tiranía;  
*Y los soberbios techos tan 1 dorados,*  
 En vengativas llamas *yo los 2 vea,*  
 Por manos de los nuestros abrasados.  
 Y ya que preservada de esto sea,  
 Alcázar se convierta de cristianos  
 Y *Príncipe 3 cristiano 4* la posea;  
 El cual para los pérfidos paganos  
 Tenga después en ella cárcel fuerte,  
 Y mueran castigados á sus manos 5.

## AJA.

*Si vienes ¡oh cristiano! tú 6* por suerte,  
 Aunque bien lo declaras con tus voces,  
 De ver ejecutar la *torpe 7* muerte;  
 Pues que *mi voluntad también 8* conoces,  
 Declárame de todos el suceso,  
 Así la libertad perdida goces;  
 Que, puesto que soy mora, yo confieso  
 Que tengo compasión de vuestras cosas,  
 Por ver que son *juzgadas 9* con exceso.

1 O., Los techos tan soberbios y—2 O., vueltos—3 M. y O., Responde  
 por Dios—4 O., electo—5 O. Escena tercera del acto cuarto. Ajafería  
 Nuncio.—6 O., ¡Oh cristiano! si tú vienes—7 O., injusta—8 O., también  
 también mi compasión—9 O., tratadas

## NUNCIO.

¡Oh tú que reprobar los *malos* <sup>1</sup> osas,  
 Cuando más prevalecen sus maldades  
 Y cortan sus espadas rigurosas!  
 Ahora de mi pena te apiades,  
 Ahora lo *preguntas* <sup>2</sup> con cautela,  
 Para saber así las voluntades.  
 De nadie ya mi lengua se recela,  
 Antes en altas voces contar quiero  
 Las muertes de Muley y de Isabela;  
 Pero mejor será contar primero  
 De sus padres, amigos y parientes  
 El martirio cruel, el caso fiero.

## AJA.

Mas antes yo te *digo* <sup>3</sup> que no cuentes  
 Sino de los dos solos.

## NUNCIO.

Pues prepara  
 De manantiales lágrimas dos fuentes  
 Como *suele fingir* <sup>4</sup> la madre cara  
 Á veces del enojo del <sup>5</sup> marido,  
 Con el hijo que vió que <sup>6</sup> desampara  
 El padre sin razón <sup>7</sup> endurecido,  
 Colérico la riñe, si <sup>8</sup> defiende  
 Al joven de su casa despedido:

<sup>1</sup> O., males—<sup>2</sup> M. y O., preguntas—<sup>3</sup> M., ruego—<sup>4</sup> O., finge tal vez—<sup>5</sup> O., Que siente el mismo enojo que el—<sup>6</sup> O., Cuando el hijo de entrambos—<sup>7</sup> O., Que cuando ella le llora—<sup>8</sup> O., La riñe si el materno amor

Ella *muestra que en ello* 1 condesciende,  
 Pero llora después *el* 2 hijo ausente,  
 De *suerte* 3 que el marido ya *lo* 4 entiende,  
 Tal y con tal dolor la triste gente,  
 Á vueltas la cristiana *con* 5 la mora,  
*Encubren* 6 su pasión difícilmente.  
 Cada cual de Muley el caso llora,  
 Por ser en la ciudad amado tanto,  
 Y por su conversión mejor ahora.  
 Ni quedas, Isabela, tú sin llanto,  
 Pues moros y cristianos afligidos  
 Con lágrimas celebran tu fin santo:  
 Mas por no ser del Rey también punidos,  
 Refrenando las lenguas temerosas,  
*Daban indicios de esto* 7 conocidos;  
 Y con las voces bajas y llorosas,  
 Llenos de turbación, se preguntaban  
 La causa principal de tales cosas;  
 Pero como los más se recelaban,  
 Negando la respuesta sin hablarse,  
 Los hombros y *cabezas* 8 levantaban;  
 Y como suelen muchos engañarse,  
 Algunos en favor del Rey decían  
 Que con sabios debió de aconsejarse.  
 En tanto que *estas cosas* 9 sucedían,  
 Y, delante la cárcel apiñados,  
*Los atónitos hombres* 10 concurrían,  
*Sacaron á los tristes* 11 condenados,

1 O., entonces con arte—2 O., al—3 O., forma—4 M. y O., la  
 —5 O., de—6 O., Encubre—7 O., Ya de esto dan indicios—8 M.,  
 las manos—9 O., estos hechos—10 O., Atónitas las gentes—11 O.,  
 Sacan los miserables

Cuyos brazos, indignos de tal pena,  
 Llevan á las espaldas amarrados,  
*Encima de los cuales también* 1 suena.  
 Dando clara señal de pesadumbre,  
 De torcido metal una cadena:  
*Cércales* 2, como tiene de 3 costumbre,  
 Así de los ministros del Rey fiero,  
 Como de *circunstantes* 4, muchedumbre.  
 La bella dama fué la que primero  
 Maravilló la gente circunstante  
 Con descubrir el rostro tan severo.  
 Pasmáronse de verla *tan* 5 constante,  
*Que* 6 en ánimo 7, lugar y fortaleza,  
 Al valiente Muley iba delante:  
 No sólo no mostró tener 8 flaqueza;  
 Pero con ser tan triste la salida,  
 Negó las apariencias de tristeza.

AJA.

No deben estimar la *corta* 9 vida  
 Los que saben *cuán* 10 frágil es 11 su gloria,  
 Y 12 tienen su mudanza conocida.

NUNCIO.

No rompas el proceso 13 de mi historia.

AJA.

Prosigue.

1 O., Sobre los cuales y arrastrando—2 M., Cercóles—3 O., Y cercanos conforme á la—4 O., circunstante—5 M., cuán—6 No existe la palabra en el Ms. M.—7 O., en—8 O., solamente no mostró—9 O., triste—10 O., lo—11 O., de—12 O., Si—13 O., interrumpas el curso



NUNCIO.

## Los cabellos extremados

Tan dignos de quedar en la memoria,  
 Suelos, sin más adornos *por* <sup>1</sup> los lados  
 Con una redecilla contendiendo,  
 Y de ella con el viento libertados,  
 Andaban varias luces despidiendo,  
 Como suelen tal vez las rubias mieses,  
 Con éste y aquel viento compitiendo.  
 ¡Cosa digna de lástima!

AJA.

No ceses.

NUNCIO.

La gravedad del rostro no dejaba  
 Llegar á los ministros descortes:  
 Con los hermosos ojos los *turbaba* <sup>2</sup>  
 Que *como* <sup>3</sup> la virtud se traslucía,  
 Los ánimos más <sup>4</sup> bárbaros domaba.  
 Notósele *también* <sup>5</sup> cómo volvía  
 Los ojos muchas veces, animando  
 Al valiente Muley, que la seguía.  
 ¡Extraña cosa ver un pecho blando  
 De una tan muchacha cuanto bella  
 Al más valiente joven *consolando*! <sup>6</sup>.  
 Topábanse los ojos de él y de ella:  
 Los de Muley llorando por su muerte,

<sup>1</sup> O., en—<sup>2</sup> M., trataba—<sup>3</sup> O., en ellos—<sup>4</sup> O., Y así los pe-  
 chos—<sup>5</sup> O., muy bien—<sup>6</sup> O., animando!

Ó por la de la huérfana doncella.  
 Al fin *llora* 1 Muley con ser tan fuerte  
 (¡Oh virtud, cuánto puedes!), y la dama  
 Una mínima lágrima no vierte.  
 Todo lo pasa bien quien á Dios ama.  
 Dejemos esos bárbaros gentiles,  
 Que trocaron *la vida* 2 por la fama:  
 Mirad correr en años juveniles,  
 Á morir una dama tan contenta,  
 Pospuestas *las* 3 flaquezas mujeriles,  
 Como suele tal vez correr sedienta  
 Á la vecina fuente *veloz* 4 cierva,  
 Cuyas hermosas aguas ensangrienta.  
 Hay un campo, ribera de la *Güerva* 5,  
 Al cual niegan los hombres el arado,  
 Y *Dios da en todo tiempo verde* 6 yerba.  
 Lugar para dar *muerte* 7 dedicado,  
 Y por esto que digo tan *inculto* 8,  
 Que de él huyen las fieras y ganado.  
 Aquí con grandes voces y tumulto  
 Trajeron á los dos fieles cristianos,  
 Que ya Muley dejó de *serlo* 9 oculto;  
 Y luego los ministros inhumanos  
 Espalda con espalda los ataron  
 Por los pies, por los hombros y 10 las manos.  
 Todos los circunstantes se pasmaron,  
 Y con silencio triste muy atentos  
 Cuanto les permitieron se acercaron:

1 O., lloró—2 M., las vidas—3 O., sus—4 O., herida—5 O.,  
 Güerva—6 O., el cielo en todas las sazones—7 O., muertes—8 O.,  
 oculto—9 M. y O., ser—10 O., por

Dijeras que también los *raudos* 1 vientos  
Se paraban á ver el caso fiero,  
Según vimos cesar sus movimientos.  
El silencio rompió Muley primero,  
Y con osada voz y fuerte pecho  
Confesó ser cristiano verdadero.

AJA.

¡Oh fementido moro, tal has hecho,  
Y téngote yo lástima!

NUNCIO.

La dama  
Prosigue de Muley el viril hecho,  
Diciendo: Pues el pecho nos inflama  
El que por redimir á los humanos  
Tomó para morir la cruz por cama,  
Preciémonos de ser sus cortesanos;  
Y ya que cual él hizo no podemos  
Alargar en la cruz los pies y manos,  
Á sus graves tormentos imitemos:  
Tú puedes ser mi cruz y yo la tuya,  
Y juntos de esta suerte moriremos;  
Y pues las almas son hechura suya,  
Procure cada cual que, cuando muera,  
Al mismo que la dió la restituya.  
Dijo; pero sin duda más dijera,  
Si rompiendo los aires una flecha,  
Contra la *bella dama* 2 no viniera:  
Entróse por la boca tan derecha,

1 O., roncós —2 M. y O., dama bella

Que le clavó la lengua, que tenía  
 Ya gran predicadora de Dios hecha.  
 Entró la flecha, pues, cuando salía  
 Por la cristiana boca repetido.  
 El nombre del gran Hijo de María.  
 Todos vuelven á ver *el* <sup>1</sup> atrevido;  
 Mas antes *el* <sup>2</sup> cruel que con tal furia  
 De tan grande maldad autor ha sido,  
 El cual fué Bayaceto de Liguria,  
 Un tiempo bautizado, ya precito,  
 Pues que dejó su ley por la lujuria,  
 Alzan un general y triste grito,  
 Y todos lo señalan con el dedo  
 Diciendo que merece ser proscrito;  
 Mas él se presentó con gran denuedo,  
 Diciendo que por honra de su seta,  
 El arco disparó sin algún miedo.  
 Con esto la canalla, ya quieta,  
 Á la dama se vuelve, que tenía  
 Inserta por la boca la saeta.  
 Una fuente de sangre despedía,  
 Que, por el blanco pecho discurriendo,  
 Coral sobre marfiles parecía;  
 Y ya del blanco rostro desistiendo,  
 Cual de cortada flor, el color bello,  
 Las gracias se mostraban ir huyendo.  
 Incliné con dolor el blanco cuello,  
*Cual con la* <sup>3</sup> grande lluvia combatida  
*La dormidera verde* <sup>4</sup> suele hacello.

1 O., al—2 M. y O., al—3 M., Como cor; O., Como de—4 O.,  
 verde adormidera

Así quedó la virgen adormida:  
Que la muerte del justo, sueño breve  
La llaman, y principio de la vida.

AJA.

Á compasión grandísima me mueve  
La muerte de esta dama desdichada.

NUNCIO.

Es deuda general que se le debe.  
Por estar, como dije, tan atada  
Al valeroso joven, que vivía,  
No cayó la difunta desangrada.  
El cuerpo de Muley la sostenía,  
El cual debió sentir un nuevo peso  
Cuando la bella dama quedó fría:  
Debióle discurrir por cada hueso  
Un hielo, cuando supo que, con vida,  
Con la que no la tiene estaba preso  
Así la vid nudosa, retorcida  
Por el amado tronco, que la tiene  
Encima de sus ramos sostenida,  
Por más que la pesada segur suene  
Y corte la raíz, ella segura  
En el amado tronco se sostiene;  
Pero sécase luego su verdura,  
Y *descubre* <sup>1</sup> los pámpanos marchitos  
La fruta, ni bien verde ni madura.

AJA.

¡Ay triste, si pudiese yo dar gritos!

<sup>1</sup> M., descubren

¡Ay honra, que suspendes mi querella,  
Y doblas mis tormentos infinitos!

NUNCIO.

Muley, ó que por ver á la doncella,  
Se quisiese volver forzosamente,  
Y desatar los lazos de él y de ella,  
Ó que, *y es lo más cierto* <sup>1</sup>, del presente  
Dolor, el corazón se le cubriese  
Con alguna congoja y accidente;  
Ahora por querer forcejear fuese,  
Ahora por desmayo repentino,  
Que como dicho tengo le viniese:  
Al fin, sin hablar más, á tierra vino  
Con el amado peso de la dama,  
Como yedra cortada con su pino.  
Alrededor encienden viva llama,  
La cual *les* <sup>2</sup> escondió *en* <sup>3</sup> humo luego,  
Y fué su conyugal primera cama.

AJA.

¿Dime también, cristiano, yo te ruego,  
Hubo quien pretendiese, si lo viste,  
Libertar á los <sup>4</sup> míseros del fuego?

NUNCIO.

¿*Tal cosa me* <sup>5</sup> preguntas? ¡Ay me triste!  
Ni quien contradijese la sentencia,  
Sino con el recato que ya oiste.

<sup>1</sup> Va la frase entre paréntesis en el Ms. O.—<sup>2</sup> M. y O., los—  
<sup>3</sup> M., con; O., en el—<sup>4</sup> O., esos—<sup>5</sup> O., ¿Esas cosas

AJA.

Ya me *faltan las fuerzas* y <sup>1</sup> *paciencia*.  
Déjame sola, *joven* <sup>2</sup> *desdichado*.

NUNCIO.

*Pues yo me parto ya de* <sup>3</sup> *tu presencia*  
*Á renovar* <sup>4</sup> *el llanto comenzado* <sup>5</sup>.

## ESCENA IV 6.

AJA.

Suspiros detenidos,  
Salid ahora ya *del triste* <sup>7</sup> *pecho*:  
Ojos inadvertidos,  
Puesto que *es* <sup>8</sup> *sin provecho*,  
Llorad, pues tanto daño me habéis hecho  
En tanta desventura,  
¿De quién *me debo yo quejar* <sup>9</sup> *primero*?  
¿De mi corta ventura?  
¿De Muley, por quien muero?  
• ¿Del Rey, ó de su falso consejero?  
¿Ó sólo tendré queja  
Del fementido moro valenciano,  
Que con su *fraude* <sup>10</sup> *deja*  
Su juramento vano,  
Cuando pensé tener el hecho llano?

<sup>1</sup> O., falta la fuerza y la—<sup>2</sup> O., anuncio—<sup>3</sup> O., Vóime, porque  
mejor que en—<sup>4</sup> O., Proleguiré en—<sup>5</sup> O. (Vase.)—<sup>6</sup> O. Escena  
cuarta del acto cuarto. Aja, sola—<sup>7</sup> O., salida del—<sup>8</sup> En ambas  
Mss. no existe el vocablo.—<sup>9</sup> O., de quien me queja.e.—<sup>10</sup> O., e-  
gaño

Adulce fementido,  
*Mejor fuera negarme* 1 claramente  
*El don por mí pedido* 2,  
 Que *mostrar* 3 obediente  
*El corazón, después tan inclemente* 4.  
 Menor culpa comete  
 Quien niega lo que justamente puede  
 Cumplir, que quien promete,  
 Y después no procede  
 Á dar, ni *querer* 5 dar lo que concede.  
*Tal es* 6 quien disimula  
*Y muestra buen semblante por de fuera* 7,  
*Como quien* 8 nos adula  
 Con lengua lisonjera,  
*Y después en ausencia* 9 vitupera.  
 ¿Tú pretendes corona?  
 ¿Tú pretendes el cetro que perdiste?  
 ¿Por qué? ¿Por tu persona?  
 ¿Ó porque me cumpliste  
*Las prolijas promesas* 10 que me diste?  
 Antes el Rey que falta  
 En algo *que tuviere* 11 prometido  
*De la Majestad* 12 alta  
*En que se vió subido* 13,  
 Merece ser de todos abatido.  
 Y tú también, tirano,

1 O., Negárasme el socorro—2 O., Mejor hubiera sido—3 O., mostrarte—4 O., Para ser luego ó falso ó negligente—5 O., quiera—6 O., Así—7 O., Pacífico semblante á quien espera—8 O., En su fe—9 O., en ausencia después nos—10 O., heróicas palabras—11 O., á lo que tiene—12 O., Desde la esfera—13 O., Hasta el centro escondido



Que tanto tus *castigos* 1 aceleras,  
 ¿Tan presto, tan temprano,  
 Nuestras gentes alteras,  
 Y dejaste de ser quien antes eras?  
 Antes que la corona  
 Esa cabeza *bárbara* 2 *ciñese*,  
 Jamás hubo persona  
 Que de tí no dijese  
 Que *justa con tus méritos* 3 viniese.  
 ¡Ay cuántos pretensores  
 De reinos y soberbias dignidades,  
 Antes de ser señores  
 Ganan las voluntades,  
 Cubriendo con virtudes sus maldades!  
 ¿Pero yo, desdichada,  
 Con importunas voces solamente  
 He de quedar vengada?  
 ¿Y de la vulgar gente  
 No tengo de mostrarme diferente?  
*Llorar, cualquiera* 4 llora:  
 A más ha de pasar mi sentimiento.  
 Sigamos, pues, ahora  
*Ese* 5 *mortal intento* 6:  
 No se dilate más, *yo lo consiento* 7.  
 La noche me convida  
 Con sus *vecinas sombras á tal* 8 hecho:  
 Yo quitaré la vida  
 En el ocioso lecho

1 O., crueldades—2 O., varia te—3 O., á tus méritos justa no—  
 4 O., ¿Llorar? Cualquiera—5 M., Este—6 O., Este gran pensa-  
 miento—7 O., mi horrible intento—8 O., estas sombras lóbregas al

Al 1 hermano cruel *contra mi* 2 pecho,  
 Y con osada mano  
 Abrasaré los miembros fraternales;  
*Porque tú y* 3 el tirano  
*¡Oh Muley! vais* 4 iguales  
 En estas ceremonias *funerales* 5.

## ESCENA V.

AZÁN.—ZAUZALA.

AZÁN.

En los oídos traigo las querellas  
 Del indignado pueblo, cuyos gritos  
 Hieren con triste son en las estrellas.  
 Los hombres y los niños pequeñitos,  
 Cubriéndose los ojos con las frentes,  
 Llevan allí sus ánimos escritos.  
 De Muley los amigos y parientes,  
 Puesto que disimulan con cuidado,  
 Procuran la venganza diligentes.  
*Dicen que fué Muley* 6 bien castigado;  
*Pero que la manera* 7 del castigo  
 De los términos justos ha pasado.

ZAUZALA.

¿Y fátales razón?

AZÁN.

Yo también digo

1 O., Á mi—2 O., al fiero—3 O., Y tú con—4 O., Muley mío de  
 —5 O., infernales. (*Vase.*)—6 O., Y aunque dicen que fué—7 O.,  
 Afirman que la forma

Que no fué castigarlo *como* <sup>1</sup> reo,  
 Sino vengarse de él como enemigo  
 El Rey por estas cosas, según creo,  
 Y <sup>2</sup> por dejar las suyas sepultadas,  
 Como suelen decir, en el Leteo;  
 Por ser, como tú sabes, consultadas  
 Con Audalla las más, *injustamente* <sup>3</sup>  
 Por *ellos los dos solos* <sup>4</sup> sentenciadas;  
 Por atajar el daño ya presente,  
 Queriendo descubrir mejor su pecho,  
 De privadas pasiones inocente,  
 Y que si con rigor hubiese <sup>5</sup> hecho  
 Alguna cosa de estas, es Audalla  
 Quien el castigo dió contra derecho,  
 Hale mandado dar la muerte.

ZAUZALA.

Calla,  
 Que no le mandó dar por eso muerte,  
 Sino por Isabela su vasalla.

AZÁN.

Cosa grave me cuentas.

ZAUZALA.

Pues advierte,  
 Pero bajo la llave *del* <sup>6</sup> secreto,  
 Aunque sólo me basta conocerte.

AZÁN.

Una, ciento y mil veces te prometo

<sup>1</sup> O., como á—<sup>2</sup> O., Aun—<sup>3</sup> M., y juntamente—<sup>4</sup> O., solos ellos fueron—<sup>5</sup> O., él—<sup>6</sup> O., de

Que no lo sepa nadie por mi parte,  
Puesto que tomo *cargo* 1 de discreto.

ZAUZALA.

No será necesario, pues, contarte  
Cómo prendieron hoy á la doncella.

AZÁN.

No, si ya no gustares de cansarte.

ZAUZALA.

Audalla, pues, quedó solo con ella,  
No menos que *los otros* 2, según vimos,  
Abrasado también de su centella;  
Porque cuando nosotros nos salimos,  
*Detrás de ciertas* 3 puertas, acechando,  
Aldujabar y yo nos escondimos;  
Y los atentos ojos aplicando  
Á ciertos agujeros, estuvimos  
Con gran facilidad *los dos* 4 mirando:  
Al viejo consejero del Rey vimos  
No *cierto combatir con* 5 los cristianos,  
Ni sus despojos pretender opimos;  
Mas antes con suspiros, pero vanos,  
Á la bella cristiana se rendía,  
*Queriéndole* 6 besar las blancas manos.  
Ella con gran valor le resistía,  
Haciendo poco caso de la vida,  
La cual y mucho más le prometía.  
*Ni* 7 pienses que por esto se comida

1 M., carga —2 O., nosotros—3 O., Por detrás de las—4 O., ambos—5 O., combatir con fuerza—6 O., Queriéndola—7 O., No

Audalla, pero muda de consejo  
Contra la dama bella y atligida.

AZÁN.

Si delante los ojos un espejo  
Entonces al amante le pusieran,  
Y si <sup>1</sup> pudiera ver el rostro viejo,  
Sus *arrugas* <sup>2</sup> y *canas* <sup>3</sup> detuvieran  
Su *furia*, y á la dama juntamente  
Con su misma vergüenza defendieran <sup>4</sup>.

ZAUZALA.

Juróle con *acuerdo diferente* <sup>5</sup>  
De *juntar á su* <sup>6</sup> muerte rigurosa  
La de sus *viejos padres y su gente* <sup>7</sup>:  
Ni por esto la dama valerosa  
Aflojó <sup>8</sup> la constante resistencia,  
Ni se quiso mostrar más amorosa.  
Pasaran las palabras á violencia,  
Si no temiera Audalla ser sentido.

AZÁN.

Muy tarde se valió de su prudencia.

ZAUZALA.

Pero de los desdenes ofendido,  
Ó si no por ventura con vergüenza

<sup>1</sup> O., él se—<sup>2</sup> M., efectos—<sup>3</sup> O., canas, el furor no

<sup>4</sup> O. Y á la dama de llamas tan ardientes  
Con su vergüenza fiel no defendieran?

<sup>5</sup> O., acuerdos diferentes—<sup>6</sup> O., Dar á sus padres—<sup>7</sup> O., Y á su  
hermana y á todos sus parientes—<sup>8</sup> M., Afloja

Para cubrir sus *culpas* <sup>1</sup> con olvido,  
 Ó porque muchas veces quien comienza  
 Un pecado, tras él se precipita  
 Hasta que la maldad del todo venza;  
 Audalla la sentencia solicita,  
 Y por mejor vengarse de la dama  
*Las vidas á sus viejos* <sup>2</sup> padres quita.  
 Ella murió después en viva llama,  
 Y nosotros también al Rey nos fuimos,  
 Que yace, como sabes, en la cama:  
 Allí le relatamos lo que vimos;  
 El cual con tanta saña nos oía,  
 Que con darle *el aviso lo* <sup>3</sup> temimos.  
 Prolijo *y* <sup>4</sup> prolijísimo sería  
 Repetir las demandas y respuestas  
 Que el Rey sobre lo dicho nos hacía:  
 Al fin con evidencias manifiestas  
 El Rey *se satisfizo* <sup>5</sup>.

AZÁN.

*Muy* <sup>6</sup> bien pudo,  
 Y fueron muy bastantes causas éstas.

ZAUZALA.

Así que por lo dicho yo no dudo,  
 Sino que *le* <sup>7</sup> mató por su pecado,  
 Y no para *tenerle* <sup>8</sup> por escudo.

<sup>1</sup> O., faltas—<sup>2</sup> O., La vida á sus piadosos—<sup>3</sup> M., el aviso la; O., tal nueva le—<sup>4</sup> En el Ms. O. no se lee la conjunción.—<sup>5</sup> O., de Audalla se vengó—<sup>6</sup> No se lee la palabra en el Ms. O.—<sup>7</sup> M., la—<sup>8</sup> M., tenerlo

AZÁN.

No sé si fué por *eso* 1 castigado;  
Pero, como te dije, yo sé cierto  
Que yace *con infamia deshonrado* 2.

ZAUZALA.

¿Vístele tú morir?

AZÁN.

Yo le ví muerto,  
Y con innumerables puñaladas  
El corazón oculto descubierto.  
Vile las *blancas canas* 3 afeadas,  
Sin honor, polvorosas y sangrientas,  
Que fueron otro tiempo veneradas.

ZAUZALA.

Audalla feneció, según me cuentas.

AZÁN.

Esta cabeza suya que *yo* 4 llevo,  
Relación te dará de sus afrentas:  
Con ella sentiremos horror nuevo,  
Cuando, como la piensa dar, la diere  
El Rey á sus lebreles para cebo.  
Los divididos miembros también quiere  
Fijar en estos muros, porque sea  
Ejemplo de temor á quien los viere.

1 M., esto—2 O., entre los nuestros arrojado—3 O., canas graves—4 O., al Rey

## ZAUZALA.

¿Habrá quien los mirase que no crea,  
Viendo con tal adorno las almenas,  
Que son éstas *la casa* 1 de Medea,  
Ó las de los hermanos de Micenas? 2.

## ESCENA VI 3.

AJA.—SELÍN.

AJA.

¿Yo soy la que rabiaba por venganza?  
¿Pues cómo ya la cólera no arde?  
Temprano, corazón, haces mudanza.  
¿Temprano? *Muy mejor dijera* 4 tarde.  
Antes de comenzar esta matanza  
Te debieras mostrar, Aja, cobarde,  
Antes que con la sangre de tu hermano  
Su lecho mancillaras y tu mano 5.

SELÍN.

¡Oh noche tenebrosa! ¡Oh 6 noche fiera!  
Que con anticipar tu sombra tanto,  
Prodigio quieres ser y mensajera  
De la terrible causa de mi llanto:  
Dilata tus tinieblas de manera  
Que dejes á los hombres con espanto,

1 O., las casas.—2 O. (*Vanse.*)—3 O., Aja, ensangrentada.—

4 O., Harto mejor dijeras—5 O. Escena séptima del acto cuarto.

Selín, Aja.—6 En ambos Mss. no existe la interjección.



Y puedan conocer *en las* 1 señales,  
Sin que yo los relate, nuestros males.  
¿Mas quién es tan osado que procura  
Con importunas luces ofenderte?  
¡Oh tú, si fueses alma por ventura  
De los que recibieron hoy la muerte!  
Pero ya te conozco, mujer dura,  
Y bien puedo por cierto conocerte,  
En las tristes insignias y despojos  
Con que te manifiestas á mis ojos.

AJA.

¿Quién eres, desdichado, tú que vienes  
Endechas *tan prolijas* 2 derramando?

SELÍN.

Propio nombre *me* 3 diste, pues mis bienes,  
Perdidos por tu causa, voy *llorando* 4;  
Pero sí de Selín memoria tienes;  
Selín, que ya se vió felice cuando  
Adulce su Señor y Rey vivía,  
Selín soy yo por la desdicha mía.  
Y pues en tal lugar hallarte puedo  
Sin *turba de doncellas ni de* 5 gente,  
Escucha tu maldad.

AJA.

Yo te concedo  
Que me digas injurias libremente.

1 O., por tus—2 O., dolorosas—3 O., les —4 O., buscando—5 O.,  
tus damas y dueñas y sin

SELÍN.

No pienses que por tí tuviera miedo,  
Que ya con mis desdichas soy valiente,  
Y no temo la muerte que pudieras  
Mandarme dar al punto si quisieras.

AJA.

No dilates el caso.

SELÍN.

De tus cosas  
Adulce con razón desesperado,  
Esta mañana se salió conmigo:  
Pensé como lo tuvo *por* <sup>1</sup> costumbre,  
Que sólo de salir á ver los campos,  
Ó por hacer cansar en la carrera  
Algún veloz caballo. ¡Cuántas veces,  
Ay triste, deseoso de agradarte,  
En estos trabajosos ejercicios  
Ejercitó *su valeroso cuerpo!* <sup>2</sup>.  
Pensé que por ventura pretendía  
Desenfadar el ánimo perplejo.  
¡Ay me! con gran razón culparte debo,  
Señor, pues encubriste de tu siervo  
Un hecho tan atroz.

AJA.

Prosigue.

SELÍN.

Luego <sup>3</sup>,

<sup>1</sup> M., de—<sup>2</sup> O., sus valerosos miembros!—<sup>3</sup> No se lee la palabra  
en el Ms. M.

Como de la ciudad nos apartamos,  
El corazón me daba mil latidos,  
Y con *agüeros tristes* 1 ví muy claro  
El daño de que soy testigo y nuncio.  
¿Mas qué valen agüeros y portentos  
Al que quiere morir y lo procura?  
Los ligeros caballos parecía  
Que, como sabidores del suceso,  
No quisieran seguir aquel camino,  
Y con las altas crines rebufantes,  
Las agudas espuelas no temiendo,  
Dudaron de pasar la *larga puente* 2  
*Por bajo* 3 de la cual Gállego corre.

AJA.

No me tengas suspensa más: prosigue.

SELÍN.

En unos laberintos intrincados  
De *retamas amargas* 4, tan espesos  
Que casi los caballos nos cubrían,  
Entramos los dos juntos, mas el uno  
Para quedar allí perpetuamente.  
Apeados los dos de los caballos,  
Adulce dió la muerte luego al suyo.  
Sospeché su propósito furioso,  
Mas no le pregunté por qué lo hacía.  
Luego, con profundísimos gemidos,  
Dijo: Sabrás, Selín, que mi Señora

1 O., agüero triste—2 M. y O., puente larga—3 M. y O., Deba-  
je—4 O., zarzas y retamas

(No lo puedo negar, por tal la tengo) <sup>1</sup>  
 Me mandó cierta cosa: no la nombro  
 Porque le prometí de no decilla,  
 Como le prometí también *de* <sup>2</sup> hacella.  
 Quise poner por obra la promesa,  
 Y no me fué posible, puesto caso  
 Que no temiera *yo de* <sup>3</sup> los peligros  
 Que me pudieran ser inconvenientes,  
 Cuando también la honra no lo fuera.  
*Ví* <sup>4</sup> que sin ser traidor, sin ser ingrato  
 Á las amigas obras de su hermano,  
 No pudiera cumplir lo prometido.  
 Así por esta causa pensativo,  
 He salido confuso, procurando  
 Darle satisfacción, como lo debo.

AJA.

Inútiles excusas y livianas.

SELÍN.

Él estaba diciendo lo que digo,  
 Y yo ya prevenido, *con* <sup>5</sup> razones  
 Queriendo *consolarlo* <sup>6</sup>, cuando fiero  
 Dos *y* <sup>7</sup> tres veces con rabiosa furia  
 El noble pecho con la daga rompe.  
 Quísele socorrer, pero fué tarde:  
 Ni le pude quitar la fiera daga  
 Primero que su saña concluyese;  
 Y dando muchas vueltas en el suelo,

<sup>1</sup> Sin paréntesis en el Ms. O.—<sup>2</sup> No se lee la palabra en el Ms.  
 M.—<sup>3</sup> O., todos—<sup>4</sup> O., Ni—<sup>5</sup> O., de—<sup>6</sup> O., consolarle—<sup>7</sup> O., 6

Con los horrendos ojos ya mortales,  
Apenas pronunciando las palabras,  
Me dijo: Contarásle mi suceso  
Á la que fué la causa.

AJA.

De mayores  
Males soy también causa.

SELÍN.

Porque sepa  
Que quise más morir que dar la muerte  
A los claros renombres de mi fama;  
Porque no se dijese que mi pecho,  
*En donde* 1 su retrato *tuve* 2 siempre,  
Cubrió jamás engaños y traiciones:  
Pero *que pues* 3 le dí mi fe constante  
De morir ó cumplir su mandamiento,  
Que cumplo mi promesa, pues que muero,  
Y para testimonio de mi muerte,  
*Tú, Selín* 4, llevarásle mi cabeza.  
Estas fueron las últimas palabras  
Con que me lastimó quedando muerto.  
Al punto con humilde sepultura  
Á mi Rey sepulté con celo pío:  
Quitéle la cabeza valerosa,  
La cual te doy agora por trofeo.

AJA.

Á no *temer* 5 aquí mayores daños,

1 M. y O., Á donde—2 O., guardé—3 O. pues que—4 M., Selino  
—5 O., tener

Diérame más dolor el que me cuentas;  
Puesto caso que siento sumamente  
La muerte de tu Rey.

SELÍN.

Yo también *creo* <sup>1</sup>  
Que no sin novedad á media noche  
Con tantos improprios estás sola  
Fuera de *tus palacios* <sup>2</sup> de tal suerte.

AJA.

Pues Adulce calló, como debía,  
Lo que yo le pedí, quiero callarlo:  
Sólo sabrás que con enojo de ello  
Hice lo que diré luego.

SELÍN.

Comienza.

AJA.

En éste su real Palacio fuerte,  
*Ceñido* de <sup>3</sup> este muro que lo cerca  
En vano tan murado, pues la suerte  
Enemiga le *dió* <sup>4</sup> mucho más cerca,  
Lejos el pensamiento de la muerte,  
Evidente señal de que se acerca,  
Estaba mi cruel hermano, cuando  
Aja le va colérica buscando.  
El sueño postrimero le tenía  
Ocupados los ojos á mi hermano:

<sup>1</sup> No existe la palabra en el Ms. M.—<sup>2</sup> O., tu palacio y—<sup>3</sup> O.,  
Fuerte por—<sup>4</sup> O., halló

Bien *lo* 1 pude *ver* *yo* 2, porque tenía  
Estas ardientes llamas en la mano  
Tuve lugar de ver á quien hería;  
Tuve lugar, y vile, mas en vano,  
Pues con este puñal abrí su pecho  
Y con las llamas abrasé su lecho.  
Abrió los ojos tristes por ventura,  
Para que mi delito mayor fuese:  
Hermana, me llamó dos veces, dura;  
Y como la tercera vez quisiese  
Repetir este nombre con dulzura,  
El aliento faltó, sin que pudiese  
Proseguir la dicción; pero moviendo  
Los yertos labios, *le* 3 quedó diciendolo.  
Ví la maldad entonces descubierta  
En la fraterna sangre que corría;  
Quise salir huyendo, mas la puerta  
Atinar de turbada no podía;  
Pero tuve después salida cierta,  
Acordándome luego que traía  
Una llave maestra, *cuyo* 4 medio  
*Es* *quien* 5 para salir *me* *dió* 6 remedio.  
¿Pero por qué relato por extenso  
El fin de mis maldades tan horrendo?  
¡Oh tú que con dolor estás suspenso,  
Estos sucesos míseros oyendo!  
Pues yo con tales *daños* 7 recompenso  
Al que quiso morir obedeciendo,  
Dame la digna muerte de tu mano

—1 M. y O., le—2 M. y O., yo ver—3 M., la; O., lo—4 O., que  
fué—5 O. No existen las dos palabras.—6 O., y todo mi.—7 M.,  
dones

Á tu Señor vengando y á mi hermano.  
 Y ya que *las estrellas y Diana* <sup>1</sup>  
 Se *cubren* <sup>2</sup> por no verme tan sangrienta,  
 No *quieras que la luz de* <sup>3</sup> la mañana  
 Á *mis ojos renueve tal* <sup>4</sup> afrenta;  
 Ó que por no mirar de sangre humana  
 Una *mujer cual yo vivir* <sup>5</sup> sedienta,  
 El sol cubra su *luz* <sup>6</sup> contra su <sup>7</sup> uso,  
 En *vez del cual se extienda caos* <sup>8</sup> confuso.  
 Yo soy quien te quitó tu señor caro,  
 Cuya temprana muerte vengar debes;  
 Yo soy quien te quitó tan *buen* <sup>9</sup> amparo:  
 Por mí *contigo son sus donees* <sup>10</sup> breves;  
 Muévete por tu daño sin reparo,  
 Ya que por sus miserias no te mueves:  
 Con *esta misma daga fratricida*  
 Me puedes acortar la torpe vida <sup>11</sup>.

SELÍN.

Cuando me fuera lícito matarte  
 Cosa de *mi valor* <sup>12</sup> tan apartada,  
 Lo dejara de hacer por contemplarte

1 O., el cielo á la quietud cercana—2 O., encubre—3 O., pretenda en mis ojos—4 O., Que yo renueve á tu esplendor mi—5 O., Por mi desdén una mujer—6 O., lumbré—7 O., el—8 O., Propio, y vuelva el caos otra vez—9 O., noble—10 O., te fueron sus mercedes

11 O.            Y pues que mi delito ves tan claro,  
                   Tan digno del castigo, no repruebes  
                   La ejecución quitándome la vida  
                   Con esta misma daga fratricida.

12 O., Obra de mí á tu honor



De mi señor en vida tan amada;  
Y pues él se mató por contentarte  
(Testigo su cabeza destroncada) <sup>1</sup>,  
Para que satisfagas á lo hecho  
Tú te puedes romper el duro pecho.

AJA.

Pues sigue mis pisadas.

SELÍN.

*Ya* <sup>2</sup> te sigo.

AJA.

Verás con la constancia que lo hago.

SELÍN.

Yo voy, pues he quedado por testigo,  
Aunque *también soy* <sup>3</sup> parte en el <sup>4</sup> estrago <sup>5</sup>

AJA, *dentro* <sup>6</sup>.

Mi triste muerte contarás, amigo,  
Y recíbeme tú, profundo lago,  
Porque *jamás las gentes no* <sup>7</sup> me vean.

SELÍN, *dentro*.

Las aguas turbias tu sepulcro sean.

<sup>1</sup> O. Sin paréntesis.—<sup>2</sup> M. y O., Yo—<sup>3</sup> O., sin ser—<sup>4</sup> O., del—  
<sup>5</sup> O. (*Entrase.*)—<sup>6</sup> O. Aja, desde dentro.—<sup>7</sup> O., las gentes ya  
jamás

## ESCENA VII 1.

## EL ESPÍRITU DE ISABELA.

Á los rayos del sol opuesta, hace  
 Con olorosos leños una cama  
 La fénix, y después *con* 2 viva llama,  
 Sacudiendo las alas, se deshace:  
 Y luego que con esto satisface  
 Á la *preciosa* 3 muerte que la llama,  
 (Según tienen los más por cierta fama)  
 Con nuevas plumas y color renace.  
 Yo, pues, en los tormentos y dolores  
 De las ardientes llamas, cuyo humo  
 Es olor agradable para el cielo,  
 Cual fénix, Isabela, me consumo;  
 Pero con *vivas* 4 alas y colores  
 Renazco para dar eterno vuelo.  
 Y pues á los del suelo  
 Admiración os causo,  
 Cuando alguno presuma,  
 Aunque con torpe pluma,  
 Escribir mi suceso, dadle aplauso 5.

1 O. Escena octava del acto cuarto. Aparece en visión en lo alto el espíritu de Isabela.—2 M., en—3 M., precisa—4 M., nuevas—5 Todos estos versos que dice Isabela hállanse en el Ms. O. con las siguientes variantes que se notarán:

Á los rayos del sol opuesta hace  
 De antigua palma en la escogida rama  
 El fénix su sepulcro, en cuya llama  
 Entre el olor de sus aromas yace;

Mas despues que con esto satisface  
Á la precisa muerte que la llama,  
De la funesta y luego genial cama  
Con nuevas plumas y color renace.

Yo, pues, en los tormentos y dolores  
Como en las llamas, cuyo lustre en humo  
Sube olor aromático hasta el cielo;  
Yo, Isabela, aunque ardí no me consumo,  
Porque con nuevas alas y colores  
Renazco para dar eterno vuelo.

Y pues á los del suelo  
Admiración os causo,  
Cuando alguno presume  
Con menos digna pluma  
Escribir mi suceso, dadle aplauso.



# ALEJANDRA

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

## INTERLOCUTORES.

LA TRAGEDIA, que hace el prólogo ó loa.  
OSTILO.  
RÉMULO.  
ALEJANDRA.  
LUPERCIO.  
ORODANTE.  
ACOREO, Rey.  
SILA, Princesa.  
ORILO.  
NUNCIO,  
Y otros 1

1 En el Ms. O. léese así la serie de *Interlocutores*:

Ostilo..	} Capitanes.	Acoreo, Rey.
Rémulo.		Alejandra, Reina.
Lupercio, privado.		Sila, Princesa.
Un Nuncio.		Orilo, Ministro.
Orodante, copero.		Fabio, Capitán.
Dos Niños.		Portero.

Gente de guarda.—Soldados y criados.

Es necesaria mucha prevención para su representación, tanto en la disposición del teatro como en las cosas necesarias.



## ACTO PRIMERO.

### ESCENA I.

OSTILO.—RÉMULO.

RÉMULO.

POR la fe que juramos inviolable,  
Si *teméis* <sup>1</sup> á los dioses soberanos,  
Y por el lazo fuerte y amigable  
Que ciñe para siempre nuestras manos,  
Te conjuro <sup>2</sup>, Ostilo, seas estable  
En la *jurada* <sup>3</sup> liga, como hermanos,  
Estando juntamente preparados  
Á la *resolución* <sup>4</sup> de nuestros hados <sup>5</sup>.

OSTILO.

¿Qué temor vano, Rémulo, te aflige?

<sup>1</sup> temes—<sup>2</sup> mi—<sup>3</sup> guardada—<sup>4</sup> revolución

5      Sacudamos, pues, el grave yugo  
Que nos tiene cargadas las cervices,  
Ó puestas en las manos del verdugo,  
Si crecen en tal planta las raíces  
(Á entrambos si lo sabes esto plugo),  
Tu daño buscarás si contradices,  
Pues para ella tus manos no se eximen  
De ser participantes en el crimen.

El sabio Estagirita da lecciones  
Cómo me han de adornar los escritores;  
Pero la edad se ha puesto de por medio,  
Rompiendo los preceptos por él puestos,  
Y quitándome un acto que solía  
Estar en cinco siempre dividida:  
Me han quitado también aquellos coros  
Que andaban de por medio entre mis scenas;  
Y á la verdad no siento ya esta falta  
Por no cobrar el nombre de prolija,  
*Por* 1 ver que voy vestida de este luto:  
Mas es costumbre ya de nuestros tiempos  
Que *forman los vestidos* 2 á los hombres,  
Y muchos son doctores en los trajes;  
Mas los doctos varones, y que tienen  
Los altos pensamientos remontados,  
Con ellos van midiendo y ajustando  
La real gravedad de la Tragedia;  
Pero aquí perderé de mi decoro,  
Porque había de estar continuo triste  
Y ya no puedo estar sino contenta  
De ver la gravedad del auditorio,  
Y espíritus ilustres que me aguardan.  
¡Oh cómo es cosa cierta las más veces  
Salirnos al revés del pensamiento  
Las cosas que allá dentro se imaginan!  
Yo *pensé* 3 que os hallara alborotados,  
Impacientes, coléricos, soberbios,  
Y una masa de vulgo todos hechos;  
Y al fin os hallo blandos y 4 amorosos,

1 Y—2 los vestidos forman—3 creí—4 No se lee la conjunción.

Con un silencio tal, que me parece  
 Que estáis aquí la flor de los nacidos.  
 También imaginádabes vosotros  
 Que aquí saliera Plauto con su Anfitrión  
 Ó Terencio quizá con sus marañas,  
 Y os mostrara á su Sosia, ó á su Davo,  
 Á Pánfilo, ó á Simo con su Cremes,  
 Y al revés os saldrán los pensamientos,  
 Que todo ha de ser llanto, muertes, guerras,  
 Envidias, inclemencias y rigores.

*Imagináis quizás* <sup>1</sup> que estáis ahora  
 Contentos en la noble y fuerte España,  
 Y en la insigne ciudad de Zaragoza,  
 Ribera del antiguo padre Ibero,  
 Debajo aquellas leyes tan benignas  
 Que *los* <sup>2</sup> Reyes famosos os dejaron,  
 Atando la clemencia y la justicia  
 Con tantas y tan grandes libertades.  
 ¿Pensáis que estáis en tiempo de Filipo,  
 Segundo Rey invicto de este nombre?  
 Y estáis (*¡oh desdichados de vosotros!*) <sup>3</sup>,  
 ¿En dónde si pensáis? En medio Egipto,  
 Ribera del famoso y ancho Nilo,  
 En la grande ciudad llamada Menfis,  
 En donde reina y vive un Rey tirano,  
 Cuyo fuerte palacio veis presente;  
 Aquí la casa real tiene su asiento,  
 Aquí se albergan hoy los infernales:  
 Mirad en poco tiempo cuántas tierras  
 Os hace atravesar esta Tragedia;

<sup>1</sup> Á donde imagináis.—<sup>2</sup> sus.—<sup>3</sup> ¡ay desdichados de vosotros!



Y así, si en ella veis algunas cosas  
Que os parezcan difíciles y graves,  
Tenedlas, sin dudar, por verdaderas,  
Que todo á la Tragedia le es posible,  
Pues que muda los hombres sin sentido  
De unos reinos en otros, y los lleva.





## LOA <sup>1</sup>.

### TRAGEDIA.

ESTAS tocas sangrientas y corona,  
Y la lucida espada de dos cortes,  
Os descubre mi nombre, que es Tragedia,  
Nacida de *desgracias de los Príncipes* <sup>2</sup>,  
Inventada al principio por los griegos,  
Celebrada después por los latinos  
Y puesta en perfección por muchos otros,  
Como fueron Eurípides y Sófocles  
Y vuestro celebrado español Séneca.  
Quieren decir que Tespis fué mi padre,  
Y que nací en la fiesta del dios Baco:  
Al fin es muy antigua mi prosapia,  
Y de más gravedad que la Comedia.

<sup>1</sup> Prólogo. Sale una mujer fingiéndose la Tragedia con unas tocas sangrientas á una mano y la espada en la otra.—<sup>2</sup> pecados de los Reyes

¿Por qué temes mudanzas en Ostilo?  
 Primero el que los altos cielos rige  
 Hará volver atrás su sacro Nilo,  
 Que vuelva yo, ni falte á lo que dije,  
 Si acaso, como suele, el vital hilo  
 La parca inexorable no me corta,  
 Dando á la voluntad la rienda corta.

## RÉMULO 1.

*Darame la malicia 2 llana puerta*  
*Que á más de 3 que son justas mis razones,*

Bien sabes, pues, Ostilo que tenemos  
 Innumerable copia de soldados,  
 Á unos que por pagas atraemos,  
 Para nuestro propósito obligados;  
 Á otros que de deudas absolvemos  
 Poniendo en libertad los desterrados;  
 También otros caudillos hay ocultos  
 Amigos de motines y de insultos.  
 Á unos ha incitado la lujuria  
 Y los robos sangrientos de la guerra;  
 Á otros la venganza de la injuria  
 Y el ser restituídos en su tierra;  
 La codicia también infernal furia  
 Con el hambre rabiosa que se encierra  
 Á incitar á los pechos rigurosos  
 De los pobres soberbios sediciosos.  
 El vulgo aficionado á novedades  
 Asalto moverá por otra vía  
 Que tentando las flacas voluntades  
 Las traje confirmadas á la mía:  
 Dije que por guardar las libertades  
 Y borrar la cizaña y tiranía  
 De este soberbio Príncipe Acoreo  
 Ha nacido en mi pecho tal deseo.

2 Daríame la milicia—3 demás

Á los ánimos débiles despierta  
La dulce libertad y pretensiones.

OSTILO.

La guerra tengo, Rémulo, por cierta,  
Si tú con diligencia te dispones;  
Mas por *estar capaces en el* 1 hecho,  
Descubre lo que tienes en tu pecho.

RÉMULO 2.

Lupercio, cuyo esfuerzo me *podría* 3  
Torcer el valeroso presupuesto,  
Porque en sola su astucia y valentía  
El Rey y pueblo tiene su amor puesto,  
No podrá alcanzar ya lo que quería,  
Ni menos ofenderme en algo de esto,  
Pues los pasos corté de su privanza,  
Por sólo asegurar nuestra esperanza.

OSTILO.

¿Á Lupercio?

RÉMULO.

Á Lupercio.

1 hacerme yo capaz al

2 Bien sabes que el tirano vive en ocio,  
Sin gente ni caballos para guerra,  
Que esto ayuda también á mi negocio,  
Con el gran descontento de la tierra;  
Escucha, pues verás cómo negocio  
Si la puerta Fortuna no me cierra:  
Yo quito el rico cetro de la mano  
Al insolente Príncipe tirano.

3 podía

OSTILO.

Yo me espanto,  
Porque estaba en los cuernos de la luna.

RÉMULO.

Pues qué mayor señal que subir tanto,  
Para ver la mudanza de fortuna.

OSTILO.

Amábalo el Rey mucho.

RÉMULO.

¿Sabes cuánto?  
Que sin él no trataba cosa alguna.

OSTILO.

Al fin.

RÉMULO.

Al fin ahora lo aborrece.

OSTILO.

Bien le paga el traidor lo que merece.

RÉMULO.

No siempre de los Reyes nace el daño,  
Ni el poner en olvido los servicios;  
Mas de otros que aconsejan con engaño,  
Por tenellos afables y propicios.

OSTILO.

Cada paso y momento me es un año:  
No me cuentes el caso por indicios,

Pues no menos, Señor, que tú deseo  
 La muerte de Lupercio y Acoreo.  
 Porque aunque muestre el Rey su rostro afable,  
 Teniendo mis servicios en memoria,  
 No es caso entre nosotros memorable  
 Que á Lupercio atribuya nuestra gloria,  
 Y que de él solamente trate y hable,  
 Asentando á su cuenta esta vitoria,  
 Pues por el dios Osiris, que servimos  
 También *los dos allí* 1 lo que pudimos.

## RÉMULO.

También me mueve á mí contar Lupercio  
 El ver que ya nos lleva tal ventaja,  
 Habiendo antes servídome en mi tercio  
 De llevar en los hombros una caja;  
 Y no siento esto tanto, *ni aun el tercio* 2.  
 Sino 3 que de prosapia obscura y baja  
 Ha llegado tan presto á ser tan grande,  
 Que no hay después del Rey quien más que él mande.

## OSTILO.

¿Has visto cuán de mano nos ha dado?

## RÉMULO.

Tanto que al parecer no nos conoce.

## OSTILO.

Continuo un bajo, puesto en alto estado,  
 Á los deudos y amigos desconoce.

1 allí los dos—2 á no ser necio—3 Es

## RÉMULO.

Pues tenga su esperanza en ser privado,  
Que yo tengo de hacer que no lo goce,  
Ni el Rey tampoco el reino injustamente,  
Como ahora sabrás extensamente.  
Estando con el Rey ayer tratando  
De aquello que en la guerra ha sucedido,  
Con discreción el pecho especulando,  
Le conocí que estaba desabrido,  
Y allá medio en secreto suspirando,  
Andaba en pensamientos divertido:  
Yo entonces, por *saber mejor* <sup>1</sup> su intento,  
Probé con discreción á *darle* <sup>2</sup> un tiento.  
Entré con la lisonja.

## OSTILO.

Buen camino

Es ese para Príncipes tiranos.

## RÉMULO.

Diciendo: Sacro Rey, pues eres dino  
De igualarte á los dioses soberanos...

## OSTILO.

¡Cuán cierto es dar renombre de divino  
Al que es escoria y hez de los humanos!

## RÉMULO.

Pues *esta gran* <sup>3</sup> victoria <sup>4</sup> has alcanzado,

<sup>1</sup> mejor saber—<sup>2</sup> dar—<sup>3</sup> tal—<sup>4</sup> ahora

No admitas en tu pecho otro cuidado.  
 La blanca barba asió con la una mano  
 Y dando un gran suspiro con voz alta,  
 Me dijo: ¡Ah 1 triste Rey! ¡ah 2 viejo cano!

OSTILO.

Suspenso estoy.

RÉMULO.

Escucha, que más falta.

Volvíle á preguntar al Rey tirano:  
 ¿Has hallado, señor, alguna falta  
 En algún capitán? ¿Hay nueva guerra?  
 ¿Hay algunos rebeldes en la tierra?  
 Si la grande Alejandra por ventura  
 La vana *rebelión* 3 intentar osa  
 Soberbia, con la antigua sepultura  
 Á do el *Mandonio* 4 Príncipe reposa,  
 Bien puedes amansarle su locura,  
 Que no te falta gente belicosa,  
 Ni menos capitanes esforzados,  
 De recientes victorias inflamados.  
 ¿Por qué, señor, no estás regocijado  
 Con 5 verte vencedor de tanta gente  
 Como el fuerte Lupercio te ha postrado,  
 Y puesto bajo el yugo inobediente?  
 Apenas á Lupercio hube nombrado,  
 Cuando arrancó un suspiro tristemente,  
 Y 6 poniéndome *el* 7 brazo sobre el hombro...

1 ¡Ay!—2 ¡ay!—3 religión—4 Macedonio—5 En—6 No existe  
 conjunción.—7 un



OSTILO.

Acaba de contar, *que ya* <sup>1</sup> me asombro.

RÉMULO.

*Su* <sup>2</sup> enojo le cegó de tal manera,  
Y yo con tal astucia le incitaba,  
Que al fin su descontento supe que era  
De que en celos rabiosos se abrasaba;  
Él mismo me dió de ello cuenta entera,  
*Manifestando el fuego que ocultaba* <sup>3</sup>;  
Díjome sospechaba y aun sabía  
Que Lupercio en la Reina le ofendía.

OSTILO.

¡Oh ciego Rey! Tu daño claro veo.  
¿De dónde sospechar el caso pudo?

RÉMULO.

Pues yo viendo *tal* <sup>4</sup> puerta á mi deseo,  
Le dije, habiendo estado un rato mudo:  
De la Reina tal caso no lo creo,  
Pero de ese Lupercio no lo dudo;  
Y quiera Dios, señor, que no suceda  
Tal mal que remediallo no se pueda.

OSTILO.

¿De dónde supo el Rey su desventura?

RÉMULO.

Antes se lo imagina, ó lo sospecha.

<sup>1</sup> porque—<sup>2</sup> Si—<sup>3</sup> Y yo ví su pasión y furia brava—<sup>4</sup> esta

## OSTILO.

El ser ella mujer de sangre obscura  
Hará más verdadera la sospecha.

## RÉMULO.

El valor de Lupercio, y la hermosura  
De la que fué por ella Reina hecha,  
El verse el Rey ya viejo y tan cansado,  
Á cegarle del todo han ayudado.  
Quedó con lo que digo de tal suerte,  
Que sin probanza pública ni oculta  
Á los que digo quiere dar la muerte:  
Ya ves de este suceso qué resulta.  
Ahora porque no se desconcierte,  
Ó á lo menos se temple, si consulta  
Con otros este caso, es conveniente  
Que te vayas al Rey astutamente.  
Dirásle que Lupercio ser caudillo  
De cierta gente oculta has descubierto;  
Darás grandes suspiros al decillo,  
Mostrándote turbado y hombre experto.

## OSTILO.

Al cabo estoy del todo: el diferillo  
Puede sólo dañar nuestro concierto,  
Pues tengo *ya* <sup>1</sup> la gente apercebida,  
Y en el puesto que sabes recogida.

## RÉMULO.

Con esto *pienso*, *amigo* <sup>2</sup>, que concluyo

1 yo—2 amigo, pienso

El dulce fin que pide mi deseo,  
Si yo á Orodante el reino restituyo.

OSTILO.

Bien puedes ya llamarle Tolomeo.

RÉMULO.

El mayor interese ha de ser tuyo:  
Si en el lugar del bárbaro Acoreo  
Cobramos un mancebo blando y tierno,  
Los dos al fin seremos su gobierno.

OSTILO.

El *mozo* 1 sabe ya lo que tratamos.

RÉMULO.

Aún le hago creer que soy su tío.

OSTILO.

Conviene, pues, que ya le descubramos  
Su nombre, su linaje y señorío.

RÉMULO.

Primero, si os parece, á tratar vamos  
Lo que falta, que al *mozo* 2 yo confío  
Lo hallaremos á todo aparejado.

OSTILO.

*Dejadme los* 3 demás á mi 4 cuidado.

## ESCENA II.

ALEJANDRA.—LUPERCIO.

LUPERCIO.

No sirve el importunar  
 Sino de descomponerte,  
 Porque es un negocio fuerte  
 Querer al Rey afrentar  
 Y á mí buscarme la muerte;  
 Que si bien *se considera* <sup>1</sup>,  
 Jamás otro bien resulta  
 De cosas de esta manera.

ALEJANDRA.

Mas ésta ha de ser oculta,  
 Como si jamás se hiciera.

LUPERCIO.

No dejo de hacer tal hecho  
*De* <sup>2</sup> temor de que se sepa,  
 Sino porque en un buen pecho  
 No es justo que cosa quepa  
*Si no queda* <sup>3</sup> satisfecho <sup>4</sup>.  
 ¿Es bueno que le haga guerra

<sup>1</sup> lo consideras—<sup>2</sup> Por—<sup>3</sup> De que no esté

<sup>4</sup> Que en cumplir tu voluntad  
 Ó lo que llamas amor,  
 Manchada tu honestidad,  
 No temo al Rey, mi señor,  
 Pero temo á mi bondad.

Debajo de falso velo,  
Y que con fingido celo  
Mande defender su tierra  
Y que le robe su cielo?  
Muy mal pagas el amor  
Que continuo te ha tenido,  
Pues que pones en olvido  
Que, siendo el Rey tu señor,  
Se quiso hacer tu marido <sup>1</sup>.  
Acuérdate de que niegas  
Á tu marido y señor,  
Y que á tu siervo te entregas.

ALEJANDRA.

Cuantas razones alegas  
Son todas en mi favor <sup>2</sup>.  
Y si olvidar al Rey quieres,  
De eso, amigo, no te asombres,  
Que es justo, si lo entendieres,  
Que quien no la guarda á hombres,  
No le tengan ley mujeres.  
¿Él no mató á su mujer  
Cuando se casó conmigo?

- 1       Agravias á su persona  
          Y á tí con tus propias manos:  
          Quién pensara ¡oh soberanos!  
          Que debajo una corona  
          Nacen pensamientos vanos.
- 2       Y también indicios grandes  
          De estar del todo rendida,  
          Pues que pospongo la vida  
          Y te ruego que me mandes  
          Habiendo de ser servida.

LUPERCIO.

Y aun eso te había de ser  
Claro ejemplo del castigo  
Que en tí puede el Rey hacer.

ALEJANDRA 1.

Mira *ya* que un caudal 2 río  
Tengo con 3 mis llantos hecho:  
Éste rompió el albedrío  
Y á tí *te* 4 ha puesto en *mi* 5 pecho.

LUPERCIO.

Yo tengo al Rey en el mío.

ALEJANDRA.

Amor te retrató allí  
Con tan divinos matices...

LUPERCIO.

Mira que el Rey está aquí.

ALEJANDRA.

¿Dónde?

LUPERCIO.

*Retirado* 6 en mí,

1 Ya yo entiendo que es delito,  
Pero fuérame el amor:  
Dijeras mucho mejor  
Que te fuerza el apetito,  
Pues pospones el temor.

2 un caudaloso.—3 Que tengo en.—4 No existe el vocablo.—5 el—

6 Arrebozado

Escuchando lo que dices <sup>1</sup>.

ALEJANDRA <sup>2</sup>.

Pues aunque más inhumano,  
Te tengo de guardar ley.

LUPERCIO.

Tendrasla, te juro, en vano,  
Que antes de romperla al Rey  
Me dará muerte esta mano,  
*Y quédate* <sup>3</sup> sola.

ALEJANDRA.

No huyas,  
Pues que no soy tu enemiga;  
Antes, para más fatiga,  
Por esas pisadas tuyas  
Me manda amor que te siga <sup>4</sup>.

### ESCENA III.

LUPERCIO.

¿De qué sirve, Rey, tener  
Con mucha gente tu guarda,

- <sup>1</sup> No te avergüenzas de ver  
Que te está el Rey escuchando,  
Y aún lo imagino llorando  
De ver su dulce mujer  
Estar amores tratando;  
Que por más que lo deseche,  
Jamás su dolor se alivia  
Ni hay remedio que aproveche.
- <sup>2</sup> Alguna fiera de Libia  
Te ha dado, Lupercio, leche.

<sup>3</sup> Quédate—<sup>4</sup> (*Vase Lupercio y sale inmediatamente.*)

Si, entre tanto que te guarda,  
 Te vende acá tu mujer?  
 Por Isis que no pensé  
 Salir tan bien de este hecho,  
 Y que ha mostrado mi pecho  
 Grandes aceros *de* 1 fe.  
 Más digno soy de alabanza  
 En esto que he resistido,  
 Que en las batallas *que* 2 ha sido  
 Bañada en sangre mi lanza;  
 Que en los combates trabados,  
 Si se alcanza gloria alguna,  
 Lleva su parte fortuna,  
 Y su parte los soldados;  
 En la sangrienta batalla,  
 Sangre de diversos corre:  
 Unos escalan la torre,  
 Otros *vuelan* 3 la muralla;  
 Así como cada cual  
 Va comprando la vitoria,  
 Lleva parte de la gloria  
 Y es el gozo general;  
 Y de aquel común furor  
 Han formado el apellido  
 De quedar aún el vencido  
 Con nombre de vencedor:  
 Mas en el encuentro airado  
 De donde alcancé vitoria,  
 Yo solo gano la gloria,  
 Pues yo solo he peleado;



Y no pensé tal suceso  
De guerra tan peligrosa,  
*Porque Alejandra* 1 es hermosa,  
Y yo de carne y de hueso.  
Es muestra de gran bondad,  
Digna de fama y renombre,  
Vencerse á sí mismo el hombre  
Y enfrenar su voluntad.  
Aquel dichoso cosario,  
Rey del pueblo Macedonio,  
Nos dió de esto testimonio  
Después que venció al Rey Dario.  
Y aunque en esto he resistido,  
No sé cuál es más valor:  
Salir de esto vencedor,  
Ó de mí, si la he vencido.  
Ay, Sila, que por tí muero,  
*Mal* 2 he *dicho* 3, por tí vivo,  
Por tí con tu padre privo,  
Por tí á *Alejandra* 4 no quiero.  
Amor, haz que no me aflija  
Esta Reina, y ponle ley:  
Basta que me quiere el Rey,  
Y yo también á su hija.  
El gozo de hablar me priva,  
Y en el alma se atesora:  
Préciate de mí, señora,  
Como *dice* 5 tu cautiva.  
Pues tú lo quieres, Princesa,  
Yo parto contento á verte,

1 Que al fin la Reina—2 Tal—3 dicho?—4 la Reina—5 dices

Que quiero un rato tenerte  
Ahora en mis brazos presa 1.

#### ESCENA IV.

ORODANTE.

Aquí me manda Rémulo que espere,  
Porque un negocio grave y importante  
Á solas consultar conmigo quiere;  
Pero el nuevo cuidado no es bastante  
Á torcer de sus pasos y camino  
Los dulces pensamientos de Orodante.  
En Sila estoy, con Sila me imagino,  
Y así es imaginado mi contento,  
Y tomado de veras desatino.  
La mano diste, amor, al pensamiento;  
Hicístele subir, y á mí me dejás  
Envuelto con las armas del tormento.  
¡Oh más dura que el mármol á mis quejas!  
¡Oh tigre transformado en la Princesa!  
¿Por qué de mi propósito te alejas?

#### ESCENA V.

RÉMULO.—OSTILO 2.—ORODANTE.

RÉMULO.

Así que, como digo, nuestra empresa,  
Ostilo, nos la impide la tardanza,  
Y es bien que á la fortuna demos priesa.

1 (*Vase.*)—2 (*Salen hablando hasta encontrar con Orodante.*)

OSTILO.

Con ella, amigo Rémuló, se alcanza  
*La cosa más difícil* 1.

RÉMULO.

Ya yo 2 veo  
 Al 3 dulce ejecutor de mi esperanza 4.

OSTILO 5.

Aguardando os estaba con deseo.

RÉMULO.

¡Oh mi caro Orodante!

OSTILO.

¡Oh valeroso  
 Retrato de tu padre Tolomeo!

ORODANTE.

Pues sabéis que es el llanto infructuoso,  
 Amigos, no lloréis de tal manera,  
 Que me tenéis suspenso y congojoso.  
 Si acaso algún peligro se os espera,  
 Ó teméis recibir alguna afrenta,  
 Y queréis que en venganza alguno muera,  
 Dejad el llanto y dadme de ello cuenta,  
 Que no me falta esfuerzo, amado tío,  
 Y 6 haré que el que os ofende se arrepienta.

1 Las cosas más difíciles—2 No existe.—3 El—4 (*Encuéntranse.*)  
 —5 Orodante—6 Yo

## RÉMULO.

¡Ay, amado sobrino y señor mío!  
 La lengua se embaraza, el pecho salta,  
 Mis ojos cada cual se vuelve un río.

## OSTILO.

El tiempo, fuerte Rémulo, nos falta:  
 Acaba de contarlo.

## ORODANTE.

Estoy suspenso.

## RÉMULO.

¿Cómo podré contar cosa tan alta?  
 Ahora es menester favor inmenso:  
 Un aliento divino es necesario  
 Para contar el hecho por extenso;  
 Un pecho de metal, ó mármol pario:  
 Un Dios habrá de ser el que te hablare,  
 Pasando de este límite ordinario,  
 Y aún no sé, mi Orodante, si bastare  
 Á poder declararte lo que siento,  
 Aunque el propio Mercurio me ayudare.  
 Suspende, oh fuerte mozo, el pensamiento,  
 Que los dioses te llaman de tan cerca  
 Que está de esta deidad quejado el viento:  
 Ya el hado venturoso *se te* <sup>1</sup> acerca,  
 Amaltea derrama aquí su cuerno,  
 Marte fiero te infunde y de armas cerca.

## OSTILO.

No te *turbes ni alteres* <sup>1</sup>, joven tierno,  
Ni extraño te parezca este lenguaje,  
Que el cielo te concede un gozo eterno:  
No sólo mudarás tu nombre y traje,  
Que también mudarás *los* <sup>2</sup> pensamientos,  
Después que te descubra tu linaje.  
Verás hoy revolver los elementos  
Por las manos de Rémulo y Ostilo,  
Quitando á los tiranos sus asientos.

## RÉMULO.

Ya sabes que en el tiempo más tranquilo  
Le quitaron el cetro á Tolomeo,  
Tiñendo en roja sangre el ancho Nilo,  
Y con fuerzas tiranas á Acoreo,  
Las rebeldes banderas desplegando,  
Le cumplió la milicia su deseo:  
Al fin entró el tirano Rey triunfando  
Con aquellos caudillos sobornados,  
Que quisieron seguir su injusto bando.  
Los palacios reales ví cercados,  
Y el triste Rey encima resistiendo  
El *bárbaro furor* <sup>3</sup> de los soldados;  
Á la Reina parida ví corriendo,  
*Con el niño llorando entre* <sup>4</sup> sus brazos,  
El favor de los suyos inquiriendo;  
Después la ví amarrar con fuertes lazos,

<sup>1</sup> alteres ni turbes—<sup>2</sup> tus—<sup>3</sup> rebelde motín—<sup>4</sup> Llorando con un Príncipe en

Y el niño arrebatárselo del pecho  
Y quererlo sembrar en mil pedazos.

ORODANTE.

Al cabo estoy, señor, de todo el hecho;  
Mil veces me has contado esta mañana  
Las muertes y castigos que se han hecho;  
Bien sé que con traición y astuta maña  
Se levantó este Príncipe Acoreo  
Con todo *cuanto* <sup>1</sup> el sacro Nilo baña;  
Y siendo capitán de Tolomeo  
(Su natural señor que el cielo encierra) <sup>2</sup>,  
Cometió tal delito enorme y feo:  
Movié á su propio Rey sangrienta guerra,  
Él propio por su mano le dió muerte,  
Y usurpó la corona, cetro y tierra.

OSTILO.

Al cabo estás de todo; mas advierte  
Que los dos solamente resistimos  
Al tirano poder con brazo fuerte;  
Mas ya que muerto al Rey, *Tirano* <sup>3</sup> vimos,  
*Y el* <sup>4</sup> tirano cuchillo embravecido,  
También á la miseria nos rendimos.

RÉMULO.

En esto... *pero aguarda que me olvido* <sup>5</sup>:  
La Reina, como dije, apasionada,  
Con el tierno varón recién nacido,

<sup>1</sup> lo que—<sup>2</sup> Sin paréntesis.—<sup>3</sup> entrambos—<sup>4</sup> Al—<sup>5</sup> (pero aguarda que me olvido)

Atónita, medrosa, alborotada,  
 Andaba por la casa discurriendo,  
 De solo el tierno niño acompañada.  
 Prendiéronla, y al fin <sup>1</sup> entonces viendo  
 El niño arrebatarle, *saltó* <sup>2</sup> luego  
 Con *piedad* <sup>3</sup> y lástima diciendo:  
 Amigo, si te mueve un blando ruego,  
 Al inocente Príncipe perdona,  
 Que yo por él, si quieres, te me entrego;  
 Pues no defiende el triste su corona,  
 Ni os impide el gozar su señorío,  
 Ni ocupa la real silla su persona.  
 El llanto del infante con el mío  
 Movieron á piedad y á no ofendello:  
*El* <sup>4</sup> duro corazón *se vuelve* <sup>5</sup> frío.  
 Traía yo un Mercurio de oro al cuello,  
 El cual le dí por esto á aquel soldado,  
*Y una rica sortija con mi sello* <sup>6</sup>.

ORODANTE.

Al fin murió el infante desdichado <sup>7</sup>.

OSTILO.

Antes vive, señor.

ORODANTE.

¿Cómo que vive,  
 Y no vuelve á cobrar su ser y estado?

RÉMULO.

¡Oh Príncipe magnánimo! recibe

<sup>1</sup> yo—<sup>2</sup> salté—<sup>3</sup> humildad—<sup>4</sup> Al—<sup>5</sup> rebelde y—<sup>6</sup> Con un encadenado rico y bello.—<sup>7</sup> Con interrogante.

Esfuerzo contra el bárbaro arrogante,  
 Y á la dura venganza te apercibe.  
 Tú eres, tú, señor, el tierno infante,  
 Á quien con gran secreto he yo tenido  
 Con este *nombre falso* <sup>1</sup> de Orodante;  
 Tolomeo, señor, es tu apellido,  
 Que aun esto, que del padre has heredado,  
 Estuvo casi á punto de perdido.  
 En copero del Rey te he transformado,  
 Con el nombre fingido de sobrino,  
 Siendo tú mi señor, yo tu criado.

ORODANTE.

¡Oh *Osiris* <sup>2</sup> sacro! ¡Oh Rey de lo divino!  
 ¡Ay Rémulo! ¿Qué dices de mí, amigo?  
 Estoy fuera de mí, no hallo camino.

RÉMULO.

En suma, la verdad es como digo,  
 Que te puse en servicio de Acoreo,  
 Y de todo es Ostilo buen testigo.

OSTILO.

¡Oh dichoso mancebo, en el cual veo  
 Estar resplandecientes las virtudes  
 De nuestro ya difunto Tolomeo!  
 Los dioses hoy te llaman, no lo dudes:  
 Agora es menester que astutamente  
 Procures de ayudarte y nos ayudes.  
 Nosotros dos, en nombre de la gente

<sup>1</sup> falso nombre—<sup>2</sup> Menfis



Á tu bien y servicio congregada,  
Te juramos por Rey solemnemente.

ORODANTE.

Amigos, cuya fe tendré guardada  
Acá dentro del alma, mi persona  
En vuestras manos pongo asegurada.

RÉMULO.

Con ellas te daremos la corona  
Que ciñe la cabeza del tirano,  
Cuyo furor á nadie no perdona.  
Agora es menester que con la mano  
Que le diste la copa tantas veces,  
El corazón le arranques inhumano;  
Y lleva en la memoria que te ofreces  
Á vengar á tu padre Tolomeo,  
Á quien en nombre y ánimo pareces.

ORODANTE.

Yo juro por el cielo y sol que veo,  
Que tengo de hacer copa donde beba  
De la cabeza y casco de Acoreo.

RÉMULO.

Pues porque más, señor, te encienda y mueva,  
La sangre de tu padre mira agora,  
Que quiere de tu mano hacernos prueba 1.  
Aquí delante de tu padre mora  
Esta sangre: venganza pide á voces

1 (*Saca una camisa ensangrentada.*)

De aquella mano bárbara y traidora.  
 Paréceme que dice: ¿No conoces,  
 ¡Ay hijo! que esta sangre te ha engendrado?  
 Castiga ya los ánimos feroces.

## OSTILO.

Tu padre el Rey, tu padre el desdichado,  
 Llevaba esta camisa el triste día  
 Que fué *de vida y reino* 1 despojado.

## ORODANTE.

¡Ay sangre derramada! ¡ay 2 sangre fría!  
 Muy presto así veréis la de Acoreo 3:  
 Si no pudiere ser, será la mía.  
 Amigos, á cumplir nuestro deseo:  
 Á las armas al punto, no tardemos,  
 Que ya es el detenernos caso feo.

## RÉMULO.

Aguárdate, señor, que nos perdemos:  
 Primero es menester que los tres vamos,  
 Y en engaño al tirano Rey tratemos.  
 Si la vida á Lupericio no quitamos  
 (¿Digo quitar?) 4, hacer que el Rey la quite,  
 Lo más cierto será que nos perdamos.

## ORODANTE.

Pues vamos, que ya el cielo no permite 5,  
 ¡Ay padre! que dilate yo el vengarte.

1 del reino y vida—2 No existe.—3 (*Llora.*)—4 Sin paréntesis.  
 —5 (*Llora.*)

## OSTILO.

No llores, pues no harás que resucite.

## ORODANTE.

Por bandera real, por estandarte,  
Llevar quiero continuo esta camisa:  
Esta será el gobierno en cualquier parte.

## OSTILO.

Será conforme al hecho la divisa <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> (*Vanse.*)





## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA I.

LUPERCIO.—SILA, y otros 1.

LUPERCIO.

SEÑORA, si posible fuera darte  
El pago que merecen las mercedes  
Que, queriendo subirme y humillarte,  
Con manos liberales me concedes...

SILA.

Á dónde vas, Lupercio, á *remontarte* 2:  
Bien sé que declarallo más no puedes,  
Que te turba la lengua ya lo veo,  
Y 3 el tropel de razones 4 el deseo.

LUPERCIO.

Amor me ha dado ya lo que dar pudo,  
Que es, Sila, descubrir mi pensamiento,  
De fingidas retóricas desnudo,

1 Lupercio. Sila, Princesa. (Adviértese que para disponer lo restante de la tragedia es necesaria una suma diligencia y cuidado, como se verá.)—2 remontarte?—3 No existe.—4 y

Diciendo con *callarlo* 1 lo que 2 siento;  
Y pues tú me conoces que soy *rudo* 3,  
Y el alma te ha mostrado *su* 4 aposento,  
Sin que yo lo relate puedes verte,  
Y allí de lo que habrá satisfacerte.

SILA.

De verte tan rendido estoy contenta.

LUPERCIO.

Y de verte contenta estoy yo loco.

SILA.

¡Mas ay de mí, que un miedo me atormenta!  
El cielo nos ayude, á quien *invoco*.  
Temor tengo, Lupercio, que nos sienta  
(Porque al fin un contento dura poco)  
Mi padre los amores que tratamos,  
Y en lugar de gozarnos nos perdamos:  
Y será cierta cosa, si entendiere  
Que yo la libertad te tengo dada,  
Aunque *á tí por tus méritos* te 5 quiere,  
Y á mí por hija dulce y regalada,  
Según la rabia y cólera él hiere,  
No podrá detener la fiera espada,  
Y olvidando servicios que le has hecho  
Pondrá en ejecución lo que sospecho.

LUPERCIO.

No propongas, mi Sila, agüeros vanos,  
Que se cubre de luto el pensamiento:

1 callar—2 yo—3 mudo—4 el—5 él á tí por tus servicios

Cuidado se tendrán los Soberanos  
De dar un dulce fin á nuestro intento.

SILA.

Un no sé qué me quita de entre manos  
(¡Ay mi dulce Lupercio!) este contento;  
De algún original es esta sombra:  
El pecho tiembla, el alma se me asombra.

LUPERCIO.

Temor es femenino.

SILA.

De temor pasa:  
Y así porque esta vía no me impida,  
Allá, en lo más oculto de mi casa,  
Haré que lumbre sacra sea encendida;  
Y encima de la ardiente y viva brasa,  
De alguna oveja blanca y escogida,  
Pondré los palpitantes intestinos,  
De las cosas ocultas adivinos.

LUPERCIO.

Paréceme, mi Sila, que es engaño,  
Y si no fuere engaño, desatino,  
Querer ejecutar el bien ó el daño  
Que dispone del cielo el Rey divino.  
Si el mal ha de venir dentro de un año,  
Salir á recibirlo en el camino  
Paréceme locura: ¿qué aprovecha  
Estar *siempre viviendo* <sup>1</sup> con sospecha?

<sup>1</sup> viviendo siempre

Las víctimas ofrece y sacrificios,  
Suplicando á los dioses soberanos  
Te quieran ser afables y propicios,  
Amparando tu suerte con sus manos;  
Y no para pronósticos ni indicios  
Ofrezcas esa oveja y *huesos* <sup>1</sup> vanos:  
Allá deja, señora, á Babilonia  
Hacer tan falso rito y ceremonia.  
Á aquél que espera el bien, el bien le viene.

SILA.

Muchas veces el mal por no temello.

LUPERCIO.

¿Y qué mayor dolor que aquél que tiene  
Con la falsa *sospecha* <sup>2</sup> el lazo al cuello?  
Y porque estar aquí no nos conviene,  
Aunque sabes mi amor, si gusto de ello,  
Mi Sila, yo me voy.

SILA.

El alto cielo  
Te guarde y haga falso mi recelo.

## ESCENA II.

ACOREO <sup>3</sup>.—OSTILO <sup>4</sup>.—ORODANTE.

ACOREO.

No quiero dilaciones, porque el hecho  
Me lleva arrebatado á la venganza

<sup>1</sup> fuegos—<sup>2</sup> esperanza—<sup>3</sup> Rey—<sup>4</sup> y

Y á ser con tristes muertes satisfecho.  
 Bien me pagas, rebelde, la privanza,  
 Y el hacerte segundo en el gobierno,  
 Fundando en tus razones mi esperanza.  
 Pues ¡vive la bondad del Rey eterno!  
 Que el que quiso privarme *de mi* 1 estado  
 Sin él ha de bajar *al triste* 2 infierno.  
 Ostilo más que el alma de mi amado,  
 Yo juro por la vida que poseo  
 Que quedes de tu *fe y amor* 3 pagado.

## OSTILO.

Invictísimo Príncipe Acoreo,  
*El* 4 verte con salud y 5 paz reinando,  
 Es el premio mayor que yo deseo;  
 Y si estamos el hecho dilatando  
 Y no cierras de presto aquel portillo  
 Al rebelde escuadrón y falso bando,  
 Según es belicoso su caudillo,  
 Podrá ser que si el caso se dilata  
 Nos *siegue* 6 las cabezas á cuchillo.

## ACOREO.

Escucha, que otro mal también me mata.  
 La Reina en sus traiciones conjurada  
 De darme dura muerte con él trata;  
 También he descubierto esta celada  
 Por medio de Orodante, mi copero,  
 Aunque yo su traición tenía pensada.  
 Relátame de nuevo, porque quiero

1 del—2 triste al—3 amor y fe—4 En—5 con—6 pase



Que lo sepas, Ostilo, porque entiendas  
Que no sin gran razón de celos muero.  
¡Oh Reina fementida, que me vendas!  
¡Y tú, traidor Lupercio, mal nacido,  
Que muestres defenderme, y que me ofendas!

ORODANTE.

Señor, como he contado, pues, venido  
Allí donde la Reina me esperaba.....

ACOREO.

Verás un caso, Ostilo, nunca oído.

ORODANTE.

Admiréme de ver que me llamaba:  
No pude imaginar lo que querría,  
Y más cuando la ví que sola estaba:  
Pasóme un no sé qué en la fantasía,  
Por verla tan alegre y descompuesta  
Que sierva y no señora parecía.  
Lo primero, señor, fué hacerme fiesta,  
Prometerme riquezas, grandes dones,  
Y que á todo mi bien estaba presta.  
Notaba yo entre tanto sus razones,  
Pensando que quizá de amor nacían,  
(Que al fin de carne son los corazones) <sup>1</sup>:  
Mil varios pensamientos me acudían;  
Pero luego entendí su fin dañado,  
Y que el tuyo los suyos pretendían.  
¡Oh fiero corazón de tigre airado!

<sup>1</sup> Sin paréntesis.

¡Oh sediento furor, brava leona!  
 (No puedo proseguir de desmayado:)  
 Traidora á tu marido y real corona.  
 Cada vez que lo pienso estoy temblando  
 De ver en lo que estima tu persona.

OSTILO, *aparte*.

¡La <sup>1</sup> atención con que el Rey está <sup>2</sup> escuchando  
 La mentira por Rémulo ordenada!  
 ¡Y el mozo <sup>3</sup> cómo finge y va contando!

ORODANTE.

Pues esta Reina nuestra, de tí amada,  
 Esa tu saludable compañera,  
 En vano por tu mal tan respetada,  
 Alejandra, señor, la <sup>4</sup> que antes era  
 Tu sierva, y la tomaste por esposa,  
 Y pluguiera á los dioses no lo fuera,  
 Despues de aquella plática engañosa,  
 Me mandaba, señor, que te matase.

ACOREO.

¿Qué te parece, Ostilo?

OSTILO.

¡Fuerte cosa!

ORODANTE.

Veneno me mandaba que te echase

<sup>1</sup> Con qué—<sup>2</sup> está el Rey—<sup>3</sup> joven—<sup>4</sup> No se lee.

En el vino, señor, y te le diese  
Al tiempo que la copa te llevase.  
Algún dios hubo allí que me tuviese  
De no darle la muerte merecida,  
Y que el fiero puñal su pecho abriese.  
Al fin con voz humilde y comedida  
Le mostraba tu amor, mi fe, tu daño,  
Y la grande importancia de tu vida.

## OSTILO.

¡Oh dañada intención! ¡Oh caso extraño!  
¡Oh traidora mujer! Si es verdad esto,  
De todas las demás me desengaño.

## ORODANTE.

Mas ella, como vió que estaba puesto  
En no poner por obra sus traiciones  
(Como el cielo será testigo de esto) <sup>1</sup>,  
Dejando las afables persuaciones,  
Con grandes juramentos me decía  
Que echar haría mi cuerpo á los leones.  
Pues viendo yo, señor, que persistía  
En aquella intención determinada,  
Fingí de acomodarla con la mía.  
Dejándola con esto asegurada  
(Aunque siempre encargándome el secreto),  
Te vine á relatar esta embajada.  
Y por el sol y luna te prometo,  
Y por los altos dioses celestiales,  
Á quien todo este suelo está sujeto...

<sup>1</sup> Sin paréntesis.

ACOREO.

No cuentes más. ¿Has visto cuántos males  
El triste día de hoy se han conjurado?  
No sé cuál es mayor.

OSTILO.

Serán iguales.

ACOREO.

Lupercio, como dices, ha *juntado* <sup>1</sup>  
Su rebelde escuadrón de vil canalla,  
Y pretende privarme de mi estado;  
Y esta Reina ¿qué digo? esta vasalla,  
Por medio del copero, pretendía  
Minarme, como dicen, la muralla.  
Mas todo lo merece quien confía  
Su honra de una vil y baja esclava,  
Y la admite por Reina y compañía.  
Pero dime, Orodante, ¿*á* <sup>2</sup> dónde estaba  
La Reina?

ORODANTE.

En el jardín.

ACOREO.

¿Acompañada?

ORODANTE.

¿No te he dicho que sola me aguardaba?

## ACOREO.

Ostilo, la verdad está probada:  
 Mi sospecha, *tu aviso* <sup>1</sup> Orodante,  
 La dejan en mi pecho confirmada.

## OSTILO.

Señor, antes que pases adelante,  
 Me cuenta aquel negocio cómo queda,  
 Porque es en nuestro caso *ho* <sup>2</sup> importante.  
 Mira, sacro señor, que si se enreda  
 En las manos de aquél esta maraña,  
 No habrá *quien deshacerla después* <sup>3</sup> pueda.

## ACOREO.

Bien presto arrancaremos la cizaña,  
 Que ya Rémulo entiende en lo tratado;  
 Mas éste, si me avisa, ó si me engaña,  
 En todo cuanto aquí le he preguntado,  
 No ha mostrado turbarse, ni *aun* <sup>4</sup> ser vario,  
 Y siempre de una suerte lo ha contado.

OSTILO, *aparte*.

Por cierto que es negocio necesario  
 Que tenga un mentiroso gran memoria,  
 Y no se contradiga en lo contrario.

## ACOREO.

Conviene que esta culpa sea notoria,  
 Porque quede en el mundo del castigo

1 y tus avisos—2 lo—3 después quien deshacella—4 No se lee.

*El perdurable ejemplo y la <sup>1</sup> memoria.*

*(A Ostilo aparte.)*

*Antes de todo aquesto, Ostilo amigo,  
Prender quiero á Orodante, porque quiero  
Probar si es verdadero este testigo <sup>2</sup>.*

OSTILO.

Si prendes, alto Rey, á tu copero,  
¿No ves que se sabrá la causa de esto?  
La traición de la Reina lo primero;  
Su amor desenfrenado *presupuesto* <sup>3</sup>,  
Tu deshonra también; y así conviene  
Hacer la ejecución del caso presto.

ACOREO.

Veamos en qué punto el caso tiene  
Mi Rémuló, que ahora aquí le espero,  
Y no puede tardar; mas *ved do* <sup>4</sup> viene.

OSTILO.

El fin tendrá el negocio que yo espero <sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Ejemplo perdurable y de

<sup>2</sup> Y aunque es bueno el camino que ahora sigo,  
Prender quiero á Orodante.

OSTILO.

No ves.

ACOREO.

Quiero

Probar si es verdadero este testigo.

<sup>3</sup> deshonesto—<sup>4</sup> vedlo si—<sup>5</sup> Las palabras de Ostilo son en el Ms.  
las últimas que pronuncia Acoreo.

## ESCENA III.

ACOREO.—OSTILO.—ORODANTE.—RÉMULO.

RÉMULO.

Todo queda apercebido,  
Digo, lo más importante.

ACOREO.

Mira que está aquí Orodante:  
Háblame, amigo, al oído.

*(Apártanse á un lado Rémuló y Acoreo, y á otro Ostilo y Orodante.)*

OSTILO.

Bien van, señor, nuestras cosas.  
¿No ves cuál está el tirano?  
Él nos quita el hacer llano  
Dos ofensas poderosas.  
Muerto Lupercio, señor,  
Á nadie en el reino temo,  
Porque es valiente en extremo  
Y muy querido el traidor.  
La Reina también podía  
Impedir por cierto modo;  
Pero ya lo tengo todo,  
Como igual nos convenía:  
*Ella morirá* <sup>1</sup>.

I

ACOREO.

*Ella morirá.*

ORODANTE.

Que muera,  
 Que también murió mi madre  
 Y su marido, mi padre,  
*Que* 1 ya mi venganza espera.  
 Pues vosotras, almas santas,  
 Que dejando el mortal velo,  
 El dorado y claro cielo  
 Pisáis con divinas plantas,  
 Volved á ver la venganza,  
 Que por vuestros cuerpos hago;  
 Veréis cómo satisfago  
 Á mi dolor y esperanza.

OSTILO.

Señor, no te aflijas tanto.

ORODANTE.

Mientras que sangre no saco,  
 Estas ánimas aplaco  
 Con este amoroso llanto.  
 Mas Rémulo *allí* 2 está hablando  
 Á solas con Acoreo,  
 Que muy fundados los veo  
*Mano á mano* 3 paseando.

OSTILO.

Señor, el Rey está ciego,  
 Y Rémulo *le* 4 asegura  
 Con *decir que le* 5 procura  
 La paz, descanso y sosiego.

1 Y—2 que—3 Acá y allá—4 lo—5 decirle que



ORODANTE.

¿Cómo el Rey creyó tan presto  
La traición de su mujer?

OSTILO.

Hoy está para creer  
Que es de mil colores esto.  
Está tal con el enojo,  
Que todo cuanto se ofrece  
Verdadero le parece,  
Aunque le pase en antojo;  
Pero en lo de su mujer,  
Él me jura que ha sabido  
Muy cierto que le ha ofendido.

ORODANTE.

Es hembra, bien puede ser.

ACOREO.

Ostilo.

OSTILO.

¿Qué *mandáis*? 1.

ACOREO.

Ya lo 2 he sabido 3.

ORODANTE, *aparte*.

Cómo abrazan al Rey los dos en vano,

1 mandas. (*Va Ostilo al Rey.*)—2 No existe el vocablo.

3 Que amenazan los dos al Rey en vano.

Todos los demás versos que pronuncia Orodante los dice el rey Acoreo hasta *Si lo fueren así sus consejeros*, inclusive.—Los dos que siguen á éste los pronuncia Orodante.

Teniéndolo en secreto á mí vendido.  
 Ejemplo he de tomar en el tirano  
 De no tener amor á lisonjeros,  
 Ni dar á gente baja la real mano,  
 Porque éstos son al daño los primeros:  
 Al fin un Rey será tirano ó justo,  
 Si lo fueren así sus consejeros.  
 Las voces está alzando el Rey injusto;  
 Quiero oir lo que Ostilo le aconseja.

## RÉMULO 2.

Al fin puedes hacerlo por tu gusto 3.

## OSTILO.

No te estorbe la edad *helada* 4 y vieja,  
 Porque aquél que perdona alguna injuria  
 Á recibir segunda se apareja.

ORODANTE, *aparte*.

Aquella no es justicia, sino furia;  
 Porque antes es de Reyes propiamente  
 Perdonar al que yerra y los injuria.

## RÉMULO.

Iremos, pues, los dos con nuestra gente;  
 Porque el pueblo, señor, no se levante,  
 Si acaso tu rigor y enojo siente.

## ACOREO.

Así me lo parece, y al instante  
 Haced lo que os he dicho.

OSTILO.

No habrá falta.

RÉMULO.

Tú vente con nosotros, Orodante 1.

ACOREO.

Tú, traidora Alejandra, á quien tan alta  
He puesto, y tú, Lupercio, mal nacido,  
Aguardaos un poco, que más falta.  
¿Pensábades tenello concludido?  
¿Pensábades alzaros con mi estado?  
Pues al revés, traidores, ha salido.  
Tú, Sila, lo tendrás, y yo el cuidado  
De buscarte marido cual mereces,  
Después que de estos dos me haya vengado;  
Que en todo propiamente *te* 2 pareces  
¡Oh Sila! á la que yo maté por ésta;  
De lo cual me arrepiento muchas veces.  
¡Ay hija, y cuán amargo que me cuesta  
El haberte privado de tu madre  
Y darte una madrastra deshonestal  
*Mas* 3 yo te mostraré de hoy más ser padre 4.

## ESCENA IV.

LUPERCIO 5.—ORILLO 6.

LUPERCIO.

¿Y qué quiere el Rey, Orilo?

1 (*Vanse.*)—2 *le*—3 *Pero*—4 (*Vase.*)—5 *Portero*—6 (*Salen hablando.*)

ORILO.

No lo sé.

LUPERCIO.

Mucho me espanto,  
Que *dices* <sup>1</sup> que ha estado tanto  
Con Rémulo y con Ostilo.

ORILO.

Señor, los dos han estado  
Más de dos horas hablando.

LUPERCIO.

No sé qué voy sospechando <sup>2</sup>.

ORILO.

Yo también he sospechado.

### ESCENA V <sup>3</sup>.

LUPERCIO.—ORILO.—PORTERO.

PORTERO.

Detente un poco.

LUPERCIO.

No quiero.

PORTERO.

El Rey me *envía* <sup>4</sup> á mandar  
Que no te dejase entrar  
Sin avisarle primero.

<sup>1</sup> digas—<sup>2</sup> (*Va á entrar Lupercio.*)—<sup>3</sup> Esta escena es continuación de la anterior.—<sup>4</sup> envió

LUPERCIO.

¿Á mí?

PORTERO.

Sí, señor, á tí.

LUPERCIO.

¿Qué puede ser esto, Orilo?  
Entra tú allá dentro, y dilo <sup>1</sup>,  
Que entre tanto espero aquí.

ESCENA VI <sup>2</sup>.

LUPERCIO.

Aquí debe haber gran mal,  
Traición *es esta* <sup>3</sup> celada;  
¿Á mí negarme la entrada  
En el aposento real?  
Quiero entrar; pero no quiero  
Hasta ver en lo que para,  
Que á no ser verdad, no osara  
Impedírmela el portero <sup>4</sup>.

ESCENA VII <sup>5</sup>.

LUPERCIO.—ORILLO.

LUPERCIO.

¿Qué responde el Rey, Orilo?  
¿Puedo entrar?

<sup>1</sup> (*Entra Orilo.*)—<sup>2</sup> Continúa la escena cuarta.—<sup>3</sup> hay aquí—

<sup>4</sup> (*Sale Orodante.*)—<sup>5</sup> Continúa la escena cuarta.

ORILO.

Señor, espera,  
Que el Rey dice saldrá fuera.

LUPERCIO.

¿Quién está con él?

ORILO.

Ostilo.

LUPERCIO.

¿Ostilo? ¿De cuándo acá  
Priva con nuestro Rey tanto?  
Si eso es verdad, no me espanto  
De cómo el negocio va.  
¡Oh dioses, y qué dolor  
Que priven mis enemigos,  
Y también qué sean testigos  
De hacerme el Rey disfavor! 1.

# ESCENA VIII 2.

LUPERCIO.—OSTILO.—ORILO.

OSTILO.

¡Ah! Señor Lupercio, ¿hay algo  
En que poderme *emplear*? 3.

LUPERCIO.

El Rey me hace aquí esperar.

1 (*Sale Ostilo.*)—2 Continúa la escena cuarta.—3 mandar

OSTILO.

Solo está, que de allí salgo.

LUPERCIO.

Espántame esta tardanza,  
Y esperando me consumo.

OSTILO.

Abajársele habrá el humo (*Aparte*)  
Ahora de su privanza.  
Yo me voy, el cielo os guarde  
Conforme á vuestro deseo:  
¿Qué es esto, que triste os veo?  
Veámonos esta tarde 1.

## ESCENA IX 2.

LUPERCIO.—ORILO, y otros.

LUPERCIO.

¡Oh traidor, aunque me adules  
Eres causa de mi daño,  
Que bien entiendo tu engaño  
Por más que lo disimules!

ORILO.

Excusar esta embajada,  
Señor Lupercio, quisiera.  
¡Ingrato Rey! ¿Qué se espera  
De tu voluntad dañada?

1 (*Vase Ostilo.*)—2 Sigue la escena cuarta.

LUPERCIO.

¿Qué dice el Rey?

ORILO.

Señor, manda;  
Digo que manda, Señor...

LUPERCIO, *aparte*.

Este Rémulo traidor,  
Sin duda con el Rey anda.

ORILO.

Que me des tu espada luego.

LUPERCIO.

¿Mi espada? ¿Pues qué pretende?  
¿Por ventura *se* <sup>1</sup> le ofende  
Ó interrumpe su sosiego?  
No lo acabo de entender.

ORILO 2.

¿Á mandamiento de Rey  
Que no se sujeta á ley,  
Qué es lo bueno?

LUPERCIO.

*Obedecer* 3.

Llevalle mi espada, amigos;

1 así—2 Las palabras que pronuncia Orilo son continuación de las de Lupericio.

3

ORILO.

Obedecer.

LUPERGIO.



Decidle que no me afrenta,  
Pues yo se la doy sangrienta  
De sus propios enemigos;  
Que con ésta le he vencido  
Al fuerte Rey de Etiopia,  
Y también por esta propia  
Era de todos temido.

ORILO.

Pues más te manda el cruel  
Y mayor de los tiranos:  
Que entregues tus fuertes manos  
Al lazo de este cordel;  
Y por si te hicieres fuerte,  
Cada cual con su alabarda  
Están los hombres de guarda  
Para atarte ó darte muerte.

LUPERCIO.

Fueran sus designios vanos,  
Á no tener la fe dada;  
Pero cuando os dí la espada,  
Propuse de dar las manos:  
Atad, amigos, atad.

ORILO.

Perdónanos, pues es ley  
La voluntad del que es Rey.

LUPERCIO.

Cúmplase su voluntad.

ORILO.

¿Qué piedra habrá que no lllore?

El claro cielo parece  
Que se enturbia y obscurece,  
Por más que Febo lo dore.

LUPERCIO.

¡Ay, mi Sila! Si supieses  
Cómo tus tristes agüeros  
Han salido verdaderos,  
Quizá que me socorrieses.  
En los altares sagrados  
Celebras sus sacrificios,  
Pidiendo me sean propicios  
Los dioses, que están airados;  
*Y aquí* <sup>1</sup> tu padre cruel,  
Á quien yo he servido tanto,  
Me tiene anegado en llanto  
Y preso en este cordel;  
Y cáusame más dolor  
El pensar que este castigo  
También lo usará contigo,  
Siendo la causa de amor.

## ESCENA X <sup>2</sup>.

LUPERCIO.—GRILO.—ACOREO.

ACOREO.

Con esa humildad fingida  
También me engañó el rebelde:  
Andad, amigos, traedle,  
Pues no hay nadie que lo impida.

<sup>1</sup> Aquí—<sup>2</sup> Escena quinta. (*Sale el Rey.*)

¡Oh Lupercio! ¿Tú no eras  
Aquél á quien tanto amaba,  
Aquél á quien entregaba  
Toda mi gente y banderas?  
¿Pues cómo atadas las manos  
Tienes en ese cordel?

LUPERCIO.

No lo sé.

ACOREO.

Yo sí, cruel:  
Por tus pensamientos vanos.  
¿Cómo, traidor, qué querías,  
Usurparme la corona  
Por ver mi fuerte persona  
Cargada de tantos días?  
¿Y que en lo que tú me entiendes  
Me hayas dado tal deshonra?  
¡Traidor! ¿Quítasme la honra,  
Y darme muerte pretendes?  
Pues tú *y* <sup>1</sup> ella no veréis  
Cumplido ese mal deseo.

LUPERCIO.

Invictísimo Acoreo...

ACOREO.

Llevalde: ¿*en* <sup>2</sup> qué os detenéis?

LUPERCIO.

*Pues que tú* <sup>3</sup> mancebo has sido,

<sup>1</sup> ni—<sup>2</sup> No existe la palabra.—<sup>3</sup> Señor, pues

Las culpas que causa amor  
 No las juzgues con rigor,  
 Y más á quien te ha servido;  
 Y considera que soy  
 El que defendió tus leyes,  
 Y te trajo cuatro Reyes  
 De la manera que estoy;  
 Y de esto serán testigos  
 Tantos esclavos y presos,  
 Y las montañas de huesos  
 Que ves de tus enemigos.  
 Y aunque sé que te ofendí,  
 Mira con benignos ojos  
 Bajo tus pies mil despojos  
 Ganados todos por mí.  
 Esto sirva de disculpa;  
 Que aunque hay muchos beneficios,  
 Entre tan grandes servicios  
 No se parece mi culpa.

## ACOREO.

No pudo el falso negar,  
 Y da la culpa al amor:  
 Pues no se piense el traidor  
 Que me podrá ya engañar.  
 Sabes, traidor, que he notado  
 Que en defensa de tus culpas  
 No entiendo que te disculpas,  
 Sino que te has condenado.  
 Ya yo entiendo tus hazañas  
 Con falso nombre de fe;

*Pero* 1 lo que yo me sé  
Me descubren tus entrañas.  
Llévadle al traidor asido.

LUPERCIO.

Señor...

ACOREO.

Cerradle la boca.

ORILO.

¡Oh pecho de dura roca!

ACOREO.

Baste ya lo que *te* 2 he oído 3.  
Yo tengo de mostrar hoy  
Á todos estos traidores,  
De mi cetro pretensores,  
Quién son ellos y quién soy:  
Verán su pretensión vana.  
¿Pero qué furia me incita  
Y al daño me precipita,  
Sediento de sangre humana? 4.

## ESCENA XI 5.

NUNCIO, y otros.

¿Por qué en los Rífeos montes no he nacido  
Ó allá en la inhabitable y fiera Hircania?  
Fuera leche de tigres mi alimento,

1 Y por—2 No se lee la palabra.—3 (*Vanse.*)—4 (*Vase.*)—5 Acto tercero, escena primera. Un Nuncio con dos más que traen los miembros de Lupercio.

Allá en la seca Libia ponzoñosa,  
 En medio las serpientes espantables,  
 Do no pisó jamás humana planta.  
 Fuera mucho mejor pasar la vida  
 Que aquí en la ciega Menfis, que solía  
 Ser del reino de Egipto la cabeza,  
 Y ahora convertida está en morada  
 De las furias horrendas infernales;  
 Aquí donde los dioses han cifrado  
 Los pecados y males de este mundo;  
 Aquí donde *en* 1 los pechos de los hombres  
 Están sedientos lobos escondidos.  
 El sol se va escondiendo vuelto en sangre;  
 La tierra pone horror, y en torno tiembla;  
 Los vientos van llevando las querellas  
 Delante el consistorio de los dioses;  
 Los niños, olvidados de la leche,  
 Los pechos van rasgando de las madres  
 Con las uñas y bocas ternezuelas;  
 Los hombres van atónitos y mudos,  
 Mirándose los unos á los otros;  
 Las doncellas esparcen los cabellos,  
 Y *baten* 2 con furor las blancas manos.  
 ¿Qué es esto, *Rey tirano*? 3. ¿Por ventura  
 Quieres que vuelva el mundo á su principio?  
 Amigos, ayudadme á verter lágrimas,  
 De los 4 de la inocente sangre amigos.  
 ¿Qué lengua ha de bastar á decir esto;  
 Y aunque cada cabello fuese lengua,  
 No de duro metal, mas de diamante,

1 No se lee la palabra.—2 abaten—3 Soberanos?—4 Doleos

No pudiera decir el caso horrible?  
 ¡Ay mundo, 1 cuán amarga es tu salida!  
 ¡Oh duro trago, triste nombre, muerte,  
 Común medida á grandes y pequeños!  
 ¡Quien vió á Lupercio pobre, pero bueno,  
 Y quien le vió después subir á tanto,  
 Que era, después del Rey, el más temido,  
 Aunque también de todos más amado!  
 Y quien le vió cargado de despojos  
 Triunfar de mil naciones, ¡oh fortuna!  
 Ayer lo vimos, pues, de esta manera,  
 Y hoy puesto en las manos del verdugo.  
 ¡Oh qué triste espectáculo se ordena  
 Con las tristes reliquias que aquí traigo!  
 Ya sale el Rey: amigos, dejad esto  
 Encima de esta mesa, y salid fuera 2.  
 ¡Oh tú, viejo cruel, que estás ahora  
 Nadando en la *inocente* 3 sangre *hirviente*! 4.  
 Entiende que las furias de Atamante  
 Harán triste venganza de este caso 5.

## ESCENA XII 6.

NUNCIO.—ACOREO.

ACOREO.

¿Murió ya el alevoso fementido?  
 ¿Cumplióse mi precepto y mandamiento?

1 y—2 (*Vanse.*)—3 recién—4 inocente—5 Deben quedar sobre una mesa los miembros destrozados de Lupercio, y en medio de ellos la cabeza coronada, todo cubierto con un paño. La sangre en una vasija.—6 Escena segunda del acto tercero. El Rey, Nuncio.

NUNCIO.

Tu deseo y sus días se han cumplido.

ACOREO.

Pues tú, porque se aumente mi contento,  
Relátame su muerte y mi sentencia,  
Que ya de la venganza el gozo siento.  
¿Recibió su castigo con paciencia?

NUNCIO.

Mas antes á los dioses inmortales  
Por testigos llamó de su inocencia.

ACOREO.

Costumbre es ordinaria de *estos* <sup>1</sup> tales  
Hacer exclamaciones mentirosas,  
Por dejar con horror á los mortales.  
Mas pasando adelante en estas cosas,  
Acaba de contarnos el suceso  
Que tuvieron sus trazas engañosas.

NUNCIO.

De la torre salió do estaba preso,  
Arrastrando, señor, una cadena,  
Al parecer de todos de gran peso.  
La calle, de tu *guardia* <sup>2</sup> estaba llena,  
Armada, porque el pueblo alborotado  
No quisiese *librarlo* <sup>3</sup> de la pena;  
Y aquél que poco atrás anduvo armado

<sup>1</sup> los—<sup>2</sup> guarda—<sup>3</sup> librarle



En medio *sus* 1 banderas victoriosas,  
 Lo vimos al verdugo encomendado.  
 En esto las trompetas lastimosas  
 Hicieron asomar á las ventanas  
 La multitud de vírgenes hermosas.  
 Allí ví *yo* 2 arrancar las blancas canas,  
 Y los rubios cabellos á manojos,  
 Y despedir al cielo voces vanas;  
 Allí ví humedecer, señor, mil ojos,  
 Y allí, si la verdad he de contarte,  
 Decir que eran injustos tus antojos.  
 Acude gran tropel de cada parte,  
 Atónitos, *señor, de ver* 3 atadas  
 Las manos que ensalzaron tu estandarte.

## ACOREO.

¡*Ah* 4 flacas voluntades engañadas!  
 Prosigue tu razón.

## NUNCIO.

De esta manera.

. . . . . 5  
 Egipcios, vuestro Rey muy alto manda  
 Que por traidor rebelde este hombre muera,  
 Porque él y alguna gente de su banda  
 Formaban rebelión y guerra *inica* 6  
 Con una injusta y bárbara demanda.  
 También otro delito se le aplica,

1 tus—2 No existe.—3 de ver, señor—4 ¡Ay

5 Las ventanas y plaza están pobladas.

Óyese al fin la voz, y el pregón era:

6 inica

Mayor que no los otros cometidos;  
 Mas, por honra del Rey, no se publica.  
 Llegados á la plaza y repartidos  
 Á <sup>1</sup> cada esquina de ella mil soldados,  
 Para <sup>2</sup> algún alboroto apercebidos;  
 Los hombres por las calles apiñados;  
 Las mujeres en altos techos puestas,  
 Con los tiernos hijuelos abrazados,  
 Estaban, no cual suelen en las fiestas  
 Y juegos, donde salen las doncellas  
 Hermosas, adrezadas y compuestas,  
 Mas antes derramando mil querellas.  
 Un grito de diversos fué formado,  
 Bastante á derribar á las estrellas:  
 Tenía ya el verdugo el brazo alzado,  
 Cuando el triste Lupercio, ¡oh caso fuerte!

## ACOREO.

Prosigue tu razón, no estés turbado.

## NUNCIO.

Quejándose el cuitado de su suerte,  
 Comenzó á decir de esta manera,  
 Envueltas las palabras en la muerte:  
 Ya sabes, pueblo amado, yo quién era,  
 Aunque el Rey riguroso se *ha olvidado* <sup>3</sup>  
 Y manda que sin culpa ahora muera.

. . . . . <sup>4</sup>  
 ¡Cuántas veces por mí fué destruída

<sup>1</sup> En—<sup>2</sup> Por—<sup>3</sup> le olvida—<sup>4</sup> No existen los suspensivos.

La enemiga nación! ¡Y cuántas veces  
Pospuse por el Rey la *triste* 1 vida!

ACOREO.

Parece que te turbas y entrísteces:  
¿De qué lloras, cobarde?

NUNCIO.

Al fin llamaba  
Á los dioses supremos por jueces,  
Y viendo *que ya* 2 el vulgo comenzaba  
Á decir viva, viva el varón fuerte  
Que no lo libertasen *los* 3 rogaba,  
Diciendo: Pues el Rey me da la muerte,  
¿Quién piensa revocarle la sentencia,  
*Y á mí el fin más precioso* 4 de mi suerte?

ACOREO.

¡Oh qué manso cordero en la apariencia!  
Y en secreto el rebelde procuraba  
Usurparme mi cetro y mi potencia.

NUNCIO.

Y en tanto que la gente lo miraba,  
Poniendo sin turbarse el brazo drecho,  
Encima de un madero que allí estaba,  
Egipcios, dijo, el brazo que os ha hecho  
De tantos enemigos ir triunfando,  
Mediante el valeroso y fuerte pecho,  
Mirad con qué obediencia está aguardando

1 amada— 2 ya que— 3 les— 4 El camino preciso

El golpe; y en diciendo, señor, esto,  
 Se le andaba la voz adelgazando:  
 Los ojos le cerraron, y de presto  
 Le fué el valiente brazo *destrozado* <sup>1</sup>  
 Allí donde lo *tuvo* <sup>2</sup> el triste puesto;  
 Y luego en su lugar con pecho osado  
 El otro brazo puso (¡oh caso extraño!),  
 Y así también, señor, le fué cortado;  
 Y al momento despide un rojo caño,  
 Y <sup>3</sup> tal que de las dos heridas fieras  
 Baña toda la tierra de su daño.  
 Señor, si en este punto tú le vieras,  
 Yo sé que te doblaras á clemencia,  
 Aunque fiero león ó tigre fueras.

## ACOREO.

Prosigue, no exageres su paciencia,  
 Que no soy yo piadosa mujercilla  
 Que llora de cualquiera impertinencia.

## NUNCIO.

En esto ante el madero se arrodilla,  
 Tendiendo el triste cuello (¡ay me!) <sup>4</sup> desnudo,  
 Que á compasión movió y á maravilla.  
*El* <sup>5</sup> cuchillo de presto el filo agudo  
 Segó las tristes venas y garganta;  
 Pero no de una vez cortallo pudo,  
 Un grito lamentable se levanta:  
*Turbábase* <sup>6</sup> el sangriento carnicero,  
 Y así estuvo el cuitado en pena tanta.

<sup>1</sup> destroncado—<sup>2</sup> hubo—<sup>3</sup> No se lee la conjunción.—<sup>4</sup> Sin paréntesis.—<sup>5</sup> Del—<sup>6</sup> Túrbase

Dos golpes volvió á dar, y del postrero  
La cabeza saltó del varón fuerte,  
Y dos veces gritó: Sin culpa muero.

ACOREO.

¡Oh traidor mentiroso hasta la muerte!  
Prosigue.

NUNCIO.

¿No te cansan mis razones?

ACOREO.

Harto más me amohina el detenerte.

NUNCIO.

La sangre, que brotaba á borbollones,  
Y lo demás, señor, se guardó al punto,  
Para ver lo que mandas y dispones.

ACOREO.

¿Y el crudo corazón?

NUNCIO.

También va junto.

¡Ay! que eso me olvidaba: palpitando  
*Lo* <sup>1</sup> arrancaron del pecho ya difunto.

ACOREO.

Á la Reina llamad: ¿qué *estáis* <sup>2</sup> llorando?  
Decid que salga aquí sin compañía;  
*Decidla* <sup>3</sup> que sea presto, que lo mando <sup>4</sup>:

<sup>1</sup> Le—<sup>2</sup> estás—<sup>3</sup> Decidle—<sup>4</sup> (*Va el Nuncio.*)

Verá *cesado* <sup>1</sup> el fin que pretendía,  
 Su intención derribada por el suelo  
 Y firme en su lugar también la mía.  
 ¡Oh sumo Plasmador y Rey del cielo,  
 Cuyo reino los hijos de la tierra  
 Quisieron usurpar con el del suelo!  
 ¡Qué gracias te daré por esta guerra  
 Y fiera rebelión que has estorbado!  
 Mas tuyo es castigar aquél que yerra.

### ESCENA XIII <sup>2</sup>.

ALEJANDRA.—ACOREO.—NUNCIO.—ORILO.

ALEJANDRA.

De nuevo va creciendo mi cuidado;  
 Parece que los pies me están trabando;  
 El corazón me salta alborotado;  
 Algún dolor me va pronosticando.

ORILO.

¡Qué tal, si lo supieses, desdichada!  
 ¿No ves que el Rey, señora, está esperando?

ACOREO.

¡Oh Alejandra!

ALEJANDRA.

Señor.

ACOREO.

Mujer amada.

<sup>1</sup> cumplido—<sup>2</sup> Escena tercera del acto tercero. Alejandra, Nuncio, Orilo.

## ALEJANDRA.

..... I  
Temblando estoy, atónita y turbada.

## ACOREO.

Sabrás que habré dos horas ó más que hice  
Á los dioses del sueño un sacrificio,  
Y quiero que de hoy más se solemnice;  
Porque anoche soñé que en mi servicio  
Estaban un león y una leona  
Regalados y puestos en el vicio,  
Y que asiendo los dos de mi persona,  
Con las uñas y *boca* <sup>2</sup> me mataban,  
Gozándose después *con* <sup>3</sup> mi corona.  
Yo viendo que los dioses me avisaban  
Con el sueño cruel, procuré luego  
Aplacar el furor que me mostraban.  
Mandé sobre un altar encender fuego,  
Y un toro blanco y negro he degollado,  
Pidiendo por su medio mi sosiego,  
Cuya sangre guardar aquí he mandado  
Para más aplacar los soberanos,  
Si en algo les habemos enojado.  
Lavémonos en ella, pues, las manos,  
Y suplica, Alejandra, por tu parte,  
Que los sueños horrendos salgan vanos.  
¿Rehusas, Alejandra, dí, el lavarte?

## ALEJANDRA.

¡Qué nuevos sacrificios!

I No existen los suspensivos en el Ms.—2 bocas—3 de

ACOREO.

Lava presto.

ALEJANDRA.

Por fuerza he, sacro Rey, de contentarte <sup>1</sup>.

ACOREO.

Encima aquella mesa tengo puesto  
Lo que resta del toro: quita el paño.

ALEJANDRA.

La mano está temblando en tocar esto;  
En un sudor helado el cuerpo baño.

ACOREO.

Acaba de quitarlo.

ALEJANDRA.

¡Oh Soberano!

ACOREO.

Con esto, pues, se remedia el daño.

ALEJANDRA.

¡Ay me, tirano crudo! ¡Ay me, tirano!  
¿Cómo, lobo sangriento, cómo pudo  
Verter tan noble sangre tu cruel mano?  
¡Ay me, que á la garganta tengo un nudo!  
¡Oh dioses, que miráis lo que aquí veo!  
Mas, pues no dais castigo, no lo dudo.

<sup>1</sup> (*Lávanse ambos.*)



ACOREO.

Cumplido se ha, Alejandra, tu deseo.  
Aquí ves á Lupercio coronado  
Con la rica corona de Acoreo.

ALEJANDRA.

¿Por qué tan triste cosa me has mostrado?

ACOREO.

Ingrata esclava, ¿miras el contento  
Que tú y ese rebelde me habéis dado?

ALEJANDRA.

¿No es éste (¡ay me, cuitada, que ya siento  
Acabarse la vida poco á poco!)<sup>1</sup>  
No es Lupercio?

OSTILO.

Faltado le ha el aliento.  
¡En qué pones las gentes, amor loco! (*Aparte.*)  
Mira la triste Reina.

ALEJANDRA.

¡Que es posible  
Que es éste aquel Lupercio, y que lo toco!

ORILO.

¡<sup>2</sup> Espectáculo fiero, caso horrible!

ACOREO.

¿Cómo, Alejandra, no miras

<sup>1</sup> No existe el paréntesis en el Ms.—<sup>2</sup> ¡Oh! ¡oh!

Este noble corazón,  
 Do se forjó la traición,  
 Cubierto de mil mentiras?  
 Y pues el tuyo, cruel,  
 Te volvió conmigo dura,  
 Míralo, que por ventura  
 Está tu retrato en él.  
 Esos son aquellos brazos,  
 Por los cuales me aborreces,  
 Que ciñeron tantas veces  
 Tu cuello con torpes lazos.  
 Estos son contra mi honra  
 Aquellos brazos valientes,  
 Y éstos los pies diligentes  
 En procurar mi deshonra.  
 Mira también la cabeza,  
 La boca, los claros ojos:  
 Huelga con tales despojos;  
 Míralos pieza por pieza,  
 Que por quererlos tú tanto  
 Los he mandado guardar.  
 ¿Piénsasle <sup>1</sup> resucitar  
 Ahora con ese llanto?

ALEJANDRA.

¿Qué culpa tiene (¡ay, que muero!)  
 Lupercio de mi *afición*? <sup>2</sup>  
 Yo le quise, y con razón;  
 Yo le quise bien, y quiero.  
 Alma, que dejaste aquí

<sup>1</sup> ruébalo á—<sup>2</sup> *afición*

Tu cuerpo despedazado,  
Si tu enojo se ha pasado,  
Digo, el que fué contra mí,  
No estés pidiendo venganza  
Á los dioses soberanos,  
Que yo con mis propias manos  
Pienso hacerla sin tardanza.  
Vosotras, fieras, ¿qué hacéis  
Que no os entráis por mis venas?  
Entrad y dejadlas llenas  
Del veneno que tenéis.  
Lobo sangriento, ¿qué miras?  
Cielos, rasgaos con mi llanto.  
¿Dioses, por qué tardáis tanto?  
Lloved aquí vuestras iras.

ORILLO.

¡Con qué gritos la venganza  
Le pide el fiero dolor!  
¡Y cómo crece el amor  
Cuando falta la esperanza! 1.

ACOREO.

Rabiosa fiera, ¿qué 2 piensas  
Que ha cesado mi castigo?  
Verás, pues, cómo prosigo:  
Prosigue en hacerme ofensas.  
Quédate, esclava, rabiando,  
Pues ya tu daño conoces,  
Y mira que de tus voces  
Se están los dioses burlando 3.

1 (*Vase Orillo.*)—2 ¿qué?—3 (*Vase el Rey.*)

## ESCENA XIV 1.

ALEJANDRA.

No puedo, triste, vengarme.  
 ¡Oh vosotros, soberanos!  
 Ya que me faltan las manos,  
 Dadme voz para quejarme.  
 ¡Cielos! Justicia, venganza;  
 No os atapéis los oídos,  
 Dioses sordos adormidos,  
 Si algo con ruegos se alcanza.  
 Y pues que los celestiales  
 Niegan también su favor,  
 Salid del eterno horror,  
 Negros dioses infernales.  
 ¿Por qué no *temblaste* 2, suelo?  
 ¿Por qué las piedras no saltan?  
 ¿Qué es esto que todos faltan,  
 Y no llueve sangre el cielo?

## ESCENA XV 3.

ALEJANDRA.—ORILLO.

ORILLO.

¡Oh casa llena de llanto,  
 Sepultura de las vidas,<sup>4</sup>  
 Llena de muertes y heridas,

1 Sigue la escena tercera del acto tercero.—2 tiembla este—

3 Escena cuarta. Orillo sale con una daga, un vaso y un lazo.

De fiera crueldad y espanto!  
 El cielo sabe, señora,  
 Que más quisiera la muerte  
 Que presentarte y traerte  
 Esto que verás ahora.  
 Este Rey, á quien destruya  
 El cielo con brazo fuerte,  
 En esta reciente muerte  
 Quiere que mires la tuya;  
 Que para fin de tu mal  
 Dice que más no te aflijas,  
 Sino que tú propia elijas  
 Soga, veneno ó puñal;  
 Mira cuál de éstos más quieres,  
 Que aquí te lo traigo todo:  
 Toma la muerte á tu modo,  
 Muere aquí como quisieres.  
 Y *mandóme* <sup>1</sup> el Rey tirano,  
 ¡Ay, que tiemblo de avisarte! <sup>2</sup>  
 Que si no quieres matarte,  
*Que te mate con* <sup>3</sup> mi mano.  
 ¡Mira qué triste embajada!  
 ¡Mira qué horrendo presente!  
 ¿Velo el cielo y lo consiente?  
*Themis está desterrada* <sup>4</sup>.  
 ¡Qué desmayo le ha tomado!  
 ¡Ay que en hielo se convierte!  
 La embajada de su muerte  
*Puede* <sup>5</sup> ser se lo haya dado.

<sup>1</sup> mándame—<sup>2</sup> Va el verso entre paréntesis.—<sup>3</sup> Te mato yo po  
 —<sup>4</sup> Y tú, Memphis endiablada—<sup>5</sup> Pudo

ALEJANDRA.

Orilo.

ORILO.

Señora.

ALEJANDRA.

Muestra

Esa rigurosa daga,  
 Que quiero que ahora haga  
 Lo que pidiere mi diestra <sup>1</sup>.  
 Dura punta, que has de entrar  
 Al centro del triste pecho,  
 Y tú también, brazo derecho,  
 Daos prisa de acabar.  
 ¿De qué tiemblas, brazo flojo?  
 Rompe ya sin ningún duelo,  
 Y deja este triste suelo  
 También con mi sangre rojo.  
 Al fin, muerte, eres amarga:  
 Ora vengas brevemente,  
 Ora cojas al doliente  
 Al cabo de vida larga.  
 No tiene valor mi brazo:  
 Mejor es tomar veneno;  
 ¿Mas qué medio en muerte hay bueno?  
 Más breve es el duro lazo:  
 Venid acá, pues, cordel,  
 Ceñid este triste cuello:  
 No le estorbéis, vos, cabello,

<sup>1</sup> (*Dala Orilo á Alejandra.*)

Que un tiempo os amó el cruel.  
 Pero ya es tiempo que muera:  
 Amigo, toma este cabo,  
 Sube, y ponlo en aquel clavo;  
 Mas detente.

ORILO.

¿Qué hay?

ALEJANDRA.

Espera.

ORILO.

¿Verdad es esto, ó lo sueña?  
 ¿Qué tengo, dioses, delante?  
 ¿Este pecho es de diamante?  
 ¿Soy hijo de alguna peña?  
 ¿Qué ojos pueden mirar  
 Una dama en tal estado,  
 Al cuello el cordel echado,  
 Y no *le* <sup>1</sup> vaya á quitar?  
 Mas ¡ay! que el pasar la pena  
 Por ella es negocio fuerte;  
 ¡Ay, que el temor de mi muerte  
 Hace no estorbar la ajena!

ALEJANDRA.

¡Ay cuitada, que más peno <sup>2</sup>  
 Con detenerme en tal pasol  
 Venid acá, pues, vos, vaso,  
 Beberé vuestro veneno.

<sup>1</sup> lo—<sup>2</sup> (*Quítase el dogal.*)

Dioses, en esta partida  
 Hacedme constante y fuerte  
 Para recibir la muerte,  
 Pues es el fin de la vida.  
 ¡Mas ay, que poco aprovecha  
 Disfrazarla con tal nombre!  
 Al fin no hay quien no se asombre,  
 Triste muerte, de tu flecha.  
 Muchos te llaman reposo  
 Y dicen que te desean;  
 Mas cuando tus puertas vean,  
 Ninguno será animoso.  
 Esa tu sangrienta toga,  
 Vencedora de la vida,  
 Tienes ahora escondida  
 En este veneno y soga.  
 ¡Qué fácil es el decir  
 Á los mortales: ven, muerte!  
 ¡Mas ay, que es un trago fuerte  
 El decir has de morir!  
 ¡Mas ay, Alejandra floja,  
 Mira que esta sangre llora!  
 Poco sientes, pues ahora  
 No te acaba la congoja.  
 Y tú, triste mensajero,  
 Testigo de mi dolor,  
 Dirás al Rey, tu señor,  
 Cómo muy contenta muero.  
 Contenta voy de que sé  
 Que aunque me da muerte así,  
 No me dará cosa á mí  
 Que el tiempo no se la dé.



## ORIOLO.

Aunque yo fuera de roca,  
Á llorar me provocara.  
¿No *veis* <sup>1</sup> con qué triste cara  
El vaso llega á la boca?  
Cuanto menos la tardanza  
Admitas, y el beber oses,  
Es dar más causa á los dioses  
Para la justa venganza.  
Esfuerza, señora, esfuerza  
En tan grande adversidad,  
*Y toma* <sup>2</sup> con voluntad  
Lo que se ha de hacer por fuerza;  
Que cuando la muerte fiera  
No diera más con su mano  
Que apartarte del tirano,  
Muy bastante ocasión fuera:  
Cuanto más que quien derrama  
Su sangre con brazo fuerte,  
Con la sombra de *su* <sup>3</sup> muerte  
Hace perpetua su fama.  
Mira que este triste trago,  
Que aquí te amedrenta ahora,  
Lo eligió la fundadora  
De la ciudad de Cartago;  
Y muchas otras ha habido,  
Que sin ser, cual tú, forzadas,  
Con rigurosas espadas  
Se han á la muerte ofrecido.

<sup>1</sup> *veis*—<sup>2</sup> Que tomes—<sup>3</sup> la

ALEJANDRA.

¿Al fin tengo de beberte?  
 ¡Ay triste y horrendo paso!  
 ¡Ay dioses, que en este vaso  
 Esté cifrada mi muerte!  
 ¿Que en efecto he de morir?

ORILO.

Á las tuyas, ó á mis manos.

ALEJANDRA.

¡Altos dioses <sup>1</sup> soberanos,  
 Que podáis esto sufrir! (*Aquí bebe el vaso.*)

ORILO.

Al fin esto está ya hecho:  
 Ella morirá bien presto.

ALEJANDRA.

Inmensos dioses, ¿qué es esto?  
 ¡Ay, que se me abrasa el pecho!

ORILO.

Yo se lo voy á decir  
 Al Rey, que así lo ha mandado,  
 Porque está tan obstinado  
 Que la quiere ver morir <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Que es posible—<sup>2</sup> (*Vase Orilo.*)

## ESCENA XVI 1.

ALEJANDRA.

¡Ay, que no reposo un punto!  
 ¡Dónde me llevas, furor!  
 ¡Ay, que me *ponen* 2 horror  
 Los miembros de este difunto!  
 ¡Qué sed es ésta tan fiera  
 Que me *exhalo* 3 por la boca!  
 El dolor me tiene loca  
 Y lleva de esta manera.  
 Corona dura y pesada,  
 Lazo de mi perdición,  
 Dejadme, que no es razón  
 Que muera yo coronada.  
 ¡En *esta* 4 mi triste suerte  
 Muy gloriosa estoy por cierto,  
 Acompañada de un muerto  
 Y luchando con la muerte!

## ESCENA XVII 5.

ALEJANDRA.—ACOREO.—ORILLO.

ALEJANDRA.

¿Dónde *salís* 6, Rey tirano?

ACOREO.

Á verte por mi contento.

1 Sigue la escena cuarta del acto tercero.—2 causan—3 exhala  
 —4 que está—5 Escena quinta del acto tercero.—6 sales

ALEJANDRA.

¡Oh fiero monstruo sediento,  
 Monstruo del género humano!  
 Dulce *el* <sup>1</sup> veneno me fuera,  
 Si después de su bebida  
 Esa sangre endurecida  
 Para remedio bebiera.  
 Mas porque sepan las gentes  
 Que ya que la fuerza mengua... <sup>2</sup>

ORILLO.

Arrojado le ha la lengua,  
 Y cortado con los dientes.

ALEJANDRA.

¡Ah, ah, ah!

ACOREO.

¿Qué estás llamando?  
 Yo estoy muy contento ahora  
 De verte sin lengua: llora  
 Y muere, perra, rabiando <sup>3</sup>.  
 ¡Qué lleno estoy de trofeos  
 De ver esta sangre aquí,  
 Pues les he atajado así  
 Los ambiciosos deseos!  
 Llevad estos cuerpos luego:  
 El de Lupercio pondréis  
 En la torre do sabéis,

<sup>1</sup> No se lee el artículo.—<sup>2</sup> (*Arrójale la lengua.*)—<sup>3</sup> (*Cae Alejandra muerta.*)

Y el de la Reina en un fuego:  
Vayan luego pregonando  
Que muera aquél que quitare  
Esta cabeza, y osare  
Contravenir á mi *mando* 1.  
Quede clavado el traidor  
Donde la gente lo vea:  
Veremos quién lo desea.  
¿Entendeisme?

ORILO.

Sí, señor.

## ESCENA XVIII 2.

ACOREO.

Ahora estoy contento, que he quitado  
De mi honra la mancha que tenía,  
Y que en sangre traidora estoy bañado  
De quien pensó bañarse con la mía.  
Ese *furor* 3 rebelde alborotado,  
Que quitarme mi cetro pretendía,  
Entre *ahora á mirar á* 4 su caudillo,  
Que le dió la corona mi cuchillo.  
Engáñase por cierto quien afirma  
Que es columna del cielo la clemencia,  
Y que el peso real sobre ella afirma  
El cetro, la corona y 5 la potencia:

1 bando—2 Sigue la escena cuarta del acto tercero.—3 pueblo  
—4 á mirar ahora—5 No se lee la conjunción.

Antes ella los ánimos confirma  
 En negar el tributo y obediencia,  
 Y mueve las plebeyas voluntades,  
 Amigas de discordia y novedades.  
 La mano de los Reyes poderosa  
 Siempre debe mostrar rigor terrible:  
 Jamás mostrarse afable ni amorosa,  
 Mas siempre justiciera é invencible.  
 El ser temido un Rey, es fácil cosa:  
 1 El ser amado *sí que* 2 es imposible;  
 Y así por estas cosas le conviene  
 Mostrar que más furor que piedad tiene.  
 El Rey de lo divino y de lo humano,  
 En su sacra figura nos lo muestra,  
 Pues cuando está en el trono soberano,  
 Tiene rayos ardientes en la diestra;  
 Y si acaso los deja de la mano,  
 Y se viste figura y forma nuestra,  
 Ahora en blanco cisne, ahora en toro,  
 Le pierden la obediencia y el decoro.  
 Mas ¡ay! *que* 3 allá en las calles me parece  
 Que siento gran estruendo de atambores:  
 La grita y alboroto ronco crece;  
 Ya suenan en palacio los clamores;  
 Algún nuevo trabajo se me ofrece;  
 Sin duda es rebelión de los traidores,  
 Que viendo su caudillo derribado  
 Alguna empresa vana han intentado 4.

1 Y—2 y quiso—3 No existe.—4 (*Sale Oriño alborotado.*)

## ESCENA XIX 1.

ACOREO.—ORILLO.

ORILLO.

¿Á dónde estás, señor? ¡Ay cielo, ayuda!

ACOREO.

Orillo.

ORILLO.

*Oye 2.*

ACOREO.

¿Qué dices?

ORILLO.

¡Ay me triste!  
 ¡Oh bárbaro furor! 3. ¡Oh gente cruda!  
 ¡Ay tu vida, señor, en qué consiste!

ACOREO.

Acaba de sacarme de esta duda.

ORILLO.

Resiste ¡oh grande Júpiter! resiste  
*El furioso escuadrón* 4 que ya se acerca,  
 Y la casa real en torno cerca.

ACOREO.

¿Quién es la causa de esto? ¿No respondes?

1 Sigue la escena cuarta del acto tercero.—2 ¡Ay me! —3 ¡Oh gente popular! —4 Al rebelde motín

ORILO.

Señor, que si tu mano no socorre,  
Y á nuestras peticiones no respondes,  
Tras la dura venganza el pueblo corre.  
¿Qué haces tú, señor, que no te escondes,  
Ó subes á encerrarte en una torre?

ACOREO.

Acaba de contar lo que dilatas.

ORILO.

¡Ay, cielos!

ACOREO.

¿No prosigues? Que me matas.

ORILO.

Las calles van, señor, de gente hirviendo,  
Plebeyos y del bando ciudadano,  
Y á todas partes andan reluciendo  
Los templados aceros de Vulcano:  
Libertad, libertad, vienen diciendo;  
Vuelva el Rey natural, muera el tirano;  
Y aun las flacas mujeres con sus voces  
Les encienden los ánimos feroces.  
Tu cabeza real, señor, pretenden  
Por premio solamente de la guerra;  
Que ni casas ni templos nos <sup>1</sup> ofenden,  
Ni procuran despojos de la tierra.  
Los tuyos son, señor, los que te venden:  
En éstos el preciso mal se encierra.



ACOREO.

¿Y quién son los caudillos?

ORILO.

¡Ay me!

ACOREO.

Dilo.

ORILO.

Esos traidores, Rémulo y Ostilo.  
 En medio de la plaza ví que estaban  
 Las rebeldes escuadras animando,  
 Y á todos al asalto despertaban,  
 Prometiendo riquezas y mandando:  
 Las banderas secretas desplegaban,  
 Y un *sangriento* <sup>1</sup> pendón enarbolando;  
 Y viene por caudillo y Rey delante  
 Aquel rapaz.

ACOREO.

¿Quién dices?

ORILO.

Orodante.

ACOREO.

¡Ay dioses, que ya entiendo su maraña:  
 Por eso los traidores me decían  
 Que Lupercio formaba una cizaña,  
 Y á que le *diera* <sup>2</sup> muerte me inducían!  
 ¡El copero también con falsa maña,

Y los dos alevosos me fingían  
 Que la Reina forjaba tal engaño!  
 ¡Ay dioses, tarde llega el desengaño!  
 ¡Ay Lupercio, mi amparo, que solías  
 Tener el pueblo en paz y sosegado,  
 Y en casos semejantes resistías  
 Con prudente consejo y brazo osado!  
 Tú mi cetro y corona mantenías,  
 Y yo de los traidores incitado,  
 Pagué tu voluntad con fin sangriento  
 (¡Ay triste, cuán en vano me arrepiento!) 1.  
 ¿Mas qué sirve llorar? Orilo, corre:  
 Dí que toda la gente de mi guarda  
 Se ponga repartida en cada torre;  
 Derriben las canteras, la pez arda,  
 Que si el cielo cruel no nos socorre,  
 Y en darnos su favor inmenso tarda,  
 Rendiremos las vidas torpemente  
 Al *bárbaro furor* 2 y loca gente.  
 Mas no tengo la sangre yo tan fría  
 Que no venda primero bien la vida.  
 Venid *acá*, *pues* 3, vos, espada mía,  
 Que de estar en la vaina estáis *asida* 4,  
 ¿No sois aquella misma que solía  
 De tantos enemigos ser temida?  
 Volved ahora, pues, en mi defensa  
 El usado rigor y fiera ofensa 5.

1 Sin paréntesis en el Ms.—2 plebeyo motín —3 pues, acá—4 cor-  
 rida—5 Va á entrar el Rey y aparece una visión de Tolomeo con  
 unas barbas vestida de una camisa sangrienta y con un hacha, sa-  
 liendo en torno fuegos artificiales.

## ESCENA XX 1.

ACOREO.—UNA VISIÓN.

VISIÓN.

¿Á dónde vas, tirano endurecido?

ACOREO.

¡Oh cielos, qué visión es la que veo!

VISIÓN.

¿De qué te turbas? ¿Hasme conocido?

Yo soy el Rey difunto Tolomeo.

¿Pensabas que los dioses en olvido .

Han puesto tu delito? Dí, Acoreo:

¿No ves que estas heridas y señales

Dan voces á los dioses inmortales?

¿No ves que esa corona no consiente

Estar en la cabeza de tiranos?

Pues hoy la perderás infamemente,

Y dejarás el cetro de las manos 2.

ACOREO.

Seguidme, valerosa y fuerte gente,

Que aunque pese á los dioses soberanos,

Sacaré mentirosos sus agüeros:

Seguidme, que es deshonra el ser postreros 3

1 Sigue la escena cuarta del acto tercero.—2 Atropella el Rey la visión acometiendo con la espada.—3 (*Vase.*)



## ACTO TERCERO <sup>1</sup>.

### ESCENA I.

ACOREO, y unos niños.—ORODANTE.—RÉMULO.—OSTILO,  
y soldados, que salen marchando con banderas y cajas.

RÉMULO.

AUNQUE muestre la gente de esta parte  
Tener en gran defensa su castillo,  
En él has esta noche de albergarte  
Y pasar sus soldados á cuchillo <sup>2</sup>.

ACOREO.

¿Eres tú, dí, mancebo, el bravo Marte  
Á quien éstos eligen por caudillo?

ORODANTE.

Yo soy, viejo cruel, el que procura  
Tu muerte, si me ayuda la ventura.

<sup>1</sup> Acto cuarto, escena primera. Orodante, Rémuló y Ostilo salen marchando con gente de armas, cajas y banderas, y cercan el palacio.—<sup>2</sup> El Rey debe estar en lo alto del palacio, puesto en defensa con dos niños y Orilo.

## ACOREO.

Mancebo temerario, envanecido  
*Por* <sup>1</sup> vanas persuasiones jactanciosas,  
 ¿Qué fuerzas infernales te han movido  
 Á sacar esas armas rigurosas?

## ORODANTE.

¡Oh lobo en piel de oveja revestido!  
 ¿Hablar en mi presencia, traidor, osas?  
 Muy presto se verán esas almenas  
 De tus miembros infames estar llenas.

## ACOREO.

Y vosotros, traidores consejeros,  
 Á quien mueve, no amor, sino codicia,  
 ¿Pensáis, ingratos, falsos, *jamás veros* <sup>2</sup>  
 Llegar á donde os lleva la malicia?  
 No *permiten* <sup>3</sup> los dioses justicieros  
 Que así se pierda y tuerza su justicia,  
 Ni *este* <sup>4</sup> tan flaco y débil Acoreo  
*Quede* <sup>5</sup> la puerta abierta á tal deseo.  
 ¿No tiene cada cual un hijo amado  
*En* <sup>6</sup> la casa real *á* <sup>7</sup> mi servicio?  
 Con éstos pienso, pues, salvar mi estado,  
 Haciendo de ellos al cielo sacrificio <sup>8</sup>.  
 ¡Ay niños! Vuestros padres han dejado  
 Estas tiernas gargantas al suplicio  
 De este duro cuchillo: mi esperanza

<sup>1</sup> Con—<sup>2</sup> embusteros—<sup>3</sup> permitan—<sup>4</sup> está—<sup>5</sup> Que dé—<sup>6</sup> Con—  
 y—<sup>8</sup> (*Aparecen los niños con el Rey.*)

En vosotros consiste, ó la venganza.  
 Pedid á vuestros padres ya clemencia:  
 Juntad las tiernas manos; y llorando,  
 Por escudo poned vuestra inocencia,  
 Las vidas á los vuestros demandando.

NIÑOS.

¡Ay padres, que morimos!

ORILO.

¡Qué paciencia  
 Podrá ver á los hijos suplicando  
*Que* 1 los *libren* 2 de muerte, y que lo nieguen,  
 Por más que con el llanto se *les* 3 rueguen!

NIÑOS.

Amados padres, padres rigurosos,  
 ¿En qué, decid, os *hemos* 4 ofendido?

RÉMULO.

¡Ay hijos!

NIÑOS.

Dulces padres amorosos.

ACOREO.

¿*Pensáis* 5 hacer vosotros lo que os pido? 6.  
 Que si no, por los dioses poderosos,  
 Que este fiero cuchillo embravecido  
 Divida vuestros cuerpos en mil piezas,  
 Y este brazo os arroje sus cabezas.

1 No—2 libre—3 lo—4 habemos—5 Pensad—6 Sin interrogación.

## ORILLO I.

Vosotros, dulces padres (que por tales  
Os tengo de tener), tened clemencia  
De los tiernos hijuelos naturales:  
Mirad que á mí me mueve su presencia;  
No sufráis por un bien tan graves males,  
Que desde aquí desisto de la herencia;  
Librad los que engendrásteis de la muerte;  
Rendid las voluntades á la suerte.

## OSTILO.

Por la Estigia laguna, juramento  
Á los hombres y dioses espantoso,  
Que no me mude un punto de mi intento  
El llanto de estos niños lastimoso.  
Cruel viejo, cruel, si estás sediento  
(¡Oh tigre, oh *lobo fiero y* 2 riguroso!)  
De beber nuestra sangre, bebe presto,  
Pues no puede ablandarnos *algo* 3 de esto.

## RÉMULO.

¿*Pensábais* 4, duro viejo, por tal medio  
Escapar de las manos de la muerte?  
Imposible es, tirano, tu remedio;  
No puedes detenernos, ni *absconderte* 5:  
Porque pongas un niño de por medio,  
¿Imaginas torcer mi pecho fuerte?  
Pues haz lo que *pudieres* 6, que no piensa  
Desistir este brazo de tu ofensa.

1 Orodante—2 fiero lobo—3 nada—4 ¿Pensabas—5 esconderte—  
6 pretendes

## ACOREO.

Cruelles con la sangre propia vuestra,  
*(Aquí les corta las cabezas á los niños.)*

Tomad esas cabezas inocentes 1  
 Que os arroja, traidores, esta diestra,  
 Y *arrojara* 2 los miembros remanentes:  
 En vano habéis, rebeldes, hecho muestra,  
 Con bárbara jactancia, de valientes,  
 Pues ya quedáis sin hijos regalados,  
 Y en los mismos peligros engolfados.

## ORODANTE.

Cabezas inocentes, que este suelo  
 Dejáis con vuestra sangre matizado,  
 Yo juro por los dioses (si en el cielo  
 Hay quien tenga del mundo algún cuidado) 3  
 De no tomar reposo ni consuelo  
 Hasta ver *por* 4 mi brazo degollado  
 Al tirano cruel vuestro homicida,  
 Pagando vuestras muertes con su vida.

## OSTILO.

Prosígase el asalto fieramente:  
 Escalas arrimad á todas partes;  
 Poned en esas puertas fuego ardiente;  
 Mostraos hoy, soldados, bravos Martes;  
 Proseguid *la venganza virilmente* 5;

1 (*Arrójalas de lo alto.*)—2 arrojados—3 Sin paréntesis.—4 con  
 —5 proseguid varonilmente



Alzad esos sangrientos estandartes;  
 Subid, que yo también me determino  
 Á allanar con la espada tal camino 1.

## ESCENA II.

Aquí se ha de hacer una escaramuza, saliendo por todas partes la gente: el Príncipe, Rémuló y Ostilo han de entrar corriendo dentro; después ha de salir el Príncipe solo 2.

### ORODANTE.

¡Ay promesas inciertas de fortuna!  
 ¡Oh felices principios lisonjeros,  
 En quien no suele haber firmeza alguna!  
 ¡Ay padres! ¡Ay amigos! ¡Ay guerreros!  
 ¡Ay Rémuló y Ostilo, mis amigos!  
 Á un tiempo fué el ganaros y perderos.  
 Los dioses y los hombres *sean* 3 testigos  
 Que prometo vengaros de manera  
 Que vivan poco más los enemigos.  
 Ninguno ha de quedar que aquí no muera:  
 No traten de clemencia ni concierto,  
 Que no se han de librar de muerte fiera.  
 ¡Ay padres! ¡Ay amigos! ¡Que os han muerto!  
 ¡Ay ojos! Convertíos en turbias fuentes:  
 Llorad el repentino desconcierto.  
 Las muertes de los hijos inocentes,

1 Entre tanto, arrimadas escalas, ejecutan el asalto y entran todos por lo alto con grande estruendo, y en una torre aparte quedan Sila, Princesa.—2 Orodante, ganado el palacio, sale con gente suya.—3 son

De tan ciego furor *les* 1 encendieron  
 Los pechos lastimados y valientes,  
 Que en medio de las armas se ofrecieron,  
 Bramando por venganza de tal suerte  
 Que las vidas cansadas los dos dieron.  
 El centro de las vidas es la muerte:  
 Allí paran los cetros y coronas,  
 El pobre, el principal, el flaco y 2 fuerte.  
 ¡Oh muerte! Ya que á nadie no perdonas,  
 Buscaras ocasión menos dañosa,  
 Ó hicieras diferencia de personas.  
 Estaba la batalla rigurosa  
 En el hervor mayor y resistencia,  
 Cada parte arrogante y animosa,  
 Cuando Rémulo, falto de paciencia,  
 Con un ánimo fuerte, cual tuviera  
 Con la robusta y fuerte adolescencia,  
 Allí donde el tumulto mayor era,  
 Como fiero león así se arroja,  
 Que el más fuerte mancebo lo temiera.  
 De arriba cada cual con furia arroja  
 Aquello que la mano alcanzar pudo,  
 Procurando teñirlo en sangre roja:  
 Mas todo lo resiste el viejo crudo.  
 Trepando por la escala más inhiesta,  
 Cubierto y amparado de su escudo,  
 Fortuna revolvió su rueda presta  
 Guiando una saeta al pecho duro  
 Por quien la gente estaba en temor *presta* 3.  
 Estaba ya el cuitado sobre el muro,

Y cargando los golpes más espesos;  
Batió con la cabeza el suelo duro;  
Dejólo rociado con sus sesos.  
Ostilo de otro golpe dió la vida:  
Mirad qué miserables dos sucesos <sup>1</sup>.  
¿No está de la gente endurecida  
Que defienden su Rey? Prendedles luego,  
Prendedlos, sin que excusa les sea oída.

### ESCENA III.

ORODANTE, ORILO, FABIO y otros <sup>2</sup>.

ORILO.

Señor, si no te mueve un blando ruego,  
Ablándete mirar que procuramos  
Tu reino, tu quietud y tu sosiego:  
De nuestra voluntad nos entregamos  
Y venimos á darte cierta cosa,  
Por medio de la cual te suplicamos...

ORODANTE.

¡Oh gente fementida y mentirosa!  
Acabad ya, soldados, de llevarlos.

ORILO.

Señor, oye á tu gente dolorosa:  
¿Qué se puede perder en escucharlos?

<sup>1</sup> Aquí termina la escena segunda, y los tres versos que siguen los pronuncia Orodante, comenzando con ellos la escena tercera.

—<sup>2</sup> Sale Orilo, Fabio y otra gente de Acoreo.

## ORODANTE.

Decid con brevedad, mas mi deseo  
Sólo se paga con hacer matarlos.

## FABIO.

Por verte en tal peligro, Tolomeo,  
Sin esos dos caudillos que has perdido,  
Y tan contento el bárbaro Acoreo,  
Cualquiera de nosotros atrevido  
Estaba procurando tu venganza,  
Y el cetro tan en vano defendido.  
Este brazo, señor, con su pujanza  
Cortó la *triste* <sup>1</sup> vida al Rey tirano,  
Sus *bajos* <sup>2</sup> pensamientos y esperanza.

## ORILO.

*Andaban* <sup>3</sup> con orgullo y furor vano  
Jactándose, señor, de ser vencidos  
Á muchos de los tuyos por su mano.  
Nosotros dos entonces, encendidos  
En verdadero amor de tu obediencia,  
Y por ella incitados y movidos,  
Dejando la tirana resistencia  
En que estábamos ciegos ocupados,  
Volvimos contra el Rey nuestra violencia.  
*Quisieran* <sup>4</sup> defendello sus soldados,  
A quien con grandes voces él llamaba,  
Y á nosotros, traidores sobornados.  
*Cualquiera* <sup>5</sup> de nosotros procuraba  
Con manos diligentes y razones

1 amada—2 vanos—3 Andaba—4 Quisieron—5 Mas cualquier

Á la gente ablandar, que dura estaba 1.  
Al fin los obstinados corazones  
Reducimos, señor, á tu servicio,  
Con harta sangre nuestra y persuasiones;  
Y yo, para tenerte más propicio,  
Al Rey quité la vida y la corona,  
*Poniendo* 2 paz con este sacrificio 3.  
Por Rey el pueblo egipcio te corona,  
Y el palacio real te está pidiendo  
Le elijas por descanso á tu persona.  
Á tus pies nos postramos, proponiendo  
*Amor y* 4 lealtad perpetuamente,  
Tu sacra voluntad *obedeciendo* 5.

## FABIO.

Recibe la corona, Rey clemente,  
Que ciñó de tu padre la cabeza,  
Después la del tirano injustamente:  
En ella hay engastada cierta pieza,  
Que aunque es falsa la piedra, por ventura  
Te dará gran contento su belleza,  
Pues tu reino con ella se asegura 6.

## ORODANTE.

Al fin llegaste á mis manos,  
Cabeza de aquel traidor,  
Aunque envuelta en mi dolor  
Ejemplo de los tiranos.

1 Dice Fabio los versos siguientes.—2 Pidiendo—3 (*Entrégale la cabeza de Acoreo.*) Orilo pronuncia los versos siguientes.—4 La debida—5 con descendiendo—6 Escena cuarta del acto cuarto. Orodante y los mismos.

¿Pensabas que el cielo eterno  
 Estaba ya descuidado  
 De darnos á mí mi estado  
 Y á tí el merecido infierno?  
 ¡Ah *desventurado* <sup>1</sup> loco,  
 Miserable y avariento!  
 ¿No ves que lo que es violento  
 Es cierto que dura poco?  
 ¿No mirabas, Acoreo,  
*Tu total* <sup>2</sup> perdición?  
*Pero* <sup>3</sup> ciega la traición  
 Un ambicioso deseo.  
 ¿Eres tú, traidor, aquél  
 Que dió la muerte á mi padre,  
 Y á *la* <sup>4</sup> miserable madre  
 Suspendiste de un cordel?  
 Y vosotros, inhumanos  
 (Que al fin, aunque fué traidor,  
 Fué vuestro propio señor  
 El que ponéis en mis manos),  
 ¿Cómo os puedo perdonar,  
 Pues sé que traidores fuísteis  
 Con el señor, que seguísteis  
 Mientras que pudo reinar?  
 Bien sé que no os ha movido  
 El velle que fué traidor,  
 Pues *le* <sup>5</sup> amásteis vencedor  
 Y *le* <sup>6</sup> aborrecéis vencido.  
 No merece algún reposo

1 desventura de—2 Una entera (*Creemos que no debe atribuirse al autor el adjetivo del texto. Argensola, aun en su mocedad, no pudo crear tan disparatado vocablo.*)—3 Y que—4 mi—5 lo—6 lo

Ni que se le guarden leyes,  
Al <sup>1</sup> que quiere de los Reyes  
Solamente lo dichoso.  
Desamparáis las almenas  
Cuando las veis combatir,  
Pretendiendo de vivir  
Con las fortunas ajenas.  
Pues no tuvístéis pie quedo  
En el tiempo del furor,  
No os ha movido mi amor,  
Sino sólo vuestro miedo.  
Y pues este torpe espanto  
Os dobla las voluntades,  
Si estoy en adversidades  
También haréis otro tanto.  
Cuanto más que yo he jurado  
De pasaros á cuchillo,  
Y dejar este castillo  
De tal gente despoblado.  
Y vosotros, pues, que veis <sup>2</sup>  
Que lo que piden les niego,  
¿Por qué no los prendéis luego?  
Prendedlos: ¿qué os detenéis?

ORILO.

¿Señor, por qué nos condenas?  
Misericordia, señor.

ORODANTE.

Muy bien parece un traidor  
Colgado de unas almenas.

<sup>1</sup> El—<sup>2</sup> (*Á los suyos.*)

FABIO.

Señor, mira que nosotros  
No quisimos ofenderte.

ORODANTE.

Acabad, dadles la muerte,  
Si no la queréis vosotros <sup>1</sup>.  
Padre difunto y amado,  
Dime en qué rigor estás;  
Declara si falta más,  
Para que quedes vengado.  
*Oid* <sup>2</sup> los amargos llantos  
Que suben á las estrellas,  
Pues huelgas de *esas* <sup>3</sup> querellas  
Más que de los dulces cantos.  
Mira que la sangre roja  
Por todas las calles corre...  
¿Mas quién encima la torre  
Se queja con tal congoja?

## ESCENA IV 4.

ORODANTE, SILA en una torre.

SILA.

¿Mancebo crudo, no estás  
De verter sangre cansado?

<sup>1</sup> (*Entran los unos á los otros presos.*)—<sup>2</sup> Oye—<sup>3</sup> estas—<sup>4</sup> Escena quinta del acto cuarto. Amanece Sila en su sitio llorosa y habla á Orodante.



Baste la que has derramado,  
No quieras derramar más.  
Aplica ya los oídos  
Á la ciudad dolorosa,  
Donde no se oye otra cosa  
Sino llantos y gemidos.  
¿No eres tú, mancebo, aquél  
Que con fingidas razones  
Me contabas tus pasiones,  
Llamándome á mí cruel?  
¿Eres tú, mancebo fiero,  
El que con mil juramentos  
Mostrabas tus pensamientos  
Nacer de amor verdadero?  
Pues si es verdad (como creo  
Que eres el mismo Orodante),  
¿Cómo te tengo delante  
Con tan sangriento trofeo?  
Traidor, si por no quererte  
Has causado tanto daño,  
De nuevo te desengaño  
Que quiero más triste muerte.  
No pienses que porque vienes  
Tan sangriento vencedor  
Has conquistado mi amor,  
Que más perdido le tienes.  
Y pues por gloria tuviste  
Esas sangrientas hazañas,  
Ven, arranca estas entrañas  
Y aqueste corazón triste.  
Acábame de sacar  
De esta vida trabajada,

Entrando tu fiera espada  
Donde no pudiste entrar.

ORODANTE.

¡Oh Sila rigurosa! bien pareces  
Ser hija de este *bárbaro* 1 obstinado,  
Aunque padre más bueno que él mereces.  
No pienses, dura Sila, que ha mudado  
Mi pecho el amoroso y firme intento,  
Aunque mudo de nombre, sér y estado:  
La propia pena *¡oh* 2 Sila! por tí siento;  
Porque aunque mi fortuna me ha subido,  
No pudo subir más mi pensamiento.  
Hermosa y dura Sila, lo que pido  
Es que quieras mostrar entrañas pías,  
Queriendo recibirme por marido.  
Las riquezas y reino que tenías  
Fortuna te las quita de las manos,  
Porque yo te las dé con éstas mías:  
Miseria es natural de los humanos;  
Recibe con paciencia la caída;  
No ofendas á los dioses soberanos;  
No siempre está en un sér la humana vida,  
Sujeta á peligrosos sobresaltos;  
*No* 3 siempre va la gloria de subida:  
Los míseros y bajos vemos altos;  
Los altos y soberbios poderosos  
Dar con grande miseria tristes saltos.  
¿De qué sirven los llantos dolorosos?  
¿De qué sirve el quejarse de los hados

Y llamar á los cielos rigurosos?  
¿No ves los altos muros derribados,  
Y cubiertas de sangre las paredes,  
Y todos los rebeldes castigados?  
¡Oh tú, Sila, dichosa, pues que puedes  
Cobrar de la fortuna lo perdido,  
Y hacer que en *ese* <sup>1</sup> mismo lugar quedes,  
Tú sola *podrás* <sup>2</sup> más que *no* <sup>3</sup> han podido  
Las armas de tu padre rigurosas,  
Con sólo complacerme en lo que pido!

## SILA.

¡Ay bodas infernales y espantosas!  
Tristes bodas, mancebo, me publicas,  
En medio de *las* <sup>4</sup> armas sanguinosas:  
Ni aquí pondrán las mesas de oro ricas  
Ni las hachas sagradas encendidas,  
Sino lanzas, espadas, *yelmos* <sup>5</sup>, picas:  
Los unos llorarán por las heridas;  
Los otros cantarán (¡oh caso triste!  
¡Oh bodas en el mundo nunca oídas!)  
Mancebo riguroso, pues tuviste  
Tan próspera fortuna en la batalla,  
Que á todos tus contrarios abatiste,  
No quieras con mis lágrimas manchalla;  
No me quieras á mí por compañera,  
La que el cielo te ha dado por vasalla:  
Acaba de teñir tu espada fiera,  
Que más la triste muerte que á tí quiero:  
No te pares al fin de la carrera.

<sup>1</sup> este—<sup>2</sup> has de poder—<sup>3</sup> No se lee en el Ms.—<sup>4</sup> tus—<sup>5</sup> flechas

## ORODANTE.

Cualquiera es suficiente marinero,  
 En tanto que está el mar tranquilo y llano  
 Y no se ensoberbece el viento fiero;  
 Pero cuando el peligro está cercano  
 Y crece de los vientos la violencia,  
 Haciendo rebramar el Oceano,  
 Allí muestra el piloto su prudencia  
 En resistir al viento y olas bravas,  
 Y todos los demás su diligencia.  
 Así, Sila, también cuando tú estabas  
 En tu reino, muy poco ó nada hacías  
 Si *prudente doncella* <sup>1</sup> te mostrabas:  
 Ahora muestra, pues, que no tenías  
 El pecho solamente reservado  
 Para dulces sucesos y alegrías;  
 Haz ancho corazón á tu cuidado:  
 Respóndeme si quieres lo que quiero.

## SILA.

Aunque no quiera hacerlo, me es forzado.

## ORODANTE.

Yo subo, pues, mi Sila.

ESCENA V <sup>2</sup>.

## SILA.

Aquí te espero <sup>3</sup>;  
 Mas (¡oh traidor!) los últimos abrazos

<sup>1</sup> tan sabia y prudente—<sup>2</sup> Continúa la escena quinta del acto cuarto.—<sup>3</sup> Entre tanto que Orodante arrima la escala y va subiendo, dice Sila.

Habrás de recibir con el primero.  
¡Ay amada cabeza! ¡Ay fuertes *brazos*! 1  
Que el fiero cazador os tiene puestos  
Para dulces despojos de sus *lazos* 2.  
Jamás los de Orodante deshonestos  
Ceñirán este cuello que fué vuestro,  
Ni el suyo tocarán con amor éstos.  
Esfuérzate en tal paso, brazo diestro;  
Tú, cuchillo, también mi compañero,  
Mostremos á la par el valor nuestro.  
Y tú, mi dulce esposo, por quien muero,  
Recibe esta venganza de tu esposa,  
Que vengar á mi padre no lo quiero 3.

## ESCENA VI 4.

ORODANTE y SILA en la torre.

ORODANTE.

Agora tengo yo por cierta cosa  
(¡Oh Sila!) que soy Rey, pues has querido  
Mostrarte más afable y amorosa.  
Perdóname, si en algo te he ofendido;  
Y mira que tu padre riguroso  
Tuvo bien su castigo merecido.

SILA.

Por señor te recibo y por esposo,  
Y *en* 5 señal de esta fe te doy la mano.

1 lazos—2 brazos—3 De esto se infiere que Sila estará donde  
estuvieren los miembros despedazados de Lupercio.—4 Continúa  
la escena quinta del acto cuarto.—5 con

ORODANTE.

Pues vamos á gozarnos con reposo.

SILA.

¡Oh Príncipe furioso é inhumano!

ORODANTE.

¡Ay dioses, que me matan! ¡Ay mi gente!

SILA.

No será sólo un golpe, Rey tirano.

ORODANTE.

¡Ay traidora cruel!

SILA.

Agora siente  
La muerte de Lupercio.

ORODANTE.

¡Ay <sup>1</sup> fementida!  
Acudid, mis soldados, prestamente.

SILA.

Tú recibes la pena merecida:  
Con este golpe acabo de abrir puerta  
Por do pueda salir tu torpe vida.

## ESCENA VII.

SILA.

No salió tu esperanza, traidor, cierta,  
Que este fiero puñal ensangrentado,  
Á la muerte mostró la entrada abierta 1.  
Agora tú, Lupercio desdichado,  
Que al fin de tus victorias y privanzas  
Estás como traidor aquí clavado,  
Recibe de tu Sila esta venganza,  
Y esta sangre también de aquel tirano  
Que quiso revolver nuestra *bonanza* 2:  
Yo le he dado la muerte por mi mano,  
Y la diera también al padre duro,  
No padre, sino fiero tigre hircano.  
Espíritu divino, que seguro  
Del mundo 3, de la gloria estás gozando,  
Dejando el cuerpo triste en este muro,  
Si acaso por el aire *revoleando* 4  
Has venido, ayudando á mi lamento,  
Y esta furia y esfuerzo me estás dando,  
Espera mi partida, que ya siento  
Que me ciñe la muerte con sus manos,  
Y al cuello va faltando el flaco aliento.  
¡Oh sol, que das tu luz á los humanos!  
No calientes á Menfis la maldita,  
Ni goce de tus rayos soberanos.

1 Aquí termina la escena quinta y Sila continúa, empezando a la sexta.—2 privanza—3 y—4 revolando

¡Oh furias infernales! ya me incita  
 El dolor á morir: pues Sila, muere,  
 Que de gran sujeción la muerte quita.  
 El cielo riguroso ya no quiere  
 Que Sila alegre viva en esta vida,  
 Y así no será bien que más espere:  
 No quiero que esta daga humedecida  
 Me rompa el amoroso pecho blando,  
 Porque en sangre traidora está teñida.  
 Mas ¡ay! que ya la gente está gritando;  
 Ya suenan en la torre pasos prestos;  
 Las puertas van rompiendo y quebrantando;  
 ¿Pues cómo he de *aguardar* <sup>1</sup> que suban éstos?  
 ¿Acaso he de librarme de sus manos  
 Con bajos pensamientos deshonestos?  
 Primero dejarán los soberanos  
 De ser quien son, que Sila un paso tuerza,  
 Ni deje torpe fama á los humanos.  
 Esfuerza, triste Sila, esfuerza, esfuerza:  
 En tanto que esta vida es tuya, dala;  
 Que si no, la darás después por fuerza.  
 Aquí por esta parte hay una escala,  
 Y la gente á gran priesa va subiendo,  
 Y el fuego de esta parte llama exhala:  
 Aquí quiero arrojarme, pues cayendo  
 Encima de la gente fementida,  
 Yo moriré á <sup>2</sup> lo menos ofendiendo.  
 Dejadme, tristes lazos de la vida <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> guardar—<sup>2</sup> por—<sup>3</sup> (*Arrójase.*)



ESCENA VIII <sup>1</sup>.

## TRAGEDIA.

Mortales, revolved en la memoria  
Cuán ciertas han salido mis palabras;  
Mirad cuántos despojos me han rendido  
Los vicios arraigados en los Príncipes;  
Mirad de la codicia de Acoreo  
Los daños y las muertes que redundan;  
Mirad todos los hechos de Lupercio  
Manchados con romper la fe debida  
Á la casa real y al valor propio:  
La Reina ya habéis visto en lo que para  
Por no guardar la ley del matrimonio,  
Aunque sólo pecó con los deseos;  
Pues Rémulo y Ostilo también tienen  
Los premios y castigos que merecen;  
Que aunque es cierto que amor los incitaba  
Á volver en su estado al triste mozo,  
Envidia les movió contra Lupercio,  
Que es común maldición entre privados;  
*Ellos vieron morir sus caros* <sup>2</sup> hijos,  
Y con la sangre justa é inocente  
El cielo permitió que se vengase  
La que ellos derramaron por sus gustos;  
Los otros dos traidores, que pensaban  
Ser libres por matar *el* <sup>3</sup> señor propio

<sup>1</sup> Sale la Tragedia con los mismos vestidos que al prólogo. En la séptima del acto cuarto.—<sup>2</sup> Los cuales morir vieron á sus—

Y entregarlo después al enemigo,  
La pena merecida les dió el cielo;  
Y el Príncipe imprudente, que olvidado  
De la justa venganza de su padre,  
En tratos amorosos se ocupaba,  
También paró en los brazos de la muerte;  
Y Sila juntamente, porque puso  
En tan bajo lugar sus pensamientos.  
Mirad, ciegos, los lazos de este mundo;  
Mirad que de estas cosas me alimento,  
Y con tales despojos me hago rica:  
Mas la mayor riqueza que yo quiero  
Es que todos batáis así las palmas,  
En señal 1 que os dió gusto nuestra fábula.





OPÚSCULOS

y

DISCURSOS LITERARIOS





## MEMORIAL

DIRIGIDO Á FELIPE SEGUNDO

CONTRA LA REPRESENTACIÓN DE LAS COMEDIAS <sup>1</sup>.

**P**ORQUE personas pías y doctas han significado á V. M. los inconvenientes que los Santos temieron de los teatros y comedias, y el rigor con que en los Santos Concilios son detestadas y prohibidas, no se repetirá en este papel ninguna cosa cerca desta

<sup>1</sup> Habiendo suspendido el Rey D. Felipe II la representación de las comedias en Madrid, como señal de luto por la muerte de una de sus más queridas hijas (la Infanta Doña Catalina, Reina del Piamonte), acaecida en Saboya el año de 1597, presentó la villa y corte al Monarca una exposición ó memorial impreso, pidiéndole que autorizase la reapertura de los teatros. Consultó el Rey el caso con varios eminentes teólogos y moralistas, y uno de los que emitieron á S. M. dictamen fué nuestro Lupercio, presentándole razones de tanto peso y tan dignas de atención que, impresionado por ellas, Felipe II prohibió por algún tiempo la representación de las comedias.

El interesantísimo escrito de Argensola no habría llegado á nosotros, si el carmelita descalzo Fr. José de Jesús María no le hubiese insertado á la letra en su *Primera parte de las excelencias de*

materia, sino solamente daños particulares sucedidos en España, por esta causa y en este mismo tiempo; contra los cuales no podrán los defensores de las comedias y comediantes alegar diversidad de tiempos, de nación, de religión ni de costumbres, ni asegurar que permaneciendo las ocasiones no sucederán otros semejantes; y junta-

*la virtud de la castidad... Alcalá, por la V. de Juan Gracián, 1601, fol., port. grab., cap. XVIII. Que contiene un memorial que se dió á S. M. del Rey D. Phelipe segundo, contra las comedias.* No mencionó el carmelita en su obra el nombre del autor del memorial, instado, sin duda, por la modestia de este; pero, según dice muy bien el Dr. Andrés de Ustarroz en los *Elogios de los cronistas aragoneses*, bastante lo manifestó al consignar que lo había compuesto «un hombre de capa y espada, muy religioso en sus afectos, muy prudente en sus consejos, muy docto en todas las buenas letras humanas y no ignorante de las divinas, que conociendo por experiencia los muchos daños que recibía la República del uso de las comedias y doliéndose de la perdición de tantas almas como en ellas se inficionaban y perdían,» moviése á elevar al Monarca el dicho memorial. Y Dormer, Pellicer y Latassa confirman la opinión de Ustarroz, afirmando que de la pluma del secretario de la Emperatriz brotó tan grave y bien intencionado escrito.

Mas no fueron solamente aquellas frases las que en alabanza de la información de Lupercio escribió Fr. José de Jesús María, porque después de transcribirla íntegra, dice á continuación: «Estas son las palabras formales deste memorial, las cuales hicieron tanta ponderación en el pecho cristianísimo de S. M., que (como lo afirmaron después los Ministros graves que trataban su conciencia) \*, se determinó á prohibir esta pestilencia que destruía la República.» «Y si á alguno le pareciese que este varón prudente habla con mucha claridad contra las personas de los comediantes, advierta que usó del estilo de Cristo Nuestro Señor y de sus Santos, así del Nuevo como del Viejo Testamento, quando reprendían vicios tan públicos.»

\* Se alude, por lo visto, al P. Fr. Diego de Yepes, confesor de Felipe II.

mente se responderá á algunas cosas del memorial que á V. M. se dió en favor de las comedias, á que no se ha respondido.

Un titulado deste reino se enredó de tal manera en los amores de una mujercilla representante, que no solamente le daba su hacienda, pero públicamente, con notable escándalo de la República, le tenía puesta casa y vajilla de plata, le bordaban vestidos y la servían y respetaban sus criados como si fuera su mujer legítima; y aun la que lo era pasaba á esta causa muchas descomodidades. Y llegó á tanta miseria este caballero, que sufría otros rivales infames y del mismo oficio ó vicio, que trataban con la mujercilla solamente por tenerla contenta, con otras muchas circunstancias que no dignamente se pueden declarar á V. M., y entre otras, el mismo marido desta cuitada era instrumento y medio en todos estos daños.

Otro personaje de igual calidad y también de título anduvo algunos años haciendo vida como de representante, amancebado con otra destas mujeres de la comedia, siguiéndola por diferentes reinos tan ciegamente, que un criado fiel que sabía bien la miseria de su amo, habiendo enfermado el marido (que también como el otro sufría el adulterio), tuvo gran cuidado de su salud, temiendo que si se muriese, se casaría su amo con la representante. Y también en este caso se callan á V. M. cosas torpísimas y escandalosas.

Otro titulado de tal manera se rindió á una destas mujeres, olvidando la suya propia con no tener hijos, que no hacía vida con ella; y al marido



que también como los precedentes (y aun como todos los desta profesión) daba su consentimiento, tenía ocupado en un oficio público de jurisdicción, siendo por derecho incapaz de tenerle.

Otro titulado también estuvo escandalosísimamente metido con otra destas mujeres, tolerando el marido y haciendo ostentación de la riqueza que deste trato le procedía, andando con cadenas y botones de oro, y mostrando cantidad de escudos ganados por su mujer.

Otro representante y aun otros, han convidado con sus mujeres y hermanas que andan en este oficio, y recibido en premio destas abominaciones dineros, vestidos y otras preseas.

Algunos caballeros principales han llegado á punto de matarse por celos y competencias destas perdidas, y alguno ha tenido V. M. preso y condenado por delitos cometidos por esta causa.

Otros muchos casos particulares se podrían referir, que se callan por no ofender los oídos de V. M. Á estos daños responden los defensores de las comedias, que los que pecaron desta manera, pecarán de otra. Respuesta indigna de personas de entendimiento, porque demás que el pecado secreto y sin escándalo es menor, no corre por cuenta de V. M., como á algunos les parece que corre el no quitar este tropiezo público; pues es cierto que si estas mujeres no anduvieran en este oficio, no fueran buscadas y codiciadas, y no siéndolo tampoco por ventura fueran ellas malas, y si lo fueran, no con personas tan señaladas ni con tanto escándalo. De manera que el cebo de que el

demonio usó para ellos y ellas, fué el cantar, bailar, el danzar y traje exquisito y diferencia de personas que cada día hacen, vistiéndose como reinas, como diosas, como pastoras, como hombres. Y lo que apenas se puede decir ni escribir, que el traje y representación de la purísima Reina de los Ángeles ha sido profanado por éstas y por estos miserables instrumentos de torpeza. Y esto es tanta verdad, que representándose una comedia en esta corte de la vida de Nuestra Señora, el representante que hacía la persona de San José estaba amancebado con la mujer que representaba la persona de Nuestra Señora, y era tan público que se escandalizó y rió mucho la gente cuando le oyó las palabras que la Purísima Virgen respondió al Ángel: *Quomodo fiet istud*, etc. Y en esta misma comedia, llegando al misterio del Nacimiento de Nuestro Salvador, este mismo representante, que hacía el José, reprendía con voz baja á la mujer, porque miraba, á su parecer, á un hombre de quien él tenía celos, llamándola con un nombre el más deshonesto que se suele dar á las malas mujeres. Indignas son, señor, estas cosas de los oídos de V. M.; pero más indignas de hacerse y se hacen por no haber llegado á ellos.

Con este género de gente y desta manera se celebra la fiesta el día del Sacramento, que es una de las causas porque V. M. (dicen) que debe mandar que las comedias vuelvan; siendo cierto, como lo es, que cuando V. M. las permitiese, habrá de ser prohibiendo de todo punto estas representaciones de figuras y cosas sagradas. Porque en su

vestuario están bebiendo, jurando, blasfemando y jugando con el hábito y forma exterior de Santos, de Ángeles, de la Virgen Nuestra Señora y del mismo Dios. Y después salen en público, fingiendo lágrimas y haciendo juego de lo que siempre había de ser veras y tratado por gente limpia; pues aún le pareció á un hombre mortal, porque era Rey, que no todos los pintores se debían atrever á pintar su retrato. Y es cierto que V. M. no permitiría que un representante remedase su forma en un tablado. Y que habiéndoles prohibido justamente que no representasen las personas de los caballeros de las Ordenes militares, sacando en los vestidos las cruces como lo solían hacer, sacan en estas fiestas que dicen del Corpus y en otros días en sus comedias vestiduras sacerdotales, y lo que es más que todo, pintadas las llagas de nuestra Redención en aquellas manos que poco antes estaban ocupadas en los naipes ó en la guitarra.

Dice el memorial que se dió en favor de los comediantes, que con las comedias se hacen los ignorantes capaces de muchas historias, como si en las comedias no fuese esto antes inconveniente que provecho; porque no saber las causas de las cosas y ver los efectos solamente, causa en los entendimientos confusión y fe muy contraria á la verdad, así porque en las comedias por algunos respectos ó metafóricamente fingen cosas que los ignorantes las tienen por parte de la historia, y beben mala doctrina, así en las cosas sagradas como en las profanas. Otras veces acaece esto por ser los que hacen las comedias por la mayor parte

indoctos, y por variar manjar al gusto del pueblo añaden á las historias cosas impropísimas, y aun indecentes y mal sonantes, y por callar de comedias divinas que hacen, en las cuales se han oído muchos desatinos: en una que pocos días há se representaba del casamiento del serenísimo Rey D. Juan, padre del Católico Rey D. Fernando, le aplicaban hechos y acciones, no solamente contra la verdad, mas aun contra la dignidad de su persona; y á la serenísima Reina, su mujer, liviandades que en persona de mucha menor calidad fueran reprensibles. Pues la libertad con que en estas comedias se hacen las sátiras á diferentes estados de gente y naciones, que por fuerza han de engendrar odio contra la española, y más que se les hará creíble que V. M. lo tolera siendo que es en su corte. Demás desto, las palabras sagradas y aun de la oración del *Ave María* y el *Kyrie eleyson* que usa la Iglesia con tanto respeto, las mezclan en canciones deshonestas en los teatros. Pues todas estas cosas ¿cómo pueden pasar sin remedio?

Las sabandijas que cría la comedia son hombres amancebados, glotones, ladrones, rufianes de sus mujeres, y que así ellos como ellas con estas cosas son favorecidos y amparados de tal manera, que para ellos no hay ley ni prohibición. Y por confirmar esta verdad con casos individuos, hoy hay en España representantes que han hecho homicidios y no han padecido por ellos, sino dejados salir libres y sin costas como dicen; porque luego cargan las intercesiones de tantos como con sus chocarrerías tienen engañados, que no hay so-

ga ni azote para ellos; y desto tan ufanos, que ya amenazan con que su oficio debe ser puesto en el número no solamente de los permitidos, mas también de los honrosos de la República, lícito y corriente. Y sin duda le tendrán por tal si después desta prohibición volviere á usarse, ó á lo menos no se le renovaren las penas de infamia y otras instituídas por las leyes; porque habiéndose tratado de su prohibición, creerá la gente ignorante (y aun los representantes lo publican) que no hubo tales leyes ó que estaban derogadas, como antes desto lo iban creyendo y el vicio pasaba ya á ser opinión; y había padres que sin ser ellos representantes enseñaban este oficio á sus hijos é hijas, y así hacían sus escripturas y los entregaban á los representantes, de manera que veíamos á las niñas de cuatro años en los tablados bailando la zarabanda deshonestamente. Y á V. M. le consta desto, pues habiéndole traído una destas para que viera su habilidad, V. M. santísimamente, sin quererla ver, la mandó recoger en el encerramiento de Santa Isabel.

Dice más el memorial que dieron á V. M., que los legisladores temen la introducción de las novedades en sus Repúblicas, y que se podría incurrir en este daño por muchos caminos por la prohibición de las comedias; y no consideran que las novedades que temieron los legisladores, son las que se defienden en este memorial. Los números de versos y las canciones y representaciones nuevas, son las que prohíbe Platón en su República; y este abuso de las comedias es muy nuevo en Es-

pañá, pues agora treinta años apenas las había y eran entonces con tan gran moderación, así en la materia como en el hábito y personas, y raras veces y en casas privadas, de manera que la novedad es el haberlas, y más de la manera que se andaban introduciendo. En Venecia y en otras partes no las hay y viven y lo sufren.

Todos los casos particulares que aquí se dicen son verdaderos y mucho más feos, y para poderlos referir con verdad se han averiguado primero; y si se pudiera hacer, se pusieran los nombres de las personas y lugares que intervinieron en ellos, aunque algunos son tan públicos, que pocos los ignoran. Y pues la providencia de V. M. se extiende á cosas muy pequeñas (tanto es el cuidado que tiene del bien público), no es cosa indigna de su grandeza descender á estas particularidades y quitar lazos tan perniciosos como tiene el demonio puestos en las comedias, para los cuerpos y almas de los vasallos de V. M.







## DECLARACIÓN SUMARIA

DE LA

# HISTORIA DE ARAGÓN <sup>1</sup>.

**E**s Aragón una parte de la España Tarraconense. Su elevación del Polo cuarenta y un grados. Yace en el quinto clima. Su mayor día es de quince horas y treinta minutos. Goza de apacible cielo y así de

I Concibió Lupercio de Argensola la hermosísima idea de formar un mapa de Aragón, y, habiéndolo expuesto á los Diputados el año 1607, encomendáronle éstos la ejecución del proyecto. Al efecto, negoció el cronista que el cosmógrafo mayor de Portugal, Juan Bautista Lavaña, pasase á nuestro reino con tal objeto, como lo verificó en 1610 recorriendo la comarca aragonesa, tomando distancias, medidas, notas arqueológicas, etc.; de lo cual resultó un precioso *Itinerario*, que á fines del siglo pasado existía original en la Biblioteca de la ciudad de Leyden y del cual hay copia en la Biblioteca de la Real Sociedad Económica de Zaragoza, enviada por D. Ignacio Jordán de Asso, cónsul de España en Amsterdam.

Lupercio á la vez recibió de los Diputados la orden de componer su descripción histórica en latín y castellano para ponerla en las márgenes del mapa. (Véase la carta segunda á los Diputados del reino, impresa en el correspondiente lugar de este tomo.) Pero como quiera que acaeciese su muerte antes de publicarse el mapa, intervinieron otros distinguidos varones en la dirección y en-



aire templado. Aunque aflija los Pirineos casi perpetua nieve, provincia fértil y dispuesta para todos frutos y para todo culto. Concurren en ella

miendas de la carta de Aragón y dedicaron sus plumas á escribir nuevas descripciones históricas. Esto dió motivo á que los Diputados pensaran de diversas maneras al tratar sobre qué descripción había de orlar el mapa al publicarlo, según puede entenderse por los pormenores que se leerán en el memorial dirigido al Consistorio por Bartolomé, que se imprimirá en el segundo tomo de estas Obras, y en el cual defiende los derechos de su hermano. Éstos prevalecieron al fin, y la descripción castellana de Lupercio (única que creemos publicada) avalora y completa la carta del cosmógrafo portugués.

El mapa de Lavaña es hoy cosa de extremada rareza. Nosotros nos hemos valido del que existe en la Biblioteca Nacional, que está bastante deteriorado, por lo cual se advertirán en el texto algunos claros que se suplen con puntos suspensivos. La ilustración histórica de Lupercio lleva en él este título: *IHS. Declaración sumaria de la Historia de Aragón para inteligencia del Mapa. Por Lupercio Leonardo de Argensola, Secretario (que fué) de la Serenísima Emperatriz María de Austria, Chronista del Rey Nuestro Señor y del reino de Aragón*. Al fin de la *Descripción* léese: *Impreso en Zaragoza por Pascual Bueno*; pero falta el año á causa del deterioro de la carta. Debe ser uno de los que hay entre el 1663 y el 1725, durante los cuales ejerció en esta capital su industria dicho impresor, inclinándonos á suponerlo en el último cuarto del siglo xvii.

Pellicer registra en su catálogo cronológico de las obras de Lupercio Leonardo una *Declaración sumaria de la Historia de Aragón para inteligencia de su Mapa, etc. En Zaragoza, por Juan de Lanaja y Quartanet, impresor del Reyno de Aragón y de esta universidad. Año M.DC.XXI*, en 4.<sup>o</sup> No sabemos si sería un cuaderno aparte ó serviría de ilustración á una primera tirada del mapa de Lavaña, anterior á la de Pascual Bueno. En caso afirmativo, sería tercera tirada de la carta del cosmógrafo portugués la que, *mandada retocar por D. Juan Felipe Castañón en 1761, llevó á cabo D. Thomás Fermín de Lezaún y Tornos en 1777*. Este mapa es tan raro como el que se hizo primeramente; pero no lleva en sus márgenes la descripción de Lupercio Leonardo ni ninguna otra.

(aunque no enteras) las regiones de los lacetanos, ilergaones, ilergetes, vascones, edetanos, suesetanos, celtíberos y de otras diversas. Si ya no dijésemos que todas éstas estaban comprendidas en la Celtiberia, porque este nombre dieron á esta provincia los celtas que poblaron las riberas del río Ibero. Según lo cual los aragoneses son los celtíberos, aunque este nombre convino más á los cesaraugustanos, que son hoy los de Zaragoza, que á los bilbilitanos, que están muy distantes y son los de Calatayud; y con todo, á los primeros llama Plinio edetanos ó sedetanos, y á los segundos llaman celtíberos muchos autores; de los cuales Marco Valerio Marcial, que era bilbilitano, es el testigo más calificado.

Dejando de examinar cuántos, ni qué parte de estos pueblos concurrían en la provincia que hoy se llama Aragón, lo que se puede afirmar es que, respecto de la Celtiberia, los edetanos eran orientales, occidentales los carpetanos, al Mediodía habitaban los contestanos y bastitanos, al Septentrión los pelendones y verones. Mas por ser cosa difícil de averiguar y larga para estos márgenes, sólo diremos (y con propiedad) que Aragón es una gran parte de la Celtiberia, provincia indomable y la que más trabajo dió al pueblo romano. Lucio Floro dice que fueron el nervio de España, y que nunca sufrieron servir sin guerra y sangre, y que los numantinos se perdieron y los celtíberos se dieron á Roma. Y advierte Tito Livio que fueron ellos, de las naciones extranjeras, los que primero militaron á sueldo en las banderas roma-

nas. Con cuyos Príncipes pudo tanto la experiencia de su rara fidelidad, que (según Plutarco) la cohorte pretoria (que corresponde á la guarda de la persona real) se formaba de los celtíberos. Si su Príncipe moría en la batalla, se daban ellos la muerte, porque tenían por delito el quedar con vida cuando su señor la había perdido. Pero en tan breve escritura no se pueden referir estas glorias; demás que, por ser bárbaras, tampoco se ha de hacer caso de ellas, sino de la verdadera, que es haber recibido los aragoneses la ley del Evangelio poco después que la confirmó con su muerte el mismo Legislador, redimiendo el género humano, y publicándola por el mundo sus sagrados Apóstoles, conservándola (como su fidelidad) desde entonces acá, de manera que la herejía de Arrio, que tanto se extendió y duró en España, fué en esta provincia resistida valerosamente. Los godos echaron de Celtiberia á los romanos, y á los godos los árabes, que se apoderaron de todo. Y aunque en aquella universal captividad de los árabes sirvió ésta, como las demás provincias, fué con prendas de verdadera religión y sin dejar las armas, con que sin ayuda de extranjeros sacudió de sí el yugo; y en discurso de pocos años, renació de sí misma con nombre, reyes y leyes que se han conservado (y se conservan hoy) por tiempo de ochocientos años.

Á las cuales leyes ó fueros llaman también libertades, porque contienen aquella templanza moral y política con que, siendo el Gobierno monárquico, se modera el rigor absoluto de tal modo

que dijo Othomano, jurisconsulto, que sólo Aragón acertó á establecer la monarquía. Eligió en sus principios el Gran Prefecto, llamado Justicia de Aragón, el cual cuida de las leyes, y con el compás de ellas ajusta las acciones judiciales del Rey. De todo esto resulta la libertad, no licenciada ni descompuesta, sino legal y obediente. Y lo mismo que hace el Justicia en este reino hacían los Ephoros en Lacedemonia y los Tribunos en Roma.

Muy semejantes fueron los principios y sucesos deste reino á los de Castilla. Porque así como allá los godos se recogieron á la aspereza de las Asturias, eligieron en una cueva por Rey á Pelayo, cuyos sucesores se llamaron Reyes de León; y en Castilla hubo Condes que con el discurso del tiempo fueron reyes, y, uniéndose con los de León, tomaron por principal título el de Castilla, así también acá los godos que se recogieron en los Pirineos, eligieron Rey en la cueva de San Juan de la Peña cuyos sucesores se intitularon reyes de Sobrarbe; y al mismo tiempo había condes de Aragón, que juntándose con la sangre de los reyes, compusieron el nombre y reino de Aragón; sin que en esto los unos sirviesen de ejemplo á los otros, sino que el mismo caso, ó (más verdaderamente) Dios guió los sucesos con esta semejanza hasta hacer unión de todos los reinos en una Corona, juntándose Castilla y Aragón por el casamiento de D. Fernando II de Aragón y Doña Isabel, reina de Castilla, aunque con leyes diversas y sin confundir el nombre de la Corona de Aragón.

Varias opiniones hay en la derivación deste nombre de Aragón, no conocido de los autores que escribieron antes que los árabes ocupasen á España. Algunos aficionados á las fábulas griegas quieren que de cierto Aras, donde se celebraban unos juegos Agonales en la ribera de un río, se llamasen Aragón, y que estos juegos renovasen la memoria de las agonías de Hércules. Nace el río Aragón en lo alto de los montes Pirineos, junto al antiguo Monasterio de Santa Cristina, llamada hasta hoy con voces latinas *De summo portu* y es de canónigos regulares. De su fuente corre el Septentrión á bañar la ciudad de Jaca, de la cual dista cuatro leguas. Otros afirman que, corrompido el nombre de Tarragona, se llamase el río ó la misma provincia *Aragonia* ó *Arragonia*, como los franceses pronuncian. La más frecuente pronunciación latina es *Aragonia*, porque son de los ríos aragoneses. Otros (y esta opinión tengo por cierta) dicen que se llamó Aragón por llamarse así estos ríos, en cuyas riberas comenzó á resplandecer el valor de los que llamaron condes de Aragón. Los cuales (conquistados todos los pueblos que los moros ocupaban en los Pirineos) bajaron á lo llano de España y cobraron de ellos todo lo que ahora es Aragón, reino de Valencia y mucho del de Castilla; como también por las vertientes de Francia decendieron á ella y pelearon valerosamente, y en Gascuña los condes de Tolosa y de Bigorra se hicieron vasallos del rey de Aragón. Pero no tratemos de los antiguos límites que tuvo este reino, sino de los que con verdad

tiene hoy pacíficamente. Todo él es Mediterráneo y cerrado por todas partes de otras provincias. Al Septentrión le dividen los Pireneos y por ellos confina con Francia. Por el Occidente con Navarra y con Castilla. Al Mediodía con el reino de Valencia. Al Oriente con Cataluña. En figura prolongada corre de Tramontana á Mediodía (aunque torciendo algo al Occidente) sesenta leguas españolas, y de ancho veinticinco ó treinta, poco más ó menos en lo uno y en lo otro. En leguas cuadradas pasa de novecientas, y aunque algunos (por ventura por falta de fuentes) no son tan poblados como los otros, no está la provincia deshabitada ni hay en ella parte inhabitable, pues pasan de mil y setecientas sus poblaciones; de tal manera, que casi regularmente á cada legua cuadrada responden en Aragón dos lugares por lo menos. No hay monte ni río que continuadamente le divida. Y mucho menos (como alguno ha escrito) el río *Cinga* (ahora *Cinca*), porque de la una y de la otra parte se extiende en jurisdicción, leyes y privilegios, particularmente á la villa de Monzón (insigne por haberse celebrado en ella tantas Cortes á los reinos españoles desta Corona), al condado de Ribagorza, á la casa de Castro y á otros valles poblados que Cataluña sin fundamento bastante pretendió incluir. Pónense en los confines algunos lugares que no son del reino, mas no por usurparlos, sino porque la jurisdicción espiritual de ellos compete á obispos de Aragón. En razón de lo cual se pudieran poner muchos de Castilla y de Navarra. Y si se pusieran los que en el reino de

Valencia están poblados al fuero de Aragón, creciera algo más el mapa. Sólo en los márgenes de él se advierten las cosas que no pueden delinearse.

Navarra desde sus principios estuvo debajo de la Corona de Aragón y fué porción suya, hasta que en la discordia de un interregno que hubo por muerte del rey D. Alonso el primero, los aragoneses, con su natural y heredada fidelidad, juraron por Rey á su hermano Ramiro aunque era monje benito; y los navarros de su propia autoridad á García, no hermano ni sucesor del D. Alonso, bien que (según decían) de linaje real. Esta separación fué causa de guerras entre los dos reyes; y aunque el de Navarra reconoció superioridad al de Aragón, nunca los reyes aragoneses la aprovecharon. Hubo varios sucesos y pactos, hasta que finalmente el Rey D. Fernando II de Aragón con este antiguo título y con otro moderno que le dió el Sumo Pontífice, conquistó el reino de Navarra. Aunque después, por los respetos que le movieron, le unió á la Corona de Castilla.

No se ofrece en las historias ejemplo de algún reino que distando de la mar tanto como Aragón y con tan angostos límites, haya dilatado tanto su nombre ni adquirido tantos reinos y provincias, no por herencias ni casamientos, sino ejecutando con las armas los justos títulos por donde les pertenecieron, pues sólo el Principado de Cataluña entró en la Corona por el casamiento de Petronila, Reina de Aragón, con Ramón Belenguer, conde de Barcelona.

La línea varonil de los reyes de Aragón faltó en

Ramiro *el Monje*, el cual, habiendo sido casado con dispensación, dejó sólo á Petronila, su hija, que casó con el dicho conde de Barcelona, en quien se continuó la sucesión de los varones por diez reyes, hasta D. Martín, que murió sin hijos.

D. Jaime el primero, llamado *el Conquistador*, fué biznieto de D. Ramón Belenguer. Ganó de los moros, con incomparable valor, las islas que llamaron Baleares, Mallorca, Menorca, y otras que después, con otros estados, dió á su hijo segundo con título de Rey. Conquistó también los reinos de Valencia y el de Murcia. Después, por pactos y con cierta recompensa, dejó el de Murcia al Rey de Castilla.

D. Pedro *el Grande* tuvo muchas victorias, y por el derecho de su mujer, hija de Manfredo, conquistó el reino de Sicilia, echando de él á los franceses; dando principio á ello aquel trato que vulgarmente se dice el de las Vísperas Sicilianas; como también los echó de Malta, que es de la Corona de Sicilia, y después de Cataluña, á donde pereció un grueso ejército de ellos y Filippo, Rey de Francia, padre de Carlos, Rey que llamaron del Chapeo.

D. Jaime II, primogénito de D. Pedro, con ejemplo admirable renunció el derecho y posesión de Sicilia para que el Pontífice dispusiese dél. Pero los sicilianos, después de haber suplicado á D. Jaime que no los desamparase, alzaron por rey á D. Fadrique, su hermano. El cual, en tierna edad, con singular constancia defendió su reino, aunque tuvo por enemigos al Papa, á toda Francia y al



mismo Rey D. Jaime, su hermano, con quien por esta causa tuvo una peligrosísima batalla naval, en la cual concurrieron personalmente entrambos reyes. Estuvo en la línea de Fadrique el reino de Sicilia, hasta que volvió á la Corona de Aragón en tiempo del Rey D. Martín.

En recompensa de una liberalidad y justificación como ésta, que no tiene ejemplo, dió el Pontífice al Rey D. Jaime el derecho del reino de Cerdeña. Dióle sólo el título, porque con grandes guerras y peligros tomó la posesión, y no hubo conquista más trabajosa que la de esta isla.

Acabóse la línea recta de los reyes de Aragón en D. Martín, que murió sin sucesión. Hubo muchos pretendientes transversales; pero Aragón, Cataluña y Valencia se unieron justísima y prudentísimamente para resistir á cualquiera que intentase proseguir su derecho por fuerza de armas. Y así redujeron á los pretendientes á fulminar procesos é informaciones jurídicas, como si contendieran sobre alguna herencia privada, cosa nunca vista en el mundo. Eligieron nueve jueces, tres de cada reino, uno de los cuales fué San Vicente Ferrer. Dióse sentencia en Aragón en la villa de Caspe, y fué declarado por Rey el Infante D. Fernando, primero deste nombre, hijo de D. Enrique, Rey de Castilla. Y le llamaban entonces el Infante de Antequera. Tuvo muchos hijos varones, y el mayor fué D. Alonso *el Magnánimo*, famoso en todo el mundo, á quien por sus singulares virtudes adoptó por hijo Doña Juana II, Reina de Nápoles, y le llamó para que la defendiese.....

.....<sup>1</sup> sin quedar peligro, del cual el Rey y sus vasallos no hiciesen experiencia. Quedó finalmente pacífico señor del reino, y tan temido y amado que fué árbitro de toda Italia, y el duque de Milán (cuyo prisionero había sido), enamorado de sus heroicas virtudes, le hizo heredero de su estado.

No tuvo D. Alonso sucesión legítima, y así dejó el reino de Nápoles á D. Fernando, su hijo natural ó bastardo; en cuyas descendencias estuvo algunos años procurando legitimar su derecho con investiduras de los Pontífices, por ser aquel reino feudo de la Iglesia.

En los otros reinos de la Corona de Aragón sucedió D. Juan, hijo de D. Fernando y hermano de D. Alonso. Y aunque sintió mucho esta separación de Nápoles, pareciéndole que no podía ni debía su hermano dar al hijo bastardo un reino conquistado con los tesoros y con la sangre de los demás de la Corona de Aragón, disimuló esta pretensión por andar toda su vida ocupado en las guerras civiles de Castilla y en otras que tuvo con sus súbditos. Pero su hijo D. Fernando *el Católico*, hallando oportuna ocasión, se confederó con los franceses, que por la antigua pretensión guerreaban en aquel reino, y echaron dél á D. Fadrique, último Rey de la línea bastarda de D. Alonso. Después, también D. Fernando echó del reino á los franceses y quedó pacífico señor de todo,

<sup>1</sup> Por causa del deterioro del raro ejemplar que se reproduce, faltan aquí las palabras que completan el párrafo, de la misma manera que tampoco podía leerse el nombre de la citada Reina de Nápoles, pero sabido es que se llamó Doña Juana II.

recibiendo como Rey de Aragón el dicho reino en feudo de mano de Julio II, el año M.D.X. á cinco del mes de julio.

Y el Emperador Carlos V recibió asimismo, como Rey de Aragón, la investidura de dicho reino de Nápoles de mano del Pontífice León X. Y el serenísimo Rey D. Felipe, su hijo, primero deste nombre en la Corona de Aragón y segundo en la de Castilla, recibió como Rey de Aragón la investidura de Nápoles de mano del Pontífice Julio III. Y el serenísimo Rey D. Felipe, nuestro señor que hoy reina, recibió como Rey de Aragón la investidura del reino de Nápoles de manos del Pontífice Clemente VIII, á dos de septiembre de el año M.D.XCIX.

Por este título de Nápoles, que es el mismo que de Sicilia, se incluye en la Corona de Aragón el título de Rey de Jerusalén y otros que los Reyes de España tienen. El de duque de Athenas y Neopatria es también de la Corona de Aragón, por haber los aragoneses y catalanes (que se llamaron de la compañía) conquistado, con el mayor valor que se sabe, aquellos estados; habiendo justamente castigado la perfidia de los griegos y del Emperador de Constantinopla, en cuyo socorro habían aquellos aragoneses pasado del de Sicilia para librarlos de los turcos.

De manera que el reino de Aragón, de pequeños principios, extendió maravillosamente su dominio en provincias belicosas y remotas, y fué el primer reino de España que pasó sus banderas á Italia y reinó, como hoy reina, en ella.

Este reino, en lo natural, abunda de todas las cosas necesarias para el ornato y sustento de la vida humana, y no aguarda que le venga alguna de otras tierras, ni los instrumentos para la paz ó la guerra, antes salen de él para otras muchas partes. Es abundante de trigo, cebada, legumbres, vino, aceite, azafrán, miel, queso, manteca, de las mejores frutas de España, minerales, yerbas medicinales, y entre ellas el ruibarbo, como el de Levante, y otras para teñir telas de seda, lana, lino, cáñamo, el más estimado para las jarcias de las naves, pólvora, hierro mucho y abundante, madera, piedra, en color y dureza, excelente para los edificios, cueros, azabache, sal, tanta y tan buena que pudiera sustentar á España y otras provincias. La sal de Zaragoza parece que es á quien dice Plinio que daban los médicos la palma, porque tiene la fama y calidades que allí describe, y no las tiene la demás sal de España Tarraconense. De los minerales de oro y plata no hay quien contradiga, pues los Pirineos son famosos por esta calidad, aunque por natural descuido ó por imitar la prudente prohibición de los romanos, desdeña la gente aragonesa del trabajo de las minas, que es propio de siervos y gente inapta para la guerra. Tiene caballos, bueyes, mulas y bestias de acarreo y de carga para el tráfico del comercio en gran copia. Las ballestas (como luego diremos) de Barbastro, tan estimadas antes que hubiese arcabuces. Las armas de Calatayud, las espadas de Zaragoza fueron estimadísimas en tiempo de nuestros pasados, cuando se labraban con más.

cuidado que ahora. Finalmente, para vivir en paz ó en guerra, tiene este reino dentro de sí cuantas cosas há menester.

El temperamento es saludable, ni frío ni caluroso notablemente, pues tiene naranjos y todas las flores que nacen en tierras templadas, aun donde hay nieve todo el año. No tiene lagunas ni pantanos que hagan malsana ninguna parte de el reino, sino ríos claros, corrientes y de pesca gustosa. Pero es mucho más favorecido de el cielo con dones sobrenaturales, pues (según graves tradiciones) es el más antiguo de España en la religión católica, y la recibió con la predicación de el Glorioso Apóstol Santiago el Mayor. El cual convirtió á ella más gente en esta provincia que en lo restante de España, particularmente en Zaragoza.

Es Zaragoza la antiquísima *Salduba*. Augusto César, ó porque la cercó de muros ó porque la acrecentó los edificios, la llamó de su nombre *Cæsaraugusta*. Los árabes después, no pudiendo pronunciar bien la voz latina, dijeron *Zaragoza*. Es la Metrópoli del reino, como también lo es en ella el templo de San Salvador, que por llamarse en latín *Sede* se llama vulgarmente la Seo. La cual, aunque en el año M.CCC.XVIII fué erigida en Silla Arzobispal por el Papa Juan veintidós á instancia del Rey D. Jaime el segundo, tuvo primitivamente (después de Santiago) Obispos insignes en santidad: San Athanasio y San Theodoro (aunque hay quien dice que Athanasio no fué más que presbítero). Á éstos sucedieron después otros prelados doctísimos y santos: Valerio (cuyo Arce-

diano fué San Vicente Mártir), y también fueron Obispos los bienaventurados Simplicio, Máximo, Juan y Braulio. Celebráronse en ella diversos Concilios provinciales, que en aquellos tiempos y en el de los godos tuvieron grande autoridad, y hoy particular estimación en toda la Iglesia católica. Por lo cual y por las coronaciones de los Reyes, que en este templo se solían celebrar y ellos ungirse, es también muy célebre, y ha tenido por Prelados hijos y nietos de los Reyes en diversos tiempos.

Tiene Zaragoza el templo de la gloriosa Virgen Madre de Dios y Señora nuestra, que (según dicen) es el primero que se dedicó con su invocación y nombre santísimo en el mundo, y que (según esta antigua tradición) lo edificó el Apóstol Santiago por mandamiento de la misma gloriosa Virgen, la cual, siendo aún viva, se apareció en el lugar donde hoy se venera su Imagen, sobre la columna. Es iglesia de canónigos reglares, y llamóse antes Santa María extramuros y Santa María la Mayor, y hoy nuestra Señora del PILAR. Esta tradición se autoriza con bulas de algunos Pontífices, en especial de Calixto III y Gelasio, y por privilegios de algunos Reyes de Aragón. Y no es de pequeña consideración la frecuencia de los fieles que con esta fe lo visitan, con cuya universal devoción se ha conformado la fama en la mayor parte de la cristiandad.

La iglesia de Santa Engracia. La cual, demás de su santo cuerpo y de diez y ocho mártires, sus compañeros, conserva de los innumerables una

gran parte. Porque siendo sus cuerpos y los de muchos gentiles, por mandamiento del tirano, abrasados juntos, llevó el viento las cenizas de los infieles, y cayendo sobre las de los mártires una suave lluvia, formó de ellos milagrosamente unos globos de masa que hoy guarda. Por lo cual se llamó la iglesia de las Santas Masas. Fué un tiempo de monjes benitos y ahora de frailes jerónimos. Dice en sus himnos Prudencio (natural también de Zaragoza) que apenas es lícito comparar á Roma con esta ciudad. Llámala Casa de Angeles, y añade que nunca la Iglesia católica fué perseguida sin gloria de Zaragoza, y que en toda ella habita Cristo.

Huesca, llamada antiguamente *Oscá*, vencedora como parece por diversas medallas, ciudad, según Plutarco, antiquísima. Es famosa por la muerte de Quinto Sertorio Romano, que en ella (por razón de estado) instruía la juventud de los celtíberos para asegurarse de ellos. De aquí se dice que toma origen la Universidad de las escuelas de Huesca. Pero mucho más famosa es por ser patria de los dos mártires Levitas Lorente <sup>1</sup>. Es antiquísima. Silla obispal. El padre Juan de Mariana dijo que es ciudad de Cataluña, y este error siguió Ludovico Nonio.

Jaca, en la mitad de los Pirineos, patria de Indivil y Mandonio, hermanos valerosos en las guerras de Celtiberia, como lo afirma Tito-Livio. Toma-

<sup>1</sup> Por equivocación ó errata del impresor omítese el nombre de Vicencio ó Vicente que, como Laurencio ó Lorenzo, nació también en Huesca.

ron de esta ciudad su nombre los jacetanos. Fué de las primeras que los aragoneses libraron de los moros. Labróse en ella la moneda, que por eso se llamó jaquesa. Es Silla obispal.

La ciudad de Barbastro es la antigua *Burtina*. Y engañóse Jerónimo Zurita, que atribuye este nombre á la villa de Almudévar. Es fértil de todas las cosas y fertilísima de aceite, famosa en otros tiempos por las muchas y perfectas ballestas que en ellas se labraron. Fué antigua Silla obispal, como ahora lo es.

Es Calatayud la antigua *Bilbilis*, y en las medallas *Bilbilis Augusta*. Un montecillo muy vecino á ella conserva hoy sus ruínas y casi el mismo nombre de *Bilbilis*, porque lo llaman *Bambola*; Municipio romano y patria de Liciniano y de Marcial, poetas insignes, y de otros señalados varones. Báñala el río Xalón, llamado también así de los latinos; en cuyas aguas se temple con tanta perfección el acero, que han sido siempre celebradas las armas que allí se forjaban. La ciudad y más de sesenta lugares de su comunidad gozan de fertilidad continua y son del Obispado de Tarazona.

Tarazona, dicha por los escritores y por las medallas *Turiaso*, Municipio antiquísimo. Báñala el río *Calibs* (hoy Queiles), no menos eficaz que Xalón para templar las armas. Tuvo Obispos santísimos. Fuéronlo San Prudencio y San Gaudioso.

Borja es del Obispado de Tarazona. Llamóse *Belsinum* y fué siempre famosa como fértil por la abundancia y excelencia de su lino.

Á Daroca baña el río llamado Xiloca. Abrazan



sus murallas grandes espacios despoblados y vestigios de más numerosa población. Lo inferior de la ciudad yace expuesto á los ímpetus de la corriente que suelen formar las lluvias, tanto, que para evitar la ruína de sus edificios, la necesidad y el arte han socavado algunos montes vecinos, y abierto en la peña viva un desvío tan capaz, que tiene hasta seiscientos pasos de largo y más de veinte de ancho. Pasan dos carros juntos por él hasta la otra parte de los montes, sobre los cuales, no obstante el gran hueco, se cultiva la tierra. Por este gran tránsito se encaminan las aguas, habiendo topado en un muro que resguarda la ciudad de tales inundaciones. Fábrica es que puede competir con la que los romanos, siendo Lúculo cónsul, abrieron en el monte Posilipo de Nápoles, llamada la Gruta, reparada después por nuestro Rey D. Alonso el quinto. Há casi cuatrocientos años que conserva su iglesia colegial los venerables corporales con seis Formas consagradas, que se volvieron en sangre en tiempo del Rey D. Jaime *el Conquistador*: misterio muy divulgado en toda Europa, con devoción universal de los fieles. Es de la diócesis de Zaragoza.

Á la ciudad de Teruel, hoy Silla obispal, da el nombre de Teruel un río que la riega, llamado ahora con voz árábica Guadalaviar, al cual Ptolomeo llamó *Turcelis* y otros autores *Turia*. Es fértil de ganados y de varias cosechas. Tiene un acueducto, edificio moderno, pero digno de alabanza entre los antiguos.

El nombre de Albarracín es árábigo, que signi-

fica lo mismo que campo hermoso. Llamóse con voz antigua latina *Lobetum* y no *Ercavica*, como algunos dijeron. Sitio áspero y peñascoso y afligido de casi perpetuo invierno; pero no destituído de lo más importante para la vida humana. Es el ganado de aquellas sierras (en una de las cuales nace dentro de Aragón el río Tajo y otros cuatro ríos) abundante y da lana perfectísima, que es en lo que más tratan los mercaderes de Albarracín. Tiene iglesia Catedral.

Basta la relación de estas diez ciudades, porque proceso infinito sería describir todas las villas y lugares de Aragón, sus excelencias naturales, las terinas ó baños medicinales, las fuentes y ríos, que engendran cristales y ágatas, lagos de nacimientos notables y de propiedades que causan admiración, los montes vestidos de arboleda también admirable, y de canteras de alabastros blancos, y en otras partes negros, sus templos suntuosos llenos de reliquias, veneradas con sencilla y cuidadosa religión, el concierto de sus Repúblicas, las noblezas de las familias: unas que fueron consortes de los Reyes en las conquistas; otras de particular lustre, y especialmente los infanzones, que en Castilla dijeron fidalgos, los privilegios y memorias de sus predecesores; cada cosa de larga relación y lección difusa. Y así remitimos uno y otro á las historias públicas, porque resumirlo aquí no es posible, ni debe el lector pedirlo en la angostura de estos márgenes <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Por causa del mal estado del ejemplar de la carta, faltan unas palabras en el final de la relación histórica, las cuales hemos su-

plido de la manera más adecuada. Siguen á la descripción las siguientes

#### ADVERTENCIAS.

Toda esta descripción se ha hecho con observaciones geométricas y astronómicas, reconociendo con ellas el sitio de todos los lugares cuyas distancias son medidas por el aire.

Las ciudades están señaladas con letras vocales. La Metropolitana con cruz, las episcopales con mitra, las abadias con báculo y las villas con letras mayores.

Los ducados, marquesados, condados y baronías van notados con diferentes coronas según los títulos.

Los confines de los reinos se señalan con puntos doblados, y los obispados con sencillos.

El Obispado de Tarazona se divide en dos arcedianatos, uno de Tarazona y otro de Calatayud, divididos con una punta del Arzobispado de Zaragoza que se mete en medio.

El Val de Broto, entre los límites del Obispado de Jaca y de Barbastro, pertenece al Obispado de Huesca.

Las longitudes tienen su principio del meridiano de la isla de San Antón, la más occidental de las de Cabo Verde, que son las Fortunadas.





## DISCURSOS PRONUNCIADOS

EN

### UNA ACADEMIA DE ZARAGOZA <sup>1</sup>.

DÍA PRIMERO.

**N**o es el intento de los que aquí se juntan con nombre de académicos, solamente ocupar en conversaciones apacibles y sin perjuicio las horas que más peligrosas suelen ser para la juventud, aunque éste fuera rico fruto y que pudiera enamorar á cualquier gentil espíritu, sino también sacar materia para que

<sup>1</sup> Hállanse estos discursos en un tomo Ms. de la Biblioteca Nacional, que lleva la signatura X-53.

Han sido publicados en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* y en la de *Aragón*.

No sabemos, por desgracia, cuál sería la floridísima *Academia* donde Lupercio pronunció estas dos bellas é interesantes arengas. Porque es de notar que la vida literaria en Zaragoza durante el siglo xvii fué en extremo exuberante. Así, demás de la Academia que honró Lupercio con su presidencia, y á la que dedicó ausente su perdida fábula de Apolo y Dafne, podemos recordar la *Pítima*

en ninguna ocasión les falte apacible ejercicio con que librarse de la ociosidad, fuente de donde se derivan los vicios. Esta verdad es tan conocida que no hay para qué probarla, pues cada cual dará testimonio de ella si examinare su vida. Tampoco se contentan sólo con huir de los vicios, como Horacio en la primera epístola, que dice: *Virtus est vitium fugere*, sino con San Pablo creen que *Virtus est recedere a malo et facere bonum*. Pero no se trata aquí de esta virtud alta para hacer ostentación de ella, sino sólo de las armas que tienen contra los vicios, que disfrazados en hábito doméstico se nos meten por las puertas.

Uno es el bien y una la felicidad, pero por di-

*de la ociosidad* en 1608, que fundaron y dotaron de estatutos las condesas de Guimerá y de Eril, compuesta de individuos de ambos sexos que se dedicaban al cultivo de las Humanidades y de las Ciencias; la insigne *Academia de los Anhelantes*, de la cual existe impreso el *Mausoleo* que sus poetas dedicaron en 1636 á la memoria de Baltasar Andrés de Ustarroz; la *Academia* creada é instalada en su casa por el virrey príncipe de Esquilache, á la que pertenecieron poetas esclarecidos como Vicen'te Sánchez, que fué fiscal en un vejamen; la *Academia* que tenía en su propio palacio el conde de Aranda, en uno de cuyos actos, á mediados del siglo xvii, enumeró Juan Lorenzo Ibáñez de Aoiz á varios distinguidos poetas, el duque de Híjar y el marqués de Torres entre ellos; la *Academia* del conde de Lemos, en la que sobresalieron con peregrinos rasgos de su ingenio, los ilustres vates José Navarro y Alberto Díez y Foncalda. Casi todas estas reuniones literarias databan de los primeros años del siglo xvii, y en cualquiera de ellas pudo Lupercio, antes de partir para Nápoles (donde murió el año 1612), lucir las dotes intelectuales con que Dios le había adornado y los frutos de sus constantes estudios. No falta, sin embargo, quien diga, como mera conjetura, que probablemente sería en la *Academia de los Anhelantes* en la que pronunció el mayor de los Leonardos estos discursos.

versos caminos la pueden alcanzar los hombres: uno de ellos es la vida civil y política, en la cual, como los tropiezos son más, las leyes más anchas y los ejemplos menos, son también los ánimos más indomables y es menester con artificio engañarlos, como Lucrecio dijo en el libro primero:

*Sed veluti pueris absynthia tetra medentes  
Cum dare conantur, prius oras, pocula circum,  
Contingunt mellis dulci flavoque liquore,  
Ut puerorum ætas improvida ludificetur  
Labiorum tenus; interea perpotet amarum  
Absynthi laticem, deceptaque non capiatur,  
Sed potius, tali facto recreata, valescat:  
Sic ego nunc, etc.*

Y por cuanto Tasso, imitando á Lucrecio, dijo:

*Sai che la corre il mondo ove più versi  
Di sue dolcezze il lusinghier Parnasso  
E che 'l vero condito in molli versi  
Y più schivi allettando ha persuasso,  
Così al egro fanciul porgiamo aspersi  
Di suave licor gli orli d' il vasso  
Suchi amari, ingannato in tanto ei beve  
E dal inganno suo vita riceve.*

La verdadera y legítima poesía es quien mejor que nadie sabe hacer estos engaños, la cual abrió camino á la filosofía moral para que introdujese sus preceptos en el mundo; así lo dijo cierto autor en estos versos:

*Antes que la moral Filosofía  
Públicamente al mundo se mostrase,*

Disimulada anduvo en la Poesía,  
Porque con sus regalos obligase,  
Al ánimo del hombre no domado,  
Á que sus duras leyes aceptase.

Así el caballo el áspero bocado  
Suele admirar del espumoso freno  
Con la sal que le aplican engañado.

Porque al sentido es áspero lo bueno,  
Con lo dulce engastarle es conveniente  
En cuanto de lo justo no es ajeno.

Así al enfermo el médico prudente,  
En las cosas de gusto que le pide,  
Le da las que aborrece y no consiente.

Así del hijo tierno el padre mide  
Los juegos con la edad, y, en la primera,  
Los que en otra negara, no le impide.

Orfeo y Anfión de esta manera  
Hicieron leyes y pudieron tanto,  
Reduciendo á quietud la gente fiera.

Fingió la antigüedad que con su canto  
Pudo el uno bajar al reino obscuro  
Y suspender sus furias entre tanto,

Y el otro con su lira el alto muro  
De Tebas fabricar, yendo llamadas  
Las piedras sin tocarlas hierro duro.

No todo se manda y aconseja en los sagrados templos; no todo se enseña en las escuelas y cátedras: en una y otra parte nos remiten á lecciones domésticas, donde sobre cada paso se puede pedir ó dar consejo, aprobar ó reprobar las cosas. En las escuelas el maestro lee, los discípulos

oyen, siempre una materia continua; él manda, ellos obedecen, de donde procede menos gusto. En estas juntas y conversaciones todos somos maestros y discípulos, todos mandamos y todos obedecemos, comunicando las profesiones diversas y tomando cada uno lo que há menester para la suya. El que profesa letras ayuda al que profesa armas, y éste al otro. Aquí el que lee historia refiere lo que halla en ella digno de reprehensión ó de alabanza, así en el ejemplo como en el estilo. Lo mismo hace el que gusta de los poetas: consúltanse las dudas, mézclanse cuentos, motes, risas, y finalmente, no poniendo cuidado en aprender, se halla uno enseñado en lo que le conviene, como el que navega durmiendo y despierta en el puerto sin haber padecido el trabajo de la navegación.

No le basta al teólogo saber profundas cuestiones (digo, no le basta para el trato civil) si no las sabe sacar de entre aquellas espinas de los argumentos *utrum, ergo, nego, probo*, que en los claustros y en las escuelas se usan. No al jurisconsulto le basta hablar (como ellos dicen) siempre con la ley, si ha de granizar digestos y parágrafos, mezclando intempestivamente sus fórmulas en la conversación ordinaria. Estos se hallarán nuevos y atónitos en un palacio ó junta de cortesanos causándoles risa y materia de burla. Lo mismo acaecerá al caballero que no sepa más que andar bien á caballo y ser muy diestro en las armas ejercitando las fuerzas: es menester que cuando hablare con letrados no desmenuce por sus nom-



bres las piezas del arnés ni las reglas de andar á caballo, justar, tornear, jugar cañas ú otros ejercicios militares, sino de aquello trate templadamente y á propósito. Lo mismo digo cuando hablare con damas y señoras: es muy necesario que no ignore las causas y misterios que hay en las mismas armas que profesa, porque hasta los colores tienen su significación no vulgar. Y en el repartimiento de los cuarteles y en el asiento de las figuras, en los escudos de armas, se echa de ver si son legítimas ó bastardas, si procedieron de hazañas dignas calificadas con la autoridad del Príncipe ó de licencia é ignorancia del que las quiso juntar así. También del origen y uso de las banderas, estandartes, cometas, dragantes y otras especies de insignias militares, para no usar de las unas cuando había de usar de las otras. También la diferencia que hay de traer timbre con celada abierta ó cerrada, traerle de lado ó cara á cara, para no incurrir en yerros que, aunque no se castigán en la plaza ni los condena el vulgo, hay personas cuerdas que lo hacen, y más debe estimarse ó temerse el parecer de una de éstas que el de un ejército de ignorantes.

Es la alegría y la gala muy importante instrumento para la milicia, y quien le usa ha de saber aprovecharse de él. Sería proceso infinito discutir por cada cosa de éstas, y como dice Horacio en la primera sátira:

*Cætera de genere hoc, adeo sunt multa, locuacem  
Delassare valent fabrum, etc.*

Todo esto, pues, se aprende aquí sin trabajo por medio de esta conversación apacible. Alguna vez también se pone la mano, como se ha visto, en la poesía latina y española, siguiendo á veces, y á veces luchando con la naturaleza, bien que todo esto templadamente, porque ninguno aquí pretende el nombre de poeta, sabiendo que un poeta mediano es de ningún precio, y un poeta grande pasa un siglo antes que se ve, porque el ingenio y el estudio poético han de concurrir muchas veces. Así dijo Ariosto:

*Son come i cigni anco i Poeti rari,  
Poeti che non sian del nome indegni.*

Mas no por esto deben abstenerse de hacer algunos versos para ejercitar el ingenio ni dejar de entender los poetas, porque, como al principio dije, enseñan deleitando. Ni crea nadie que Platón los excluyó de su República; antes, para poderla hacer, fué necesario que el mismo Platón la fingiese haciéndose poeta. Ni Boecio cuando introduce á la Filosofía reprendiéndole, porque se entretenía y consolaba con las musas en la prisión, quiso decir que no se han de hacer versos; porque si esto entendiera, no usara de ellos después en el mismo libro, ni los pusiera después en boca de la misma Filosofía. Lo que quisieron decir fué que no se ha de reparar solamente en la dulzura de los versos, ni tomarlos por ministros para los vicios, de la manera que un soldado sería reprendido si al tiempo de pelear se contentase con sólo oír la trompeta y cajas sin menear las manos, ó usase de

estos instrumentos para no lícitos asaltos, contra sus amigos ó cometiendo delitos atroces.

Mas en aprobación ó alabanza de los versos, ¿para qué son menester otros argumentos más que éstos? Parte del Viejo Testamento está escrita en versos dictados por el Espíritu Santo. La Iglesia católica en todas las horas los canta con gran gloria de esta insigne ciudad, pues muchos de ellos son de Aurelio Prudencio, su ciudadano. Digo que fué su ciudadano, aunque ambiciosamente quieren que lo sea de Calahorra ciertos autores modernos castellanos, en contradicción de muchos antiguos y del mismo Prudencio, que en diversas partes dice que fué su patria Zaragoza. Pero lo más que se puede decir de los versos es que el mismo Cristo, cuyas obras y palabras fueron lección y enseñanza, dijo versos (que esto quiere decir himno) poco antes de su Pasión. Esto he dicho de paso á los que reprenden el hacer versos.

Digo, pues, que el intento de esta Academia es hacer una confección ó masa de diversas profesiones, no ruda ni indigesta, como la que dice Ovidio, sino odorífera, cual los médicos suelen aconsejar que se use en tiempo de peste. Peste es la ociosidad, y más rigurosa peste la ignorancia. Ninguna noche el que aquí se ajunta deja de llevar algún fruto para el gobierno de sus pasiones, de su República ó de su familia. Aquí se ven al vivo las Noches Aticas de Aulo Gelio y las Saturnales de Macrobio. Y no contentándose los académicos con ejercitar solamente las fuerzas de su ingenio, quieren también ejercitar las del cuerpo y la destreza

de las armas. Y así uno de ellos ha propuesto mantener un torneo de á pie á los caballeros académicos y á otros cualesquiera en la forma que se verá en su cartel. Favorezca, pues, todos los nobles espíritus esta Academia, cuyo fin es mezclar lo útil con lo dulce (que es el punto más difícil), amar y reverenciar á los que lo merecieren, enseñar á obedecer á los superiores, tener correspondencia con los iguales y no menospreciar á los inferiores, y finalmente, como dice Horacio, hacer:

*Id quod æque pauperibus prodest locupletibus æque,  
Æque neglectum pueris senibusque nocebit.*

Con que se da fin á la junta de esta noche.

#### DÍA SEGUNDO.

Hoy es el último día de los que vuesas mercedes mandaron que yo presidiese en esta Academia, honrándome tanto que, no siendo de ella, quisieron que la ordenase y dirigiese. Poco tuve que hacer en esto, porque sólo con informarme de lo que vuesas mercedes habían hecho entonces y ponerlo (como lo puse) por escrito, quedó ordenado lo que se debía hacer de allí en adelante. Si acerté en aquel discurso, mandaránle vuesas mercedes leer cuando les pareciere renovar la memoria, y á lo menos no admitan ningún académico sin que sepa lo que contiene.

No puedo dejar de añadir á lo dicho que será bien, cuando se hubieren de escribir versos, cada

cual examine sus fuerzas; y si las hallare débiles se abstenga, como dice Horacio:

*Versate diu quid ferre recusent,  
Quid valeant humeri.*

Y si todavía pareciere hacer versos, no se publiquen sin grande examen. Lean mucho, escriban poco, amen el borrar mil veces cada palabra, que por no hacerlo así los poetas de su tiempo, dice Horacio que erraban; los que escribieren versos, amen los panegíricos y aborrezcan las sátiras, que aunque se les ofrecerá más copiosa materia para reprender que alabar, hay peligro en esta virtud, porque describiendo los vicios se suele toparse con los viciosos, que ofendidos son causa de muchos disgustos: si en los vivos no se hallare qué alabar, acudan á los muertos, que ellos darán bastante materia; y no será menester para esto ir á Grecia ó Roma, que en España, en Aragón y en sus mismas casas se hallarán.

Esto basta para los poetas solos; mas á todos generalmente digo que tengan por sustento ordinario la lección de la historia, porque sin ella siempre son los hombres niños. É ignorar uno las historias de su tierra y de sus mayores es ignorancia tan culpable como no haberse visto jamás al espejo, ni saber en su imaginación qué manera de rostro tiene, y aun peor, porque es como ignorar los dedos de sus manos y los miembros de que consta su cuerpo.

Casi todos los estudios, si no la historia, arrojan de sí con severidad ó rusticidad cualquier

lección que no sea de su intento, teniéndolo por impertinente y aun por estorbo; pero la historia, con afabilidad y dulzura, de todos toma lo mejor, y es, por decirlo brevemente, un diversorio donde todas las ciencias y las artes reposan; enseña sin cansancio (como dije que lo hacía esta junta), hace que en pocos años vivamos muchos años, vistamos de todos los trajes y usemos de todos los instrumentos de guerra y de paz que ha habido. Echemos el sello: nuestra religión historia es, de historia consta, y sin historia todo perece. No hay cosa en el mundo tan necesaria y alabada, y así no me detengo en esto.

No se ha de leer la historia de paso, sino con mucha consideración y maduro juicio, cotejando unos autores con otros, y confirmando con personas cuerdas lo que se lee. Esto dije que se hacía y debe hacer en esta junta, en que no quiero tampoco detenerme. Las historias sagradas se deben saber, mas con reverencia dejar su especulación y averiguación de sus dificultades á los teólogos, que como no proceden de consejo humano, débense reverenciar de los que ignoran esta sagrada ciencia; mas de las historias de los persas, medos, asirios, griegos, romanos, y finalmente en todas las otras, atrevidamente se han de escudriñar todos sus rincones y hacer que sirvan para la ocurrencia de nuestro servicio público y particular. De aquí han procedido tantos libros provechosos y gustosos en la paz y en la guerra: muchos podría referir, mas sólo quiero nombrar los de Justo Lipsio, por honrar su memoria y honrarme di-

ciendo que, sin haberme visto, fué familiar amigo mío (*fide antiqua*) como él me dice en una carta. Todos sus libros ¿qué otra cosa son sino hijos de la historia? Hijos agradecidos que descubren la excelencia de su madre y guían á los que no atinaban al fin de ella. ¡Ojalá que aquel libro que él llama *Fax historiæ* hubiese salido en su día ó nos lo diese la fama póstuma!

Considerando yo que los más de vuestas mercedes son caballeros aficionados al ejercicio militar, y que para este fin hay en esta ciudad fundada la antigua y nobilísima cofradía de San Jorge, tengo deseo que alguno de vuestas mercedes se aficione á imitar á Lipsio, y que así como él tan doctamente describió la milicia romana y el libro de máquinas, donde no sin provecho de la milicia moderna, enseña la forma de los ejércitos romanos, sus armas ofensivas y defensivas; qué cosa era gálea, loriga, pilo, parma y las demás; qué soldados eran los vélites, céleres, y finalmente, pone ante los ojos un ejército romano vivo y aquellas terribles máquinas con que batían los muros, que aunque no tan horribles como los cañones de artillería, hacían los mismos efectos; así éste nos descubriese los ejércitos, milicia, armas y máquinas de los españoles, no de los antiguos godos, que esto no lo espero, porque todo pereció en aquella inundación de los árabes, sino de los que les quitaron la presa y cobraron esta gloriosa provincia de sus manos con tantos trabajos, tantos sudores y tanta sangre. Deseo saber qué eran y cómo usaban de los paveses y lanzas; qué cosa era pespunte y lori-

ga; cómo formaban las mantas ó gatas; qué máquina era el funebol, el magaret, el trabuco y otros semejantes; qué oficio era el de los adalides, que unas veces me parece que en la historia se trata de ellos como de descubridores, otras como de maestros de campo; los almogávares qué milicia eran: cosas tan modernas y tan ocultas que, aunque el nombre y milicia de los almogávares estuvo en uso pocos años antes de Laurencio Valla, escribe que eran ciertos agoreros que juzgaban por el vuelo de las aves, ignorancia indigna de tan grande autor, y más habiéndose podido informar de nuestro Rey D. Alonso, que ganó á Nápoles, en cuyo servicio y favor fué admitido, como lo fueron de aquel gran Rey todos los doctos y virtuosos.

¿No es cosa vergonzosa, señores, que habiéndoles ganado á vuestas mercedes sus mayores la nobleza, estado y hacienda que poseen, con esta milicia, armas é instrumentos ignoren lo que son, y que muy curiosos trabajemos en saber qué máquina era la catapulta, la balista ó el ariete de los romanos? ¿Qué diré, pues, de las naves que apenas conocemos, jávidas, carracas, laúdes y otras semejantes? Vuelvo á decir que sería muy loable trabajo el de alguno de vuestas mercedes que, leyendo las historias que escribieron nuestros Reyes D. Jaime I y D. Pedro IV, Ramón Muntaner ú otros antiguos, que están engastados en los ricos Anales de nuestro gran Jerónimo Zurita, nos descubriese cómo era cada cosa de éstas. En mí á lo menos tendría este tal libro un lector, ó este tal maestro un discípulo muy deseoso.



Este y otros ejercicios semejantes harán siempre loable esta junta; y pues en ella hay caballeros que han sido capitanes y han visto en mar y en tierra grandes trances de guerra, que saben el arte de navegar, de fortificar y otras artes tan propias de caballeros: muévase alguna vez plática de esta materia, enseñen los unos, aprendan los otros, y cada cual, como en un espléndido banquete, elija la materia más conforme á su paladar ó á su estómago. Sea un concurso honesto y una conversación varia, en la cual no menos se ha de evitar el tratar del gobierno público presente, que la murmuración del amigo ó del vecino, porque como dice aquel filósofo:

*Nec silentium tutum est a calumnia.*

Jamás han faltado delatores y malsines: de esta verdad tenemos experiencia, porque los señores Virrey y Justicia de Aragón, mal informados, hablaban de esta junta aplicándole ciertos versos y libelos, y que aquí se censuraba el gobierno público. Quisieron saber de mí la verdad; y como tiene tanta fuerza, no solamente perdieron esta opinión, pero alabando lo que aquí se hace, creen que la República tiene en vuestas mercedes defensores de la virtud y maestros que, con su ejemplo, enseñarán á cada cual á contentarse dentro de sus límites. Otro linaje hay que se burla, ó como dicen los andaluces, fisga de esta junta. No creo que ninguno de vuestas mercedes temerá este espanto; y al que temiese dirémosle con Horacio:

*Invidiam placare paras virtute relicta.*

En Italia ha habido y hay Academias famosas; mas ¿para qué buscamos ejemplos extranjeros? En la corte del Rey de España hicieron este ejercicio algunos caballeros, de cuyo número fueron D. Juan de Zúñiga, Comendador mayor de Castilla, que fué Embajador de Roma, Virrey de Nápoles y Ayo del Rey Nuestro Señor; también D. Juan de Silva, Conde de Porto-Alegre, Embajador en la corte del Rey de Portugal, gran cortesano, y en verso y en prosa de gran juicio y elección; Don Juan de Idiáquez, del Consejo de Estado y Presidente de las Ordenes, cuyos epigramas latinos pueden competir con muchos de los celebrados antiguos, y en la común opinión se criaron aquellas grandes virtudes que los han hecho admirables en el mundo, en ésta su junta y conferencias.

Acuérdome que en el año 1585, en las Cortes de Monzón, posaban en una misma casa D. Pedro Enríquez, Conde de Fuentes, que hoy es Gobernador de Milán, y D. Jerónimo de la Caballería, bien conocido de vuestras mercedes. Tenía D. Jerónimo tercianas, y bajaba el Conde á su aposento: acudían allí D. Juan Pacheco, que fué después Marqués de Cerralbo, Juan María Agazio, caballero italiano, eclesiástico, que asistía en la corte por la Duquesa de Lorena, de quien andan impresas algunas poesías muy buenas; D. Juan de Albión y yo, aunque en edad y entendimiento no podía concurrir con ellos. Pasaban allí las siestas tratando cosas muy dignas de ser sabidas. El Conde discurría de las guerras pasadas y presentes, como tan gran capitán; D. Juan Pacheco, en los autores

latinos, que los entendia muy bien, traducia y comunicaba algunas oraciones de Tito-Livio; Agazio recitaba hermosos versos suyos; D. Jeronimo de la Caballeria, que por larga experiencia y gran entendimiento podia hablar en todo, podia sal en todo; D. Juan de Albion preguntaba y dudaba con mucho juicio, y yo oia con atencion, y aseguro á vuestras mercedes que, aunque no pude echar de mí toda la ignorancia, destierre parte de ella en esta **conversación.**

Bien quisiera yo, señores, que moderasen vuestras mercedes los nombres que usan en esta Academia; que no llamasen al que preside Presidente, al que escribe Secretario, ni al que impugna o corrige Fiscal, sino que cada cual de vuestras mercedes hiciese ese oficio en su propio nombre, y que estos oficios no se diesen por eleccion y votos, sino por suerte, que con lo primero se quitaria grande ocasion á la fisga, y con lo segundo otros inconvenientes. Y porque dicen que la suerte es ciega, podrianse enmendar sus yerros, no durando el oficio más que una semana; que si el tenerle es honra, así se comunicaría á todos y cada cual tendria ocasion de mostrar su ingenio, proponiendo y tratando de la **manera que sabe.**

También se podría quitar la costumbre de los escritos que se traen al libro dorado con votos, y evitariase el enojo de los excluidos y la censura que por ventura se podría hacer de los admitidos, sino leer y censurar, sin que se sepa el nombre del autor, cualquier escrito que trujeren, que si cuerpo muerto fuere, el mar lo arrojara de sí.

En admitir compañeros había de haber un poco más de examen y rigor, porque si bien en los admitidos hasta ahora no hay que enmendar, podría ser que en adelante se errase, porque proponer y votar á un mismo tiempo, y casi á los ojos y oídos del que pide ser admitido, arguye facilidad y da materia de risa ó de enojo.

El principio que vuestas mercedes dan á su conversación con oír una lección del señor maestro Bustamante, me parece muy bien, que es preparar el entendimiento en cosas de gusto. Mas quisiera yo que no se obligara á leer siempre epigramas de Marcial, aunque es autoridad agradable y aragones, porque si no se han de leer (como no se han de leer) los deshonestos y obscenos, que al juicio de los mismos que los castraron son los mejores, muchos de ellos son insulsos y sin provecho. Tendrá por buena elección interponer algunos emblemas de Alciato, en los cuales hay materia para las armas y las letras, y como lo declara este nombre, emblema comprende muchas cosas: pueden ayudar mucho para las empresas militares y en la historia; de manera que no excluyo á Marcial, pero admito otros para variar el gusto.

Finalmente, me parece que las armas no se traten sólo de palabra, sino que se ejerciten, y que el último jueves de cada mes salgan armados los caballeros que quisieren al justador, y se encuentren ó corran lanzas, y en la casa que el jueves precedente hubieren señalado, tornen á pie sin gasto de galas, antes con pena irremisible al que hiciere alguna. Solamente ha de haber en el justador un

trompeta, en el torneo un atambor, de manera que sea perpetuo ensayo para cuando hubieren de ejercitarse en público; pero obligando á sacar siempre letra para ejercitar el ingenio y corregir las faltas que tuvieren.

Para esto habrían de nombrar vuestas mercedes un depositario, al cual cada jueves se acudiese con alguna moderada cantidad, la que bastare para los gastos forzosos, que son:

Regalar al señor maestro Bustamante, que, siendo su profesión enseñar, no es razón que entre vuestas mercedes la ejercite sin fruto.

Pagar al que sirve de portero y tiene cuidado de este aposento.

Pagar al trompeta y atambor.

Las lanzas y otras armas, el que las hubiere menester las pagará.

Los que particularmente cada noche oyen Diálctica y Retórica, hacen una cosa muy loable; y aunque esta lección no es general de la Academia, resulta en gloria de ella, pues produce tales deseos.

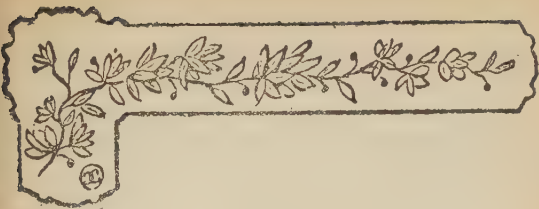
De todo lo que he dicho, elegirán vuestas mercedes lo mejor ó reprobaránlo todo, que sin humildad fingida lo someto á su corrección, suplicando perdonen mis faltas y den este lugar á otro que las supla.



CARTAS

ERUDITAS Y FAMILIARES






# I.

AL DR. BARTOLOMÉ LLORENTE

CAPELLÁN MAYOR

DE LA IGLESIA DEL PILAR DE ZARAGOZA 1.

*Para continuar Lupercio su Historia general de la España Tarraconense, le propone algunas dudas sobre el origen de aquel Santo Templo y le pide se las disuelva.*

UOD *felix faustumque sit*. Yo dí principio á la Historia general de la España Tarraconense, ó, por hablar más propiamente, de aquella parte que después de su recuperación de los moros se comprendió en la Corona de Aragón, cosa á mi parecer muy necesaria, porque, si bien tenemos desde entonces historias y alguna tan bien escrita, cuanto á la diligencia, como la tenga otra provincia del mundo, es acéfala; y, tomando el principio de ante-

(1) Ms. de la Biblioteca de la Academia de la Historia.



ayer, yo, siguiendo el camino de medio, no me he contentado con estas postrimerías, ni tampoco con repetir los tiempos de Túbal y las demás cosas de Joan Annio de Viterbo ó de su Beroso y de otros escritores, sus secuaces: lo uno porque están muy desacreditados, por más que el moderno Antonio de Guevara vuelva por ellos; lo otro porque cuando fueran acreditadísimos, no tengo por de gran importancia escribir las barbaridades antiquísimas de aquellas gentes que conocieron el verdadero Dios. Y así, dejando aquellos siglos como materia ruda y sin forma, comienzo con los felicísimos tiempos de Augusto, en los cuales Dios envió á su Hijo y se echaron los fundamentos de la Iglesia, porque aunque no se acabó la Sinagoga hasta el tiempo de Tiberio, todavía le competen á la Iglesia muchas de aquellas cosas que precedieron y también á España, si bien el conocimiento de la religión cristiana nació en ella en los tiempos de Claudio, con la venida de Santiago; *hic labor, hoc opus est*. No es mi intento hacer una historia puramente eclesiástica; pero, en los principios, lo más della tratará de cosas de la Iglesia, así porque, siguiendo el ejemplo de Valerio Máximo, se debe comenzar de las cosas sagradas y de la religión, como porque pretendo mostrar la antigüedad que tiene en nuestra tierra, la continuación y constancia con que ha permanecido y la esperanza que hay de que permanecerá hasta el fin de todas las cosas; y, porque á los primeros pasos he de topar con esa santa casa y templo angelical, me ha parecido acudir á él «por favor y gra-

cia,» por medio de tan gran ministro y sacerdote como vuestra merced, que con sus oraciones y sacrificios me le alcanzará del cielo, y con sus escritos y consejos me sacará de los pasos dificultosos y oscuros en que por fuerza habré de tropezar. Y sea el primero éste: en la décima persecución del tiempo de Diocleciano se ejecutó en esa ciudad tan cruelmente la furia del prefecto Daciano, como se infiere del martirio de Innumerables Mártires de Zaragoza y del de Lamberto; pues pregunto yo: si perecieron casi todos los cristianos y aun en los esclavos no se permitía su religión, ¿cómo permitió Daciano que el templo angelical permaneciese y no lo desmanteló? Persiguió á los cristianos fugitivos de Zaragoza hasta *Agreda*, donde, según la antigua tradición y algunos escritores, fueron martirizados en un campo que en aquella villa se muestra, y permitía un templo en Zaragoza, y tal templo dentro de la ciudad, á orilla del río, en parte llana y patente y celebradísimo (como es creíble teniendo tal origen) por aquellos cristianos tan fervorosos que morían por Dios con tanto ánimo. Cosa es ésta de la que yo deseo salir bien, porque si nos habemos de valer de milagros, también serían menester decir cuáles; si decir que Dios lo permitió por lo que fué servido, daremos lisa respuesta á los que nos propusieren esta duda, y así, señor, á vuestra merced toca ayudarme con todas sus fuerzas.

Á otra objeción que se hace (porque la primera es mía, á lo menos á nadie la he oído) de que como Aurelio Prudencio, ciudadano de esta ciu-

dad, varón tan docto, tan pío y tan devoto de su patria, escribiendo della tan menudamente, que aun de Cayo y Cremencio, no conocidos en nuestros tiempos, hace memoria en el Himno de los Mártires de Zaragoza; y comparando, mas antes haciendo esta ciudad incomparable en las consagradas con Santos; y haciendo tanta fuerza en que no le usurpe Sagunto á Vincencio, no habla palabra del templo de Nuestra Señora? Á esta objeción yo le daré respuesta, y también á Ambrosio de Morales que nos quiere quitar á Prudencio y hacerle de Calahorra probando con demostración lo contrario.

Leyendo atentamente á Prudencio, hallé en el *Dittocheo* ó *Enchiridion* unos versos que, si fuesen ciertos los presupuestos que luego diré, harían argumento de ese santo templo y de su antigüedad; los presupuestos son éstos: el Pilar que vemos en esa capilla dicen que fué traído á ella por los ángeles: siendo así como la tradición lo asegura, habemos de dar alguna causa digna de que tales ministros lo trujesen y de que la Virgen se pusiese sobre él; ¿pues qué causa más verosímil que aquél en que Nuestro Señor Jesucristo fué azotado? Yo así lo oí predicar siendo niño al Padre Gobierno, y aun, si no me acuerdo mal, le aplicaba en la color y circunferencia alguna semejanza con el que está en Roma, de lo cual se podía sacar argumento que fuesen el uno y el otro fragmentos de aquél en que fué azotado Cristo, y cuando fuesen diferentes (esto vuestra merced lo sabrá, pues los ha visto entrambos), también se

puede creer que entrambos hubieran servido en aquel sacrílego ministerio, porque en algunos edificios, y más en los de judíos, vemos dos, tres y aun cuatro pilares pequeños juntos sustentar un arco, de la manera que en los Mártires de Santa Engracia, digo en la Capilla soterránea, si bien me acuerdo, se ven, y á esto parece que alude el primer verso de Prudencio de los que luego referiré. Supuesto, pues, todo lo dicho, Prudencio en el *Enchiridion*, habiendo discurrido por todo el Testamento viejo y nuevo, haciendo á manera de epigramas cuatro versos á cada lugar propuesto de los de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, hace uno cuyo título es: *Columna ad quam flagellatus est Christus*, y luego dice:

Vinctus in his Dominus stetit ædibus, atque columnis  
 Annexas tergum dedit, ut servile, flagellis.  
 Perstat adhuc templumque gerit veneranda COLVMNA,  
 Nosque docet cunctis immunes vivere flagris.

Lo primero yo pondero (para lo que dije de que era más de una columna la que estaba en el Pretorio ó aposento donde Cristo fué azotado), que en tiempo de Prudencio, que há más de mil y trescientos años que escribió, se creía así, y por esto dijo *columnis*. Lo segundo, que aunque comienza hablando con las casas de Pilatos, acaba el período en el segundo verso y ha de haber punto en *flagellis*. De manera que hace luego traspaso y trata de un templo que entonces tenía una de aquellas columnas. Lo tercero, que aquella palabra *nos* del cuarto verso, si no la referimos á to-

dos los cristianos, pues Prudencio fué de Zaragoza, se puede decir que hablaba de sus ciudadanos, y decir que era este templo y columna prendas de su seguridad, acudiendo á la promesa que hizo la Virgen, como se lee en esa relación que tiene vuestra merced en su claustro. Comuniqué este pensamiento con cierto hombre docto, pero no tan aficionado como yo á esa ciudad, y díjome que la explicación de estos versos se puede sacar de la *Epístola 27 de San Jerónimo de Eustochio*, en la cual, hablando de San Pablo, dice (*Hieronim., c. 27*): *Ostendebatur illi columna æcclesiæ porticum sustinens infecta cruore Domini ad quam vinctus flagellatus*. Y, porque la columna sustentaba el pórtico, dijo Prudencio: *Templumque gerit*, tomando el todo por la parte; y á esto no se le puede dar otro sentido, y es que estaba en medio del templo la columna, porque lo estaba en el tiempo de Beda, como lo dice en el libro de *Locis Sanctis* en el capítulo III. Á mí me parece esta interpretación ajena de la verdad, porque *gerere templum* no quiere decir que sustenta el templo, y sería durísima y exquisita traslación, y es sentido corriente, claro y usado estotro, *gerere nomen, magistratum et honorem templi*. Vuestra merced me ayude á este intento si le pareciere digno de su ayuda; por lo menos si yo pudiese con el Cabildo desa santa Iglesia, suplicaríale que sobre la reja que está en la parte de afuera, donde adoramos el Pilar, pusiese un mármol ó una tablita dorada con esta inscripción: «Ex carminibus Aurelii Prudentii Clementis, viri consularis, Cæsaragus

tani qui floruit tempore seu imperio Valentiniani et Theodosii.» Y luego poner los versos de arriba, ó lo menos los dos últimos que se pueden aplicar al Santo Pilar y hacen sentido, aunque no estén asidos á los precedentes.

Hame parecido discurrir con vuestra merced familiarmente en esta materia, por cumplir con mi obligación y por aprender, como siempre lo hago, con sus cartas: allende de esto, suplico á vuestra merced me envíe las palabras más favorables que allá tienen vuestras mercedes y más antiguas de Gelasio ó de otro Pontífice, tratando de esa casa santa, y un índice de lo que vuestra merced escribió, y si no le hubiere impreso, sea manuscrito; también dos ó tres relaciones de las que imprimieron para poner en el claustro, y sea á lo menos una en romance, porque es para cierta persona devota que no sabe latín y me hace gran instancia por ella. Y vuestra merced, por amor á Dios, que sin aguardar el suceso de las láminas de Granada, que para mí son vanísimas, saque á luz la historia desa santa casa <sup>1</sup>; mire que el mayor argu-

<sup>1</sup> En el tomo I de la colección de Traggia, que guarda la Academia de la Historia, se registra una *Historia de la iglesia del Pilar desde sus primitivos tiempos*, escrita por el Dr. Llorente; y en el archivo de aquel santo templo existen cinco libros mss. de este canónigo, dos en castellano y tres en latín, los cuales tratan de los Anales de tan insigne iglesia, de la fundación de la Orden de canónigos regulares, de otras prebendas seglares que había en ella y del gobierno de su hacienda.

De D. Bartolomé Llorente no hay publicada más que una *Vida de San Braulio, obispo de Zaragoza*, impresa en esta ciudad por Angelo Tavano, el año 1603, en 4.º

mento que se puede hacer contra ella, es hacer ó no tener historia escrita por sus canónigos, teniéndolos tan doctos, y que esta razón atropella á cuantas vuestra merced puede alegar disculpando su tardanza, cuanto más que poco va en que los compañeros de Santiago hayan sido siete ó mil para nuestro propósito, que no es sino probar la venida del Apóstol.

Gran merced me hizo el Cabildo ó vuestra merced, que claro está que fué el que le movió, con la vela de Nuestra Señora: no escribí besándole las manos por ella, porque como vuestra merced no me advirtió dello, creí que fuera impertinente, todavía suplico á vuestra merced que en ocasiones signifique á esos señores cuán cierto me tienen en su servicio.

Mis hermanos, el Capellán y Fr. Pedro, que está en esta corte y le hacen todos y en su orden gran merced, besan á vuestra merced las manos. Doña Mariana hace lo mismo. Guarde Nuestro Señor á vuestra merced como puede. Madrid á 29 de abril de 1599.—*Lupercio Leonardo*.

Dáme tanta priesa el Sr. D. Mathías de Moncayo, que no puedo volver á leer esta carta: vuestra merced enmiende las faltas.

Sr. D. Bartolomé Llorente, Capellán mayor y Canónigo de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.



## II.

### AL PADRE JUAN DE MARIANA <sup>1</sup>.

*Sobre que Aurelio Prudencio fué natural de Zaragoza y no de Calahorra, como Ambrosio de Morales y Mariana, siguiéndole, dicen en sus historias.*

#### CARTA PRIMERA.



<sup>1</sup> Ambrosio de Morales no hubiera descubierto el fundamento que tuvo para hacer á Prudencio natural de Calahorra, sino que solamente con su autoridad quisiera defender su opinión, por ventura hubiera alguna dificultad en persuadir la mía (mas no mía, sino

<sup>1</sup> Á causa de haber consignado Ambrosio de Morales en su *Crónica general de España*, con harta ligereza, que el poeta zaragozano Aurelio Prudencio Clemente era natural de Calahorra, suscitóse á comienzos del siglo XVII, entre los eruditos españoles, una empeñada polémica, en la que terciaron, con la brillantez propia de sus ingenios, los hermanos Argensola. Habiendo el P. Mariana seguido la opinión de Morales, Lupercio dirigió al primero una carta en que defendía la causa de Aragón, á la cual contestó el docto jesuita, desde Toledo, el 23 de agosto de 1602 (Apéndice C). Halló esta respuesta ausente de Zaragoza al denodado defensor de la ver-



común) á los que siguen á Morales; pero habiendo él mismo señaládonos en dónde se funda, con facilidad espero hacer que no le den crédito en esto.

En el capítulo XLI del libro X, dice Morales estas palabras: *Deste tiempo y de más adelante es el poeta Aurelio Prudencio Clemente natural de Calahorra; y aunque él alguna vez parece llame á Zaragoza su tierra, no se ha de entender así, pues esta otra es verdad muy cierta y que él manifestamente lo afirma.* ¿Quién por estas palabras no creyera que tenía Ambrosio de Morales escritura de mano del mismo Prudencio en que afirmase ser Calahorra su patria? Pues el testimonio que trae es poner en la margen de este capítulo estas palabras: *En el himno de San Hemetario y Celedonio.* De manera que éste es todo su fundamento, porque si otro tuviera, no se descuidara de ponerle; pues en otro capítulo antes se empeñó á probar que Prudencio era de Calahorra y no de Zaragoza. Examinemos, pues, este himno, que es el primero del libro *Peri Stephanon* de Prudencio, cuyo título no sé yo si se ha de atribuir al autor. En algunos libros está así: *Hymnus in honorem Sanctorum Martyrum He-*

dadera patria del Príncipe de los poetas cristianos; y Bartolomé, corroborando los argumentos de su hermano, replicó entonces á ella en una carta que dirigió á una persona de distinción (cuyo nombre se ignora), en tanto que más tarde pudo hacerlo Lupercio directamente al P. Mariana, como se verá en la segunda carta que publicamos.

Las imprimió por primera vez D. Juan Antonio Pellicer en su *Ensayo*, etc., páginas 50-58, 71-74; y existen Mss. en la Biblioteca Nacional y en la Academia de la Historia.

*meterii et Cheledonii Calagurritanorum*. En otros: *Hemeterio et Cheledonio Calagurritanis Hymnus*. En el himno no están nombrados estos Santos ni tampoco Calahorra; pero puédese defender ser verdadero título por no haber otro que lo contradiga, y porque las cosas del martirio de estos Santos contenidas en este himno, en otras historias se cuentan de Hemeterio y Celedonio, y porque en el de los Mártires de Zaragoza dice el mismo Prudencio tener Calahorra dos Santos en gran veneración, aunque tampoco los nombra. En este himno, pues, al fin de él dice Prudencio:

*Hoc bonum Salvator ipse, quo fruamur, præstitit,  
Martyrum cum membra nostro consecravít oppido.*

Infiere de aquí Ambrosio de Morales, que pues dijo Prudencio *oppido nostro* (supuesto que habla de Calahorra, que por no cavilar se le concede), prueba evidentemente ser patria de Prudencio. Aquí empieza y acaba toda su máquina. Y aunque contra ella no hubiera otra cosa más que ver que mal cumplió lo que promete en las palabras referidas de arriba, quedaba deshecha, pues se ve que no solamente no lo afirma Prudencio; mas no se colige de estas palabras, no habiendo, como no hay en todo el himno, otras que ayuden á este sentido, cuanto más teniendo, como tenemos por esta parte, los autores y razones que siguen. Aldo Manucio, que escribe la vida de Prudencio, comienza de esta manera: *Aurelius Prudentius Clemens, vir Consularis, genere fuit Hispanus ex Urbe Cæsaraugusta, ut ex hymno colligimus,*

*quem in laudem duodeviginti Martyrum Cæsaraugustanorum scripsit.* Había muy bien Aldo visto todas las obras de Prudencio, pues por lugares de ellas cuenta todo lo demás de su vida. Antonio de Nebrija dice lo mismo en el comento que sobre este autor hizo en el himno de los Mártires de Zaragoza, que comienza: *Bis novem noster populus*, etc., con estas palabras: *Quia, ut in Prudentii vita diximus, Cæsaraugustanus fuit.* Juan Vaseo, en el Chronicón de España en el año de 350, dice: *Natus est Cæsaraugustæ Aurelius Prudentius Clemens Philipo et Salia Consulibus.* Sixto Senense, en el libro IV de la Biblioteca santa, siguiendo á Manucio: *Aurelius Prudentius Clemens, vir Consularis, Hispanus, ex Urbe Cæsaraugustana.* Víctor Geselino, tan cuidadoso investigador de la vida de Prudencio que le quita el Consulado que esotros autores le atribuyen, dice también que es de Zaragoza, como se dirá adelante. La razón que á Aldo y á Antonio de Nebrija debió mover, es muy urgente. Lo primero, porque este himno está lleno de afectos que tienen los hombres á las cosas de su patria. De manera que aunque no hubiera palabras expresas (como las hay muy repetidas), cualquiera persona juzgará tener el autor afición de hijo de Zaragoza cuando leyere este himno, cuyo principio es:

*Bis novem noster populus sub uno  
Martyrum servat cineres sepulcro:  
Cæsaraugustani vocitamus Urbem,  
Res cui tanta est.*

*Pleda magnorum domus Angelorum  
Non timet mundi fragili ruinam,  
Tot simul gestans simul offerenda  
Munera Christo.*

Es verdad que en Zaragoza hay grandes tesoros de mártires; pero bien se ve que aquí excedió Prudencio y se dejó llevar del amor de su patria, pues dice que apenas Roma le es superior en esto; que hizo inferior á Córdoba, Tarragona, Gerona, Calahorra y otras muchas ciudades. Cuando Dios, dice, venga á juzgar el mundo, todas le ofrecerán sus santos: unas ofrecerán uno, otras dos, otras cinco; pero Zaragoza á todas hará gran ventaja. Víctor Geselino, sobre este lugar, dice: *Præ reliquis Hispaniæ oppidis patriam suam Cæsaraugustam duodeviginti Martyrum reliquiis ditatam laudat*, etc. Oigamos las palabras de Prudencio:

*Tu decem Sanctos revehes et octo  
Cæsaraugusta studiosa Christi,  
Verticem flavis oleis revincta  
Facis honore  
Sola in occursum numerosiores  
Martyrum turbas Domino parasti:  
Sola, prædives pietate, multa  
Luce fruëris.*

Luego, más adelante, muestra otro ímpetu de afecto, diciendo:

*Ipsa vix Roma in solio locata  
Te, decus nostrum, superare in isto  
Munere digna est.*

Y lo que se sigue que está lleno de alabanzas de hijo. Unas veces la llama patria de Mártires, donde no entra horror ni tinieblas. Otras dice que en todas las plazas habita Cristo; y pareciéndole aún poco decir en las plazas, dice que no hay parte de ella donde no esté Cristo: *Christus ubique est*. Llama templo á toda la ciudad, y dice con una hermosa metáfora que jamás la Iglesia fué perseguida sin gloria de Zaragoza. Luego, arrebatado del mismo amor, hace argumento para que se entienda que el martir Vincencio fué de Zaragoza, aunque fué martirizado en otra ciudad, y repítelo diciendo cuasi con palabras claras que era su compatriota, que son éstas:

*Noster est, quamvis procul hinc in Urbe  
 Passus ignota dederit sepulcri  
 Gloriam Victor, propè litlus altæ  
 Forte Sagunti,  
 Noster, et nostra puer in palæstra  
 Arte virtutis fideique olivo  
 Unctus, horrendum didicit domare  
 Viribus hostem.*

Y más adelante:

*Laureis doctus patriis eadem  
 Laude cucurrit.*

También se descubre este afecto en el cuidado que tiene de nombrar á Zaragoza luego al principio del himno, diciendo:

*Cæsaraugustam vocitamus Urbem,*

habiendo dicho primero *noster populus*, y más adelante:

*Tu decem Sanctos revehes et octo,  
Cæsaraugusta studiosa Christi,*

y más adelante:

*Hunc novum nostræ titulum fruendum  
Cæsaraugustæ dedit ipse Christus.*

El mismo cuidado tuvo de declarar los nombres de los mártires *renuente metro*, como él dice, por cumplir su deseo. ¿Mas para qué es menester desmenuzar el himno? Desde el principio al fin va probando este intento. Al principio dice: *Nuestro pueblo, al cual llamamos Zaragoza*. Después otras dos veces vuelve á nombrarla, y la última vez dice: *Nuestra Zaragoza, decus nostrum*. Otra dijo: *Nec furor quisquam* (habla de Zaragoza) *sine laude nostrum*. De Vincencio ya se ha dicho cómo le llama dos veces *noster*, y llamando metafóricamente á Zaragoza *escuela de lucha*, dice: *En nuestra escuela fué enseñado Vicente á domar el enemigo*. En otra parte dice: *Este título dió Cristo á nuestra Zaragoza*. Y finalmente (porque sigue la metáfora de hacer templo de cristianos á la ciudad) dice: *Ser un altar y presidio, á donde acuden á pedir perdón de sus pecados*.

*Hæc sub altari sita sempiterno,  
Lapsibus nostris veniam precatur  
Turba, etc.*

Y él se pone en el número de los que suplican, prosiguiendo:

*Nos pio fletu, date, perluamus  
Marmorum sulcos, quibus est aperta  
Spes, ut absolvam retinaculorum  
Vincla meorum.*

Y luego:

*Sterne te totam generosa Sanctis  
Civitas mecum tumulis, etc.*

Léase y reléase el himno en que se funda Ambrosio de Morales. Veamos si hay en él alguna palabra que descubra algún afecto particular de Prudencio. No nombra á Calahorra, como está dicho, ni á los Santos Hemeterio y Celedonio: ¿pues dónde está aquella verdad tan cierta que dice Ambrosio de Morales? ¿Dónde aquella afirmación del mismo Prudencio? Yo cierto no la hallo. Si se respondiere que en aquella palabra *oppido nostro*, replicaré lo que Antonio de Nebrija sobre este lugar. *Oppido nostro*, dice Antonio, *id est Calagurris; sed quomodo nostro, si Prudentius Cæsaraugustanus est? An nostro, id est Hispano? An Celtibero? An quod Calagurris á Cæsaraugusta non multum distet?* Y añadiré, en confirmación de esto, que Calahorra, en el tiempo que Plinio escribió la Historia Natural, era del convento de Zaragoza, como lo dice en el capítulo III del libro III, y Prudencio floreció poco más de trescientos años después en el imperio de Teodosio, y por eso Prudencio la llama *lugar nuestro*. Y cuando hubo

de nombrar á Sagunto en el himno de los Mártires de Zaragoza, no dijo nuestra Sagunto porque era de otro convento, como dijo *nostra Calagurris*. Lo mismo sintió Víctor Geselino, á quien se debe el comentario y enmienda de Prudencio, que sobre el himno de Hemeterio y Celedonio dice: *Calagurritanum fuisse cognoscimus ex himno Cæsaraugustanis dedicato, ubi ita:*

*Nostra gestabit Calagurris ambos  
Quos veneramur, etc.*

*Quibus verbis Calagurrim suam facit, quod teste Plinio Calagurritani Cæsaraugustano Conventui annumerentur.*

De que pudo errar Ambrosio de Morales, pienso que está V. P. desengañado. De que leyó con poca atención este himno, podrá desengañarse con saber que afirma en su Historia que Prudencio dice haber visto un pedazo del hígado de Encrates ó Engracia (que es lo mismo), infiriéndolo de este verso:

*Vidimus partem iecoris revulsam.*

Sin atender que más adelante se declara Prudencio fingiéndose presente al martirio poéticamente, y así se sigue el verso de arriba:

*Ungulis longe jacuisse pressis:  
Mors habet pallens aliquid tuorum,  
Te quoque viva, etc.*

Si ya también no quiere Ambrosio de Morales que Prudencio se hallase presente al martirio de esta Santa en tiempo de Diocleciano.



El mismo Ambrosio de Morales dice que se debe tener gran respeto á los Oficios de los Santos que en las iglesias particulares se rezan. ¿Qué será, pues, de los que se rezaren en una iglesia tan antigua é insigne como la de Zaragoza? En la cual hay Oficio de estos mártires. Y en la segunda lición del segundo nocturno dice así: *Quorum nomina* (trata de los mártires), *Prudentius, vir Consularis, ejusdem Civitatis non exigua gloriæ portio, recenset.* Aunque Geselino, por algunas conjeturas, no quiere que haya sido Consul: á una de ellas, que es no hallarse en los Fastos, se satisface con decir que fué Sufecto.

Aunque V. P. me dijo que había seguido en esta opinión de Prudencio solamente á Ambrosio de Morales, quiero también responder á lo que el señor Arzobispo de Toledo, García de Loaysa, escribió en las notas de los Concilios de España, porque con su autoridad no se impida mi razón. Dice, pues, en las Notas al Concilio apud Lucum, pág. 159, hablando de Calahorra: *Est urbs celeberrima cive Marco Fabio Quintiliano, et Prudentio, ut ipse inquit.*

*Nos Vasco Hiberus dividit.*

Pues el señor Arzobispo dió este verso por fiador de su opinión, pague como fiador y veamos si tiene caudal. Este es de un himno hecho á San Lorenzo, en el cual dice que son bienaventurados los romanos, porque de cerca veneran los huesos de este Santo, y luego prosigue diciendo:

*Nos Vasco Hiberus dividit  
 Binis remotos Alpibus,  
 Trans Cottianorum juga,  
 Trans et Pyrenas ninguídos.*

¿Colígese de aquí ser de Calahorra Prudencio? Porque si por decir *el Vasco Hebro nos divide de Italia* se ha de entender que nombra su patria, todos los lugares de la ribera del Ebro pueden tener derecho á este título, y Zaragoza no le perderá, pues la baña este río.

También quiero acordar á V. P. que en otra cosa de Zaragoza se engañó el señor Arzobispo notablemente, siendo no antigua, sino presente, y que la tenía entre manos. Dice, pág. 169, tratando del Obispado de Urgel: *Nunc Suffraganeum Cæsaraugustano Archiepiscopo*, y no es Sufragáneo, sino al de Tarragona. ¿Quién había de pensar que en esto hubiese yerro? Yo por cierto excuso á Juan Botero, que le siguió en la relación del mundo. También V. P. tuvo justa causa de creer que Ambrosio de Morales había leído y entendido los versos de Prudencio, siendo hombre que hacía profesión de enseñar la lengua latina y retórica, pues osó en su Historia dos veces afirmar que Prudencio era de Calahorra, y que él mismo lo decía manifestamente; que por lo menos en decir que Prudencio lo decía manifestamente, se engañó manifestamente, y en decir que alguna vez parece que llama á Zaragoza su tierra, pues no alguna, sino muchas veces lo dice en este himno. En el que cita á su favor, ninguna

nombra á Calahorra. Suplico á V. P. me perdone si he sido prolijo, que digno es Prudencio de que los de aquella tierra le rescatemos de manos de los que nos le usurpan, y mucho más digno de esta contienda que Homero de la que tenían Es-mirna y otras ciudades, pues la poesía de Pruden-cio es más útil y consagrada por la Iglesia para sus sagrados cánticos. Pues V. P. dice que sin otro examen siguió á Ambrosio de Morales, sírva-se de examinar la prueba que traigo contra él, que yo espero de su justicia de V. P. que le resti-tuirá á Zaragoza. --Zaragoza y agosto 15 de 1602.  
--*Lupercio Leonardo de Argensola.*

#### CARTA SEGUNDA.

Porque en mi ausencia entiendo que mi herma-no ha replicado á V. P., y donde él pone la mano no es menester que otro satisfaga, responderé brevemente á su carta de V. P., en que descubre (aunque muy descubierto está en el mundo) su gran ingenio, y el amor y correspondencia que tuvo con el señor Arzobispo de Toledo, García de Loaysa.

Á lo primero respondo confesando que mi ar-gumento no es dialéctico; mas no me podrá negar V. P. que no es conjetural, ni que en la Historia antigua no es de gran importancia. ¿Qué digo en la Historia? El derecho admite las conjeturas, y por ellas se dan cada día sentencias por mil jueces justos sobre haciendas, vidas y honras; ni tam-po-

co me puede negar, ni lo niega, respecto de mostrar cuán mal cumplió su promesa Ambrosio de Morales, que no sea mi argumento evidentísimo y cuasi como demostración matemática, que lo uno y lo otro basta para conseguir mi intento.

Á lo que dice V. P. que el de Talavera puede decir *nuestro Toledo* por ser su Diócesis, digo que puede, aunque con alguna impropiedad; pero Prudencio no dijo solamente *nostra Cæsaraugusta*, sino *noster populus*, y *populus*, como V. P. sabe mejor que yo, en latín no significa lo que en español, el número de casas agregadas debajo de un nombre, sino la gente que las habita; y así *popularis meus Geta*, que dijo Terencio, es *Geta mi compatriota*; y si Prudencio era de Calahorra, no podrá sin errar llamar *populus noster* al de Cesar-augusta; pero propísimamente pudo decir *nostra Calagurris* por las razones que tengo dichas, conformándome con Antonio de Nebrija y con Víctor Geselino, á lo cual ayuda mucho el argumento retórico y no dialéctico, como V. P. dice en su carta, que es el efecto y cuidado del himno de los Mártires de Zaragoza, y la tibieza y descuido de los de Calahorra.

Á la defensa del señor Arzobispo interpretando el verso *Nos Vasco Hiberus*, etc., digo que confieso á V. P. que el nacimiento del Ebro no es en la Vasconia, y que Zaragoza está en la Edetania ó Sedetania, y que se engañó Antonio de Nebrija cuando dijo en el comento deste verso que Ebro nace en la Vasconia, porque Estrabón y Plinio dicen que nace en un lugar de la Cantabria, no lejos

de Juliobriga, y Marco Porcio Catón también lo afirma. También confieso que en esta región está Calahorra; mas no se sigue de aquí que sea patria de Prudencio, porque es fácil traslación en un poeta dar á los ríos y á las ciudades epítetos según las regiones por donde pasan ó están fundadas y tomar la parte por el todo. Era famosa la Vasconia, no lo niego: por esto llamó Prudencio á Ebro Vasco, y porque atravesaba toda aquella región, de donde Festo Avieno también le describió por el paso que hace por ella, aunque pasa por otras. Sus versos son éstos:

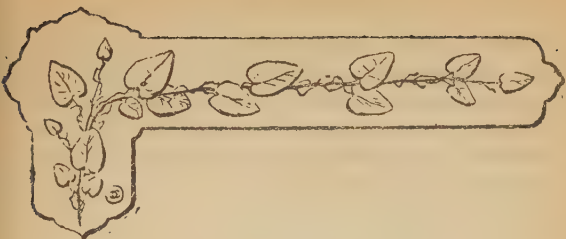
*At Hiberus inde manat annis et locos  
Fœcundat unda. Plurimi ex ipso ferunt  
Dictos Hiberos, non ab illo flumine  
Quod inquietos Vascones prælabitur.*

Y dice Jerónimo Zurita en el comento que hizo al Itinerario de Antonino Pío ó de Antonio Augusto: *Recte Prudentius Hiberum Vasconum appellat, quia Vascones prælabitur*. Mas tomémoslo más rigurosamente. ¿Qué más razón hay para que por este verso se colija que Prudencio era de Calahorra que de otro lugar de la Vasconia, porque dijo en el himno de Hemeterio y Celedonio *oppido nostro*? ¿Y, en el de los Mártires de Zaragoza, *nostra Calagurris*? Ya he respondido á este argumento con razones y autores; y si habemos de probar esta Historia con argumentos dialécticos, bien ve V. P. que no lo es el que se trae para hacer á Prudencio calahorrano, y que ni aun en Re-

tórica tiene buen fundamento, sino remotas y flacas conjeturas. Y más digo: que se me han de admitir no solamente conjeturas, sino cualesquier casos posibles para sustentar la tradición y autoridad de estos autores, y que caso negado que el verso de Prudencio, *Nos Vasco Hiberus dividit*, etc., se hubiera de interpretar á la letra, y no se admitieran, como se deben admitir, las licencias de los poetas, pudo decir esto Prudencio, porque por ventura cuando tuvo aquel impulso de devoción que le obligó á hacer aquel himno de San Laurencio, se hallaba en la Vasconia, y puso el obstáculo presente del río, y el ausente y remoto de los Pirineos y Alpes que le impedían el visitar las santas reliquias del mártir Laurencio, en que bien se ve lo que se extiende la licencia poética; y (pues tratamos de despojar á Calahorra) dígame V. P. qué fundamento tuvo el señor Arzobispo ni los otros autores para decir que Fabio Quintiliano era hijo de Calahorra. San Jerónimo, en el Cronicón de Eusebio; Ausonio, en la Memoria de los retóricos de Burdeos, lo dicen: confiésolo; pero también sabemos que no dicen de cuál de las Calahorras, y que había dos ciudades de este nombre: *Calagurris Nasica*, cuyas ruínas están en Aragón, y *Calagurris Fibularensis*, que está en Castilla: ¿por qué han de entender más estos autores de la una que de la otra? Yo, con las mismas palabras de Jerónimo Zurita, digo: *Utra earum nobilis sit Fabio Quintiliano alumno, neminem arbitror affirmare posse*. Concluyo, pues, en que Ambrosio de Morales se engañó en la patria de Prudencio, con-

firmando mi argumento del afecto con la experiencia; pues vemos que por hacerle no solamente ciudadano de su ciudad, sino natural de su provincia, contendieron y contienden agora tantos autores, y así vuelvo á repetir aquí lo que en esta materia dije en mi carta.





### III.

## Á D. PABLO DE SANTA MARÍA

CABALLERO AFRICANO I.

*En defensa de los Anales de Jerónimo Zurita.*

#### ADVERTENCIA.

**T**AMPOCO me parece ajena del título deste libro 2 la carta que se sigue, pues en ella se defiende á Jerónimo Zurita, varón insigne, de quien con gran causa debe honrarse este reino; ni yo pienso que mi trabajo ha sido vano, porque si el salvar en la batalla la vida de un ciudadano era hecho digno de

I Escribe Pellicer que D. Pablo de Santa María sería acaso un principal judío, docto y muy adinerado, que se convirtió á nuestra Santa Fe por los años de 1587, á juzgar por lo que indica el P. Sepúlveda (*Sucesos de su tiempo*, Ms.), y recibió el bautismo en el Real Monasterio del Escorial de mano de García de Loaisa, maestro del Príncipe, siendo sus padrinos el Rey Felipe II y su hija la Serma. Infanta Doña Isabel Clara Eugenia. Pusiéronle por nom-



corona cívica, algún premio se debe al que defiende la fama de un ciudadano muerto, aunque, por decir verdad, más pongo aquí esta carta por defenderme á mí de la calumnia que algunos me hacen, que por defender á Zurita; si bien es verdad que cuando la escribí fué mi intento responder á sus detractores, y no mezclarme entre ellos como algunos falsamente han creído ó procurado que se creyese. Desto me avisó un caballero muy principal deste reino, y yo luego junté á un nieto y algunos deudos de Jerónimo Zurita y les leí la carta, rogándoles que me dijesen si aquellas oposiciones eran inventadas por mí ó las habían oído á diversas personas, y si les parecía que mis respuestas satisfacían ó no, porque yo estaba dispuesto á hacer cualquier enmienda. Respondió su nieto que no solamente después de la muerte de su abuelo eran públicas, mas que viviendo llegaron á sus oídos, y que él le oyó á él mismo decir en su satisfacción casi todas las respuestas que yo

bre el ya indicado de Pablo, y anduvo mucho tiempo en la corte, donde se hizo lugar distinguido por sus grandes riquezas y rara doctrina y erudición, que, en particular, reveló en la copiosísima y bien dispuesta tabla que compuso de cuantos hechos notables registran los anales de Zurita.

La *Advertencia* que escribe Lupercio, como preliminar á la *Carta* dirigida al caballero africano, la imprimió íntegra Pellicer en su *Ensayo*, etc., páginas 21-23; y parte de ella, juntamente con la *Carta*, se lee en los *Progresos de la Historia en el reino de Aragón y elogios de Jerónimo Zurita*, publicados por el Arcediano Dormer: Zaragoza, herederos de Diego Dormer, año 1680, lib. II, cap. XII, páginas 188-191.

2 Información de los sucesos del reino de Aragón en los años de 1590 y 1591.

do, y que me debían todos sus deudos agradecer este cuidado, y así lo afirmaron todos los que estaban presentes. Si se engañaron, júzguelo el lector. En esto á lo menos no hay engaño, que jamás tuve intento de defraudar al secretario Jerónimo Zurita de su gloria, sino de celebrarle y estimarle, como lo merecía su gran erudición, prudencia y bondad, dignísima de los elogios que muchos autores de varias naciones hacen en su alabanza. Algunos dellos refiere el P. Andrés Schoto, eruditísimo varón, cuyo discípulo me precio de haber sido en el tiempo que asistió en esta ciudad antes que entrase en la Compañía de Jesús. Están estos elogios en el Itinerario de Antonino Pío (así le llaman vulgarmente), que con gran erudición anotó el secretario Zurita, y con gran cuidado sacó á luz el P. Schoto. ¡Pluguiera á Dios que los sucesores de Zurita le tuvieran y no dejaran en poder de Jerónimo López, librero de Madrid, sepultada la Historia del Rey D. Pedro de Castilla, que llaman *el Cruel*, ni en la librería del Monasterio de Aula Dei las anotaciones que hizo sobre el poeta Claudiano, ni el libro de la Consolación de Boecio, ni otros muchos papeles y trabajos de gran erudición y doctrina que yo he visto deste autor! Y nadie crea que contradice á esta verdad el no seguirle yo en todo lo que escribió, porque el tiempo descubre y apura en unas edades cosas que estaban ocultas y confusas en otras. Y en algunos doctores de la Iglesia hay opiniones que hoy no se pueden tener y afirmar, por haberse determinado lo contrario por los Sacros

Concilios. Así que el apartarse de la opinión de Zurita no es ser detractor de Zurita, y más en la Historia, donde el que escribe debe ser, como dice Horacio: *Nullius addictus jurare in verba magistri* <sup>1</sup>.

#### CARTA.

Cuatro cosas han sido deseadas en las obras del cronista Jerónimo Zurita, ó (por hablar más claramente y según el uso del vulgo) de cuatro cosas ha sido ásperamente reprendido: dejó las muchas que le opuso Alonso de Santa Cruz, por ser notoriamente maliciosas, ignorantes é impertinentes, y porque doctamente respondieron á ellas Ambrosio de Morales y el Dr. Páez de Castro, coronistas de Castilla, y D. Felipe de Guevara, caballero castellano muy docto, defendió también su causa en otra ocasión. De la primera culpa algunos hombres coléricos y curiosos han sido autores, diciendo que escribiendo anales y tan largos es muy redundante y prolijo en el estilo, y alegan en favor de esta opinión á Cornelio Tácito, escritor de anales famoso, que propone escribir desde los extremos de Augusto hasta los tiempos de Divo Nerva, tiempo no muy breve, y con todo eso usa de estilo breve y ceñido, y que lo mismo debiera hacer Zurita. Pero los que le defienden (que es cierto digno de ser defendido y loado) responden que también Marco Tulio padeció esta calumnia y es

<sup>1</sup> Horat., *Lib. epist.*, epist. I.

el Príncipe de la elocuencia romana, y que no ignoró Zurita los escritos de Tácito, antes fué versadísimo en ellos, como lo muestran los que han salido á luz en latín y en romance, y otros que, con gran culpa de sus sucesores, se perderán presto y yacen en tinieblas; ni tampoco dejan de traer ilustre ejemplo á quien Zurita haya imitado, pues Tito Livio, maravilloso escritor de anales, escribió largamente los de la República romana en tantos libros, sin encerrarse en estilo lacónico ó limitado.

De la segunda falta que le oponen, son autores algunos de su misma patria: acúsarle de poco diligente en inquirir principios, muy parco en escribir los hechos de nuestros mayores, temático en callar cosas vulgares dignas de ser escritas por él contestando con otros autores, escrupuloso en los hechos propios y gran alabador de los extranjeros. Á éstos que verdaderamente calumnian, fácilmente responden los defensores de Zurita, primeramente, mostrando cuán poca envidia causan los que han querido buscar más antiguos principios á nuestras historias y subir á los montes Pirineos: Zurita detuvo el paso donde halló el agua turbia, y, usando de las mismas palabras y excusa de Plutarco, confesó al principio de sus anales que dejaba sirtes y arenales para que otros los descubriesen, y allí envolvía su historia donde no llegaba su noticia. En los hechos públicos de Aragón es falso testimonio decir que fué parco; en los privados no había Zurita de mendigar y rogar á los particulares que le diesen papeles auténticos de sus

casas; algunos tuvieron este cuidado, y él de admitir lo que le pareció de ellos digno de fe y de historia, y yo sé que logró bien, aunque no como quisieran algunos; mas Zurita no admitía sueños ni fábulas viejas. No quieren los hombres que viven ser mejores de lo que son, que está en su mano y no se contentan con menos origen que el que desean tener, que no está en ella. Acuérdomme que, hablando en esta materia, dice Séneca que los hombres de su tiempo, contando su linaje, donde les faltaba á su gusto algún ascendiente, ponían un Dios; así agora todos quieren en sus linajes reyes, y no se contentan menos que con coronas reales; y si el escritor que ha de buscar las verdades, y no los deseos y devaneos, no contesta con ellos, es luego condenado. Zurita, pues, merece alabanza donde le dan culpa, y mucho más en alabar con verdad las acciones de los extranjeros enemigos, porque así engrandece los suyos y acredita lo que escribe.

En la tercera culpa que le aplican, concurre por la mayor parte gente extranjera y curiosa, muy ocupada en la lección de muchos libros, y, con gran admiración mía, veo entre los acusadores al P. Antonio Possevino: dicen que es Zurita muy demasadamente repetidor de sus próceres y ricos-hombres; que no son sufribles aquellas tantas congregaciones de Cortes, y aquella lista de nombres en cosas de ninguna ó poquísima importancia, y aquellos intentos de los reyes ó de sus vasallos no proseguidos; las elecciones sin efectos, sólo por nombrar en ellas algún aragonés, que no puso sino el

nombre; y finalmente, aquel detener al lector en leer nombres propios. Parece esa querella justa, pero tiene fácil respuesta: el indignarse desto es lo mismo que buscar en algún autor jurista, sea de los antiguos ó modernos, alguna curiosidad de Historia ó otra cosa que arrojó acaso en sus escritos, que forzosamente se ha de lastimar el lector en aquellas espinas de sus anotaciones y abreviaturas con que el autor sirve á la causa y no al lector. Hase de considerar que Zurita era escritor público del reino y que escribía con salario, para que sus escritos fuesen, como lo son, archivo público, y se conservasen cosas que parecieran ocultas de gran importancia para unos, para otros de ninguna. No considerando esto, causa á algunos enfado leer en Livio tantas repeticiones de agüeros y elecciones de sacerdotes y pretores, teniéndolas por supérfluas en la Historia. No tienen razón, porque los romanos eran tan religiosos ó supersticiosos en sus agüeros, que el comer ó no los pollos era causa suficiente de alguna gran empresa, y por ellos las apresuraban ó suspendían; y así fué de gran importancia en los anales de Livio esta repetición, y era en Roma muy estimado el Colegio de los Agoreros, y Julio Obsequente hizo el libro de agüeros que tenemos, de los que sucedieron en tal ó en tal Consulado, del cual se valen muchos autores graves eclesiásticos, y no es tenido por libro supérfluo. Así no lo son para los aragoneses las repeticiones de los nombres propios ni las acciones mancadas, porque viendo en ellas el aragonés los nombres de sus mayores, infiere de aquí en qué

lugares estaban entonces; y finalmente, alábase, con Ambrosio de Morales, la respuesta que el Marqués de las Navas dió á los que reprendían en Zurita esta lista de nombres, y fué decir: *¡Pluguiera á Dios que como puso los nombres pudiera poner los retratos de todos!*

En la cuarta culpa que dan á este autor concurren casi todos naturales y extranjerios, diciendo que en una obra tan larga andan perdidos como en una selva intrincada y sin camino, no teniendo índice ó tabla por donde salgan á luz y puedan hallar con facilidad lo que buscaren, sea acción pública ó privada, y que espantan aquellos seis volúmenes y treinta libros, y obligan á tener la memoria que de sí mismo escribe Séneca el padre que tenía, ó la que en sus varias escribe Antonio Mureto de aquel mozo Corteo, y que aquella recapitulación es corta, y también el sumario de cada capítulo, y más para enredar que para guiar; y finalmente, dicen que le cuadra bien á esta obra aquella empresa y letra que Zurita le puso del candado (cuyo concepto é historia que contiene es tomado de los días geniales de Alejandro: la letra dice *Hoc Age*); pues para que quede alguna cosa en la memoria de tan larga historia, es menester no atender á otra cosa, y que el mismo autor cerró el candado y se llevó la llave á la sepultura. Cierto bien se puede responder á ésta como á las demás objeciones, pues semejantes trabajos ni pertenecen á los autores muertos. Mas cuando ésta fuera culpa y falta, vuestra merced la pudiera muy bien enmendar y suplir con el índice, abreviación ó epí-

tome, que hace tan cumplida y artificiosamente, que parece que se anticipa al deseo lo que se quiere buscar en los libros, y cuando ellos se perdieran pudieran restituirse por estos escritos.

No ha sido sin particular providencia de Dios, ni la menor gloria del autor, poner en la mente de vuestra merced este cuidado, y traer desde Africa quien hiciese en Castilla lo que se debiera hacer en Aragón por los aragoneses, nación á quien vuestra merced no ha tratado y reino que no ha visto, por lo cual tienen más obligación sus naturales de agradecer un beneficio tan importante, verdaderamente habiendo dado á vuestra merced Cristo gracia para conocer su ley; y siendo ella toda caridad y amor, vuestra merced da en esto á entender tanto como en el desprecio de la mucha hacienda que dejó en Africa, que ama como verdadero cristiano á los cristianos; pues sin otro fin ni persuasión más que su buen celo por beneficio público, há tantos años que trabaja en esta obra. En virtud desto, pues, quiero suplicar á vuestra merced dos cosas: la una, que no desmaye aunque vea un índice que los diputados deste reino han mandado hacer y saldrá presto á luz, porque, á lo que yo creo, solamente el nombre será común á este trabajo y al de vuestra merced, y en lo demás habrá notable diferencia; la otra, que lo que vuestra merced tiene trabajado lo mande librar de las cadenas en que está preso, con caracteres hebreos; porque si Dios (con gran pérdida de los que amamos á vuestra merced) le sacase desta vida, quedarían estos escritos sepultados entre letras he-



breas; y puesto que vuestra merced las usa por valerse de su brevedad y usar dellas más fácilmente que de las españolas, es muy justo huir deste peligro que señalo. Dios nos libre dél y guarde á vuestra merced como deseo. Zaragoza último de enero 1610 años. — *Lupercio Leonardo de Argensola*.






## IV.

Á LOS

DIPUTADOS DEL REINO DE ARAGON.

CARTA PRIMERA.

*En la cual pide licencia para ausentarse del reino  
é ir á Nápoles al servicio del Conde de Lemos,  
y aduce graves razones para conseguirla <sup>1</sup>.*

UANDO vuestras señorías entraron en su oficio, escribí desde Madrid dándoles razón cómo los señores diputados, sus predecesores, me hicieron merced de mandarme servir el oficio de coronista de este reino, reservando para adelante darme instrucción y materia sobre lo que había de escribir; y así supliqué á vuestras señorías me las diesen, proponiendo yo

<sup>1</sup> Esta carta y la tercera se leen en el cap. IX de la *Vida de Lupercio*, en la «Segunda parte de los Progresos de la Historia en el reino de Aragón,» por el cronista D. Juan Francisco Andrés de Ustarroz. (Ms. de la Acad. de la Hist.)

diversos sujetos que me parecieron serían en servicio del reino, de los cuales escogieron vuestras señorías la *Historia del Emperador Carlos V*, prosiguiendo los anales é historias que dejó escritos con gloria tanta el secretario Jerónimo Zurita, y que juntamente prosiguiese otros trabajos que tengo hechos de la historia de estos reinos, desde el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo hasta la perdición de España.

Habiéndome ofrecido (como á vuestras señorías dije y es notorio) la ocasión de ir á Italia mi ocupación en la Superintendencia del virreinato de Nápoles (para la cual he sido llamado con el honor y circunstancias que se sabe), me ha parecido suplicar á vuestras señorías, como lo hago con la humildad debida, sean servidos darme licencia para que pueda ir y asistir en Nápoles por el tiempo de tres años que lleva señalados el Conde de Lemos, sin que por ella se entienda haber faltado á la condición con que se me dió el oficio y título de coronista, que es haber de existir con mi familia en el reino, pues para que se me conceda esta licencia hay las razones siguientes:

No hay quien pueda negar que para escribir una historia sea cosa importantísima ver el historiador los lugares donde sucedieron las cosas que ha de escribir; tratar con las personas que intervinieron en ellas ó conocieron á las que las ejecutaron; pues para todo esto sabemos que muy graves historiadores hicieron peregrinaciones muy largas y costosas, y sin traer ejemplos antiguos está fresco el de Jerónimo Zurita, coronista de este reino, que

fué á Sicilia, donde demás de las grandes noticias que leemos en sus anales, trujo aquellos antiguos que están impresos en sus índices latinos. Tampoco se puede negar que las mayores y más insignes acciones del Emperador, cuya historia se me manda escribir, sucediesen en Italia, pues todas las guerras que tuvo con el Rey Francisco fueron sobre el dominio de aquella provincia, y siempre se propusieron por premio de sus victorias el estado de Milán y el reino de Nápoles. La prisión del Rey de Francia, donde tanto resplandeció la magnanimidad del Emperador; la del Pontífice Clemente, que hicieron sus capitanes, en cuya libertad se manifestó la piedad y religión; y últimamente la coronación de este gran Monarca, cosas fueron sucedidas en Italia, y allí se representaron al mundo como en un teatro, y de todo esto tiene parte nuestro reino, porque en ellos directa ó indirectamente se han defendido ó dilatado con las armas derechos antiguos de la Corona de Aragón ó dependientes de ella, que es de lo que su coronista debe tener cuidado mayor, sobre todo en estos tiempos en que apenas se distinguen los reinos de España y hay tantos que ignoran que Nápoles y Sicilia sean de esta Corona. Fácilmente, pues, se deja entender que ninguno podrá enterarse mejor de estas cosas que quien tuviere el lugar que yo he de tener allí, así por la comunicación de los más graves personajes de Italia, como por el manejo de los papeles, y que las ocasiones y comodidades que para otros fueron difíciles, se me han de venir á las manos; y en cierta manera es autoridad

del reino, que se pueda decir que estando su coronista en Nápoles, está dentro de los límites de su Corona, y cuando no se ofreciera esta ocasión, pudiera yo justamente suplicar á vuestras señorías que me enviaran allá, pues es cierto (como arriba dije) que para escribir los cosas remotas es necesario, y vemos que para averiguar algunas de poca importancia (comparadas con una historia en que se conservan los derechos, las famas, los linajes y los servicios), se suelen enviar comisarios con grandes gastos: y así suplico á vuestras señorías por merced lo que pudiera ofrecer por servicio. —9 de marzo de 1610.

#### CARTA SEGUNDA.

*En que trata de la descripción histórica que los diputados aragoneses le encomendaron para el mapa de Aragón de Juan Bautista Lavaña 1.*

Habiendo yo solicitado tres años la ejecución del *Mapa de ese reino*, gran culpa tuviera si cuando salí de él no hubiera dejado, ausentándome de España, la descripción y compendio que hice para poner en las márgenes. Dejéle á quien pensé tuviera cuidado de darle á Juan Bautista Lavaña a su tiempo, y después desde esta ciudad le volví a

1 Se halla en el cap. XIV de la *Vida de Lupercio*, en la «Segunda parte de los Progresos de la Historia en el reino de Aragón,» por el cronista Andrés de Ustarroz. (Ms. citado.)—Pellicer publicó en su *Ensayo*, páginas 43-45.

enviar, y escribí al doctor Carrillo, condiputado de vuestras señorías, todo lo que se me ofreció en esta materia, por haberle visto deseoso de que tuviera efecto y trabajar en ella con mucho cuidado en la corte. He recibido después la carta de vuestras señorías, en que me mandan que envíe esta descripción en romance, y dicen que si conviniera que esté en latín, allá lo acomodarán; y á esto respondo que la envío con ésta en latín y en romance, como la leí á los señores diputados, predecesores de vuestras señorías, y á otras personas de Castilla (donde la hice), cuya censura me dió ánimo para ponerla entonces en su presencia, y ahora me le da de nuevo la que en Italia han hecho hombres doctos á quienes la he comunicado. Y porque no quedaron por escrito las razones que allí dije me habían movido á escribir en aquella forma, las repetiré para que vuestras señorías juzguen y enmienden como fueren servidos.

Quise ser más largo relator de la historia de Aragón que de sus particulares ríos, fuentes, frutos y otras cosas naturales que en semejantes lugares se suelen escribir y en el mapa de Cataluña vemos tan difusamente relatados; porque no hallé cosa que me pareciese digna de esta particularidad, con exclusión de las más importantes, que son las acciones de los hombres, que no cupieran en tan angostos límites de papel, si nos detuviéramos en disputar los nombres antiguos de las ciudades, las cualidades de los ríos y fuentes, y finalmente aquellas cosas que escritas parecen admirables y vistas son muy ordinarias y semejantes á las de

cada provincia. Lo más digno de esto me parecieron los santos, los reyes, los capitanes, y por decirlo en una palabra, los hombres. Estos se manifiestan por sus obras, y así tuve por acertado decir lo que de cada cosa de éstas dije, y tácitamente responder á la calumnia que la envidia nos pone señaladamente en querer quitar de la Corona de Aragón el reino de Nápoles.

La página latina es intérprete de la española, por ser común aquella lengua á cuasi todos los hombres doctos, que es medio por el cual se comunican las naciones de lenguas tan diversas; y como no solamente se escribe para los grandes latinos, pareció ponerla en estilo que sea también común á todos, pues lo que se pretende es que todos en aquella lengua entiendan lo que no pudieran en la española.

Por la instrucción que hice para Juan Bautista Lavaña, de la cual hay copia en el registro de ese Consistorio, verán vuestras señorías que el mapa que ha de hacer será el más curioso que hasta de ahora se ha visto, pues con él sólo se hará capaz el que le leyere de toda la historia de Aragón; hallará en un momento cualquier lugar que buscare; sabrá si es ciudad, villa ó aldea, y también de qué diócesis ó jurisdicción y en qué altura está. Todo esto está tratado por mí; pero el mayor servicio que en ello he hecho ha sido proponer á Juan Bautista Lavaña para que lo ejecutase, por ser hombre raro en ésta y en otras profesiones, y así estará muy bien empleada cualquiera merced que vuestras señorías le hicieren.

Por la petición que dí á los señores diputados, predecesores de vuestras señorías, que también está en el dicho registro, verán vuestras señorías el servicio que les puedo hacer en esta ausencia. Voy desempeñando mi palabra de manera que espero no llevar solamente aparato para la *Historia del Emperador Carlos V*, prosiguiendo la de Zurita, sino formada gran parte de ella con noticias de algunas particularidades que no pudieran darme los libros. Resta que vuestras señorías, á vuelta de estas cosas, me manden otras de su servicio. Algunas he escrito al señor Justicia de Aragón «sobre suplir la falta de los moriscos con gente de Esclavonia y de la Morea,» remitiendo á su juicio el propósito á vuestras señorías, si le parecía, ó tenerlo para sí, pareciéndole lo contrario; y porque no sé lo que habrá hecho, no trataré aquí de ello. Sólo aseguro á vuestras señorías que no ha nacido en ese reino persona más celosa de su gloria y prosperidad, para que vuestras señorías me manden, pues la procuran por la obligación de sus oficios y por su naturaleza y bondad. Guarde Dios á vuestras señorías como deseo.—Nápoles 31 de diciembre de 1610.—*Lupercio Leonardo de Argensola*.



## CARTA TERCERA.

*En la que pide á los diputados, prórroga, por algunos meses, de la licencia que disfrutaba en Nápoles, y les da cuenta particular de sus trabajos históricos.*

Cuando los señores diputados, predecesores de vuestras señorías, me mandaron que sirviese al reino en el oficio de coronista, reservaron para después darme instrucción de lo que debía hacer, juzgando prudentísimamente que la dada á mis dos predecesores inmediatos no era cual convenía, porque dar tarea y obligar á que cada año se escriba lo que en él sucede y que se entregue como sale de la pluma, es ajeno á la autoridad de la historia y ocasión de que se escriban muchas mentiras y cosas indignas; que no todos los sucesos merecen este lugar, ni de los que le merecen se pueden examinar las causas, ni las circunstancias con tanta brevedad, por la distancia de los lugares, por el secreto en que están ocultas ó se debe guardar, por el temor ó por otros impedimentos que se ponen delante; y escribir sin tiempo, sin examen, sin dicción y sin estilo, más es de gacetas y romances que no de historiadores.

Yo les propuse algunas materias en que, á mi parecer, se debe ocupar el coronista de este reino, y son las siguientes:

Abreviar la historia escrita por Jerónimo Zuri-

ta, para que discurriese más fácilmente por el mundo, porque, como notó Possevino, á los extranjeros les causan molestia algunas cosas que sólo son útiles á los naturales.

Sacar encomios de la misma historia y de otras pertenecientes á nuestro reino, para que se dilaten entre otras naciones, pues hay tantos ejemplos de aragoneses dignos de que se celebren, como de romanos y griegos.

Dar principio á la historia de Aragón desde antes de la perdición de España, porque si bien hasta entonces no se tenía noticia de este nombre, todavía es muy necesario que se sepa qué gente tuvo esta provincia, que tan antigua es en ella la verdadera religión, los mártires con cuya sangre, como dice Prudencio, quiso Dios consagrarla, y otros muchos ejemplos que pueden dar temor y esperanzas para guardarnos de semejantes peligros y para no desconfiar en ellos.

Esta historia la tengo por muy necesaria y en ella tenía ya trabajado mucho.

Ultimamente propuse proseguir nuestras historias desde donde acabó Jerónimo Zurita, porque como allí quedaron inseparablemente unidas las Coronas de Aragón y de Castilla, es menester mucho cuidado y no poco artificio para escribir la *Historia del Emperador Carlos V*, de manera que se conserve en ella el nombre de *Historia de Aragón*.

Parecióles, y con mucha razón, á los diputados que lo principal era seguir la historia desde donde la dejó Zurita, pero que no desintiese de la que te-

nía comenzada; y así desde luego me dispuse á ello, preparando é inquiriendo las cosas necesarias, que son tantas como fácilmente se deja entender.

En esta ocasión que digo se me ofreció el viaje á Italia con las circunstancias que á vuestras señorías son notorias, y con obligaciones tan precisas que no podía de ninguna manera excusarme; y así supliqué á los señores diputados me diesen licencia, como me la dieron por un trienio, atentas las razones que vuestras señorías podrán servirse ver en la licencia, por las cuales parecía que esta ocupación me había de ayudar, como en hecho de verdad me ha ayudado al aparato de la *Historia de Carlos V*; porque siendo este reino de la Corona de Aragón y el estado de Milán sujeto y campo de la mayor parte de las acciones del Emperador y del Rey Francisco, con gran comodidad podía informarme de muchas cosas que no consisten en los libros impresos y que de otro modo con dificultad pudiera saberlas. La ocupación es grandísima; pero he sabido repartirla de manera que tengo hecho no sólo la idea, sino el aparato de la historia, de tal suerte que si aquí se pudieran tener las noticias públicas y privadas de los sucesos de ese reino que se han de ingerir, pudiera darse por acabada; pero esto no se puede hacer en ausencia, por haberse de revolver los registros de las Cortes que hubo en aquel tiempo, en una de las cuales sucedió aquel arrogante desafío que hizo en Monzón un rey de armas del Rey Francisco al Emperador, y otros papeles de personas particulares, lo cual es-

pero, con el favor de Dios, que se podrá hacer presto, porque se tiene por cierta nuestra vuelta á España para este verano.

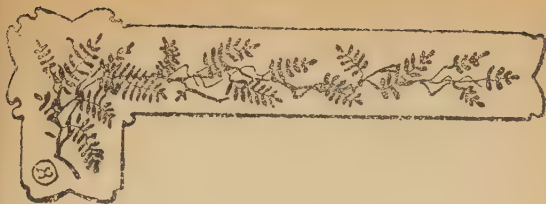
Hame parecido dar parte de todo esto á vuestras señorías, y suplicarles, por los accidentes que pueden suceder y porque mi licencia se cumple en este mes de marzo, se sirvan prorrogarla por todo el tiempo que estuviere ausente ó vuestras señorías fueren servidos, que si bien en esta ausencia nunca dejaré de servir á la historia, me contento de hacerlo de balde mientras durase la prorrogación, obligándome, como me obligo, á compensar con nuevo cuidado la merced que en esto me hicieron vuestras señorías, á quienes Dios guarde muchos años.—Nápoles 28 de diciembre de 1612.—*Lupercio Leonardo.*





## APÉNDICES





## A

**E**L soneto siguiente lo publicó, como de autor incierto, Pedro de Espinosa en sus *Flores de poetas ilustres de España*: Valladolid, Luys Sánchez, M.DCV; y también D. Adolfo de Castro lo repite, como anónimo, en su *Colección de poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, impresa por Rivadeneyra, tomo II, pág. 503. Pero si bien sabemos que Espinosa era amigo de los Argensola, y por esto y por haber publicado versos suyos debía constarle si fueron ellos los autores del soneto, nosotros lo hallamos atribuido á Lupericio Leonardo en el antiguo códice de la Biblioteca Nacional, M-251, fol. 347. Por lo cual, y por ser su tono y corte literario el de los preclaros aragoneses, no será inoportuno reproducir aquí el soneto impreso por Castro, notando al pie las variantes que se leen en el manuscrito citado.

¿Ves la inestabilidad de la fortuna  
O al animoso viento hoja ligera?  
¿Ves tierno junco en húmeda ribera,  
Que obedece á las olas de una en una?

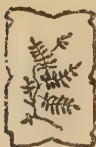


¿Ves en la tempestad más importuna  
Del orgulloso mar, veloz galera?  
¿Ves en la celestial azul esfera  
El vario *rostro* 1 de la blanca luna?

Pues ten por cierto, que es fortuna estable,  
La hoja al viento, el junco al agua *fuentes* 2,  
Inmoble la galera al mar mudable.

Los *rostros* 3 de la luna sosegados,  
Sin crecer, ni menguar de *varias suertes* 4,  
Si son contigo, *Alcido* 5, comparados.

1 bulto—2 fuerte—3 bultos—4 varia suerte—5 Julio.





B

CARTA

DEL DR. BARTOLOMÉ LLORENTE

Á LUPERCIO LEONARDO

EN CONTESTACIÓN Á LA QUE ÉSTE LE DIRIGIÓ,

FECHADA EN MADRID Á 29 DE ABRIL DE 1599 I.

**D**E que haya dado v. m. principio á la *Historia general de la Corona de Aragón*, me huelgo mucho, porque tengo por averiguado será tal, que pondrá en olvido las hechas hasta ahora; y de que el principio della se tome de los tiempos de Augusto César no me parece mal, aunque si en los autores que escriben de historia romana, y en otros más acreditados que el Beroso de Juan Ariso, se hallasen cosas

I Incluye esta carta el cronista D. Juan Francisco Andrés de Ustarroz, en sus *Progresos de la Historia en el reino de Aragón: Vida del Dr. Bartolomé Llorente*, cap. II. (Ms. de la Real Academia de la Historia.)

auténticas y particulares desta Corona, á mi parecer sería mejor tomar el principio de allí; porque aun quando la materia fuese ruda, el buen sentido de v. m. le daría tal forma que no lo pareciese; y quitarnos hía del peligro y cuidado con que quedamos de que alguno vendrá á querer suplir eso que falta, con ingenio y partes muy desiguales á las que en v. m. ahora gozamos, y por tiempos como historia anterior la querrán anteponer á la de v. m. y juzgando por la primera parte la segunda, quedarán defraudados de una buena historia; y quando eso no fuese, á lo menos quedará la historia defraudada de su condigno autor. Y así, yo querría que lo poco ó mucho que hay de esta Corona auténtico, fuese todo como dicen, hilaza de una mano; pero puede v. m. proseguir su intento y designio comenzado, que será Dios servido, alargando la vida, que haciéndolo de estos postreros tiempos tope con cosas de aquellos primeros que le den gana de hacer historia de ellos, y para deliberar en esto quedará harto tiempo; sólo suplico á v. m. que cuanto hallase tocante á aque'los tiempos y propio de esta Corona, no deje de recogerlo, para si algún día pareciese bien en esto que digo.

Viniendo, pues, ahora á lo que v. m. me manda, pienso que me pudiera excusar de todo; pues no creo de mí (aunque v. m. con engaño lo entienda de otra manera), que pueda decir cosa que no tenga v. m. muy visto: con todo eso, porque en las cosas que se hacen por obediencia no se suele errar, y v. m. por su humildad puede merecer y alcanzarme luz para que diga algo que importe, debajo de corrección y censura, diré lo que se me ofrece á las tres preguntas, de las cuales la primera es cómo en tiempo de tan cruel persecución como la de Diocle-

ciano, permaneció este templo angelical, especialmente en parte tan pública y patente. Respondiendo, pues, á ella, digo que aunque argumentar la dificultad no es soltarla, puede ser la respuesta de una solución de las dos, y así querría yo preguntar cómo en Jerusalén, donde fué tan grande la savia de los judíos en aquella primera persecución de la Iglesia, que fué poco después de la Ascensión del Señor, en que San Esteban fué apedreado y se derramaron por diversas partes todos los discípulos, sino los Apóstoles, se conservó la iglesia que tenían en el Cenáculo, donde el Señor celebró la Pascua y última cena, donde ofreció á los discípulos congregados después de resucitado, y donde, según se dice en las actas de los Apóstoles, estaban todos reunidos perseverando en continua oración, cuando San Pedro estaba preso y á donde, en ser libre de la cárcel, acudió el mismo San Pedro y los halló juntos. Y dejando esta pregunta así ahora, porque casi una respuesta soltará las dos, por decirse en ambas tan al principio de la predicación del Evangelio que eran iglesias, presupongo para la respuesta de ellas una cosa que es muy cierta, y á mi parecer muy curiosa, y es que luego en tiempo de la primitiva iglesia, y aun en tiempo ya de los Apóstoles, tenían los cristianos sus lugares diputados y aparte para juntarse á la oración y á oír la palabra de Dios, y á la comunión y á los demás ritos cristianos, los cuales llamaron entonces y eran iglesias, como consta claramente de la primera epístola de San Pablo á los de Corinto, en dos lugares del cap. II. En el uno dice: *Primum quidem convenientibus vobis in ecclesiam*, y en el otro: *Num quid domos ad manducandum et bibendum, aut ecclesiam Dei contemnitis?* Donde á la palabra *domos* opone *ecclesiam*, argumento cierto que

no habla de la congregación de los fieles, que también se dice *ecclesia*, sino del lugar donde se congregaban; y á los principios, antes que tuviesen facultad ó comodidad de hacienda para erigirlas aparte, servíanse para este ministerio de casas particulares y de las principales partes dellas, que llamaban Cenáculos, y así la primera del mundo que sirvió para esto, luego después de la Ascensión del Señor, fué la casa de la madre de Juan, por sobrenombre Marco, y el Cenáculo del monte Sión, como consta del cap. I y el XII de los Actos de los Apóstoles, aunque algunos dicen que el Cenáculo estaba en la misma casa, y así lo señala el mismo Baronio en sus *Anales*, tomo I, pág. 214, por donde parece que las iglesias de entonces no eran de la grandeza y majestad que después con el tiempo fueron y son de presente, sino como unos oratorios ó capillas en que cupiese un mediano número de personas, pues en el Cenáculo de Sión ciento y veinte hombres hubo cuando vino el Espíritu Santo sobre ellos, y de creer es, si no capaz de más número, y las más veces estarían en lugares ocultos y secretos, y aun subterráneos y fuera de la ciudad, como se parece en los cementerios de Roma.

Después hiciéronlas aparte capaces de más gente de lo que eran los cenáculos de las casas particulares, aunque todavía eran pequeñas aquellas primeras y más antiguas iglesias; pero creciendo el número de los creyentes notablemente, las hicieron sin comparación muy mayores y magníficas, y éstas, finalmente, por edicto de Diocleciano, fueron destruídas, como lo dice Eusebio en el libro VIII de su *Historia eclesiástica*, cap. XII, por estas palabras: *Cum in antiquis illis cœdificiis non satis loci haberent ampliores ecclesias in universis urbibus.*

*fundamentis eorum ad majorem laxitatem dilatatis, crexerunt.* Ejemplo de esto tenemos muy claro con el dicho Cenáculo del monte Sión, en Jerusalén, primera iglesia del mundo que al principio sirvió de oratorio, siendo parte de aquella casa; después fué iglesia de aquellas antiguas, y según dice Beda en lo *De Locis Sanctis*, cap. III, edificada por los Apóstoles, y finalmente fué hecha tan grande que, como lo dice Baronio en sus *Anales*, tomo I, pág. 214, y lo trae Alejandro Monacho en la *Vida de San Bernabé*, fué la mayor iglesia de todas las de aquel tiempo, y de ésta habla San Jerónimo en la epístola 27 *ad Eustochium*. Todo esto que he dicho, se colige de los lugares acotados de los actos, y San Pablo y Baronio lo mismo, pues lo que pasó en Jerusalén, en aquella iglesia, es cosa cierta pasaría en las demás partes á donde los Apóstoles llegaban á predicar el Evangelio, y, por consiguiente, en ésta nuestra, que fué la segunda del mundo y la primera de toda España y de las escogidas en honra de la Virgen, sólo difiere del Cenáculo en que ésta no fué parte de casa particular, pues la mandó la Virgen nuestra Señora edificar de fundamento, poniendo en ella la columna que, si era parte de la que estaba en la iglesia de Sión, viene muy justo que en las dos primeras iglesias del mundo se repartiese esa preciosa joya. De manera que el ordinario estilo de los Apóstoles sería, en llegando á una ciudad y convirtiendo á algunos, mirar luego en cuál casa de los recién convertidos había más aparejo para tener su iglesia ú oratorio para juntarse allí los fieles, y habiendo más comodidad edificar iglesia. Sólo en esta ciudad no parece se guardó este orden, porque la misma Virgen escogió el lugar para su iglesia, y por ventura antes que la tomasen

en casa de algún particular de los ocho convertidos, pues dice hablando de la aparición de la Virgen: *Ecce post dies aliquos VI*. Presupuesto, pues, esto, que es lo primero que decimos en este discurso, digamos lo segundo, respondiendo derechamente á la pregunta si corrió esta iglesia la misma fortuna que las otras, y si fué derruída por los edictos de Diocleciano ó de otros emperadores. Digo que se puede creer que no lo fué, porque los edictos de los emperadores no se ejecutaban tan particularmente en todo que no escapasen de la furia de ellos algunas iglesias; pues la ejecución de ellos pendía del mayor ó menor furor de los presidentes de las provincias, con quienes algunos que eran cristianos ocultos tenían amistad é industria para poderlas reservar, como dicen de la iglesia del Cenáculo, refiriéndose á los Apóstoles, que con ser las cabezas en tiempo de aquella persecución primera, saliendo todos los cristianos de Jerusalén, ellos no salieron de ella, por el medio de Gamaliel, que siendo hombre tan principal era cristiano oculto, y es quien dice que, en los lugares remotos donde no llegaba la furia de las persecuciones, hacían los Apóstoles edificar templos en honra de Cristo nuestro Señor, ú otros que lo habían sido de ídolos los dedicaban al mismo, y aun los mismos presidentes, que querían más destruir los templos y edificios, los dejaban de arruinar para que les sirviesen de receptáculo y como guarida, donde coger cierta la caza; y como vemos ahora que por interés del dinero los turcos, no sólo no destruyen los santos lugares de la Tierra Santa, mas aun los conservan y tienen en gran custodia, creer podemos que los gentiles hacían lo mismo por otro que tenían por mayor interés, que era beber la sangre de aquellos santos mártires. Y si usa el Señor de la

varicia de sus enemigos para conservar aquellos santos lugares que son de tanta veneración suya, no es milagro; porque dejar de hacer alguna cosa mala quien hace muchas tales de la misma especie, no es milagro, antes obra de la ordinaria Providencia de Dios, que no permite que los malos hagan todo el mal que pueden y desean. Querían los gentiles acabar todos los cristianos, y nunca pudieron, que siempre, muriendo muchos, quedaron otros que fueron doctores para enseñar y extender el Evangelio; y así cuadra aquí bien lo que dice Santo Tomás, que *multa sunt mira, non tamen miracula*.

Lo tercero digo que cuando alguno quiera porfiar obstinadamente que fué esta iglesia destruída, como las demás, en virtud de los edictos de los emperadores, que nosotros no decimos que aquel edificio que los discípulos y Santiago hicieron, haya permanecido siempre hasta hoy, porque sabemos que ha sido reedificado muchas veces por haberlo acabado el tiempo, ó algunos acaecimientos en tiempo de los moros es de creer ocasionasen que fuese en gran parte derruído; pues cuando fué cobrada de su poder, dice el obispo D. Pedro, en sus letras de la publicación de la indulgencia de Gelasio, papa segundo, que lo estaban sus paredes, y después acá, cerca de los años 1450, se quemó cuasi toda la capilla, y fué reedificada en la forma que ahora tiene; y del edificio antiguo, y aun por el tiempo de Santiago, tenemos solamente unos fundamentos que salen sobre la tierra una vara, muy bastos, aunque muy fuertes. Pero concediendo esto, dos cosas, á lo menos, no nos pudo quitar la destrucción del edificio: una es que el Santo Pilar nunca lo fué; la otra que nunca faltaron en esta ciudad cristianos que venerasen este santo lugar, pues las dos cosas, como cuen-



ta nuestra historia, prometió la Virgen, y la tradición las confirma, pues veneramos este Santo Pilar por el mismo en que la Virgen apareció al Apóstol Santiago, y no ver que para conservarlo cuando la capilla hubiese sido derruída en las persecuciones, pudiese haber más dificultad que en conservar un cuerpo de un santo, sino aun mucha menos, pues aun las mismas ruínas lo podían conservar cubriéndolo. Y cuando no quisieran fiado de esto, ni de que, ignorando los gentiles la veneración en que los cristianos lo tenían, no harían más cuenta de él que de cualquier otro pilar, podían, teniendo cuenta del edicto, soterrarlo allí mismo, como lo creo; que el Pilar y santa imagen, y aun cuerpos de santos, los ocultarían de esta suerte, como vemos hicieron de los de Santa Engracia y mártires en la persecución de los moros, y cuando la furia de los edictos se remitía y la persecución cesaba, volvían á edificar sus iglesias como de primero; y en esto, más constancia y fortaleza tenían los cristianos que los gentiles obstinación en derribarlas; y así este santo lugar fué siempre venerado, así en tiempo que había edificado iglesia, como en tiempo que estaba derruída, conforme á la promesa de la Virgen y tradición continua, como en Roma se dice de aquella parte del Vaticano llamada *Confessio Sancti Petri*, que, por haber sido allí sepultado San Pedro, en todo tiempo fué muy venerada de los católicos, como lo es ahora de todo el mundo. Esto basta y sobra cuanto á la primera pregunta. Quanto á la segunda, como Prudencio, varón tan docto y pío, hablando tan en particular de Zaragoza y sus mártires, no habla palabra de esta Santa Iglesia, digo que, aun cuando á esta pregunta dice v. m. dará respuesta, quiero yo también darla para que v. m. vea si nos en-

contramos, y haga censura de todo tomando lo mejor.

No hizo, pues, particular mención de ella, digo de su milagrosa fundación, porque los autores muchas veces dejan de decir cosas por muy notorias y claras, y así no tener por necesario el escribirlas para dar noticia de ellas en lo venidero. Otras veces porque no hacen al propósito de que tratan, y por lo uno y por lo otro dejó esto Prudencio. Demás que, por regla de lógica, el argumento *a negatione* no vale nada: «no dijo esto tal autor, luego no es ó no fué,» no es razón concluyente. Así, podríamos decir que no hubo San Lamberto porque Prudencio no trató de él, siendo tan auténtico lo que de él se dice y tan recibido de antiguos tiempos en esta iglesia zaragozana. Lo segundo digo que, aunque no hizo mención expresa de la fundación é invocación de nuestra iglesia, la hizo de ella en el himno de los diez y ocho mártires; y en esto deseo me diga v. m. muy en particular su parecer, porque lo tengo puesto en el borrador de mi *Historia*. Leyendo, pues, los años pasados á Prudencio, de parte á parte, por satisfacerme de esta duda, que había años que la tenía, y andando con esta advertencia, hallé en dicho himno tres lugares que me parece hacían á este propósito, y que se han de entender de necesidad de esta Santa Iglesia. El primero, luego al principio del himno, dice así:

*Plena magnorum domus angelorum,  
Non timet mundi fragilis ruinam,  
Tot sinu gestans simul offerenda  
Munera Christo.*

En este lugar entiendo que habla de nuestra iglesia llamándola *casa de ángeles*, y aun de grandes ángeles, que ta-

les eran los que asistían á la Virgen en todo el tiempo de su vida, ó los custodios de los santos mártires, y alude á lo que comunmente decimos casa ó cámara angelical. La razón de mi dicho es ésta: que diciendo que la casa llena de grandes ángeles no teme el día del juicio, llevando en su seno tantos mártires que presentar á Christo, que ha de ser el juez, por casa llena de grandes ángeles se ha de entender, ó la ciudad de Zaragoza ó su iglesia; y aunque decir que se entiende Zaragoza se puede fundar por lo que precede y se sigue, donde dice que todas las ciudades del mundo saldrán el día del juicio al encuentro á Cristo nuestro Señor llevando cada una sus dones, comparándolas con otras de África y Europa, dice que Zaragoza llevará más que las otras; pero esto no se puede hacer sin improbar la palabra *domus*, tomándola por ciudad, llamándola casa, á la que poco antes llamó pueblo y ciudad. lo que no se debe hacer sino cuando hay precisa necesidad, sin poderse hacer otro; y así parece se ha de entender la Iglesia, y que hace un muy buen discurso y tras-paso de la ciudad á la Iglesia y de lo general á lo particular, y la palabra *domus* es muy usada en la escitura y santos por la Iglesia en mil lugares. *Domus mea, domus orationis vocabitur. Incipiat judicium à domo Dei.* Y así lo dice claramente San Pablo en la primera epístola *Ad Timotheum... Ut seias quomodo oporteat in domo Dei conversari, quæ est Ecclesia Dei vivi.* Y ayuda mucho á esta inteligencia aquella palabra *sinu*, porque ¿cuáles podemos llamar senos de la Iglesia, mejor que á los altares, ó sepulcros, ó cementerios, donde tiene las santas reliquias?

Y así muy propiamente hablando se entenderá este lugar de la Iglesia y no de ciudad. El otro lugar, y en que más claro habla de la iglesia de Zaragoza, y por

consiguiente de esta nuestra, es donde después de haber acabado la comparación con las demás ciudades y dicho que Zaragoza traería 18 mártires y otra turba innumerable de ellos, y á San Vicente, y á los Santos Valerios, dice así:

*Sævus antiquis quoties procellis  
Turbo vexatum tremefecit orbem,  
Tristior templum rabies in istud  
Intulit iras.*

Diciendo, pues, aquí Prudencio que ninguna persecución hubo de las antiguas y anteriores á la de Diocleciano, en que murió Santa Engracia y sus compañeros, en que no mostrase la rabia de los tiranos la que tenían contra este templo, claro está que habla de la iglesia de Zaragoza, y por consiguiente de la nuestra; pues no sabemos hubiese otra, y harto era, en aquellos tiempos de las persecuciones, en cada ciudad hubiese una; y este nombre de iglesia de Zaragoza le da el papa Gelasio en la Bula de indulgencias, que trae Jerónimo de Blancas, diciendo: *Et qui præfata urbis ecclesiæ a sarracenis et morabitur dirutæ*, etc.; y esto mismo hallamos en lo antiguo, en muchas escrituras de nuestro archivo: *Ecclesia Sanctæ Mariæ de Cæsaraugusta*; y en los tiempos de que hablan estos versos, que son antes que padeciese Santa Engracia y sus compañeros, más claro es que no podía haber iglesia de su nombre, y así todos los mártires que padecieron antes de esta persecución de Diocleciano, que fué la última y ejecutada acá en el año de 307, tengo por cierto están en nuestra iglesia y cementerio; y en una escritura antigua que tenemos se celebra hasta la infinidad de mártires que hay en este cementerio, y como la iglesia se llamó *Ecclesia urbis*, así se llamó nues-

tro cementerio *Cæmeterium mariis urbis*, y tiempo había que no había otro, y así todos venían á enterrarse á él; y porque unos á otros no se embarazasen, D. Pedro, Arzobispo de Zaragoza, siendo aún Zaragoza sufragánea el año 1222, en una sentencia que aquí tenemos, da cierta forma para esto; y si los sobredichos versos entendemos de esta manera, que por las palabras *procellis antiquis* tomemos las persecuciones, y por las de *turbo sævus* los edictos de los emperadores que hacían temblar el mundo, muy justo verná que mostraron su rabia contra las paredes de este templo.

El tercero lugar, que no es menos á propósito, es donde dice así:

*Noverat templo celebres in isto  
Octies partas deciesque palmas  
Laureis doctus patriis, eadem  
Laude cucurrit.*

Donde después de haber dicho en los versos anteriores, que San Vicente había sido bautizado y enseñado en nuestra escuela, dice que había visto el exemplo de las palmas de los 18 mártires en este templo, donde acaba de decir que había sido bautizado San Vicente; que siendo todo esto en la iglesia de Zaragoza, se consigue haber sido en la nuestra, donde fué el asiento de los Obispos, donde también tengo por cierto que estuvo la túnica de San Vicente, que llevaron de aquí los franceses, y hasta hoy una estola que se dice fué del mismo santo. Y esto entiendo cuanto á la segunda.

Á la tercera pregunta del lugar de Prudencio de la columna de Christo nuestro Señor, visto lo que dice San Jerónimo en la epístola 27 *ad Eustochium*, y lo que Beda *De Locis Sanctis*, cap. III, y lo que Baronio en sus *Anales*

tomo I, páginas 171 y 214, aunque querría yo harto fuese verdad lo que v. m. dice, no me parece que buenamente lo podamos sustentar, pues tan claramente consta por San Jerónimo que tantos años después de este milagro estaba la columna en la iglesia de Sión; y á lo que dice v. m. que podría ser que fuesen dos, por lo que se ve en algunos edificios y más en los de los judíos, donde dos ó tres columnas sostenían un arco, de que no sólo en Santa Engracia, pero aun aquí en nuestra iglesia tenemos exemplo, y aunque parece aludir á esto el primero de los versos, que dice *columnis*, digo á todo que son todas conjeturas remotas, y buenas para conjeturas; pero para fundar una cosa de tanto peso, como v. m. ve, no son bastantes: á la lectura de *columnis* de cuatro Prudencios, que yo tengo de diversas impresiones, en las tres dice *columna*, y ésta tengo por más verdadera lectura, y la favorece el título que pone Prudencio diciendo *columna ad quam Christus fuit flagellatus*. La color y circunferencia de ésta no me parece cuadra con el del fragmento que está en Roma, en Santa Práxedes, porque aquél es mármol de manchas pardas y blancas, y el de aquí es jaspe con manchas coloradas, y no es tan grueso, á mi parecer, como el de Roma, por donde parece no pueden ser fragmentos de un mismo pilar, si no es que pase en estas columnas lo que dicen que acontece con otras de jaspe, que en una misma piedra, según la postura que tiene debajo de tierra, se ve mucha variedad en el color. El fragmento que está en Roma no se levanta del suelo como hasta una vara, y hacia la parte de arriba, aunque es todo una misma pieza, se ensancha á forma de capitel, todo de obra lisa y llana sin labor ninguna. Á lo que dice *gessit templum* está dicho con propiedad *pro fert vel*

*sustinet templum*, pues que *gerere* propiamente quiere decir llevar alguna carga, como dice el poeta de las hormigas, *morire gerent onera*. Por todo lo cual me parece lo que tengo dicho de que no podemos con fundamento sustentar esta opinión. Verdad es que siendo, como era, columna grande, que (según San Jerónimo) *sustinebat portiam*, y según Beda estaba en medio de la iglesia, da lugar al discurso para decir que de ella un fragmento y el primero se trajo acá, y la otra parte se puso en la iglesia por la reina Helena, que la hizo magnificentísimo templo, como escribe Nicephoro en el lib. VIII de su *Historia eclesiástica*, cap. III, aunque otra parte de esta misma columna dice Cristiano Adricomio en su *Teatro de la Tierra Santa*, y que otra parte en tiempos pasados fué trasladada á Constantinopla, y ahora está en Roma, en la iglesia de San Pedro; y así es verdad, porque en el Catálogo de las reliquias de San Pedro está puesta, y así ni debe ser parte notable, porque no está en público, donde se puede ver de todos, como la de Santa Práxedes, de cuya translación escribe Onofrio Panvinio en una obrilla suya, *De septum orbis ecclesiis*, estas palabras: *In eodem proximo oratorio sancti Zenonis estat columna ad quam dominus noster Jesuchristus tempore sue Passionis alligatus fuisse dicitur et verberatur, quam ante an. 350 Joannes colonne presbyter cardinalis huius tituli sus Ilonorio III. Orientis legatus ex Hierosolimis Romanam attulit te in ex oratorio locavit*. Por manera que de dicha columna hay en tres partes: en el monte Calvario, en San Pedro y en la iglesia de Santa Práxedes, y si ésta es fragmento de aquélla será la cuarta, y tienen á lo menos una conformidad la capilla de Santa Práxedes y ésta, que en aquélla dice Onofrio en el lugar dicho: *Iloc sacel-*

*lum mulieres non ingrediuntur*, y es así, y lo mismo se guarda en la nuestra, lo cual aun la majestad de la Emperatriz guardó pasando por aquí, pues diciéndole que la ley no estaba puesta por S. M. respondió que no quería por ella se quebrantase. Pero por ser todas estas cosas inciertas y de solas conjeturas, lo que yo tengo es que fué traída y hecha por ministerio de los ángeles y de la manera que lo fué la casulla que dió Nuestra Señora á San Ildefonso, y la cruz de la Santa Cámara de Oviedo, que la acabaron los ángeles, y otros ejemplos de cosas hechas milagrosamente que yo traigo en mi *Historia*, y esta opinión sigo en ella.

Á lo demás de las palabras más favorables que tenemos de Gelasio ó de otros pontífices, digo que cuanto en esta materia supe puse en aquel índice, que lo hice más por mi comodidad para escribir la historia, que no para imprimille; y en remitir á v. m. á él, he dicho todo lo que sé. Pero las de Gelasio son para mí de grandísima consideración, las cuales trae Jerónimo de Blancas en sus *Comentarios*, pág. 133, que son éstas: *Quam beato et antiquo anime constitutis et dignitatis pollere novistis*, donde la palabra *beato* me parece alude al milagro antiguo al tiempo de su fundación, *dignitatis* al haber sido catedral; pero para este punto envío á v. m. el índice con que me quedé para que, pues allá habrá mejores escribanos que por acá, lo mande v. m. copiar y después remítirmelo; y si entre las personas á quien yo lo dí pudiere hallar alguno, lo enviará, que ese para hacer lo que v. m. me manda y persuade de poner en limpio mi historia, lo habré menester, y me pondré luego muy de propósito á tratar dello. Destas relaciones de nuestra historia envío á v. m. tres en forma de octavo, en que



hay más que la historia de la fundación, porque hay algo de los discípulos; y de las otras envió dos, una en romance y otra en latín. Del recibo de todo me mandará v. m. avisar y de la censura de toda esta carta, que entonces tendré algo por bueno cuando v. m. lo hubiese aprobado, á quien guarde Dios nuestro Señor con mi Sra. Doña Mariana y señor Capellán, á quien beso las manos. De Zaragoza y junio á 18 de 1599.—EL DOCTOR BARTOLOMÉ LLORENTE, *Capellán mayor*.





C

CARTA

DEL PADRE JUAN DE MARIANA

EN RESPUESTA Á LA QUE LE ESCRIBIÓ

LUPERCIO LEONARDO

DESDE ZARAGOZA, EL 15 DE AGOSTO DE 1602 <sup>1</sup>.

**L**A de v. m. de los 15 del presente recibí ayer y no antes, que se debió detener en el camino. Dióme mucho gusto la mucha erudición y estudio que v. m. muestra en lo que en ella dice; la buena manera y denuedo con que acomete y hiere al contrario, que bastara para desarmar y rendir á cualquiera, por valiente que sea, que no estuviere muy sobre sí y sobre los estribos. Ni dejaré de confesar que las razones de que v. m. se vale, y los autores que cita, hacen muy probable esa opinión, que el noble poeta Prudencio fué natural, no de Calahorra, como lo hacemos Ambrosio de Morales, el Sr. García de Loaysa y yo,

<sup>1</sup> Pellicer, *Ensayo*, pág. 59-62.

sino de Zaragoza, como v. m. lo siente, en conformidad de Aldo, Nebrija, Vasco, Sixto Senense y Víctor Gase-lino, que son todos los autores que v. m. cita; y que si antes de imprimir esos papeles hubiera considerado las razones y textos que militan por esa opinión, por lo me-nos suspendiera el juicio, como lo acostumbro en otros puntos controversos. Digo demás desto que v. m. sin duda tiene justicia en que Ambrosio de Morales en aquel libro XX de su *Historia*, cap. XLI, se abalanzó demasia-do á dar por averiguado lo que no lo era, que me fué ocasión de seguirle en esto sin examinar más lo que de-cía, ni las razones y autores que de su parte tenía. Por-que como v. m. lo toca y es así, yo nunca pretendí ha-cer historia de España, ni examinar todos los particula-res, que fuera nunca acabar, sino poner en estilo y en lengua latina lo que otros tenían juntado, como materia-les de la fábrica que pensaba levantar. Que si todo se cautelara, sospecho que otros muchos centenares de años nos estuviéramos sin historia latina, que pudiera parecer entre las gentes. Sin embargo, con licencia de v. m. me atrevo á decir que las razones que militan por esa parte no me parecen concluyentes, y que tengo por menos im-probable la opinión y parecer contrario. Parecerá á v. m. que me arrojó mucho; pero lo que me mueve es que es-te pleito no se puede sentenciar por el testimonio y di-cho de los que presenta por su parte, por ser ellos muy modernos para cosa tan antigua; que los que por el tiempo nos podían sacar de la duda por ser antiguos, ó de todo punto no mientan á Prudencio, como San Isidoro en sus *Claros varones* y otros cronistas, ó no dicen pa-labra de su naturaleza, como Genadio que escribe su vi-da. Así que será forzoso acudir á lo que él mismo dejó

escrito de sí, y valernos de sus obras. Dice v. m. que mejor consideraron sus obras Aldo, Nebrija y los demás que v. m. cita, que los que después venimos. Verdad es que fueron personas doctas y diligentes; pero más ven dos ojos que uno, y á las veces los más modernos, despertados por lo que otros dijeron, miran las cosas con más cuidado y atención. Que de otra manera nunca sería lícito apartarse de los que se adelantaron en el tiempo, servidumbre grande y ley más pesada, que nadie la quisiera tolerar. Supuesto esto, que no pienso se puede negar, y que los afectos y ternuras, razón que v. m. encarece en la suya muy bien, dado que pueda pasar por conjetura, no querrá v. m. que valga por razón concluyente á causa de las falencias que en contrario se pueden alegar, y que semejantes palabras pueden proceder de otras causas diferentes, quiero pasar á las veras, y que consideremos las mismas palabras del poeta para que quede la victoria por la verdad, que es lo que todos pretendemos.

Dos veces llama á Zaragoza *nostra* en el himno de los 18 mártires de Zaragoza, como v. m. lo pondera, y no quiero tornar á citar las palabras. Otras dos da á Calahorra este mismo apellido. La primera en el himno primero de los santos Emeterio y Celedonio, calagurritanos, por estas palabras *nostro consecravit oppido*. La segunda en el himno de los 18 mártires de Zaragoza, donde tornando á tratar de los mismos, sin nombrar en particular, dice: *Nostra praestabit Calagurris ambos*. Responde v. m. que llamó *nostra* á Calahorra, porque pertenecía aquella ciudad al Convento ó Audiencia de Zaragoza; y es así que Plinio, en el lib. III, cap. III, entre los 52 pueblos sujetos á aquella Audiencia, cuen-

ta á *Calagurris Tibularia*, que es de la que tratamos: salida que da Víctor Geselino; que las de Nebrija déjolas, porque corren á las parejas con éstas. Digo, pues, que según esta respuesta, yo no sé cómo se pueda volver en contrario dando á Zaragoza lo que v. m. da á Calahorra, y que la llama *nostra*, no porque fuese su patria, sino por ser la cabeza de aquél su Convento. Sí, que el que es de Talavera como yo, bien podía llamar á Toledo mío, como á cabeza de este reino y Arzobispado. Demos que el de Talavera se pueda intitular *Toletanus* y el de Játiva *Palentinus*, y no al contrario, y aun sospecho que el natural de Valladolid no podrá con propiedad llamar á Segovia ó á Madrid, que son de aquella Audiencia, *nostra*, ni el de Granada á Cuenca, ni á Córdoba.

Por lo menos yo no alcanzo por qué causa los de los pueblos sujetos no puedan dar este apellido de *nostra* á las cabezas de distrito y provincia. Así que no parece que tenga más fuerza en favor de Zaragoza para hacerla patria de Prudencio aquella palabra *nostra*, que en favor de Calahorra para lo mismo, pues tantas veces da el mismo apellido á la una como á la otra. Que lo de los afectos más es para escuela de retórica, que se vale de semejantes ayudas, que para lo de la dialéctica, que procede por punto crudo, y no suele pasar partida sin que le muestren quitanza. Además que el lugar y palabras que citó el Sr. García de Loaysa en favor de su opinión, no tienen tan poca fuerza como v. m. pretende en la suya. Las palabras son del himno 2 de San Laurencio. Dice: *Vasco Iberus dividit*; pues está claro que aquel apellido *Vasco* no conviene al río Ebro por su nacimiento, que sus fuentes brotan en los Pelendones, más arriba de los

Vascones, ni por la parte que baña á Zaragoza que cae en los Edetanos ó Sedetanos, sino por la parte que toca los Vascones, que es á punto donde estaba Calahorra, como lo sacan de Ptolomeo y Estrabón, Ambrosio de Morales en sus *Antigüedades*, y Abraham Ortelio en su *Tesoro geográfico*. Conforme á todo lo que parece, quiso decir Prudencio que en medio de él y de Roma, do estaba el cuerpo de San Laurencio, corría el río Ebro por la parte que baña á los Vascones donde demarcan á Calahorra, y los montes Pirineos y Alpes los dividían; que si residía en aquella parte y ciudad, no parece mala conjetura para entender y persuadirse que en aquella parte era su patria y naturaleza. Esto es, señor, lo que en esta dificultad se me ofrece representar á v. m., sin deseo de contrastar; que ya mi edad no lo pide, principalmente contra tanta fuerza y estudio como v. m. muestra en la suya. Quien juzgare otra cosa podrá seguir su parecer, que cada cual en semejantes materias tiene libertad de seguir lo que le pareciere más probable, y aun todos debemos pensar que nos podemos engañar en nuestras opiniones, y que la caridad cristiana pide disimulemos unos con otros. Finalmente, siempre me contentó lo que San Pablo dice: *Si quid aliter sapitis, hoc Dominus revelabit*: que la paz y la caridad es la ley que anda sobre todos. Dios nuestro Señor nos la dé y guarde á v. m. muchos años. De Toledo y agosto 23 de 1602.—JUAN DE MARIANA.







## ÍNDICE.

Páginas.

PRÓLOGO .....	VII
---------------	-----

### POESÍAS LÍRICAS.

#### SONETOS.

I.—Á Vicente Espinel.....	3
II.—Al capitán D. Diego González de Medina Barba.....	4
III.—Á Micer Andrés Rey de Artieda. ....	5
IV. ....	6
V.—Á un mancebo y á una doncella nobles. ....	7
VI.—Al deseo.....	8
VII. ....	9
VIII. ....	10
IX. ....	11
X. ....	11
XI. ....	12
XII. ....	13

### EPÍSTOLAS Y POESÍAS VARIAS.

A su hermano Bartolomé Leonardo.....	17
Al Dr. Domingo de Vengochea.....	21
Proemio en certamen del Santísimo Sacramento.....	26
Estancias.....	28
Estancias á D. Martín de Bolea y Castro.....	34
Estancias.....	36
Canción á la Asunción de Nuestra Señora.....	38



## OBRAS DRAMÁTICAS.

	Páginas.
<i>Isabela</i> , tragedia en tres actos y un prólogo. ....	45
<i>Alejandra</i> , tragedia en tres actos y un prólogo. ....	165

## OPÚSCULOS Y DISCURSOS LITERARIOS.

Memorial dirigido á Felipe II contra la representación de las comedias. ....	279
Declaración sumaria de la Historia de Aragón. ....	289
Discursos pronunciados en una Academia de Zaragoza. ....	309

## CARTAS ERUDITAS Y FAMILIARES.

I.—Al Dr. Bartolomé Llorente. ....	329
II.—Al P. Juan de Mariana. ....	337
III.—Á D. Pablo de Santa María, caballero africano. ....	353
IV.—Á los Diputados del reino de Aragón. ....	363

## APÉNDICES.

A. ....	377
B.—Carta del Dr. Bartolomé Llorente á Lupercio Leonardo, contestando á la que le dirigió en 29 de abril de 1599. ...	379
C.—Carta del P. Juan de Mariana en respuesta á la que le escribió Lupercio Leonardo desde Zaragoza el 15 de agosto de 1602. ....	395



*Este libro se acabó de imprimir  
en Madrid, en casa de  
Manuel Tello, el día  
20 de marzo  
del año de  
1889.*



















PQ6410. L5 1889 V1



a39001



004038363b

1/74



